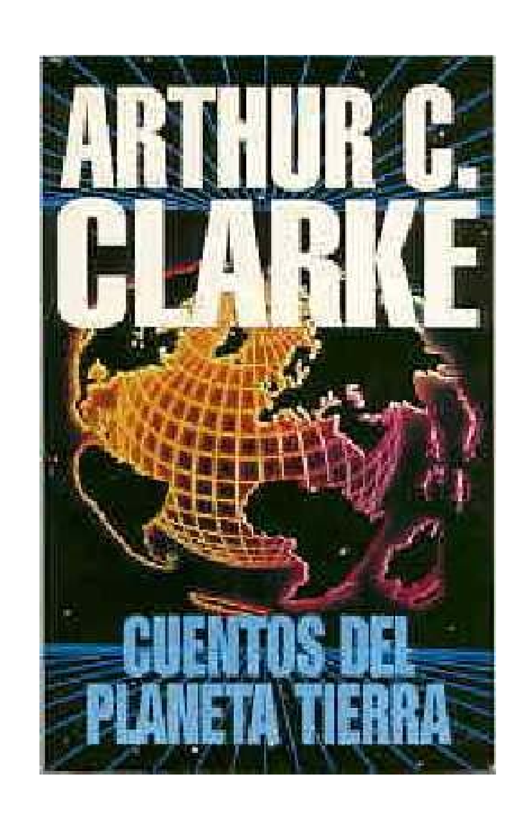
CUENTOS DEL PLANETA TIERRA

Arthur C. Clarke



ÍNDICE

Prólogo

Arthur Charles Clarke (n. 1917) es el que más me gusta de todos los escritores de ciencia ficción.

Desde luego, él lo negaría acaloradamente. Observaría —con acierto— que es dos años más viejo que yo, que es mucho más calvo que yo y que es mucho menos guapo que yo. Pero ¿qué importancia tiene eso? No es una desgracia ser viejo, calvo y feo.

Nos parecemos en que Arthur tiene (como yo) una educación científica completa y la emplea para escribir lo que se llama «ciencia ficción dura». Su estilo es también algo parecido al mío, y a menudo nos confunden, o al menos confunden nuestras obras.

El primer libro de ciencia ficción que leyó Janet, mi querida esposa, fue El fin de la infancia, de Arthur; el segundo fue mi Fundación e imperio. Incapaz de recordar con claridad quién era quién, acabó casándose conmigo cuando yo creía que iba detrás de Arthur.

Pero aquí está una colección de cuentos de ciencia ficción de Arthur, una ciencia ficción que tiene que ver con la ciencia, extrapolada de modo inteligente. ¡Os gustará mucho!

Debo deciros algo más sobre Arthur. Nos conocemos desde hace unos cuarenta años y, durante todo este tiempo, nunca hemos dejado de lanzarnos cariñosos insultos. (Esto también me ocurre con Harían Ellison y con Lester del Rey.) Es una forma de vínculo masculino. Me temo que las mujeres no lo comprenderán.

Cuando se conocen dos caballeros de clase baja (dos vaqueros, dos camioneros), lo más probable es que uno de ellos le dé una palmada en el hombro al otro y le diga: «¿Cómo estás, hijo de puta?» Esto equivale aproximadamente a: «Me alegro mucho de verte. ¿Cómo te va?»

Bueno, Arthur y yo hacemos lo mismo, pero desde luego en un inglés formal en el que tratamos de introducir una chispa de ingenio. Por ejemplo, el año pasado, se estrelló un avión en lowa; aproximadamente la mitad de los pasajeros resultaron muertos y se salvó la otra mitad. Uno de los supervivientes permaneció tan tranquilo durante las peligrosas maniobras de aterrizaje, leyendo una novela de Arthur C. Clarke. Esto se comentó en un artículo periodístico.

Como de costumbre, Arthur mandó sacar enseguida cinco millones de copias del artículo y las envió a todas las personas a quienes conocía o de quienes había oído hablar. Yo recibí una de ellas con una nota a pie de página, de su puño y letra, que decía: «Lástima que no estuviese leyendo una de tus novelas, habría dormido durante todo el terrible accidente.»

A vuelta de correo le envié a Arthur una carta en la que le decía: «Al contrario; la razón de que estuviese leyendo tu novela era que, si se estrellaba el avión, la muerte sería una bendita liberación.»

Di a conocer este intercambio de cariñosos comentarios en la Convención Mundial de Ciencia Ficción celebrada en Boston durante el fin de semana del Día del Trabajo, en 1989 una mujer que informaba sobre la convención escuchó el relato con manifiesto desagrado. No la conozco, pero me imagino que estará químicamente libre de todo sentido del humor y que no sabe nada sobre las relaciones entre amigos. En todo caso, mi observación la sacó de sus casillas y escribió sobre ella en tono de censura en Locus.

Desde luego, no estoy dispuesto a que cualquier boba se interponga en los cariñosos intercambios que podamos sostener Arthur y yo; por consiguiente, termino con otro. Y esta vez empiezo yo.

Escribo esta introducción gratuitamente y porque quiero a Arthur. Desde luego, a él no se le ocurriría corresponder a este favor porque escatima hasta el último centavo y no tiene mi excelente capacidad de colocar el arte y la benevolencia por encima del vil metal.

¡Ya está! Espero con cierto temor la respuesta de Arthur.

ISAAC ASIMOV Nueva York

Me encantó leer la introducción de Isaac a Cuentos del planeta Tierra. Como él mismo dice, soy el escritor que más se le parece. Para repetir una observación que he hecho antes de ahora, los dos somos casi tan buenos como creemos.

Una pequeña corrección; no envié cinco millones de copias del artículo de Time como dice Isaac. Sólo envié una... al propio Isaac, sabiendo muy bien que daría a conocer la noticia al resto del mundo.

Por último, ésta es mi respuesta a su desafío final, en unos términos que le producirán el mayor recelo: me ofrezco a escribir el prólogo de su próximo libro.

ARTHUR C. CLARKE

Colorabo, Sri Lanka

EL CAMINO HACIA EL MAR

Repasando mis archivos, encuentro que terminé El camino hacia el mar hace más de cuarenta años. Poco más necesito decir acerca de él, salvo que anticipa o resume todos los temas que he desarrollado con más detalle en obras posteriores, sobre todo en La ciudad y las estrellas y en Cánticos de la lejana Tierra.

Una cuestión poco importante: me hace gracia ver que predije no sólo el invento de los músicos ultratransportables, sino también en rápida transformación en tal amenaza pública que habría que prohibirlos. La segunda parte de esta profecía, ¡ay!, no se ha cumplido aún.

Estaban cayendo las primeras hojas del otoño cuando Durven se reunió con su hermano en el promontorio, junto a la Esfinge de Oro. Dejó su bólido entre los matorrales de la orilla de la carretera, caminó hasta el borde del monte y miró abajo hacia el mar. El viento crudo que soplaba sobre las marismas amenazaba con una helada temprana, pero en el fondo del valle, Shastar la Bella aún disfrutaba de calor al amparo de su medialuna de montes. Sus muelles vacíos soñaban bajo la pálida luz del sol poniente, y el mar azul batía delicadamente sus flancos de mármol. Al mirar de nuevo hacia abajo y ver las calles y los jardines de su juventud, Durven sintió que flaqueaba su resolución. Se alegraba de encontrarse con Hannar aquí, a kilómetro y medio de la ciudad, y no entre las vistas y los ruidos que le harían recordar su infancia.

Hannar era una pequeña mancha en el fondo de la cuesta, que subía con su peculiar calma y tranquilidad. Durven habría podido encontrarse enseguida con él si hubiera utilizado el bólido, pero sabía que su hermano no se lo habría agradecido si lo hubiese hecho. Le esperaba por tanto al abrigo de la gran Esfinge, caminando a veces con rapidez de un lado a otro para conservar el calor. En un par de ocasiones fue hasta la cabeza del monstruo y miró hacia arriba, a la cara inmóvil que parecía contemplar la ciudad y el mar. Recordó que de pequeño, en los jardines de Shastar, había visto recortarse contra el cielo aquella forma agazapada y se había preguntado si estaría viva.

Hannar no parecía más viejo que la última vez que se habían visto, hacía de esto veinte años. Conservaba todavía el pelo negro y espeso, y su cara no tenía arrugas pues pocas cosas turbaban la vida tranquila de Shastar y de su gente. Esto parecía injusto, y Durven, cuya cabeza se había vuelto gris con los años de continuo trabajo, sintió una rápida punzada de envidia.

Sus saludos fueron breves, pero no desprovistos de calor. Entonces Hannar se acercó a la nave, que reposaba en su lecho de brezos y aplastadas aulagas. Dio unos golpecitos con su bastón sobre el curvado metal y se volvió a Durven.

—Es muy pequeña. ¿Has ido en ella durante todo el viaje?

—No; sólo desde la Luna. He venido desde el Proyecto en un avión de línea cien veces mayor.

—¿Y dónde está el Proyecto? ¿O es que no quieres que lo sepamos?

—No hay ningún secreto. Estamos construyendo las naves en un espacio más allá de Saturno, donde la gravedad solar es casi nula y se necesita poco impulso para enviarlas fuera del sistema solar.

Hannar señaló con su bastón las aguas azules debajo de ellos, el mármol de colores de las pequeñas torres y las anchas calles con su lento tráfico.

—Lejos de todo esto, en la oscuridad y la soledad..., ¿en busca de qué?

Durven apretó los labios en una fina línea resuelta.

—Recuerda —dijo pausadamente— que he pasado toda una vida fuera de la Tierra.

—¿Y esto te ha traído la felicidad? —continuó Hannar, implacable.

Durven guardó un momento de silencio.

—Me ha traído más que esto —respondió al fin—. He empleado mis facultades hasta el máximo y he saboreado triunfos que no puedes imaginarte. El día que regresó al sistema solar la Primera Expedición fue como toda una vida en Shastar.

—¿Crees —preguntó Hannar— que construiréis ciudades más hermosas que ésta bajo aquellos soles extraños, cuando hayáis dejado nuestro mundo para siempre?

—Si sentimos este impulso, sí. En caso contrario construiremos otras cosas. Pero debemos construir. ¿Y qué ha creado tu pueblo durante los últimos cien años?

—No pienses que hemos estado completamente ociosos porque no hayamos construido máquinas, porque hayamos vuelto la espalda a las estrellas y estemos contentos con nuestro propio mundo. Aquí, en Shastar, hemos creado un estilo de vida que no ha sido superado jamás. Hemos estudiado el arte de vivir; nuestra aristocracia es la primera en la que no hay esclavos. Éste es nuestro logro, y por él nos juzgará. la Historia.

—Estoy de acuerdo —replicó Durven—, pero no olvides que vuestro paraíso fue construido por científicos que tuvieron que luchar como nosotros para conseguir que sus sueños se convirtiesen en realidad.

—No siempre triunfaron. Los planetas los derrotaron una vez. ¿Por qué habrían de ser más acogedores los mundos de otros soles?

Era una buena pregunta. Después de quinientos años, el recuerdo del primer fracaso seguía siendo amargo. ¡Con qué sueños y esperanzas se había lanzado el hombre hacia los planetas a finales del siglo XX! Pero los había encontrado no sólo áridos y sin vida sino furiosamente hostiles. Desde el fuego amenazador de los mares de lava de Mercurio hasta los glaciares de nitrógeno sólido de Plutón, no había ningún lugar, fuera de su propio mundo, en el que pudiese vivir sin protección; y había vuelto a su propio mundo después de un siglo de lucha inútil.

Sin embargo, el sueño no se había extinguido del todo; cuando se abandonó el plan, quedaron todavía algunos que se atrevían a soñar en las estrellas. De aquel sueño había nacido al fin el Viaje Trascendental, la Primera Expedición y, ahora, el vino embriagador del éxito tardío.

—Hay cincuenta estrellas de tipo solar dentro de un radio de diez años de vuelo desde la Tierra —respondió Durven—, y casi todas ellas tienen planetas. Ahora creemos que la posesión de planetas es casi tan característica de las estrellas de tipo G como su espectro, aunque no sabemos la razón. Por esto, la búsqueda de mundos como la Tierra tenía que triunfar necesariamente con el tiempo. No creo que fuésemos particularmente afortunados al encontrar tan pronto Edén.

—¿Edén? ¿Es así como habéis llamado a vuestro nuevo mundo?

—Sí; parecía un nombre adecuado.

—¡Los científicos sois unos románticos incurables! Tal vez el nombre no ha sido bien elegido. Recuerda que la vida en el primer Edén no fue muy favorable para el hombre.

Durven sonrió débilmente.

—Esto depende del punto de vista de cada uno —dijo. Señaló hacia Shastar, donde habían empezado a encenderse las primeras luces—. Si nuestros antepasados no hubiesen comido del Árbol de la Ciencia, nunca habrías podido decir esto.

—¿Y qué crees que sucederá ahora? —preguntó amargamente Hannar—. Cuando hayáis abierto el camino a las estrellas, toda la fuerza y el vigor de la raza se escaparán de la Tierra, como de una herida abierta.

—No digo que no. Ha ocurrido antes y volverá a ocurrir. Shastar seguirá la suerte de Babilonia, de Cartago, de Nueva York. El futuro se construye sobre las ruinas del pasado;

la sabiduría está en enfrentarse con este hecho, no en luchar contra él. Yo he querido a Shastar tanto como tú; tanto que ahora, aunque no volveré a verla, no me atrevo a bajar a sus calles. Me preguntas qué pasará, y te lo voy a decir. Lo que estamos haciendo sólo apresurará el fin. Incluso hace veinte años, cuando estuve aquí por última vez, sentí que mi voluntad era socavada por el ritual sin objeto de vuestras vidas. Pronto pasará lo mismo en todas las ciudades de la Tierra, pues todas imitan a Shastar. Creo que el Viaje no ha sido prematuro; tal vez incluso tú me creerías si hubieses hablado con los hombres que han vuelto de las estrellas, y sentirías circular la sangre con más fuerza por tus venas después de estos siglos de sueño. Porque tu mundo se está muriendo, Hannar; lo que tenéis ahora puede durar todavía muchos siglos, pero en definitiva se os escapará de las manos. El futuro es nuestro; os dejaremos con vuestros sueños. También nosotros hemos soñado y ahora haremos que nuestros sueños se conviertan en realidad.

La última luz se reflejaba en la frente de la Esfinge al hundirse el sol en el mar y hacerse la noche, pero no la oscuridad.

Las anchas calles de Shastar eran ríos luminosos por los que circulaban innumerables puntos móviles; las torres y los pináculos estaban adornados con luces de colores, y llegaba el débil sonido de una música llevada por el viento al hacerse lentamente a la mar una embarcación de placer. Durven observó con una débil sonrisa cómo se apartaba del muelle curvo. Hacía quinientos años o más que había descargado el último barco mercante, pero mientras hubiese mar los hombres navegarían en él.

Había poco más que decir, y Hannar se quedó solo en lo alto del monte, con la cabeza levantada hacia las estrellas. No volvería a ver a su hermano; el sol, que se había apartado de su vista por unas pocas horas, pronto se apagaría definitivamente para Durven al hundirse en el abismo del espacio.

Shastar resplandecía, despreocupada, en la oscuridad, junto a la orilla del mar. Para Hannar, embargado por los presentimientos, su funesto destino se acercaba a marchas forzadas. Era verdad lo que había dicho Durven; el éxodo estaba a punto de empezar.

Hacía diez mil años, otros exploradores habían salido de las primeras ciudades de la humanidad para descubrir nuevas tierras. Las habían encontrado y nunca habían vuelto, y el Tiempo había devorado sus moradas abandonadas. Lo mismo le sucedería a Shastar la Bella.

Hannar se apoyó pesadamente en su bastón y descendió despacio la cuesta, hacia las luces de la ciudad. La Esfinge le observó con indiferencia al desvanecerse su figura en la distancia y en la sombra.

Y todavía estaba observando, quinientos años más tarde.

Brant aún no había cumplido veinte años cuando su pueblo fue expulsado de sus hogares y llevado hacia el oeste a través de dos continentes y un océano, llenando el éter de lastimeros gritos de maltratada inocencia. Recibían pocas muestras de simpatía del resto del mundo, pues toda la culpa había sido de ellos y no podían alegar que el Consejo Supremo hubiese actuado duramente. Les había enviado una docena de avisos y no menos de cuatro ultimátums antes de emprender de mala gana la acción. Entonces, un día, una pequeña nave provista de un fuerte radiador acústico había llegado a trescientos metros de altura sobre el pueblo y había empezado a emitir varios kilovatios de ronco ruido. Al cabo de unas pocas horas, los rebeldes habían capitulado y empezado a hacer sus bártulos. La flota de transporte había llegado una semana más tarde y los había trasladado, todavía protestando a gritos, a sus nuevos hogares en el otro lado del mundo.

Y así se había cumplido la Ley, la Ley que ordenaba que ninguna comunidad debía permanecer en el mismo lugar durante más de tres generaciones. La obediencia significaba cambio, significaba la destrucción de tradiciones y el desarraigo de antiguos y amados hogares. Este había sido el objetivo de la Ley, dictada cuatro mil años antes, pero el estancamiento que había pretendido evitar no podría impedirse durante mucho más tiempo. Llegaría un día en que no habría ninguna organización central para imponerla, y los pueblos desparramados permanecerían donde estaban hasta que el Tiempo los devorase, como había hecho con las antiguas civilizaciones de las que eran herederos.

La gente de Chaldis había tardado tres meses enteros en construir nuevas casas, talar dos kilómetros cuadrados de bosque, plantar algunos huertos innecesarios de frutales exóticos, encauzar un río y demoler una colina que ofendía su sensibilidad estética. Fue una obra impresionante, y todo fue perdonado cuando el supervisor local hizo una visita de inspección un poco más tarde. Entonces Chaldis observó con gran satisfacción cómo se elevaban en el cielo los transportes, las máquinas excavadoras y todos los avíos de una civilización móvil y mecanizada. Apenas se había desvanecido el ruido de su partida cuando el pueblo, como un solo hombre, se relajó una vez más en la pereza, que sinceramente esperaba que nada turbase al menos durante otro siglo.

A Brant le había gustado mucho aquella aventura. Desde luego, sentía perder el hogar donde había transcurrido su infancia; ya no volvería a subir a la orgullosa y solitaria montaña que se erguía junto a su pueblo natal. No había montañas en esta tierra; sólo colinas bajas y onduladas y valles fértiles, donde habían crecido los bosques durante milenios, desde que la agricultura había tocado a su fin. También hacía más calor que en su antiguo país, pues estaban más cerca del ecuador y habían dejado atrás los crudos

inviernos del norte. El cambio había sido para bien; en casi todos los aspectos, pero durante uno o dos años la gente de Chaldis sentiría una consoladora sensación de martirio.

Estas cuestiones políticas no preocupaban lo más mínimo a Brant. En aquel momento, todo un curso de la historia humana, desde las épocas oscuras hasta el futuro desconocido, era mucho menos importante que la cuestión de Yradne y sus sentimientos para con él. Se preguntaba qué estaría haciendo Yradne ahora y trataba de inventar una excusa para ir a verla. Pero esto significaría encontrarse con sus padres, que pensarían que su visita era de simple cortesía.

En vez de esto, decidió ir al taller, aunque sólo fuese para observar los movimientos de Jon. Lo de Jon era una lástima; habían sido muy buenos amigos hasta hacía poco tiempo. Pero el amor era el peor enemigo de la amistad y, hasta que Yradne eligiese entre ellos dos, permanecerían en un estado de neutralidad armada.

El pueblo se extendía aproximadamente un kilómetro y medio a lo largo del valle, con sus nuevas y limpias casas dispuestas en calculado desorden. Unas cuantas personas iban de un lado a otro sin prisas, o chismorreaban en pequeños grupos al pie de los árboles. Brant tuvo la impresión de que todos le seguían con la mirada al pasar y que hablaban de él, presunción que era perfectamente correcta. En una comunidad cerrada de poco más de mil personas sumamente inteligentes, nadie podía confiar en tener una vida privada.

El taller estaba en un claro, al final del pueblo, donde su suciedad general causaba la menor molestia posible. Se hallaba rodeado de máquinas medio desmontadas que el viejo Johan no había empezado a reparar. Una de las tres aeronaves de la comunidad yacía, con las cuadernas desnudas expuestas al sol, en el mismo sitio donde había sido dejada semanas atrás con una solicitud de reparación inmediata. El viejo Johan la repararía un día, pero a su debido tiempo.

La ancha puerta del taller estaba abierta y desde el interior, brillantemente iluminado, llegaba el sonido chirriante de metal al tallar las máquinas automáticas alguna nueva forma a voluntad de su dueño. Brant pasó cuidadosamente entre las atareadas esclavas hasta la relativa tranquilidad del fondo del taller.

El viejo Johan estaba tumbado en un sillón demasiado cómodo, fumando una pipa. Parecía como si no hubiese trabajado jamás en toda su vida. Era un hombrecillo pulcro, con una barba cuidadosamente cortada en punta, y sólo sus brillantes y móviles ojos daban señales de animación. Se le habría podido tomar por un poeta de segundo orden —y él se imaginaba serlo—, pero nunca por un herrero de pueblo.

—¿Buscas a Jon? —dijo entre bocanadas de humo—. Está por ahí, haciendo algo para esa chica. No sé lo que veis en ella.

Brant se ruborizó un poco. Estaba a punto de responder algo cuando una de las máquinas empezó a reclamar con fuerza la atención del dueño. El viejo Johan salió de la habitación en un santiamén y, durante unos instantes, se oyeron a través de la puerta crujidos, golpes y muchas palabrotas. Pero el hombre volvió poco después a su sillón, confiando visiblemente en que no le molestasen durante un rato.

—Deja que te explique una cosa, Brant —prosiguió, como si no les hubiesen interrumpido—. Dentro de veinte años será exactamente igual que su madre. ¿Has pensado alguna vez en esto?

Brant no lo había pensado y se estremeció ligeramente. Pero veinte años son una eternidad para los jóvenes; si ahora podía conquistar a Yradne, el futuro cuidaría de sí mismo. Esto es más o menos lo que le dijo a Johan.

—Haz lo que te parezca —respondió el herrero, sin brusquedad—. Supongo que si todos hubiésemos sido tan previsores, la humanidad se habría extinguido hace un millón de años. ¿Por qué no jugáis una partida de ajedrez como personas sensatas, para decidir quién la tendrá primero?

—Brant haría trampa —respondió Jon, apareciendo de pronto en la entrada y llenándola casi por completo.

Era un joven corpulento y de buena planta, en total contraste con su padre, y traía una hoja de papel cubierta de diseños de mecánica. Brant se preguntó qué clase de regalo estaba preparando para Yradne.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, con interesada curiosidad.

—¿Por qué habría de decírtelo? —preguntó amablemente Jon—. Dame una buena razón.

Brant se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que no es importante; sólo pretendía ser cortés.

—Pues no te pases —replicó el herrero—. La última vez que fuiste cortés con Jon, llevaste un ojo a la funerala durante una semana. ¿Te acuerdas? —Se volvió a su hijo y añadió bruscamente—: Veamos estos dibujos, para que pueda decirte por qué no puede hacerse esto.

Examinó con mirada crítica los diseños, mientras Jon daba crecientes señales de inquietud. Johan lanzó por fin un gruñido de desaprobación y dijo:

—¿Dónde vas a conseguir las piezas? No hay ninguna que sea corriente y la mayoría son submicro. Jon miró esperanzado alrededor del taller.

—No hay muchas —dijo—. Es un trabajo sencillo, y me preguntaba si...

—...Si te dejaría enredar con los integradores para tratar de confeccionar las piezas. Bueno, ya hablaremos de esto. Brant, mi hijo trata de demostrar que además de músculos posee talento. Y para ello no se le ha ocurrido otra cosa que fabricar un juguete que quedó anticuado hace unos cincuenta siglos. Espero que podáis hacer algo mejor que esto. Mirad, cuando yo tenía vuestra edad...

Su voz y sus recuerdos se extinguieron en el silencio. Yradne había llegado del estruendoso taller y los estaba observando desde el umbral con una débil sonrisa en los labios.

Es probable que si se hubiese pedido a Brant y a Jon que describiesen a Yradne, habría parecido que hablaban de dos personas diferentes, aunque habría habido alguna coincidencia superficial, desde luego. Los dos habrían convenido en que su pelo era castaño; sus ojos, grandes y azules, y su piel del más raro de los colores: casi de un blanco perlino. Pero a Jon le parecía una criatura frágil, una criatura para ser mimada y protegida; en cambio para Brant, su confianza en sí misma y su total aplomo eran tan evidentes que desesperaba de poder servirle de algo. Esta diferencia de opinión se debía en parte a que Jon tenía quince centímetros más de estatura que Brant y nueve más de cintura, pero sobre todo a razones psicológicas más profundas. La persona a quien uno ama nunca existe realmente; es sólo una proyección a través de la lente de la mente sobre la pantalla que más se le adapta sin desfigurarla. Brant y Jon tenían ideales diferentes y cada uno creía que Yradne encarnaba el suyo. Esto no la habría sorprendido en absoluto, pues pocas cosas la sorprendían.

—Voy a bajar al río —dijo—. He llamado a tu casa al pasar, Brant, pero habías salido.

Estas palabras fueron como una bofetada para Jon, pero ella se corrigió al instante.

—Pensé que tú habrías salido con Lorayne o con alguna otra chica, pero sabía que encontraría a Jon en casa.

Jon pareció muy halagado por esta impensada e inexacta observación. Enrolló sus dibujos y se metió corriendo en la casa, gritando satisfecho:

—¡Espérame! ¡Vuelvo enseguida!

Brant no apartó la mirada de Yradne, mientras se apoyaba incómodo en uno y otro pie. En realidad, ella no había invitado a ninguno de los dos a acompañarla y, mientras no le despidiese definitivamente, se mantendría en su sitio. Pero recordó un antiguo adagio que decía que si dos eran buena compañía, en cambio tres eran todo lo contrario.

Jon regresó, envuelto en una sorprendente capa verde, con franjas rojas en diagonal en los lados. Sólo un hombre muy joven podía quedar bien con aquella prenda e incluso

Jon a duras penas lo conseguía. Brant se preguntó si era el momento de ir corriendo a casa y ponerse algo todavía más deslumbrador, pero el riesgo era demasiado grande. Sería como huir frente al enemigo; tal vez la batalla habría terminado cuando volviese con refuerzos.

—¡Cuánta gente! —observó el viejo Johan cuando se marchaban—. ¿Os importa que vaya yo también?

Los muchachos parecieron confusos, pero Yradne lanzó una risa alegre y contagiosa. Él se quedó durante un rato en la puerta exterior, sonriendo mientras los jóvenes se alejaban entre los árboles y descendían la larga cuesta tapizada de hierba en dirección al río. Pero pronto dejó de seguirlos con la mirada y se perdió en los sueños más vanos que puede acariciar un hombre; los sueños de su propia juventud perdida. Pronto volvió la espalda a la luz del sol, dejó de sonreír y desapareció en el tumulto del taller.

Ahora que el sol que subía hacia el norte estaba pasando por el ecuador, los días serían más largos que las noches y el invierno habría terminado. Los innumerables pueblos de todo el hemisferio se estaban preparando para saludar a la primavera. Con la agonía de las grandes ciudades y la vuelta del hombre a los campos y a los bosques, la gente había vuelto también a muchas de las antiguas costumbres que habían estado dormitando durante mil años de civilización urbana. Algunas de estas costumbres habían sido resucitadas por los antropólogos y los ingenieros sociales del tercer milenio, cuyo genio había conservado muchos esquemas de cultura humana a través de los siglos. Así, el equinoccio de primavera era celebrado todavía con ritos que, a pesar de ser sofisticados, habrían parecido menos extraños al hombre primitivo que a la gente de las ciudades industriales cuyo humo había contaminado antaño los cielos de la Tierra.

Las disposiciones para el Festival de Primavera eran siempre objeto de muchas intrigas y disputas entre los pueblos vecinos. Aunque representaban la interrupción de todas las demás actividades durante un mes como mínimo, todos los pueblos consideraban un gran honor su elección como sede de las celebraciones. Desde luego, no podía esperarse que una comunidad recién establecida, que se recobraba del trasplante, asumiese semejante responsabilidad. Sin embargo, los paisanos de Brant habían encontrado una manera ingeniosa de recobrar el favor y de lavar la mancha de su reciente desgracia. Había otros cinco pueblos en un radio de ciento sesenta kilómetros, y todos ellos habían sido invitados a Chaldis para el festival.

La invitación se había redactado con mucho cuidado. Insinuaba delicadamente que, por razones obvias, no se podía esperar que Chaldis ofreciera unas ceremonias tan perfectas como habría deseado, e insinuaba por tanto que si los invitados querían pasarlo

realmente bien, harían mejor yendo a otra parte. Chaldis esperaba como máximo una aceptación, pero la curiosidad de sus vecinos había pesado más que su sentido de superioridad moral. Todos habían respondido que estarían encantados de asistir, y Chaldis no había tenido manera de eludir sus responsabilidades. No hubo noche en el valle y se durmió poco en él. Muy por encima de los árboles, una hilera de soles artificiales ardían continuamente con un resplandor blancoazulado, desterrando las estrellas y la oscuridad, y convirtiendo en caos la rutina natural de todas las criaturas silvestres en muchas millas a la redonda. Aprovechando los días más largos y las noches más cortas, hombres y máquinas se afanaban en preparar el gran anfiteatro necesario para albergar a unas cuatro mil personas. En un aspecto al menos tuvieron suerte: no se necesitaba techo ni calefacción artificial en este clima. En la tierra que habían abandonado a su pesar, la capa de nieve debía de ser todavía muy gruesa a finales de marzo.

Brant se despertó temprano aquel gran día, con el ruido de las aeronaves que descendían del cielo encima de él. Se desperezó lentamente, preguntándose cuándo volvería a acostarse, pero se vistió enseguida. Una patada a un interruptor oculto, y el rectángulo de goma espuma, a un par de centímetros del nivel del suelo, quedó enteramente cubierto por una hoja rígida de plástico que se había desenrollado desde el interior de la pared. No hacía falta ropa en la cama porque la habitación se mantenía automáticamente a la temperatura del cuerpo. En muchos aspectos, la vida de Brant era más sencilla que la de sus remotos antepasados, gracias a los incesantes y casi olvidados esfuerzos de cinco mil años de ciencia.

La habitación estaba suavemente iluminada por la luz que se filtraba a través de una pared translúcida, y reinaba en ella un desorden increíble. La única parte despejada del suelo era la protegida por la cama, y probablemente habría, que limpiarla al anochecer. Brant era muy acaparador y no quería tirar nada. Era una característica nada frecuente en un mundo donde pocas cosas eran de valor porque podían hacerse muy fácilmente; pero los objetos que coleccionaba Brant no eran los que solían crear los integradores. En un rincón había un pequeño baúl arrimado a la pared y tallado en parte en forma vagamente antropomórfica. Había grandes trozos de piedra arenisca y de mármol desparramados por el suelo, en espera de que Brant decidiese trabajar en ellos. Las paredes estaban enteramente cubiertas de pinturas, abstractas en su mayoría. No hacía falta ser muy inteligente para deducir que Brant era un artista; lo que no resultaba tan fácil era saber si era bueno.

Se abrió paso entre los escombros y fue en busca de comida. No había cocina; algunos historiadores sostenían que ésta había sobrevivido hasta una fecha tan tardía como el año 2500 d. de C., pero que mucho antes la mayoría de las familias confeccionaban sus comidas y sus ropas. Brant entró en la sala de estar y se dirigió a una caja de metal empotrada en la pared a nivel del pecho. En el centro había algo que habría sido completamente familiar para cualquier ser humano de los últimos cincuenta siglos: un disco con diez dígitos. Brant marcó un número de cuatro cifras y esperó. No ocurrió nada. Con aire de contrariedad, oprimió un botón oculto y se abrió la puerta del aparato, revelando un interior que, según todas las normas, hubiese debido contener un apetitoso desayuno. Estaba completamente vacío.

Brant podía llamar a la máquina alimentadora central y pedir una explicación, pero probablemente no obtendría respuesta. Era evidente que el departamento de suministro de comida estaba tan ocupado preparando las celebraciones del día que tendría suerte si al fin conseguía desayunar algo. Anuló el circuito y probó de nuevo con un número poco empleado. Esta vez se oyó un ligero zumbido, se abrió la puerta y apareció una taza con un brebaje oscuro y humeante, unos pocos canapés de aspecto nada atractivo y una gran tajada de melón. Frunció la nariz y se preguntó cuánto tardaría la humanidad en volver a la barbarie. Brant despachó muy pronto su desayuno de repuesto.

Sus padres todavía dormían cuando salió sin hacer ruido de la casa a la ancha plaza cubierta de césped, del centro del pueblo. Aún era muy temprano y hacía fresco, pero el día era bueno y despejado, con esa frescura que raras veces persiste después de evaporarse el último rocío. Había algunas aeronaves posadas sobre el césped, de las que se apeaban pasajeros que se agrupaban o se desperdigaban para examinar Chaldis con ojos críticos. Mientras Brant observaba, una de las máquinas se elevó zumbando y dejó una débil estela de ionización. Un momento después la siguieron las otras; sólo podían transportar unas pocas docenas de pasajeros y tendrían que hacer muchos viajes antes de que terminase el día.

Brant se acercó a los visitantes, tratando de parecer seguro de sí mismo pero no tan reservado que le impidiese establecer contactos. La mayoría de los visitantes eran aproximadamente de su edad; los mayores llegarían a horas más razonables.

Le miraron con franca curiosidad, a la que él correspondió con muestras de interés. Observó que su piel era mucho más oscura que la suya y que sus voces eran más suaves y menos moduladas. Algunos incluso tenían un poco de deje, pues a pesar de un lenguaje universal y de la comunicación instantánea, todavía existían variantes regionales. Al

menos, Brant supuso que eran las que tenían acento; pero en un par de ocasiones vio que ellos sonreían un poco al oírle hablar.

Durante toda la mañana, los visitantes se reunieron en la plaza y luego se dirigieron hacia el gran campo que se había talado implacablemente en el bosque. Había en él tiendas de campaña y resplandecientes banderas, y risas y griterío, pues la mañana era para que se divirtiesen los jóvenes. Aunque Atenas había quedado diez mil años atrás en el río del tiempo, como un faro que nunca acababa de extinguirse, los deportes apenas habían cambiado desde las primeras Olimpíadas. Los hombres todavía corrían, saltaban, luchaban y nadaban; pero lo hacían mucho mejor que sus antepasados. Brant era un buen corredor en distancias cortas y consiguió quedar tercero en los cien metros. Su tiempo pasó muy poco de los ocho segundos, pero no fue muy bueno porque el récord estaba a menos de siete. Brant se habría sorprendido muchos si le hubiesen dicho que hubo un tiempo en que nadie del mundo podía acercarse a su marca.

Jon se divertía mucho derribando a jóvenes aún más corpulentos que él sobre el paciente césped, y cuando se sumaron los resultados de la mañana, Chaldis tenía más puntos que cualquiera de los visitantes, aunque había sido primero en pocas ocasiones.

Al acercarse el mediodía, la muchedumbre empezó a bajar como una ameba al Claro de los Cinco Robles, donde los sintetizadores moleculares habían estado trabajando desde muy temprano para llenar cientos de mesas de comida. Se había necesitado mucha habilidad para preparar los prototipos que estaban siendo reproducidos con absoluta fidelidad hasta el último átomo; aunque la mecánica de la producción de alimentos había cambiado completamente, el arte del chef había sobrevivido e incluso alcanzado éxitos en los que la naturaleza no había tenido ninguna participación.

La principal actividad de la tarde consistió en una larga sesión poética, un pastiche montado con considerable habilidad a base de obras de poetas cuyos nombres hacía siglos que se habían olvidado. En conjunto, Brant lo encontró aburrido, aunque algunos hermosos versos quedaron grabados en su memoria:

Pues la lluvia y las ruinas de invierno han terminado, y toda la estación de nieves y pecado,..

Brant conocía bien la nieve y se alegraba de haberla dejado atrás. En cambio, el pecado era una palabra arcaica que había caído en desuso hacía tres o cuatro mil años; pero tenía una resonancia ominosa y excitante.

No había podido reunirse con Yradne hasta casi el anochecer, cuando ya había empezado el baile. En lo alto del valle se habían encendido luces flotantes, que

inundaban los bosques con tonos siempre cambiantes de azul, rojo y amarillo. En parejas y tríos, y después a docenas y a cientos, los que bailaban entraron en el gran óvalo del anfiteatro, hasta que éste se convirtió en un mar de formas que giraban y reían. Aquí había al fin algo en lo que Brant podía superar con mucho a Jon, y se dejó llevar por la oleada de pura diversión física.

La música recorría todo el espectro de la cultura humana. En un momento dado, el aire palpitaba con el redoble de tambores que podía haber tenido su origen en una selva primigenia, cuando el mundo era joven, y un momento después, sutiles aparatos electrónicos urdían intrincadas composiciones en cuartos de tono. Las estrellas observaban melancólicamente mientras se deslizaban en el cielo, pero nadie las veía ni pensaba en el paso del tiempo.

Brant había bailado con muchas chicas antes de encontrar a Yradne. Estaba hermosa y resplandeciente. Disfrutaba de la vida y no parecía tener mucha prisa en reunirse con él, pues había muchos jóvenes entre los que elegir. Pero al fin bailaron juntos en aquel torbellino y Brant se sintió muy contento al pensar quejón probablemente les estaba observando, ceñudo, desde lejos.

Salieron de la pista de baile durante una pausa de la música, porque Yradne dijo que estaba un poco cansada. Esto le convenía mucho a Brant. Se sentaron juntos al pie de uno de los grandes árboles, observando el flujo y el reflujo de vida a su alrededor con esa despreocupación propia de momentos de total relajamiento.

Fue Brant quien rompió el silencio. Tenía que hacerlo, porque podía pasar mucho tiempo antes de que se le presentase otra oportunidad.

—Yradne —dijo—, ¿por qué me has estado evitando?

Ella lo miró con ojos inocentes.

—Oh, Brant —respondió—, ¡qué cosas dices! Sabes que no es verdad. Me gustaría que no fueses tan celoso. No puedo andar siempre detrás de ti.

—De acuerdo —convino Brant con voz apagada, preguntándose si se estaba poniendo en ridículo.

Pero ya que habían empezado, lo mejor era continuar.

—Mira, algún día tendrás que decidir entre él y yo. Si sigues demorándolo, podrías quedarte solterona como tus dos tías.

Yradne soltó una risa cantarina y echó la cabeza atrás, regocijada, al pensar que podía volverse vieja y fea.

—Si eres tan impaciente —replicó—, será mejor que confíe en Jon. ¿Has visto lo que me ha regalado?

—No —dijo Brant, con el corazón encogido.

—¡Pues sí que eres observador...! ¿No te has fijado en este collar?

Yradne lucía sobre el pecho muchas joyas suspendidas del cuello por una fina cadena de oro. El collar era bonito, pero no había nada en él particularmente novedoso, y Brant no perdió tiempo en comentarlo. Yradne le dirigió una sonrisa misteriosa y se llevó los dedos al cuello. El aire se llenó al instante de un sonido musical, que primero se mezcló con la música de fondo del baile y después la dominó completamente.

—¿Lo ves? —indicó con orgullo—. Vaya donde vaya, puedo llevar música conmigo. Jon dice que hay tantos miles de horas guardadas en él que nunca sabré cuándo empezará a repetirse. ¿No te parece maravilloso?

—Tal vez lo sea —refunfuñó Brant—. Pero desde luego no es nuevo. Hubo un tiempo en que todo el mundo solía llevar esta clase de cosas, hasta que desapareció el silencio de la Tierra y tuvieron que prohibirlas. Piensa en el caos que se produciría si todos las llevásemos...

Yradne se apartó de él, malhumorada.

—¡Ya estamos otra vez! Siempre celoso de lo que tú no puedes hacer. ¿Qué me has regalado que sea la mitad de sorprendente y de útil que esto? Me voy... y no trates de seguirme.

Brant se quedó pasmado y boquiabierto por la violencia de la reacción de Yradne. Entonces le gritó, mientras ella se alejaba:

—¡Eh, Yradne, yo no quería...!

Pero ella se había ido.

Salió del anfiteatro muy enfadado. De nada le servía considerar la causa del exabrupto de Yradne. Sus observaciones, aunque bastante malévolas, habían sido verdaderas, y a veces no hay nada más irritante que la verdad. El regalo de Jon era un juguete ingenioso pero trivial, sólo interesante porque ahora era único.

Una de las cosas que ella le había dicho todavía le estaba atormentando. ¿Qué era lo que él le había regalado a Yradne? No tenía nada, salvo sus pinturas, y lo cierto es que no eran muy buenas. Ella no había mostrado el menor interés cuando él le había ofrecido algunas de las mejores; le había costado mucho explicarle que no era pintor de retratos, y que no se atrevía a pintar el suyo. Ella nunca había comprendido aquello, y a él le había resultado muy difícil no herir sus sentimientos. A Brant le gustaba inspirarse en la Naturaleza, pero nunca copiaba lo que veía. Cuando terminaba uno de sus cuadros (cosa que sólo ocurría en ocasiones), a menudo el título era la única manera de saber lo que representaba.

Todavía resonaba a su alrededor la música de baile, pero él ya había perdido todo interés; no podía soportar el ver a otra gente divirtiéndose. Decidió alejarse de la muchedumbre, y el único lugar tranquilo en que se le ocurrió pensar fue la orilla del río, al final de la brillante alfombra de musgo recién plantado que discurría a través del bosque.

Se sentó cerca del agua y se puso a arrojar ramitas a la corriente y a observar cómo se las llevaba el río.

De vez en cuando pasaba gente solitaria pero generalmente iban en parejas y no se fijaban en él. Brant los miraba con envidia y pensaba que sus asuntos no marchaban bien.

Pensó que casi sería mejor que Yradne se decidiese por Jon; así se acabaría su angustia. Pero ella no daba la menor señal de preferir a uno de los dos. Tal vez se estaba divirtiendo a sus expensas, como sostenían algunos, sobre todo el viejo Johan, aunque también era probable que fuese incapaz de elegir. Brant pensó malhumorado que era preciso que uno de los dos hiciese algo realmente espectacular que el otro no pudiese superar.

—¡Hola! —dijo una vocéenla a sus espaldas.

Se volvió y miró por encima del hombro. Una niña de unos ocho años lo estaba observando, con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, como un gorrión curioso.

—¡Hola! —respondió él, sin entusiasmo—. ¿Por qué no estás donde el baile?

—¿Y tú por qué no bailas? —replicó la niña con viveza.

—Estoy cansado —dijo Brant, confiando en que fuese una excusa adecuada—. No deberías andas sola por ahí. Podrías perderte.

—Ya me he perdido —repuso ella, satisfecha, sentándose a su lado—. Pero me gusta.

Brant se preguntó de qué pueblo habría venido; era una criatura muy linda, pero aún lo sería más con menos chocolate en la cara. Por lo visto había puesto fin a su soledad.

Ella lo miró, con esa fijeza desconcertante que raras veces sobrevive a la infancia, tal vez por fortuna.

—¡Ya sé lo que te pasa! —exclamó de pronto.

—¿De veras? —preguntó Brant, con cortés escepticismo.

—¡Estás enamorado!

Brant dejó caer la ramita que estaba a punto de arrojar al río y se volvió para observar a su inquisidora. Esta lo miraba con tan solemne compasión que la morbosa lástima que sentía de sí mismo se transformó al instante en una estruendosa carcajada. La niña pareció muy ofendida y él se dominó rápidamente.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó con una gran seriedad.

—He leído todo sobre esto —respondió ella solemnemente—. Y una vez vi una película en la que había un hombre que bajaba al río y se sentaba en la orilla, como tú, y de pronto se arrojaba al agua. Después sonaba una música muy bonita.

Brant miró reflexivamente a la precoz criatura y se alegró de que no perteneciese a su comunidad.

—Siento no poder poner la música —se excusó gravemente—, pero en todo caso el río no es lo bastante profundo.

—Más lejos sí lo es —replicó ella, solícita—. Aquí es un río pequeño; no crece hasta que sale de los bosques. Lo vi desde la aeronave.

—¿Y qué ocurre después? —preguntó Brant, contento de que la conversación hubiese tomado un rumbo más inocuo—. Supongo que desemboca en el mar, ¿no?

Ella hizo un gesto vulgar de disgusto.

—¡Claro que no, tonto! Todos los ríos de este lado de los montes van a parar al Gran Lago. Ya sé que es tan grande como un mar, pero el verdadero mar está al otro lado de los montes.

Brant había aprendido muy poco sobre los detalles geográficos de su nuevo país, pero se dio cuenta de que la niña estaba en lo cierto. El océano estaba a menos de treinta kilómetros al norte, pero separado de ellos por una cadena de montes bajos. A ciento cincuenta kilómetros tierra adentro estaba el Gran Lago, que daba vida a tierras que habían sido desiertos antes de que los ingenieros geólogos diesen nueva forma a este continente.

La niña precoz estaba haciendo un mapa con ra-mitas y explicando pacientemente esta materia a un discípulo bastante obtuso.

—Nosotros estamos aquí —señaló—, y aquí están el río y los montes, y el lago está junto a tu pie. El mar se encuentra aquí... y ahora te diré un secreto.

—¿Qué secreto?

—¡Nunca lo adivinarías!

—Supongo que no.

Ella bajó la voz, en un murmullo confidencial.

—Si vas a lo largo de la costa, que no está muy lejos de aquí, llegarás a Shastar.

Brant quiso parecer que estaba impresionado, pero no lo consiguió.

—¡No creo que nunca hayas oído hablar de ella! —gritó la niña, profundamente disgustada.

—Lo siento —replicó Brant—. Supongo que era una ciudad, y algo leí sobre ella en alguna parte. Pero, mira, hubo tantas ciudades, como Cartago, Chicago, Babilonia y Berlín, que es imposible recordarlas todas. Y además, todas desaparecieron.

—Pero Shastar no. Todavía está allí.

—Bueno, algunas de las últimas que construyeron aún se conservan, más o menos, y la gente va a menudo a visitarlas. A unos ochocientos kilómetros de mi antiguo pueblo hubo una ciudad muy grande llamada...

—Shastar no es una ciudad vieja cualquiera —le interrumpió la niña, con aire misterioso—. Mi abuelo me habló de ella; estuvo allí. No se ha estropeado nada, y está llena de cosas maravillosas que no hay en ningún otro sitio.

Brant sonrió para sus adentros. Las ciudades desiertas de la Tierra habían dado origen a leyendas durante muchísimos siglos. Debía hacer cuatro o cinco mil años que Shastar había sido abandonada. Si sus edificios estaban todavía en pie, cosa desde luego muy posible, sin duda haría siglos que habría sido despojada de todo lo que hubiese en ella de valioso. El abuelo habría estado inventando bonitos cuentos de hadas para distraer a la pequeña. A Brant le resultó simpático.

La niña siguió hablando, sin reparar en su escepticismo. Brant prestó poca atención a sus palabras, intercalando un cortés «sí» o un «imagínate» cuando lo requería la ocasión. De pronto, se hizo el silencio.

Él levantó la cabeza y vio que la niña estaba mirando fijamente, y con no poca contrariedad, hacia la avenida flanqueada de árboles que dominaba el panorama.

—Adiós —se despidió bruscamente—. Tengo que esconderme en otra parte; viene mi hermana.

Y se marchó con la misma rapidez con que había llegado. Brant pensó que su familia debía de perder mucho tiempo buscándola; pero a él le había hecho un favor librándolo de su tristeza.

Pocas horas después se dio cuenta de que la niña había hecho mucho más.

Simón estaba apoyado en la jamba de la puerta, viendo pasar la gente, cuando Brant acudió en su busca. Por lo general, la gente apretaba un poco el paso al cruzar por delante de la puerta de Simón, pues era de una locuacidad inagotable y, cuando atrapaba a una víctima, ésta tardaba una hora o más en escapar. Era muy extraño que alguien cayese voluntariamente en sus garras, como ahora estaba sucediendo con Brant.

Lo malo de Simón era que tenía una inteligencia privilegiada, pero era demasiado perezoso para utilizarla. Tal vez habría sido más afortunado si hubiese nacido en una era

de mayor energía, pues todo lo que había podido hacer en Chaldis era aguzar su ingenio a expensas de otras personas, lo cual le había dado más fama que popularidad. Pero resultaba indispensable, pues era un almacén de conocimientos, la mayoría de ellos totalmente exactos.

—Simón —dijo Brant, sin el menor preámbulo—, quiero aprender un poco sobre este país. Los mapas no me dicen gran cosa; son demasiado nuevos. ¿Cómo era esto antiguamente?

Simón se rascó la poblada cabeza.

—No creo que fuese muy diferente de como es ahora. ¿A qué antigüedad te refieres?

—A los tiempos en que había ciudades.

—Desde luego, no había tantos árboles. Probablemente ésta era una región agrícola, donde se producían alimentos. ¿Viste aquella máquina de labranza que extrajeron cuando se construyó el anfiteatro? Debía ser muy antigua; ni siquiera era eléctrica.

—Sí que la vi —dijo Brant con impaciencia—. Pero habíame de las ciudades que había por aquí. Según el mapa, había una llamada Shastar a unos cientos de kilómetros al oeste, junto a la costa. ¿Sabes algo sobre ella?

—Shastar... —repitió Simón, tratando de ganar tiempo—. Un lugar muy interesante; creo que incluso tengo por ahí una fotografía de ella. Espera un momento; voy a ver si la encuentro.

Desapareció en el interior de la casa y durante casi cinco minutos llevó a cabo una exhaustiva búsqueda en su biblioteca, aunque un hombre de la era de los libros difícilmente lo habría deducido de sus acciones. Todos los registros que poseía Chaldis estaban encerrados en una caja de metal de un metro de lado; ésta contenía, encerrado a perpetuidad en diseños subatómicos, el equivalente de mil millones de volúmenes en letra impresa. Casi todos los conocimientos de la humanidad y la totalidad de la literatura superviviente, estaban ocultos allí.

Pero no se trataba de un simple almacén pasivo de sabiduría, porque tenía un bibliotecario. Cuando Simón le indicó lo que quería a la infatigable máquina, comenzó la busca gradual a través de una red casi infinita de circuitos. Sólo tardó una fracción de segundo en encontrar la información que necesitaba, pues le había dado el nombre y la fecha aproximada. Simón se relajó entonces, al proyectarse en su cerebro las imágenes mentales bajo una ligerísima autohipnosis. El conocimiento permanecería en su poder sólo durante unas pocas horas (suficientes para su fin) y después se extinguiría. Simón no deseaba llenar su bien organizada mente de cosas insubstanciales, y para él toda la historia del auge y la caída de las grandes ciudades era una digresión histórica sin

especial importancia. Era un episodio interesante, aunque lamentable, y pertenecía a un pasado que se había desvanecido de un modo irrevocable.

Brant estaba esperando pacientemente, cuando de pronto apareció Simón con su pinta de sabio.

—No he podido encontrar ninguna foto —dijo—. Mi esposa ha debido de hacer limpieza otra vez. Pero te diré lo que puedo recordar de Shastar. —Brant se sentó lo más cómodamente posible: seguramente estaría un rato allí—. Shastar fue una de las últimas grandes ciudades que construyó el hombre. Recordarás que las ciudades surgieron en un período muy avanzado de la cultura humana, hace sólo unos doce mil años. Crecieron en número e importancia durante varios milenios; algunas llegaron a tener millones de habitantes. Resulta difícil de imaginar lo que sería vivir en tales lugares: desiertos de acero y de piedra, sin una brizna de hierba en muchos kilómetros. Pero eran necesarias, antes de que se perfeccionasen los transportes y las comunicaciones, pues unas personas tenían que vivir cerca de otras para realizar las intrincadas operaciones comerciales e industriales de las que dependían sus vidas.

»Las ciudades realmente grandes empezaron a desaparecer cuando el transporte aéreo se hizo universal. La amenaza de un ataque en aquellos días bárbaros y lejanos también contribuyó a dispersarlas. Pero durante mucho tiempo...

—He estudiado la Historia de aquel período —lo interrumpió Brant, no con demasiada sinceridad—. Sé todo lo de...

—... Durante mucho tiempo hubo aún muchas pequeñas ciudades que se mantuvieron juntas gracias a lazos culturales más que comerciales. Contaban con poblaciones de varios miles de habitantes y duraron siglos después de haber muerto las gigantes. Por esto Oxford, Princeton y Heidelberg aún significan algo para nosotros, mientras que de otras ciudades más grandes sólo quedan los nombres. Pero incluso éstas estaban condenadas a desaparecer cuando el invento del integrador hizo posible que cualquier comunidad, por pequeña que fuese, fabricase sin esfuerzo todo lo necesario para una vida civilizada.

»Shastar fue construida cuando las ciudades ya no eran técnicamente necesarias, pero antes de que la gente se diese cuenta de que la cultura de las ciudades estaba tocando a su fin. Parece que fue una concienzuda obra de arte, concebida y diseñada como un conjunto, y que los que vivieron allí eran sobre todo artistas. Pero no duró mucho; acabó matándola el éxodo.

Simón guardó silencio de pronto, como si estuviera meditando sobre aquellos siglos tumultuosos en que había quedado abierto el camino a las estrellas y el mundo se había

partido en dos. A lo largo de aquel camino se había ido la flor de la raza, dejando al resto detrás, y a partir de entonces parecía que la Historia había llegado a su fin en la Tierra. Durante mil años o más, los exiliados habían regresado algunas veces al sistema solar, ansiosos de hablar de soles extraños, de planetas lejanos y del gran imperio que se implantaría un día en la galaxia. Pero hay abismos que ni siquiera las naves más rápidas podrán cruzar jamás, y uno de estos abismos se estaba abriendo ahora entre la Tierra y sus hijos errantes. Cada vez tenían menos en común; cada vez eran menos las naves que volvían, hasta que al fin pasaron generaciones entre las visitas procedentes del exterior. Simón no había oído hablar de ningún caso desde hacía casi trescientos años.

Era raro que hubiese que incitar a Simón para que siguiese hablando, pero Brant tuvo que hacerlo:

—De todos modos, me interesa más la ciudad en sí que su historia. ¿Crees que todavía está en pie?

—A esto iba —dijo Simón, despertando sobresaltado de su ensoñación—. Claro que lo está; en aquellos tiempos construían bien. Pero ¿por qué te interesa tanto? ¿Te has apasionado de repente por la arqueología? Aunque me parece que ya lo sé.

Brant sabía perfectamente que era inútil tratar de ocultar algo a un entrometido profesional como Simón.

—Esperaba —explicó a la defensiva— que aún hubiese allí cosas dignas de ser encontradas, incluso después de tanto tiempo.

—Tal vez —repuso Simón, en tono de duda—. Un día la iré a visitar. Está como quien dice a nuestra puerta. Pero, ¿cómo vas a ir tú? No creo que el pueblo te preste una aeronave. Y no puedes ir andando. Por lo menos tardarías una semana.

Pero eso era exactamente lo que Brant pretendía hacer. Como dijo a casi todos los del pueblo durante los días siguientes, sólo valía la pena hacer cosas que costasen un duro esfuerzo. Siempre ha sido buena cosa hacer virtud de la necesidad.

Brant llevó a cabo los preparativos con una reserva sin precedentes. No quería ser demasiado concreto sobre sus planes para evitar que alguna de la docena de personas de Chaldis con derecho a emplear una aeronave se adelantara a echar un vistazo a Shastar. Desde luego, que esto ocurriese, sólo era una cuestión de tiempo pero la febril actividad de los últimos meses había impedido estas exploraciones. Nada sería tan humillante como entrar tambaleándose en Shastar después de un viaje de una semana y ser recibido tranquilamente por un vecino que habría hecho el mismo viaje en diez minutos.

Por otra parte, también era importante que el pueblo en general, e Yradne en particular, se diesen cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo excepcional. Sólo Simón sabía la verdad, y había accedido, a regañadientes, a guardar silencio de momento. Brant confiaba en haber desviado la atención de su verdadero objetivo, mostrando gran interés en las tierras al este de Chaldis, donde se conservaban también algunas reliquias arqueológicas de cierta importancia.

La cantidad de comida y de equipo necesaria para dos o tres semanas era realmente extraordinaria, y sus primeros cálculos lo habían sumido en un estado de considerable pesimismo. Incluso había pensado en pedir prestada una aeronave, pero la petición le sería denegada sin duda y desbarataría el objetivo de su empresa. Sin embargo, era completamente imposible llevar todo lo que necesitaba para el viaje.

La solución habría sido fácil para cualquier persona de una era menos mecanizada, pero Brant tardó algún tiempo en encontrarla. La máquina voladora había anulado toda forma de transporte terrestre salvo una, la más vieja y versátil de todas, la única que se perpetuaba por sí sola, y podía arreglárselas muy bien, como había hecho en otros tiempos, sin ayuda alguna del hombre.

Chaldis poseía seis caballos, un número bastante reducido para una comunidad de su importancia. En algunos pueblos, los caballos eran más numerosos que los seres humanos, pero los paisanos de Brant, al vivir en una región salvaje y montañosa, habían tenido pocas oportunidades para practicar la equitación. El propio Brant sólo había montado a caballo dos o tres veces en su vida, y muy poco tiempo.

El semental y las cinco yeguas estaban al cuidado de Treggor, un hombrecillo nervudo que no tenía más interés visible en la vida que los animales. No era una de las inteligencias más sobresalientes de Chaldis, pero parecía completamente feliz dirigiendo su parque zoológico particular, que incluía perros de muchas formas y tamaños, una pareja de castores, varios monos, un cachorro de león, dos osos, un joven cocodrilo y otros animales que generalmente se admiran desde lejos. El único pesar que había nublado su plácida existencia era no haber conseguido un elefante.

Brant encontró a Treggor apoyado en la puerta del potrero. Había un desconocido con él, que Treggor presentó a Brant como un vecino de otro pueblo, aficionado a los caballos. La curiosa similitud entre los dos hombres, desde su manera de vestir hasta sus expresiones faciales, hacían completamente inútil aquella explicación.

Uno siente siempre cierto nerviosismo en presencia de reconocidos expertos, y Brant expuso su problema con cierta timidez. Treggor lo escuchó con expresión seria y permaneció un buen rato en silencio antes de responder:

—Sí —dijo lentamente, señalando con el pulgar hacia las yeguas—, cualquiera de ellas te serviría si supieses cómo manejarlas.

Miró a Brant con expresión dubitativa.

—Son como los seres humanos, ¿sabes? Si no les gustas, no hay nada que hacer con ellas.

—Nada —repitió el desconocido, con visible regocijo.

—Pero seguro que puedes enseñarme a manejarlas, ¿no?

—Tal vez sí y tal vez no. Recuerdo a un joven como tú que quería aprender a montar a caballo. Pero los caballos no le permitían que se acercara. Le habían cobrado antipatía y no había nada que hacer.

—Los caballos saben mucho —intervino misteriosamente el otro.

—Es verdad —asintió Treggor—. Debes caerles simpático. Entonces no tienes nada que temer.

Brant pensó que había mucho que decir en favor de la máquina menos temperamental de todas.

—No quiero montar —dijo, con cierto pesar— Sólo quiero un caballo para que me lleve la carga. ¿C cabe la posibilidad de que se niegue a hacerlo?

Su ligera ironía pasó inadvertida. Treggor asintió solemnemente con la cabeza.

—No habría dificultad en esto —dijo—. Todos se dejarían llevar del ronzal..., es decir, todos meno: Daisy. A ésta no la pillarías nunca.

—Entonces podrías prestarme una... una de la: más dóciles.

Treggor se agitó confuso, luchando entre dos de seos contrapuestos. Se alegraba de que alguien quisiera utilizar sus queridos animales, pero temía que sufriesen algún daño.

Los daños que pudiese sufrir Brant eran de importancia secundaria.

—Bueno —empezó a decir, vacilando—, en este momento es un poco difícil...

Brant observó las yeguas con más atención y comprendió lo que Treggor quería decir. Sólo una iba acompañada de un potro, pero saltaba a la vista que esta deficiencia pronto sería reparada. Una complicación más que no había previsto.

—¿Cuánto tiempo estarás ausente? —pregunté Treggor.

—Tres semanas, como máximo; tal vez sólo dos.

Treggor hizo unos rápidos cálculos ginecológicos.

—Entonces puedes llevarte a Sunbeam —decidió—. No te causará ningún problema; es el anima más manso que he tenido jamás.

—Muchísimas gracias —dijo Brant—. Te prometo que cuidaré bien de ella. Y ahora, ¿quieres presentarnos?

—No veo por qué tengo que hacerlo refunfuñó el bueno de Jon, mientras sujetaba el serón sobre los lisos costados de Sunbeam—, y más cuando no quieres ni explicarme adonde vas o qué esperas encontrar.

Brant no habría podido contestar la última pregunta aunque hubiese querido. En sus momentos más lúcidos, comprendía que no encontraría nada de valor en Shastar. Lo cierto es que resultaba difícil pensar en algo que su gente no poseyera ya o que no pudiese obtener al instante si lo deseaba. Pero el viaje sería la prueba, la prueba más convincente que podía imaginar, de su amor por Yradne.

No cabía duda de que ella estaba muy impresionada por sus preparativos, y él había tenido buen cuidado en subrayar los peligros a que estaba a punto de enfrentarse. Sería muy incómodo dormir a cielo descubierto, y su dieta sería muy monótona. Incluso podía perderse y desaparecer para siempre. ¿Y si aún había bestias salvajes o fieras en los montes o en los bosques?

El viejo Johan, que era indiferente a las tradiciones históricas, había protestado ante el hecho de que un herrero tuviese que rebajarse a trabajar en algo tan primitivo como un caballo. Sunbeam le había mordisqueado delicadamente por esto, con gran habilidad y precisión, mientras él se inclinaba para examinarle los cascos. Pero había confeccionado rápidamente un serón en el que Brant podía colocar todo lo que necesitaba para el viaje, e incluso sus materiales de dibujo, de los que no quería separarse. Treggor le había asesorado sobre detalles técnicos de los arreos, mostrándole antiguos modelos compuestos principalmente de cuerdas.

Era todavía muy temprano cuando quedaron ultimados los últimos detalles. Brant había querido marcharse lo más discretamente posible, y su éxito total le resultó ligeramente mortificador. Sólo Jon e Yradne fueron a despedirle.

Caminaron silenciosos y pensativos hasta el final del pueblo y cruzaron el estrecho puente de metal sobre el río. Entonces, Jon dijo bruscamente:

—Espero que no te rompas el maldito cuello.

Le estrechó la mano y se marchó, dejándole a solas con Yradne. Fue un bonito gesto que Brant agradeció.

Aprovechando la preocupación de su amo, Sunbeam empezó a pacer en la alta hierba de la orilla del río. Brant cambió torpemente varias veces de posición y después anunció, con poco entusiasmo:

—Creo que debo marcharme.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —le preguntó Yradne.

No llevaba el regalo de Jon; tal vez ya se había cansado de él. Brant deseó que así fuese, pero después pensó que ella podía perder interés con igual rapidez en algo que él le trajese.

—Unos quince días, si todo va bien —añadió con aire sombrío.

—Ten cuidado —le aconsejó Yradne, en tono un tanto impaciente—, y no cometas imprudencias.

—Lo procuraré —respondió Brant, sin hacer todavía ningún movimiento para marcharse—, pero a veces uno tiene que arriesgarse.

Esta conversación inconexa habría podido durar mucho más si no hubiese sido por Sunbeam.

El brazo de Brant sufrió un súbito tirón y el joven tuvo que echarse hacia atrás con rapidez. Recobró el equilibrio y estaba a punto de hacer un ademán de despedida cuando Yradne corrió hacia él, le dio un fuerte beso y despareció en dirección al pueblo antes de que él pudiese recobrarse.

Ella aminoró el paso cuando Brant ya no podía verla. Jon le llevaba todavía una buena ventaja, pero no hizo el menor esfuerzo por alcanzarle. La embargaba un sentimiento curiosamente solemne, fuera de lugar en aquella resplandeciente mañana de primavera. Era muy agradable sentirse amada, pero tenía sus inconvenientes si miraba más allá del momento inmediato.

Durante un instante se preguntó si había sido leal con Jon, con Brant... o incluso consigo misma. Un día tendría que tomar la decisión; no podía demorarla eternamente. Pero no conseguía decidir, por más que se esforzase de ello, cuál de los dos muchachos le gustaba más, y ni siquiera sabía si estaba enamorada.

Nadie le había dicho, y ella aún no lo había descubierto, que cuando una tiene que preguntarse «¿Estoy realmente enamorada?», la respuesta siempre es «No».

Más allá de Chaldis, el bosque se extendía durante cinco kilómetros hacia el este, y entonces empezaba la gran llanura que abarcaba el resto del continente. Seis mil años atrás, esta tierra había sido uno de los más terribles desiertos del mundo, y su recuperación uno de los primeros logros de la Era Atómica.

Brant pensaba ir hacia el este hasta el final del bosque y dirigirse después hacia las tierras altas del norte. Según los mapas, antiguamente había existido una carretera a lo largo de la cresta de los montes, que enlazaba todas la ciudades de la costa en una cadena que terminaba en Shastar. Sería fácil seguir este camino, aunque no esperaba que la carretera hubiese soportado muy bien el paso de los siglos.

Se mantuvo cerca del río, confiando en que no hubiese cambiado su curso desde que se habían confeccionado los mapas. Era tanto su guía como su senda a través del bosque; cuando los árboles eran demasiado espesos, él y Sunbeam siempre podrían avanzar por aguas poco profundas. Sunbeam colaboraba mucho; allí no había hierba que la distrajese, y caminaba con regularidad sin necesidad de que él la apremiase demasiado.

Poco después del mediodía, los árboles se hicieron más dispersos. Brant había llegado a la frontera que, siglo tras siglo, había sido la de tierras que e. hombre ya no quería conservar. Poco después, el bosque quedó atrás y se encontró en la llanura abierta.

Comprobó su posición en el mapa y observó que los árboles habían avanzado un trecho considerable hacia el este desde que se había trazado el mapa. Pero había un camino claro hacia el norte, hacia los montes bajos por donde había discurrido la antigua carretera, y posiblemente podría llegar a ellos antes del anochecer.

Llegado a este punto, se produjeron ciertas dificultades imprevistas de naturaleza técnica. Sunbeam, al verse rodeada de la hierba más apetitosa, se iba deteniendo cada tres o cuatro pasos para hincarle el diente. Como Brant la llevaba corta de la brida, las sacudidas casi le dislocaban el brazo. Darle más brida aún empeoraba las cosas, pues entonces le resultaba imposible controlarla.

Brant quería mucho a los animales, pero pronto se dio cuenta de que Sunbeam se estaba aprovechando de su buen carácter. Aguantó durante cerca de un kilómetro, y entonces se dirigió a un árbol de ramas delgadas y flexibles. Sunbeam lo observó cautelosamente por el rabillo del límpido ojo castaño mientras él cortaba una rama y la introducía ostensiblemente en el cinto. A partir de entonces, la yegua emprendió un paso tan vivo que a duras penas podía seguirla.

Tal como Treggor había indicado, era sin duda un animal sumamente inteligente.

La cadena montañosa, que era su primer objetivo, tenía poco más de medio kilómetro de altura, y la vertiente resultaba muy suave. Pero en el camino hacia la cresta había que salvar numerosas y molestas colinas y pequeños valles. Cuando llegaron al punto más alto estaba a punto de anochecer. Brant pudo ver hacia el sur el bosque a través del que habían pasado y que había dejado de ser un obstáculo. Chaldis estaba en medio de él, en alguna parte, aunque sólo tenía una vaga idea de su situación. Le sorprendió no poder descubrir ninguna señal de los grandes claros que habían hecho sus paisanos. La llanura se prolongaba indefinidamente hacia el sudeste como un mar de hierba salpicado de pequeños grupos de árboles. Cerca del horizonte pudo distinguir unas pequeñas manchas

que cambiaban de sitio, e imaginó que se trataba de una gran manada de animales salvajes.

Hacia el norte estaba el mar, a tan sólo unos veinte kilómetros de la larga vertiente y más allá de las tierras bajas. Casi hubiera parecido negro a la luz del sol poniente de no haber sido por las pequeñas olas coronadas de espuma del rompiente.

Antes de que se hiciese de noche encontró una depresión resguardada del viento, ató a Sunbeam a un vigoroso arbusto y montó una pequeña tienda que le había proporcionado el viejo Johan. En teoría era una operación muy sencilla, pero, como habían descubierto muchos antes que él, podía poner a prueba la habilidad y la paciencia. Al fin lo consiguió y se dispuso a pasar allí la noche.

Hay cosas que la más aguda inteligencia no puede prever y que sólo puede enseñar la experiencia más amarga. ¿Quién habría sospechado que el cuerpo humano era tan sensible a la casi imperceptible pendiente donde había levantado la tienda? Pero más molestas eran aún las pequeñas diferencias térmicas entre un punto y otro, producidas seguramente por las corrientes de aire que parecían atravesar la tienda por su propia voluntad. Brant habría podido soportar cualquier temperatura uniforme, pero aquellas variaciones imprevisibles le exasperaban.

Se despertó una docena de veces de su agitado sueño, o al menos eso le pareció, y antes de que despuntase la aurora su moral había alcanzado el nivel más bajo. Tenía frío y se sentía mal y entumecido, como si no hubiese dormido bien durante muchos días, y no habría costado mucho convencerle para que abandonase la empresa. Estaba dispuesto, incluso de buen grado, a afrontar el peligro por amor; pero el lumbago era una cosa diferente.

Cuando llegó el nuevo día, pronto olvidó las incomodidades de la noche. Allí, en los montes, el aire era fresco y tenía un sabor a sal traído por el viento que subía desde el mar. Había rocío en todas partes, sobre cada brizna de hierba, pero pronto desaparecería sin dejar rastro bajo los rayos del sol naciente. Era buena cosa estar vivo, mejor aún ser joven, y mucho mejor estar enamorado.

Llegaron a la carretera poco después de iniciar la marcha. Brant no la había visto antes porque estaba más abajo, en la vertiente que daba al mar, y había esperado encontrarla en la cresta. Había sido soberbiamente construida y los milenios apenas la habían afectado. La Naturaleza había tratado en vano de borrarla; sólo lo había conseguido de tanto en tanto, enterrando unos pocos metros bajo una ligera capa de tierra; pero entonces sus servidores se habían vuelto contra ella, y el viento y la lluvia la habían limpiado una vez más. En una gran franja continua cerca de la orilla del mar, durante más

de mil quinientos kilómetros, la carretera seguía enlazando las ciudades que el hombre había amado en su infancia.

Era una de las grandes carreteras del mundo. En tiempos lejanos no había sido más que una senda por la que algunas tribus salvajes habían bajado hasta el mar para hacer trueques con astutos mercaderes de ojos brillantes, venidos de tierras lejanas. Después había tenido nuevos dueños, más exigentes; los soldados de un poderoso imperio habían dado forma y ensanchado aquel sendero entre los montes con tanta habilidad que la carretera no había cambiado a lo largo de milenios. La habían pavimentado con piedras, de manera que sus ejércitos podían trasladarse más rápidamente que ningún otro que el mundo hubiese conocido, y sus legiones habían avanzado como rayos a lo largo de la carretera bajo las órdenes de la ciudad cuyo nombre llevaban. Siglos más tarde, aquella ciudad los había llamado a casa en una situación de apuro, y la carretera había permanecido tranquila durante quinientos años.

Pero vendrían otras guerras; bajo banderas de la media luna, los ejércitos del Profeta marcharían hacia el oeste para adentrarse en tierras cristianas. Y siglos más tarde, la oleada del último y más grande de los conflictos rompería aquí, al enfrentarse monstruos de acero en el desierto y llover la muerte desde el cielo.

Todo había desaparecido: los centuriones, los paladines, las divisiones acorazadas e incluso el desierto. Pero la carretera, la más duradera de todas las creaciones del hombre, había permanecido. Durante muchos siglos había llevado su carga, y ahora no había más tráfico en sus mil quinientos kilómetros de longitud que un muchacho y una yegua.

Brant siguió la carretera durante tres días, sin perder nunca de vista el mar. Se había ido acostumbrando a las pequeñas molestias de la vida nómada, y ni siquiera las noches le resultaban insoportables. El tiempo había sido perfecto, con días largos y templados y noches suaves, pero la buena racha estaba tocando a su fin.

En la tarde del cuarto día calculó que estaba a menos de ocho kilómetros de Shastar. La carretera se alejaba ahora de la costa para salvar una gran punta de tierra que se adentraba en el mar. Más allá estaba la abrigada bahía a lo largo de cuya costa había sido construida la ciudad. Al desviarse de las tierras altas, la carretera giraba hacia el norte en una gran curva y descendía a Shastar desde las colinas.

Al anochecer resultó evidente que Brant no podría alcanzar su meta aquel día. El tiempo estaba empeorando, y espesas y amenazadoras nubes se habían acumulado rápidamente desde el oeste. Ahora el joven estaba subiendo, pues la carretera se elevaba despacio para cruzar la última cresta, y la tempestad estaba a punto de estallar. Habría acampado para pasar la noche si hubiese podido encontrar un lugar resguardado, pero el

monte que atravesaba era liso, y nada podía hacer salvo seguir adelante. Al frente y a lo lejos, en la cresta misma de la montaña, algo bajo y oscuro recortaba su silueta contra el cielo amenazador. La esperanza de encontrar allí abrigo le impulsó hacia delante; Sunbeam, con la cabeza gacha contra el viento, caminaba rítmicamente a su lado, con igual determinación.

Estaban todavía a un kilómetro y medio de la cima cuando empezó a llover, primero a goterones y después a ráfagas cegadoras. Era imposible ver a más de unos pasos de distancia, incluso cuando podían abrir los ojos contra la molesta lluvia. Brant estaba ya tan empapado que por más agua que siguiera cayendo ya no podría aumentar su incomodidad; había alcanzado un estado en el que el continuo chaparrón casi le producía un placer masoquista. Pero el esfuerzo físico de luchar contra la tempestad lo estaba agotando rápidamente.

Pareció que pasaban siglos antes de que la carretera se nivelase y él se diera cuenta de que había llegado a la cima. Aguzó la mirada en la penumbra y pudo distinguir, no muy lejos, una gran forma oscura que al principio confundió con un edificio. Aunque estaba en ruinas, le ofrecería un refugio contra la tormenta.

La lluvia empezó a amainar cuando se acercó a aquella cosa. En lo alto, las nubes se estaban aclarando y dejaban pasar la última y pálida luz del ocaso. Era suficiente para que Brant pudiese ver que lo que había delante de él no era en modo alguno un edificio sino un gran animal de piedra, sentado sobre la cima y mirando hacia el mar. No tenía tiempo de examinarlo con más atención, pero levantó presurosamente la tienda a su amparo, fuera del alcance del viento que seguía rugiendo sobre su cabeza.

Era noche cerrada cuando se hubo secado y preparado una comida. Descansó un rato en su abrigado y pequeño oasis, en aquel estado de feliz agotamiento que se experimenta después de un duro y triunfal esfuerzo. Entonces se levantó, cogió una antorcha y salió a la noche.

La tormenta se había llevado las nubes y la noche resplandecía de estrellas. En el oeste descendía una fina luna creciente, siguiendo las pisadas del sol. Hacia el norte, Brant percibió —aunque sin saber cómo— la presencia del mar insomne. Shastar estaba allá, abajo, en la oscuridad, atacada continuamente por las olas; pero por más que aguzaba la vista, no conseguía ver absolutamente nada.

Caminó junto a los flancos de la gran estatua, examinando la obra de piedra a la luz de la antorcha. Era lisa y sin junturas ni fisuras y, aunque el tiempo la había manchado y descolorido, no había señales de desgaste. Era imposible calcular su antigüedad; podía

ser más vieja que Shastar o haber sido construida pocos siglos antes. No había manera de saberlo.

La dura luz blancoazulada de la antorcha parpadeó a lo largo de los mojados y brillantes flancos del monstruo y acabó fijándose en la cara grande y tranquila, y en los ojos vacíos. Se habría podido decir que era un rostro humano, pero, resultaba difícil encontrar palabras para definirlo. Ni varón ni hembra; a primera vista parecía totalmente indiferente a las pasiones de la humanidad; entonces Brant pudo ver que las tormentas de milenios habían dejado la huella de su paso. Innumerables gotas de lluvia habían golpeado aquellas mejillas adamantinas hasta borrar las manchas de lágrimas olímpicas, lágrimas, tal vez, por la ciudad cuyos nacimiento y muerte parecían igualmente remotos.

Brant estaba tan cansado que cuando se despertó el sol estaba ya muy alto. Permaneció tumbado un momento bajo la media luz que se filtraba en la tienda, recobrando sus sentidos y recordando dónde estaba. Después se puso en pie y salió pestañeando a la luz del día, protegiéndose los ojos de su brillo cegador.

La Esfinge parecía más pequeña que de noche, aunque era bastante imponente. Brant vio por primera vez que era de un rico y añejo color dorado, un color que no tenía ninguna piedra natural. Esto le hizo pensar, como ya había imaginado, que no pertenecía a ninguna cultura prehistórica. Había sido construida por la ciencia con alguna substancia sintética enormemente resistente, y Brant calculó que su creación se habría producido en la mitad del tiempo que mediaba entre él y el fabuloso original que la había inspirado.

Poco a poco, con algún temor a lo que podía descubrir, volvió la espalda a la Esfinge y miró hacia el norte. El monte descendía a sus pies y la carretera se deslizaba por la larga cuesta como impaciente por llegar al mar, y allí, donde terminaba aquélla, estaba Shastar.

Captaba la luz del sol y la reflejaba hacia él, teñida con todos los colores de los sueños de sus artífices. Los grandes edificios que flanqueaban las amplias calles parecían no haber sido afectados por el tiempo; la ancha cinta de mármol que contenía el mar permanecía indemne; los parques y jardines, aunque llenos de maleza, aún no se habían convertido en junglas. La ciudad seguía la curva de la bahía durante unos tres kilómetros, y se adentraba en tierra la mitad de esta distancia; en relación con otras del pasado, era una ciudad realmente muy pequeña. Pero a Brant le pareció enorme; un laberinto de calles y de plazas más intrincado de lo que habría podido soñar. Entonces empezó a darse cuenta de la simetría de su planificación, empezó a distinguir las vías principales y a comprender la habilidad con que sus artífices habían evitado tanto la monotonía como la extravagancia.

Durante mucho rato permaneció inmóvil en la cima del monte, mirando únicamente la maravilla que se extendía ante sus ojos. Estaba solo en aquel escenario; era una figura diminuta, perdida y humilde ante los logros de hombres más grandes. El sentimiento de la historia, la visión de la larga cuesta por la que había subido trabajosamente el hombre durante un millón de años o tal vez más, era casi abrumador. En aquel momento tuvo la impresión de que, desde la cima de aquel monte, estaba contemplando el Tiempo más que el Espacio, y que en sus oídos murmuraban los vientos de la eternidad al soplar hacia el pasado.

Sunbeam parecía muy nerviosa al acercarse a las afueras de la ciudad. Nunca había visto nada parecido, y Brant no pudo evitar compartir su inquietud. Por muy poca imaginación que uno tenga, hay algo de siniestro en los edificios que han estado abandonados durante siglos, y los de Shastar lo habían estado durante casi cinco mil años.

La carretera discurría recta como una flecha entre dos altas columnas de metal blanco; al igual que la Esfinge, habían perdido el lustre pero no estaban gastadas. Brant y Sunbeam pasaron al pie de aquellos muros guardianes y se encontraron delante de un edificio largo y bajo que sin duda había servido de lugar de recepción de los visitantes de la ciudad.

Desde lejos podía parecer que Shastar había sido abandonada ayer, pero ahora Brant pudo ver mil señales de desolación y abandono. Las piedras de colores de los edificios estaban manchadas con la pátina del tiempo; las ventanas vacías como ojos de calaveras, con algún que otro trozo de cristal milagrosamente conservado de vez en cuando.

Brant ató a Sunbeam en el exterior del primer edificio y se dirigió a la entrada caminando sobre el polvo y los cascotes. No había puerta, si es que la había habido alguna vez, y pasó por debajo del arco abovedado a un salón que parecía discurrir a lo largo de toda la estructura. A intervalos regulares, había aberturas a otras cámaras, y delante mismo de él, una ancha escalera subía a la única plante superior.

Tardó casi una hora en explorar el edificio, y cuando salió de él estaba enormemente deprimido. Su cuidadosa búsqueda no le había revelado nada. Todas las habitaciones, grandes y pequeñas, estaban completamente vacías; se había sentido como una hormiga arrastrándose sobre los huesos de un esqueleto.

Pero fuera, a la luz del sol, recobró un poco el ánimo. Este edificio probablemente había sido una especie de oficina administrativa y sólo habría contenido archivos y

máquinas de información: en cualquier otra parte de la ciudad, las cosas podían ser diferentes. Aun así, la magnitud de la búsqueda le aterrorizaba.

Se dirigió poco a poco al barrio marítimo, caminando lleno de asombro por las anchas avenidas y admirando las altas fachadas a ambos lados. Cerca del centro de la ciudad tropezó con uno de sus muchos parques. Estaba casi todo él cubierto de hierbajos y de matorrales, pero aún había extensas zonas de césped, y decidió dejar a Sunbeam allí mientras continuaba su exploración. No era probable que se alejase demasiado teniendo tanta comida.

Se estaba tan tranquilo en el parque que durante un rato Brant se resistió a abandonarlo y a sumergirse de nuevo en la desolación de la ciudad. Aquí había plantas diferentes de todas las que él había visto, descendientes silvestres de aquellas que habían cultivado hacía siglos los moradores de Shastar. Y mientras estaba allí entre altas hierbas y flores desconocidas, oyó por primera vez en el silencio de la mañana un sonido que siempre asociaría con Shastar. Procedía del mar y, aunque no lo había oído en su vida, le causó una dolorosa impresión. Las gaviotas solitarias aún seguían gritando tristemente sobre las olas.

Era evidente que necesitaría muchos días para efectuar un examen superficial de la ciudad, y lo primero que tenía que hacer era encontrar un lugar donde alojarse. Pasó varias horas buscando el barrio residencial antes de percatarse de que había algo muy peculiar en Shastar. Todos los edificios en los que entraba estaban destinados al trabajo, a las diversiones o a otros fines similares; pero ninguno de ellos había sido diseñado para vivir en él. Poco a poco comprendió lo que ocurría. Al familiarizarse con la estructura de la ciudad, observó que en casi todos los cruces de calles había unos edificios bajos, de una sola planta y de forma casi idéntica. Eran circulares u ovalados y tenían muchas aberturas en todas direcciones. Cuando cruzó una de ellas se encontró delante de una serie de rejas metálicas, cada una de las cuales tenía un indicador con luces verticales a un lado. Y así conoció dónde habían vivido los habitantes de Shastar.

Al principio, la idea de viviendas subterráneas le pareció absolutamente repugnante. Después rechazó este prejuicio y se dio cuenta de que era algo tan sensato como inevitable. No había necesidad de atestar la superficie y bloquear la luz del sol con edificios encaminados a satisfacer los procesos simplemente mecánicos de dormir y comer. Al relegar todas estas cosas bajo tierra, los moradores de Shastar habían podido construir una ciudad digna y espaciosa, y sin embargo, tan pequeña que se podía ir de una punta a otra de ella en una hora.

Los ascensores no funcionaban, desde luego, pero había escaleras de emergencia que descendían a la oscuridad. Todo este mundo subterráneo debió de estar profusamente iluminado en tiempos pasados, pero ahora Brant vaciló antes de bajar la escalera. Llevaba una antorcha, pero nunca había estado bajo tierra y le horrorizaba desorientarse en alguna catacumba subterránea. Después se encogió de hombros y empezó a bajar; a fin de cuentas no corría ningún peligro si tomaba las precauciones más elementales, y además había cientos de salidas si se perdía.

Descendió a la primera planta y se encontró en un largo y ancho pasillo cuyo extremo no podía alcanzar la luz de la antorcha. A ambos lados había hileras de puertas numeradas, y Brant empujó casi una docena de ellas antes de encontrar una que se abriese. Despacio, incluso con reverencia, entró en el pequeño hogar que había permanecido desierto durante casi la mitad de los tiempos históricos.

Estaba limpio y aseado, pues allí no había habido polvo ni suciedad que pudiesen acumularse. Las bien proporcionadas habitaciones estaban desamuebladas. Nada de valor se había dejado atrás en el pausado y antiquísimo éxodo. Algunos accesorios semipermanentes aún estaban en su sitio; el distribuidor de comida, con su conocido disco selector, era tan parecido al de la casa de Brant que su visión casi anuló los siglos. El disco giraba todavía, aunque con dificultad, y casi no le habría sorprendido ver aparecer una comida en la cámara de materialización.

Brant exploró algunas otras viviendas antes de volver a la superficie. Aunque no encontró nada de valor, experimentó un creciente sentimiento de parentesco con las personas que habían vivido allí. Pero todavía las consideraba inferiores, pues el haber residido en una ciudad —por hermosa que fuese y bien planificada que estuviese— era para él un símbolo de barbarie.

En la última vivienda en la que entró, descubrió una habitación brillantemente pintada con un fresco de animales danzantes alrededor de las paredes. Las imágenes expresaban un humor caprichoso que debió encantar los corazones de los niños para quienes habían sido pintadas.

Brant las examinó con interés pues eran las primeras obras de arte figurativo que había encontrado en Shastar. Y a punto estaba de marcharse cuando descubrió un pequeño montón de restos en un rincón y, al inclinarse para examinarlo, se encontró con que eran fragmentos todavía reconocibles de una muñeca. No quedaba nada sólido salvo unos pocos botones de colores que se deshicieron en polvo en su mano cuando los levantó del suelo. Se preguntó por qué aquella pequeña reliquia habría sido abandonada por su

dueña. Después salió de puntillas y tornó a la superficie y a las calles solitarias pero iluminadas por el sol. Nunca volvió a la ciudad subterránea.

Al anochecer regresó al parque para asegurarse de que Sunbeam estaba bien, y se dispuso a pasar la noche en uno de los numerosos y pequeños edificios desparramados entre los jardines. Rodeado de flores y de árboles, casi pudo imaginarse que se encontraba de nuevo en casa. Durmió mejor de lo que lo había hecho desde su salida de Chaldis y, por primera vez en muchos días, no pensó en Yradne al despertar. La magia de Shastar estaba influyendo ya en su mente; la infinita complejidad de una civilización que había pretendido despreciar lo estaba cambiando más rápidamente de lo que podía imaginarse. Cuanto más permaneciese en la ciudad, más distinto sería del muchacho ingenuo aunque seguro de sí mismo que había entrado en ella hacía tan sólo unas pocas horas.

El segundo día confirmó las impresiones del primero. Shastar no había muerto en un año, ni siquiera en una generación. Sus habitantes la habían abandonado poco a poco a medida que las nuevas y sin embargo tan viejas formas de sociedad habían evolucionado y que la humanidad había vuelto a los montes y a los bosques. No habían dejado nada detrás de ellos salvo los monumentos de mármol erigidos a una vida que se había ido para siempre. Y si algo de valor había quedado, se lo habrían llevado hacía tiempo los miles de exploradores curiosos venidos aquí a lo largo de cincuenta siglos. Brant encontró muchos rastros de sus predecesores; sus nombres aparecían tallados en las paredes de toda la ciudad, pues ésta es una clase de inmortalidad que el hombre no ha sido nunca capaz de resistir.

Cansado al fin de su infructuosa búsqueda, bajó al muelle y se sentó en el ancho rompeolas. El mar, a pocos metros debajo de él, estaba absolutamente en calma y tenía un color azul cerúleo, y el agua era tan clara que podía ver los peces nadando en el fondo. Distinguió una embarcación que yacía de costado, con las algas ondulando por encima de ella como una larga cabellera verde. Pero pensó que las olas a veces batirían los macizos muros porque detrás de él el ancho parapeto estaba sembrado de piedras y conchas, arrojadas allí por las tormentas durante siglos.

La enervante tranquilidad del escenario y la inolvidable lección sobre la futilidad de la ambición que lo rodeaba por todos lados, eliminaron todo sentimiento de contrariedad o de derrota. Aunque Shastar no le había dado nada de valor material, Brant no lamentó el viaje. Sentado allí, en el rompeolas, de espaldas a la tierra y deslumbrado por aquel azul cegador, se sentía ya lejos de sus viejos problemas y podía mirar atrás sin dolor, y sólo

con desapasionada curiosidad, toda la inquietud y toda la angustia que lo habían atormentado en los últimos meses.

Volvió lentamente a la ciudad, después de caminar un poco a lo largo del muelle, para poder entrar en ella por un nuevo camino. Ahora se encontró delante de un gran edificio circular cuyo techo era una cúpula baja de un material traslúcido. Lo miró con poco interés, pues estaba emocionalmente agotado, y pensó que quizás era un teatro o salón de conciertos. Casi había pasado por delante de la entrada, cuando un oscuro impulso lo detuvo y lo empujó a través de la puerta abierta.

En el interior, la luz se filtraba a través del techo con tan pocos obstáculos que Brant casi tuvo la impresión de hallarse al aire libre. Todo el edificio estaba dividido en numerosos y grandes salones. Brant descubrió con súbita emoción su finalidad. Rectángulos descoloridos revelaban que las paredes habían estado antiguamente casi cubiertas de cuadros: era posible que alguno se hubiese dejado allí, y sería interesante ver lo que podía ofrecer Shastar en el campo de un arte serio. Brant, todavía convencido de su superioridad, no esperaba que le impresionara demasiado; por esto el efecto fue más fuerte cuando se produjo.

El resplandor de colores a lo largo de toda la pared lo sacudió como una fanfarria de trompetas. Por un instante se quedó paralizado en el umbral, incapaz de captar el significado de lo que veía. Después, lentamente, empezó a descubrir los detalles del enorme e intrincado mural que había aparecido de pronto ante sus ojos.

Tenía unos treinta metros de largo y era la cosa más maravillosa que Brant había visto en su vida. Shastar le había sorprendido y abrumado, pero su tragedia lo había dejado indiferente. En cambio, esto afectaba directamente a su corazón y le hablaba en un lenguaje que podía comprender; y así, los últimos vestigios de su superioridad ante el pasado desaparecieron como hojas arrastradas por un vendaval.

Sus ojos se movieron de izquierda a derecha a lo largo de la pintura para seguir la curva de tensión hasta su momento culminante. A la izquierda estaba el mar, de un azul tan fuerte como el del agua que rompía contra Shastar, y por él navegaba una flota de extraños barcos, impulsados por hileras de remos y velas hinchadas, con rumbo a la tierra lejana. La pintura no sólo abarcaba kilómetros de espacio sino tal vez años de tiempo, pues los barcos habían llegado a la costa, y allí, en la amplia llanura, había acampado un ejército con sus banderas, tiendas de campaña y carros empequeñecidos por las murallas de la ciudad fortificada y sitiada. La mirada ascendía por la muralla todavía incólume y se

detenía, como se había pretendido, en la mujer que estaba en lo alto y que miraba hacia abajo al ejército que la había seguido a través del océano.

Se inclinaba hacia delante para mirar por encima de las almenas, y el viento agitaba sus cabellos formando una aureola dorada alrededor de la cabeza. Su cara reflejaba una tristeza demasiado profunda para ser expresada con palabras, pero que no afectaba a la increíble belleza de su cara, una belleza que pasmaba a Brant, incapaz de apartar de ella los ojos. Cuando al fin pudo hacerlo, su mirada pasó de las aparentemente inexpugnables murallas al grupo de soldados que trabajaban a su sombra. Estaban reunidos alrededor de algo tan escorzado por la perspectiva que Brant tardó en darse cuenta de lo que era. Entonces vio que se trataba de una enorme figura de un caballo, montado sobre ruedas para poder ser trasladado fácilmente. Esto no despertó ningún recuerdo en su mente, y volvió enseguida a la figura solitaria en lo alto de la muralla. Entonces se dio cuenta de que alrededor de ella giraban y se equilibraban todas las imágenes de la gran pintura, pues al reseguir ésta con la mirada, llevando con ella la mente hacia el futuro, distinguió las fortificaciones en ruinas, el humo de la ciudad en llamas manchando el cielo y la flota que volvía a casa, una vez cumplida su misión.

Brant no se marchó hasta que la luz fue demasiado débil para que pudiese ver algo. Pasada la primera impresión, examinó más atentamente el gran mural y durante un rato buscó en vano la firma del artista. También buscó algún título o nota, pero era evidente que no los había tenido nunca, tal vez porque el tema del cuadro era demasiado conocido para que lo necesitase. Sin embargo, en los siglos intermedios, algún visitante de Shastar había grabado dos versos en la pared:

¿Es ésta la cara que lanzó mil barcos
y quemó las torres sin cima de Troya?

¡Troya! Era un nombre extraño y mágico; pero nada significaba para Brant. Se preguntó si pertenecería a la historia o a leyenda, sin saber que muchos antes que él se habían hecho la misma pregunta.

Al salir al luminoso crepúsculo, aún llevaba en los ojos la visión de aquella triste y etérea belleza. Tal vez si Brant no hubiese sido un artista y se hubiese hallado en un estado mental menos susceptible, la impresión no habría sido tan fuerte. No obstante, era la que había pretendido crear el maestro desconocido al hacer renacer el Fénix de las ascuas moribundas de una gran leyenda. Había captado y pintado para que la

contemplasen todas las generaciones futuras, la belleza cuyo servicio es el objetivo de la vida y su única justificación.

Durante mucho rato permaneció sentado bajo las estrellas, observando cómo se hundía la luna creciente detrás de las torres de la ciudad, y acosado por preguntas de las que nunca sabría la respuesta. Las demás pinturas de estas salas se habían desperdigado sin dejar rastro, no sólo por todo el mundo sino también por el universo. ¿Cómo habían podido compararse nunca con la única obra genial que debía representar, desde ahora y para siempre, el arte de Shastar?

Brant volvió allí por la mañana, después de una noche de extraños sueños. Había estado fraguando un plan en su mente. Era tan alocado y ambicioso que al principio intentó burlarse de él, pero no quería dejarlo en paz. Casi a regañadientes montó su pequeño caballete y preparó las pinturas. Había encontrado una cosa en Shastar que era única y hermosa; tal vez tendría la suficiente habilidad para llevar a Chaldis alguna débil muestra de ella.

Era imposible desde luego copiar más de un fragmento del gran mural, pero la elección era fácil. Aunque nunca había intentado hacer un retrato de Yradne, ahora pintaría una mujer que, en el caso de que hubiese existido, se habría convertido en polvo hacía cinco mil años.

Se entretuvo en considerar esta paradoja y al fin creyó haberla resuelto. No había pintado nunca a Yradne porque dudaba de su propia capacidad y temía sus críticas. Aquí no habría problema, se dijo Brant. No perdería el tiempo preguntándose cómo reaccionaría Yradne cuando volviese a Chaldis llevándole, como único regalo, el retrato de otra mujer.

En realidad, estaba pintando para él mismo y para nadie más. Por primera vez en su vida había establecido contacto directo con una gran obra de arte clásico, y esto lo desasosegaba. Hasta ahora había sido un aficionado; tal vez nunca pasaría de esto, pero al menos lo intentaría.

Trabajó sin parar durante todo el día, y la concentración en su labor le proporcionó cierta paz mental. Al hacerse de noche, había esbozado las murallas y las almenas del palacio y estaba a punto de empezar el retrato. Aquella noche durmió bien.

A la mañana siguiente perdió casi todo su optimismo. Su reserva de comida estaba menguando y tal vez lo inquietó la idea de que estaba trabajando contra el tiempo. Todo parecía salirle mal. Los colores no concordaban, y la pintura, que le había parecido muy prometedora el día anterior, le resultaba menos satisfactoria a cada minuto que pasaba.

Para empeorar las cosas, la luz se estaba debilitando, a pesar de que aún no era mediodía, y Brant imaginó que el cielo se había nublado. Descansó durante un rato, con la esperanza de que aclarase de nuevo; pero como no había señales de que esto fuera a ocurrir, continuó su trabajo. Era entonces o nunca; a menos de que pudiese pintar bien aquellos cabellos, abandonaría el proyecto...

La tarde discurrió rápidamente, pero su concentración era tal que apenas notaba el paso del tiempo. Una o dos veces escuchó ruidos lejanos y se preguntó si estallaría una tormenta, pues el cielo seguía muy oscuro.

No hay experiencia más estremecedora que el súbito e inesperado conocimiento de que uno deja de estar solo. Sería difícil saber qué impulso llevó a Brant a bajar despacio su pincel y volverse, todavía más despacio, hacia la gran puerta que se hallaba a diez metros, a su espalda. El hombre que estaba plantado allí tenía que haber entrado casi sin hacer ruido, y Brant no podía saber cuánto tiempo hacía que lo estaba observando. Al cabo de un momento se le unieron dos compañeros, que tampoco intentaron cruzar la puerta.

Brant se puso lentamente en pie, dándole vueltas la cabeza. Por un momento casi se imaginó que fantasmas del pasado de Shastar habían venido a acosarlo. Pero pronto se impuso la razón. A fin de cuentas, si él había venido, ¿por qué no había de encontrarse con otros visitantes?

Avanzó unos pasos y uno de los desconocidos hizo lo propio. Cuando estuvieron a pocos metros de distancia, el otro dijo, con una voz muy clara y hablando bastante despacio:

—Espero que no le hayamos molestado.

No era un principio de conversación muy espectacular, y a Brant le intrigó un poco el acento del hombre, o mejor dicho, el excesivo cuidado con que pronunciaba las palabras. Parecía como si pensara que Brant no lo comprendería si le hablaba de otra manera.

—En absoluto —respondió Brant, hablando también despacio—. Pero me han sorprendido. No esperaba encontrar a nadie aquí.

—Tampoco nosotros —dijo el otro, con una ligera sonrisa—. No teníamos idea de que todavía viviese alguien en Shastar.

—Es que yo no vivo aquí —le explicó Brant—. Sólo soy un visitante, como ustedes.

Los tres intercambiaron unas miradas, como compartiendo algún secreto. Uno de ellos cogió entonces un pequeño objeto de metal de su cinturón y dijo unas palabras por él, en voz demasiado baja para que Brant pudiese oírlas. Imaginó que otros miembros del grupo estaban en camino y le fastidió que acabaran con su tranquilidad.

Dos de los desconocidos se habían acercado al gran mural y se pusieron a examinarlo con ojos críticos. Brant se preguntó qué estarían pensando; lamentaba tener que compartir su tesoro con quienes no sentirían la misma veneración que él y considerarían aquello como una simple pintura bonita. El tercer hombre estaba a su lado, comparando lo más discretamente posible la copia de Brant con el original. Parecía como si los tres se hubieran propuesto deliberadamente no seguir conversando. Hubo un largo e incómodo silencio; entonces los otros dos hombres se reunieron con ellos.

—Bueno, Erlyn, ¿qué piensas de esto? —preguntó uno, señalando la pintura con la mano.

De momento parecieron haber perdido todo su interés por Brant.

—Es un primitivo muy bueno de finales del tercer milenio, tan bueno como cualquiera de las cosas que tenemos nosotros. ¿No estás de acuerdo, Latvar?

—No del todo. Yo no diría que es de finales del tercer milenio. En primer lugar, el tema...

—¡Tú y tus teorías! Pero tal vez tengas razón. Es demasiado bueno para ser del último período. Pensándolo bien, yo lo fecharía alrededor del 2500. ¿Qué opinas tú, Trescon?

—Estoy de acuerdo. Probablemente es de Aroon o de uno de sus discípulos.

—¡Qué disparate! —dijo Latvar.

—¡Imposible! —gruñó Erlyn.

—Bueno —replicó educadamente Trescon—. Yo sólo he estudiado este período durante treinta años, mientras que vosotros os habéis dedicado a él desde que empezamos. Así que me inclino ante vuestro superior conocimiento.

Brant había seguido esta conversación con creciente sorpresa y desconcierto.

—¿Son artistas los tres? —preguntó al fin.

—Desde luego —respondió, dándose tono—. Si no lo fuésemos, ¿por qué estaríamos aquí?

—No seas embustero —dijo Erlyn, sin levantar la voz—. Tú no serías artista aunque vivieses mil años. No eres más que un experto, y lo sabes. Los que pueden, hacen; los que no, critican.

—¿De dónde vienen ustedes? —preguntó Brant, tímidamente.

Nunca había conocido a nadie que se pareciese a estos hombres extraordinarios. Eran de edad más que mediana, pero parecían tener unas aficiones y un entusiasmo casi infantiles. Todos sus movimientos y gestos eran un poco exagerados, y cuando hablaban entre ellos lo hacían con tanta rapidez que a Brant le resultaba difícil seguirlos.

Antes de que nadie pudiese contestar, se produjo otra interrupción. Una docena de hombres aparecieron en la puerta y se detuvieron un instante al ver el gran mural. Entonces se apresuraron a reunirse con el grupito que rodeaba a Brant, el cual se encontró en medio de la gente.

—¿Ya estás aquí, Kondar? —preguntó Trescon, señalando a Brant—. Hemos encontrado a alguien que puede responder a tus preguntas.

El hombre a quien se había dirigido Trescon miró fijamente a Brant durante un momento, observó su pintura sin terminar y sonrió. Después se volvió a Trescon y arqueó interrogativamente las cejas.

—No —dijo Trescon.

Brant empezaba a impacientarse. Allí pasaba algo que no comprendía, y esto lo molestaba.

—¿Les importaría decirme a qué viene todo esto? —inquirió, en tono quejumbroso.

Kondar lo miró con expresión indescifrable. Después dijo pausadamente:

—Tal vez podría explicártelo mejor si saliésemos fuera.

Hablaba como si nunca tuviese que repetir una orden para ser obedecido. Brant lo siguió sin decir palabra, y los otros también. Kondar se apartó a un lado de la puerta e hizo ademán a Brant de que pasara.

Todavía estaba muy oscuro, como si una nube de tormenta hubiese tapado el sol; pero la sombra que cubría enteramente Shastar no era de ninguna nube.

Doce pares de ojos observaron a Brant cuando éste miró hacia el cielo, tratando de calcular el verdadero tamaño de la nave que flotaba sobre la ciudad. Estaba tan cerca que se perdía el sentido de la perspectiva; sólo se tenía conciencia de las amplias curvas metálicas que se extendían hasta el horizonte. Hubiese debido oírse algún ruido, alguna indicación de la energía que sostenía aquella masa formidable e inmóvil sobre Shastar; pero sólo había un silencio más profundo que el que Brant había experimentado jamás. Incluso las gaviotas se habían callado, como si también ellas estuviesen pasmadas por el intruso que les había usurpado el cielo.

Brant se volvió por fin a los hombres agrupados detrás de él. Sabía que estaban esperando sus reacciones, y de pronto resultó evidente la razón de su comportamiento curiosamente reservado pero no hostil. Para aquellos hombres, que gozaban de los poderes de los dioses, él era poco más que un salvaje que hablaba su misma lengua, un superviviente de su pasado medio olvidado, un ser que les recordaba los días en que sus antepasados habían compartido la Tierra con los de él.

—¿Comprendes ahora quiénes somos? —preguntó Kondar.

Brant asintió con la cabeza.

—Estuvisteis ausentes mucho tiempo —dijo—. Casi os habíamos olvidado.

Miró de nuevo el gran arco de metal que cubría el cielo y pensó que era muy extraño que el primer contacto después de tantos siglos se produjese allí, en esta ciudad perdida de la humanidad. Pero parecía que Shastar era bien recordada entre las estrellas, pues Trescon y sus amigos parecían conocerla perfectamente.

Y entonces, muy lejos, hacia el norte, los ojos de Brant captaron un súbito destello de luz de sol reflejada.

Moviéndose deliberadamente en la franja de cielo visible por debajo de la nave, había otro gigante de metal que podía ser su gemelo, aunque lo empequeñecía la distancia. Pasó rápidamente por el horizonte, y en pocos segundos se perdió de vista.

No era por tanto, la única nave. ¿Cuántas más podía haber? Por alguna razón, esta idea recordó a Brant la gran pintura de la que acababa de separarse y la flota invasora que navegaba con mortales intenciones hacia la ciudad condenada. Y con esta idea, y saliendo a los recónditos rincones de la memoria racial, sintió el miedo de los extranjeros que habían sido un día maldición de toda la humanidad. Se volvió a Kondar y gritó, en tono acusador.

—¡Estáis invadiendo la Tierra!

Durante un instante, todos permanecieron en silencio. Después dijo Trescon, con un ligero toque malicioso en la voz:

—Adelante, comandante; más pronto o más tarde tendrás que explicarlo. Ahora es un buen momento para practicar.

El comandante Kondar esbozó una sonrisita preocupada que primero tranquilizó a Brant, pero que después aumentó sus más tristes presentimientos.

—Eres injusto con nosotros, joven —declaró gravemente—. No hemos venido a invadir la Tierra. Hemos venido a evacuarla.

—Espero —dijo Trescon, que mostraba por Brant un interés protector— que esta vez los científicos hayan aprendido la lección... aunque lo dudo. Sólo dicen «ocurrirán accidentes», y cuando han salido de un lío van y se meten en otro. El Campo Sigma es hasta ahora su fracaso más espectacular; pero el progreso nunca cesa.

—Y si choca con la Tierra, ¿qué pasará?

—Lo mismo que le ocurrió al aparato de control cuando se soltó el Campo: se dispersará de modo uniforme en el cosmos. Y lo mismo ocurrirá con vosotros, a menos que os saquemos a tiempo de aquí.

—¿Por qué? —preguntó Brant.

—No esperarás una respuesta técnica, ¿verdad? Es algo que tiene que ver con la indeterminación. Los antiguos griegos, o tal vez fueron los egipcios, descubrieron que no se puede determinar con absoluta exactitud la posición de cualquier átomo; existe una pequeña pero finita probabilidad de estar en cualquier parte del universo. La gente que enviasteis al Campo esperaba emplearlo para la propulsión. Cambiaría las posibilidades atómicas, de manera que una nave espacial en órbita de Vega podría decidir de pronto que en realidad debería estar viajando alrededor de Betelgeuse.

»Bueno, parece que el Campo Sigma sólo hace la mitad del trabajo. Multiplica simplemente las probabilidades, pero no las organiza. Y ahora está vagando al azar entre las estrellas, alimentándose con polvo interestelar y algún rayo de sol ocasional. Nadie ha sido capaz de inventar la manera de neutralizarlo, aunque existe la espantosa sugerencia de que se podría crear un campo gemelo y provocar una colisión. Pero si se intenta, sé lo que sucederá.

—No veo por qué hemos de preocuparnos —comentó Brant—. Está todavía a una distancia de diez años luz.

—Diez años luz es demasiado poco para algo como el Campo Sigma. Está zigzagueando al azar, en lo que los matemáticos llaman el Camino del Borracho. Si tenemos mala suerte, estará aquí mañana, pero existen veinte probabilidades contra una de que la Tierra no sea alcanzada. Dentro de unos pocos años, podréis volver a casa, como si nada hubiese pasado.

—¡Como si nada hubiese pasado!

Fuera lo que fuese lo que les deparase el futuro, el antiguo estilo de vida habría desaparecido para siempre. Lo que ocurría ahora en Shastar, debía estar sucediendo, en una u otra forma, en todo el mundo. Brant observó boquiabierto cómo unas máquinas extrañas rodaban por las espléndidas calles, limpiando los escombros de siglos y haciendo de nuevo habitable la ciudad. Así como una estrella casi extinguida puede brillar, en una última hora de gloria, así sucedería con Shastar, que durante unos pocos meses se convertiría en una de las capitales del mundo, albergando el ejército de científicos, técnicos y administradores que habían descendido sobre ella del espacio.

Brant empezaba a conocer a los invasores. Su vigor, la minuciosidad con que lo hacían todo y el entusiasmo casi infantil que les producía su poder sobrehumano no dejaban de asombrarlo. Estos parientes suyos eran los herederos de todo el universo, y todavía no habían empezado a agotar sus maravillas ni a cansarse de sus misterios. A pesar de todos sus conocimientos, parecían estar experimentando todavía muchas de las cosas

que hacían, incluso con una alegre irresponsabilidad. El Campo Sigma era buen ejemplo de esto; habían cometido un error, pero no parecía importarles en absoluto; estaban seguros de que más pronto o más tarde lo remediarían.

A pesar de la agitación que reinaba en Shastar, y sin duda en todo el planeta, Brant continuaba tercamente su tarea. Le ofrecía algo fijo y estable en un mundo de valores cambiantes, y se aferraba desesperadamente a ello. De vez en cuando, Trescon o sus colegas le visitaban y le daban consejos, por lo general excelentes, aunque él no siempre los seguía. Y ocasionalmente, cuando deseaba descansar los ojos o el cerebro, salía del gran museo vacío a las calles transformadas de la ciudad. Aunque sus nuevos moradores tenían que permanecer aquí tan sólo unos pocos meses, no habían ahorrado esfuerzo para hacer de Shastar una ciudad limpia y eficiente, y para darle cierta belleza total que habría sorprendido a sus primeros constructores.

Al cabo de cuatro días —el tiempo más largo que jamás había dedicado a una sola obra— Brant interrumpió su labor. Podría haber continuado indefinidamente, pero sólo le hubiese servido para empeorar las cosas. No disgustado del todo por su esfuerzo, fue en busca de Trescon.

Como de costumbre, encontró al crítico discutiendo con sus colegas sobre lo que había que salvar del arte acumulado de la humanidad. Latvar y Erlyn habían amenazado con utilizar la violencia si se llevaba otro Picasso a bordo o si se tiraba otro Fra Angélico. Como nada sabía de ninguno de ellos, Brant no tuvo reparos en hacer su petición.

Trescon se plantó en silencio delante de su pintura, examinando de vez en cuando el original. Su primera observación fue completamente inesperada.

—¿Quién es la joven? —preguntó.

—Usted me dijo que se llamaba Helena... —empezó a responder Brant.

—Me refiero a la que has pintado realmente.

Brant miró su tela, y después el original. Era extraño que no hubiese advertido antes estas diferencias. Pero indudablemente había rasgos de Yradne en la mujer que había pintado sobre la muralla de la fortaleza. No era la copia exacta que había pretendido hacer. Su mente y su corazón habían hablado a través de sus dedos.

—Ya veo qué quiere decir —respondió despacio—. Hay una muchacha en mi pueblo; en realidad vine aquí en busca de un regalo para ella, algo que pudiese impresionarla.

—Entonces has estado perdiendo el tiempo —repuso Trescon con franqueza—. Si realmente te ama, no tardará en confesártelo. Si no es así, no podrás hacer que te quiera. Es así de sencillo.

Brant no lo consideraba tan sencillo, pero decidió no discutir sobre el asunto.

—No me ha dicho qué piensa de mi pintura —se lamentó.

—Es prometedora —respondió Trescon con cautela—. Dentro de otros treinta... bueno, tal vez veinte años, podrás llegar a alguna parte si persistes en tu empeño. Desde luego, las pinceladas son bastante toscas y aquella mano parece un racimo de plátanos. Pero tienes una línea audaz y me gusta que no hayas hecho antes un esbozo al carbón. Esto está al alcance de cualquiera y, al no hacerlo, has demostrado cierta originalidad. Lo que necesitas es más práctica, y sobre todo más experiencia. Bueno, creo que podremos ayudarte.

—Si esto significa alejarme de la Tierra —dijo Brant—, no es la clase de experiencia que deseo.

—Será buena para ti. La idea de viajar hacia las estrellas, ¿no te emociona?

—No; sólo me produce consternación. Pero no puedo tomarlo en serio, porque no creo que sean capaces de hacernos marchar.

Trescon sonrió tristemente.

—Lo haréis con bastante rapidez cuando el Campo Sigma absorba del cielo la luz de las estrellas. Y será bueno que ocurra: tengo la impresión de que hemos llegado justo a tiempo. Aunque me he burlado a menudo de los científicos, éstos nos han librado para siempre del estancamiento en que estaba cayendo tu raza.

»Tenéis que alejaros de la Tierra, Brant; ninguno de los que han pasado toda su vida en la superficie de un planeta ha visto nunca las estrellas, sino sólo sus débiles fantasmas. ¿Te imaginas lo que significa estar suspendido en el espacio, en mitad de uno de los grandes sistemas múltiples, con soles de colores resplandeciendo a tu alrededor? Yo lo he hecho, y he visto estrellas flotando en anillos de fuego carmesí, como vuestro planeta Saturno, pero mil veces más grandes. ¿Y puedes imaginarte la noche en un mundo próximo al corazón de la Galaxia, donde todo el cielo es luminoso, con una niebla estelar que todavía no se ha concentrado en soles? Vuestra Vía Láctea es sólo un puñado desperdigado de soles de tercera clase. ¡Espera a ver la Nebulosa Central!

»Éstas son las cosas grandes, pero las pequeñas también son maravillosas. Empápate todo lo que puede ofrecerte el universo y, si lo deseas, vuelve a la Tierra con tus recuerdos. Entonces podrás empezar a trabajar; entonces, y no antes, sabrás si eres un artista.

Brant estaba impresionado, pero no convencido.

—Según este argumento —replicó—, el verdadero arte no pudo existir antes de los viajes espaciales.

—Hay toda una escuela de crítica fundada en esta tesis; ciertamente, el viaje espacial fue una de las mejores cosas que le sucedieron al arte. Viaje, exploración, contacto con otras culturas: éste es el gran estímulo de toda actividad intelectual. —Trescon señaló el magnífico mural detrás de ellos—. Las personas que crearon aquella leyenda eran navegantes, y el comercio de la mitad del mundo se realizaba a través de sus puertos. Pero después de unos pocos miles de años, el mar era demasiado pequeño para la inspiración o la aventura, y llegó el momento de salir al espacio. Bueno, ahora ha llegado el momento para ti, tanto si te gusta como si no.

—No me gusta. Deseo casarme con Yradne.

—Las cosas que quiere la gente son muy diferentes de las que le convienen. Te deseo suerte en tu pintura; no sé si deseártela en tu otra empresa. El arte grande y la felicidad doméstica son incompatibles. Tarde o temprano tendrás que elegir.

«Tarde o temprano tendrás que elegir.» Estas palabras aún resonaban en la mente de Brant cuando éste subía trabajosamente a la cumbre del monte y el viento bajaba a recibirlo en la ancha carretera. Sunbeam lamentaba el final de sus vacaciones, y por esto se movía más despacio de lo que requería la cuesta. Pero poco a poco el paisaje se fue abriendo a su alrededor, el horizonte se alejó más sobre el mar, y la ciudad empezó a parecerse cada vez más a un juguete construido con ladrillos de colores, un juguete dominado por la nave suspendida e inmóvil sobre él.

Brant pudo verla por primera vez en su conjunto, pues ahora flotaba casi al nivel de sus ojos y podía abarcarla con la mirada. Era de forma algo cilíndrica, pero terminaba en unas complicadas estructuras poliédricas cuyas funciones no podía imaginar. El gran dorso curvo estaba erizado de protuberancias, columnas estriadas y cúpulas. Allí había poder y eficacia, pero no belleza, y Brant lo miró con disgusto.

Ojalá desapareciese el monstruo inmóvil que usurpaba el cielo, como desaparecían las nubes que pasaban por su lado.

Pero no desaparecía porque él lo quisiera; Brant sabía que él y sus problemas no tenían importancia en comparación con las fuerzas que ahora se estaban acumulando. Era la pausa durante la cual la Historia contenía su aliento, el momento de silencio entre el fulgor del relámpago y el primer estampido. Pronto retumbaría el trueno en todo el mundo, y pronto no habría mundo en absoluto, mientras él y su pueblo serían exiliados sin hogar entre las estrellas. Este era el futuro con el que no quería enfrentarse, el futuro que temía mucho más de lo que pudieran imaginar Trescon y sus amigos, para quienes el universo había sido un juguete durante cinco mil años.

Parecía injusto que esto hubiese tenido que ocurrir en su tiempo, después de tantos siglos de tranquilidad. Pero los hombres no pueden negociar con el Destino ni elegir la paz o la aventura a su antojo. La Aventura y el Cambio habían vuelto al mundo una vez más, y él debía sacar el mejor partido de ello, como habían hecho sus antepasados al iniciarse la era espacial y asaltar las estrellas con sus primeras y frágiles naves.

Saludó a Shastar por última vez y después volvió la espalda al mar. El sol le deslumbraba y la carretera parecía velada, delante de ella, por una niebla brillante y trémula, como un espejismo o el reflejo de la Luna sobre aguas agitadas. Por un momento, Brant se preguntó si sus ojos lo habían engañado; entonces vio que se trataba de una ilusión.

Hasta donde podía alcanzar con la mirada, la carretera y la tierra, a ambos lados, estaban cubiertas de innumerables hilos de telarañas, tan finas y delicadas que sólo la viva luz del sol revelaba su presencia. Durante el último cuarto de kilómetro había estado caminando a través de ellos y no habían resistido su paso más de lo que lo habrían hecho unas volutas de humo.

Las arañas traídas por el viento tenían que haber estado cayendo a millones desde el cielo durante toda la mañana, y al mirar hacia el azul, Brant aún pudo captar por un momento, a la luz del sol, aquel brillo sedoso al pasar algunas viajeras rezagadas. Sin saber si viajarían, aquellas diminutas criaturas se habían aventurado en un abismo más inhóspito e insondable que cualquiera con el que él pudiese enfrentarse cuando llegase el día de despedirse de la Tierra. Era una lección que recordaría durante las semanas y los meses siguientes.

Poco a poco, la Esfinge se hundió en la línea del cielo al reunirse con Shastar más allá de la curva de los montes. Sólo una vez miró Brant hacia atrás para ver el monstruo agazapado, cuya vigilancia de milenios estaba ahora tocando a su fin. Entonces caminó lentamente bajo el sol, mientras dedos impalpables le acariciaban una y otra vez la cara, al ser empujados más hilos de seda por el viento que soplaba de su tierra.

ODIO

Esto va a ser demasiado inverosímil para un relato de ficción. Tendrán que aceptar mi palabra de que no me lo estoy inventando. Como casi había olvidado la génesis de la historia hasta que saqué mis amarillentas libretas de notas, todavía me siento algo incrédulo.

En febrero de 1960 —treinta años antes de que aparezcan impresas estas palabras—, el distinguido productor de cine William MacQuitty me pidió que escribiese un guión titulado El mar y las estrellas. Esto fue a los dos años de que el Sputnik I inaugurase la era espacial (octubre de 1957); ningún ser humano había viajado entonces más allá de la atmósfera y, a pesar de Laika y otros astronautas animales, en algunos círculos todavía se dudaba de que fuese posible una supervivencia prolongada en estado de ingravidez.

Aunque desde luego entonces, no lo sabíamos, Yuri Gagarin ya se estaba preparando para el primer vuelo orbital (12 de abril de 1961), y Bill y yo estábamos totalmente seguros de que la primera persona en el espacio sería un ruso. Pensamos que seria una película fantástica si la cápsula se hundía en el Great Barrier Reef y era descubierta con el ocupante atrapado y vivo por un buceador que... no, no quiero aguarles la historia...

Nada salió del guión de película, que es lo que les ocurre al 99 por ciento de ellos. Sin embargo, pensé que la idea era demasiado buena para desperdiciarla y, al mes siguiente, escribí un cuento con ella. La revista Iflo publicó en noviembre de 1961 titulándolo At the End of the Orbit («Al final de la órbita»). Yo prefiero el título original, tiene más garra.

Casi al mismo tiempo conocí al primer hombre que entraría en órbita; una de las cosas que poseo y que más aprecio es la autobiografía de Gagarin, con esta dedicatoria: «En recuerdo de nuestro encuentro en Ceilán, 11 de diciembre del 61.» Años más tarde, en Star City, estuve en el despacho de Gagarin, tal como lo había dejado antes de aquel vuelo fatal de adiestramiento, con el reloj de la pared parado en el momento de su muerte.

Cuando nos conocimos, Bill MacQuitty acababa de producir la película definitiva sobre la catástrofe del Titanio: A Night to Remember; el tema le interesaba sobre todo porque de muchacho había presenciado en Belfast la botadura del barco. Más tarde hizo un decidido pero vano esfuerzo por llevar a la pantalla Naufragio en el mar selenita. Al no poder filmar operaciones submarinas en la Luna, volvió a la Tierra con Above Us the Waves, historia del ataque de la Armada británica contra el acorazado Turpitz. También empleó Ceilán, —donde había trabajado en un banco en los años treinta—, como escenario de The Beachcomber, un cuento de Somerset Maugham de la época colonial, protagonizado por Robert Newton. («La última película —me dijo Bill—, en la que Bob estuvo sereno casi todo el tiempo.»)

Todas estas cuestiones pueden parecer un poco irrelevantes, pero no lo son. Porque el hombre que había observado la botadura del Titanio en 1910, y podía haberme pescado antes que Stanley Kubrick, acababa de entrar en mi despacho con el primer volumen de su autobiografía. Y estoy quebrantando una de mis normas más severas al escribir una introducción...

Pero aún no he terminado. Una semana después de que Bill MacQuitty abandone Colombo, vendrá el hombre que filmará por fin (toquen madera) Naufragio en el mar selenita, para discutir operaciones de salvamento en la Luna.

Y para hacer las cosas aún más complicadas, estoy trabajando en una novela sobre el centenario del Titanio; se acerca rápidamente el año 2012. Hablé de él una vez en Regreso a Titán, pero ahora Robert Ballard y su equipo lo han redescubierto, es hora de volver a los Grand Banks.

1

Tibor no lo vio. Estaba durmiendo e inmerso en su inevitable y doloroso sueño. Sólo Joey se encontraba despierto sobre cubierta, en la fresca quietud que precede a la aurora, cuando apareció el llameante meteoro encima de Nueva Guinea. Observó cómo ascendía en el cielo hasta pasar directamente por encima de su cabeza, apagando las estrellas y proyectando sombras que se movían rápidamente sobre la atestada cubierta. La fuerte luz perfiló el aparejo desnudo, las cuerdas enrolladas y los tubos de aire, las escafandras hábilmente colocadas para la noche, incluso la isla baja y cubierta de palmeras a media milla de distancia. Al pasar hacia el sudoeste, sobre el vacío del Pacífico, empezó a desintegrarse.

Desprendió glóbulos incandescentes, dejando una estela de fuego a lo largo de un cuarto de su trayectoria en el cielo. Empezaba ya a extinguirse cuando Joey lo perdió de vista. Todavía resplandeciendo, se hundió en el horizonte, como si tratase de arrojarse contra la cara del sol oculto.

Si la vista era espectacular, el silencio absoluto resultaba enervante. Joey se quedó esperando, pero ningún sonido llegaba del cielo hendido. Cuando unos minutos más tarde se oyó un súbito chasquido en el mar, a poca distancia, la sorpresa le produjo un involuntario sobresalto; después se maldijo por haberse dejado asustar por una manta, aunque tenía que ser muy grande para haber hecho aquel ruido al saltar. No oyó nada más, y entonces volvió a dormirse.

En su estrecha litera, a popa del compresor de aire, Tibor no oyó nada. Dormía tan profundamente después del trabajo del día que le quedaba poca energía, incluso para los sueños. Y cuando los tenía, no eran los que hubiese querido. En las horas de oscuridad, cuando su mente rondaba por el pasado, nunca se detenía en recuerdos de deseo. Había tenido mujeres en Sydney, en Brisbane, en Darwin y en Thursday Island, pero ninguna en sus sueños. Lo único que siempre recordaba al despertar, en la fétida quietud del camarote, era el polvo, el fuego y la sangre cuando los tanques rusos entraron en Budapest. Sus sueños no eran de amor sino sólo de odio.

Cuando Nick lo sacudió para despertarlo, estaba esquivando a los guardias en la frontera austriaca. Tardó unos segundos en hacer el viaje de quince mil kilómetros hasta el Great Barrier Reef. Entonces bostezó, echó a patadas a las cucarachas que le hacían cosquillas en los dedos de los pies, y bajó de la litera.

El desayuno era el mismo de siempre, desde luego: arroz, huevos de tortuga y carne en conserva, regado todo ello con té fuerte y dulce. Lo mejor de la comida de Joey era la abundancia. Tibor estaba acostumbrado a la monótona dieta. Lo compensaba, al igual que de otras privaciones, cuando volvía al continente.

El sol apenas había asomado en el horizonte cuando amontonaron los platos en la pequeña cocina y el lugre emprendió su ruta.

Nick parecía animado al ponerse al timón y apartarse de la isla. El viejo pescador de perlas tenía motivos para estarlo, ya que el banco de conchas en el que trabajaban era el más rico que Tibor había visto jamás. Con un poco de suerte llenarían la bodega en un día o dos y volverían a Thursday Island con media tonelada de conchas a bordo. Y entonces, con un poco más de suerte, podría dejar este peligroso trabajo y volver a la civilización.

Y no es que lamentase nada. El griego lo había tratado bien, y él había encontrado algunas perlas muy buenas al abrir las conchas. Pero ahora, después de nueve meses en el Reef, comprendía por qué el número de submarinistas blancos podía contarse con los dedos de una mano. Los japoneses, los canacas y los isleños podían soportarlo; pero muy pocos europeos.

El diesel enmudeció y el Arafura se detuvo.

Estaban a unos tres kilómetros de la isla, baja y verde sobre el agua, pero separada de ésta por una estrecha franja de playa deslumbrante. No era más que un banco de arena sin nombre, del que había logrado apoderarse un pequeño bosque. Sus únicos moradores

eran las innumerables y estúpidas pardelas que anidaban en el blando suelo y hacían la noche odiosa con sus gritos agoreros.

Los tres buceadores apenas hablaron mientras se vestían. Cada uno sabía lo que tenía que hacer y no perdía tiempo en llevarlo a cabo. Al abrocharse Tibor la gruesa chaqueta de twill, Blanco, su ayudante, lavó el cristal del casco con vinagre, para que no se empañase. Entonces Tibor bajó por la escalera de cuerda, mientras le ponían el pesado casco y el coselete de plomo.

Aparte de la chaqueta, cuyo relleno repartía el peso por igual sobre sus hombros, llevaba su ropa corriente.

En aquellas aguas cálidas no había necesidad de trajes de caucho. El casco actuaba simplemente como una pequeña campana de buzo mantenida en posición por su propio peso. En caso de emergencia, el que lo llevaba (si tenía suerte) podía desprenderse de él y subir nadando sin estorbos a la superficie. Tibor lo había visto hacer, pero no tenía el menor deseo de experimentarlo.

Cada vez que se plantaba en el último escalón, agarrando el saco para las conchas con una mano y el cable de seguridad con la otra, acudía a su mente la misma idea.

Estaba dejando el mundo que conocía; pero ¿era para una hora... o para siempre?

Abajo, en el fondo del mar, estaban las riquezas y la muerte, y uno no podía estar seguro de cuál de las dos cosas le esperaba allí. Lo más probable es que fuera un día más de trabajo pesado y sin incidentes, como lo eran la mayoría de los días de la vida monótona del pescador de perlas. Pero Tibor había visto morir a uno de sus compañeros al enredarse el tubo del aire en la hélice del Arafura. Y había sido testigo de la agonía de otro, víctima de la enfermedad de los buzos. En el mar, nada era nunca seguro o cierto. Uno se arriesgaba con los ojos abiertos.

Y si perdía, de nada servían las lamentaciones.

Se apartó de la escalera, y el mundo del sol y el cielo dejó de existir. Debido al peso del casco, tuvo que agitar frenéticamente los pies para mantener el cuerpo vertical. Sólo podía distinguir una niebla azul y amorfa al hundirse hacia el fondo. Esperó que Blanco no tirase demasiado pronto del cable de seguridad. Tragando saliva y bufando, trató de despejar los oídos al aumentar la presión. El derecho se «destapó» con bastante rapidez, pero un dolor punzante, insoportable, aumentó rápidamente en el izquierdo, que lo molestaba desde hacía varios días. Metió la mano debajo del casco, se tapó la nariz y sopló con toda su fuerza.

Hubo una brusca y silenciosa explosión dentro de su cabeza y el dolor cesó al instante. Ya no tendría más dificultades en esta inmersión.

Tibor tocó el fondo antes de verlo.

Su visión hacia abajo era muy limitada pues no podía inclinarse sin correr el riesgo de que se inundase el casco. Podía ver a su alrededor, pero no inmediatamente debajo de él. Lo que contempló era tranquilizador en su monotonía: un llano cenagoso y ligeramente ondulado que se difuminaba a unos tres metros de distancia. A un metro a su izquierda, un pececillo mordisqueaba un trozo de coral del tamaño y la forma de un abanico. Esto era todo. Aquí no había belleza ni era un lugar de ensueño submarino. Pero había dinero. Y eso era lo que importaba.

El cable de seguridad dio un ligero tirón al empezar a derivar en la dirección del viento, moviéndose de lado sobre el sector, y Tibor empezó a avanzar con el paso saltarín y lento que le imponía la ingravidez y la resistencia del agua. Como buzo número dos, trabajaba desde la proa. En medio estaba Stephen, todavía algo inexperto, y a popa Billy, el primer buzo. Los tres hombres raras veces se veían cuando estaban trabajando; cada uno tenía su propio territorio que explorar, mientras el Arafura se deslizaba en silencio a favor del viento. Sólo en los extremos de los zigzags que trazaban, a veces se veían de refilón como vagas sombras entre niebla.

Se necesitaba práctica para distinguir las conchas debajo del camuflaje de algas y hierbas, pero con frecuencia los moluscos se delataban ellos mismos. Cuando sentían las vibraciones del hombre que se acercaba, se cerraban de golpe, y entonces se producía un fugaz destello nacarado en la penumbra. Sin embargo, incluso éstas escapaban a veces pues el barco en movimiento podía arrastrar al pescador antes de que pudiese agarrar su presa. En los primeros días de aprendizaje, a Tibor se le habían escapado bastantes ostras grandes, cualquiera de las cuales podía haber contenido una perla fabulosa. O así se lo había imaginado, antes de que se extinguiese para él el atractivo de la profesión y se percatase de que aquellas perlas resultaban tan raras que era mejor olvidarse de ellas.

La perla más valiosa que había pescado se había vendido por veinte libras, y las conchas que recogía en una buena mañana valían más. Si la industria hubiese dependido de las perlas y no del nácar, habría quebrado hacía años.

No había sentido del tiempo en este mundo de niebla. Uno caminaba debajo de la embarcación móvil e invisible, con el zumbido del compresor de aire golpeándole los oídos, y la verde neblina moviéndose delante de los ojos. A largos intervalos se descubría una concha, se la arrancaba del fondo del mar y se metía en la bolsa. Si uno tenía suerte,

podía recoger un par de docenas en una sola inmersión. Pero también era posible que no encontrase ninguna.

Uno estaba alerta ante el peligro, pero éste no le preocupaba. Los verdaderos riesgos eran accidentes sencillos y nada espectaculares, como que se enredasen el tubo del aire o el cable de seguridad, no los tiburones, los grandes peces ni los pulpos. Los tiburones huían al descubrir burbujas de aire, y en todas las horas de inmersión, Tibor sólo había visto un pulpo de medio metro de diámetro. En cuanto a los peces gigantescos, bueno, había que tomarlos en serio porque se podían tragar de golpe a un buzo si estaban hambrientos. Pero no era probable encontrarlos en esta llanura desolada. No había cuevas de coral donde pudiesen establecer sus hogares.

Por consiguiente, la impresión no habría sido tan fuerte si este ambiente gris y uniforme no le hubiese dado una sensación de seguridad.

Estaba caminando con regularidad hacia una pared de niebla inalcanzable que se retiraba tan de prisa como se acercaba él. Y entonces, sin previo aviso, una particular pesadilla tomó cuerpo encima de él.

II

Tibor odiaba las arañas, y había cierta criatura en el mar que parecía deliberadamente resuelta a aprovecharse de aquella fobia. Él no había visto ninguna y su mente había eludido siempre la idea de semejante encuentro, pero sabía que el cangrejo araña japonés puede medir tres metros y medio desde las patas de un lado a las del otro. El hecho de que fuese inofensivo no le importaba en absoluto. Un cangrejo araña grande como un hombre no tenía derecho a la existencia.

En cuanto vio aparecer aquella jaula de miembros flacos en la masa gris de las aguas, Tibor empezó a chillar con terror incontrolable. No recordaba haber tirado del cable de seguridad, pero Blanco reaccionó con la percepción instantánea del ayudante ideal. Resonando todavía sus gritos en el casco, Tibor sintió que lo arrancaban del fondo del mar y lo subían hacia la luz, el aire... y la cordura.

Mientras ascendía, comprendió lo absurdo de su miedo y recuperó algo de su dominio. Pero cuando Blanco le quitó el casco, aún temblaba violentamente y tardó algún tiempo en poder hablar.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó Nick—. ¿Es que todos queréis terminar el trabajo antes de la hora?

Entonces Tibor se dio cuenta de que no había sido el primero en subir. Stephen estaba sentado en mitad del barco, fumando un cigarrillo, y al parecer totalmente despreocupado. Un ayudante izaba al buzo de popa, que se preguntaría sin duda qué había sucedido, ya que el Arafura se había detenido y todas las operaciones se habían suspendido hasta que se resolviese la cuestión.

—Hay una especie de embarcación hundida ahí abajo —dijo Tibor—. Tropecé con ella. Lo único que pude ver fue un montón de cuerdas y de palos.

Para su gran contrariedad, el recuerdo hizo que empezase a temblar de nuevo.

—No veo por qué eso te provocó el tembleque —gruñó Nick.

Tampoco podía comprenderlo Tibor, sobre la cubierta bañada por el sol.

Era imposible explicar cómo podía una forma inofensiva, vista a través de una niebla, llenar completamente la mente de terror.

—Casi me enredé con aquello —mintió—. Blanco tiró de mí con el tiempo justo.

—¡Hum! —murmuró Nick, no muy convencido—. En todo caso, no es un barco. —Señaló hacia el buzo que estaba en mitad de la embarcación—. Steve tropezó con un montón de cuerdas y de tela, dice que como un nailon grueso. Parece una especie de paracaídas. —El viejo griego miró disgustado la mojada colilla de su puro y la arrojó por encima de la borda—. En cuanto haya subido Billy, iremos a echar un vistazo. Puede que valga algo; recordad lo que le ocurrió a Jo Chambers.

Tibor lo recordaba; la historia era famosa a lo largo del Great Barrier Reef. Jo había sido un pescador solitario que, en los últimos meses de la guerra, había descubierto un BC-3 en aguas poco profundas a pocos kilómetros de la costa de Queensland. Después de prodigios de recuperación sin ayuda de nadie, se había abierto paso en el fuselaje y empezado a descargar cajas de herramientas perfectamente protegidas con envolturas impermeables.

Durante un tiempo había realizado un fructífero negocio de importaciones, pero cuando la policía dio con él, reveló de mala gana la identidad de su proveedor. Los «polis» australianos pueden ser muy persuasivos.

Y fue entonces, después de semanas y semanas de fatigoso trabajo debajo del agua, cuando Jo descubrió lo que había estado transportando el DC-3 además de las herramientas que, por valor de unos pocos miles de dólares, había estado vendiendo a los garajes y talleres del continente.

Las grandes cajas de madera que no se había decidido a abrir contenían la paga de una semana de las fuerzas del Pacífico.

Aquí no habría tanta suerte, pensó Tibor al saltar de nuevo al agua. Pero el avión (o lo que fuese) podía contener instrumentos valiosos y tal vez habría una recompensa para quien los descubriese. Además, estaba en deuda consigo mismo. Quería ver exactamente qué era lo que le había causado semejante susto.

Diez minutos más tarde supo que no era ningún avión. Tenía otra forma y era mucho más pequeño; sólo unos seis metros de largo y la mitad de ancho. El estrecho objeto tenía escotillas de acceso y pequeñas portillas a través de las cuales atisbaban el mundo unos instrumentos desconocidos. Daba la impresión de estar desarmado, aunque un extremo parecía haber sido fundido por un terrible calor. Del otro brotaba una maraña de antenas, todas ellas rotas o torcidas por el choque contra el agua. Incluso ahora tenían un increíble parecido con las patas de un insecto gigante.

Tibor no era tonto. Enseguida sospechó lo que era aquello.

Sólo subsistía un problema, y lo resolvió con facilidad. Aunque borradas en parte por el calor, aún había palabras legibles grabadas en algunas escotillas. Los caracteres eran cirílicos, y Tibor conocía el ruso lo bastante como para captar referencias a materiales electrónicos y sistemas de presurización.

«Así que han perdido un Sputnik», se dijo, satisfecho. Podía imaginar lo sucedido. Aquella cosa había descendido demasiado aprisa y a un lugar equivocado. En uno de los extremos había restos de flotadores; se habían reventado con el impacto y el vehículo se había hundido como una piedra.

La tripulación del Arafura tendría que disculparse con Joey. No había estado bebiendo. Lo que había visto arder en el cielo seguramente sería el cohete portador, que se había separado de su carga y caído sin control en la atmósfera de la Tierra.

Tibor permaneció durante mucho rato en el fondo del mar, con las rodillas dobladas a la manera típica del buzo, mientras observaba aquella criatura del espacio atrapada ahora en el elemento extraño. Su mente estaba llena de planes a medio elaborar, pero ninguno de ellos estaba todavía claro.

Ya no le importaba el dinero del salvamento. La perspectiva de la venganza era mucho más importante.

Aquí estaba una de las creaciones de las que más se enorgullecía la tecnología soviética, y Szabo Tibor, oriundo de Budapest, era el único hombre del mundo que lo sabía.

Tenía que haber alguna manera de aprovechar la situación, de producir daño al país y a la causa que ahora odiaba con tan ardiente intensidad. Aún no se había entretenido en

analizar el verdadero motivo de este odio. Aquí, en este mundo solitario de mar y cielo, de vaporosos manglares y deslumbrantes bancos de coral, no había nada que le recordase el pasado. Sin embargo, no podía librarse de él. Algunas veces despertaban los demonios de su mente y tenía accesos de rabia o un deseo cruel y desenfrenado de destrucción. Hasta ahora había tenido suerte; no había matado a nadie. Pero algún día...

Un inquieto tirón de Blanco interrumpió sus sueños de venganza.

Dio una señal tranquilizadora a su ayudante e inició un examen más atento de la cápsula. ¿Cuánto pesaba? ¿Podía ser izada fácilmente? Debía descubrir muchas cosas, antes de trazar algún plan definitivo.

Se apoyó en la pared de metal ondulado y empujó cautelosamente. Percibió un claro movimiento, al oscilar la cápsula sobre el fondo marino. Tal vez podría ser levantada, incluso con las pocas poleas de que disponía el Arafura. Probablemente era más ligera de lo que parecía.

Tibor apretó el casco contra la sección plana de la cápsula y escuchó con atención.

Había tenido cierta esperanza de oír algún ruido mecánico, como el zumbido de motores eléctricos. Pero el silencio era absoluto. Golpeó el metal con el mango de su cuchillo, tratando de calcular su grosor y de localizar cualquier punto débil. Su tercer intento dio resultado, pero no fue lo que esperaba.

La cápsula le respondió con un furioso y desesperado repiqueteo.

Hasta este momento a Tibor no se le había ocurrido pensar que pudiese haber alguien en el interior. La cápsula le había parecido demasiado pequeña.

Entonces se dio cuenta de que había estado pensando en términos de aviación convencional. Allí había espacio suficiente para un pequeño camarote a presión en el que un abnegado astronauta podría pasar unas pocas horas encogido.

Así como un calidoscopio puede cambiar completamente su dibujo en un solo movimiento, así los planes medio elaborados en la mente de Tibor se disolvieron y cristalizaron después en una nueva forma. Se humedeció los labios con la lengua detrás del grueso cristal del casco. Si Nick hubiese podido verlo, ahora se habría preguntado, como había hecho ya algunas veces, si su buzo número dos estaba completamente cuerdo. Todas sus ideas de una venganza remota e impersonal contra algo tan abstracto como una nación o una máquina se alejaron de su mente.

Ahora sería una cuestión de hombre a hombre.

III

—Te has tomado tiempo, ¿no? —dijo Nick—. ¿Qué has descubierto?

—Es ruso —dijo Tibor—. Algún tipo de Sputnik. Si lo atamos con una cuerda creo que podremos levantarlo del fondo. Pero es demasiado pesado para subirlo a bordo.

Nick dio una chupada a su eterno puro, con expresión reflexiva. El jefe estaba preocupado por una cuestión que no se le había ocurrido a Tibor. Si se realizaba alguna operación de salvamento allí, todos sabrían el sitio donde había estado el Arafura. Cuando llegase la noticia a Thursday Island, su banco de ostras particular sería limpiado en un santiamén.

Tendrían que mantener en secreto todo el asunto o remolcar ellos mismos aquella maldita cosa y no decir dónde la habían encontrado. En todo caso, más parecía un engorro que algo valioso. Nick, que compartía casi todos los prejuicios de los australianos contra la autoridad, estaba convencido de que lo único que sacarían de su trabajo sería una bonita carta de agradecimiento.

—Los muchachos no quieren bajar —anunció—. Creen que es una bomba. Quieren dejarla donde está.

—Diles que no se preocupen —replicó Tibor—. Yo me encargaré de esto.

Trató de mantener su voz fría y normal, pero aquello era demasiado bonito para ser verdad. Si los otros oían los golpes desde dentro de la cápsula, sus planes se derrumbarían.

Señaló hacia la isla verde y adorable en el horizonte.

—Sólo podemos hacer una cosa. Si conseguimos levantarla medio metro del fondo, podremos llevarla hacia la costa. Una vez en aguas poco profundas, no será muy difícil arrastrarla hasta la playa. Utilizaremos los botes y tal vez enganchemos una polea en uno de aquellos árboles.

Nick consideró la idea sin mucho entusiasmo. Dudaba de que el Sputnik pudiese pasar a través del arrecife, incluso a sotavento de la isla. Pero era partidario de alejarlo de su banco de conchas. Siempre podrían dejarlo en otra parte, señalar el lugar con una boya y reclamar el mérito del hallazgo.

—Está bien —dijo—. Baja. Esa cuerda de dos centímetros es la más fuerte que tenemos; será mejor que te la lleves. Pero no te pases todo el día en esto; ya hemos perdido bastante tiempo.

Tibor no tenía intención de pasar todo el día. allí. Seis horas serían más que suficientes. Ésta era una de las primeras cosas que había aprendido de las señales a través de la pared.

Era una lástima que no pudiese oír la voz del ruso; pero el ruso podía oírle y esto era lo que realmente importaba. Cuando apoyó el casco en el metal y gritó, la mayoría de sus palabras fueron comprendidas. Hasta ahora había sido una conversación amistosa; Tibor no tenía intención de mostrar sus cartas hasta el momento psicológico adecuado.

La primera operación había sido establecer una clave: un golpe para decir «Sí» y dos para decir «No». Después se trataba sólo de hacer las preguntas más convenientes. Con tiempo, no había un hecho ni una idea que no se pudiese comunicar por medio de estas dos señales. Habría sido mucho más difícil si Tibor se hubiese visto obligado a emplear su rudimentario ruso. Se había alegrado, aunque no sorprendido, al descubrir que el piloto atrapado comprendía perfectamente el inglés. Había aire en la cápsula para otras cinco horas; su ocupante estaba ileso; sí, los rusos sabían el lugar donde había caído.

La última respuesta dio que pensar a Tibor. Tal vez el piloto estaba mintiendo, pero podía ser verdad lo que decía. Aunque algo había funcionado evidentemente mal en el regreso proyectado a la Tierra, los buques de rastreo del Pacífico tenían que haber localizado el lugar del impacto, aunque no podía saber con qué exactitud. Pero ¿qué importaba eso? Podían tardar días en llegar aquí, aunque viniesen a toda velocidad a las aguas territoriales australianas sin molestarse en pedir permiso a Canberra. Era dueño de la situación. Toda la fuerza de la URSS no podría hacer nada para frustrar sus planes antes de que fuese demasiado tarde. La pesada cuerda cayó en rollos sobre el fondo marino, levantando una nube de limo que se alejó como humo, impulsado por la lenta corriente. Ahora que el sol estaba más alto en el cielo, el mundo submarino ya no se encontraba envuelto en una penumbra gris. El fondo del mar era incoloro pero brillante, y el límite de la visión estaba ahora casi a cinco metros de distancia.

Tibor pudo observar toda la cápsula espacial por primera vez. Era un objeto tan peculiar, diseñado para condiciones más allá de toda experiencia normal, que engañaba a la vista. Uno buscaba en vano la parte de delante y la de atrás. No había manera de saber en qué dirección apuntaba al volar a toda velocidad en su órbita.

Tibor apretó el casco contra el metal y gritó:

—¡He vuelto! —anunció—. ¿Puede oírme?

Pam.

—He traído una cuerda y voy a atarla a los cables del paracaídas. Estamos a unos tres kilómetros de una isla. En cuanto la hayamos atado, pondremos rumbo hacia ella. No podemos sacarle del agua con la polea que llevamos a bordo, así que trataremos de llevarle a la playa. ¿Comprende?

Pam.

Sólo tardó unos momentos en atar la cuerda; ahora era mejor que se apartase antes de que el Arafura empezase a levantar la cápsula.

Pero primero tenía que hacer algo.

—¡Eh! —gritó—. He atado la cuerda. Levantaremos esto dentro de un minuto. ¿Me oye?

Pam.

—Entonces también podrá oír esto: nunca saldrá vivo de ahí. También esto lo he atado bien.

Pam, Pam.

—Tardará cinco horas en morir. Mi hermano tardó más, cuando pasó por un campo de minas. ¿Comprende? ¡Soy de Budapest! Le odio a usted, a su país y a todo lo que éste defiende. Me han arrebatado mi casa, mi familia; han convertido a mis compatriotas en esclavos. ¡Ahora me gustaría ver su cara! Me gustaría verle morir. También a Theo le vi morir. Cuando estemos a medio camino de la isla, esta cuerda se romperá por donde yo la corte. Bajaré y ataré otra, y ésta también se romperá. Puede quedarse sentado y esperar las sacudidas.

Tibor se detuvo bruscamente, agotado por la violencia de sus emociones. No había lugar para la lógica o la razón en este orgasmo de odio. No se detuvo para pensar, porque no se atrevía a hacerlo. Pero en lo más recóndito de su mente, la verdad se estaba abriendo paso hacia la luz de la conciencia. No era a los rusos a quienes odiaba por todo lo que habían hecho. Se odiaba a sí mismo, porque había hecho más.

La sangre de Theo y de diez mil compatriotas había manchado sus propias manos. Nadie había sido más comunista que él ni nadie había creído más estúpidamente la propaganda de Moscú. En el instituto y en la universidad había sido el primero en buscar y denunciar a los «traidores» (¿a cuántos de ellos había enviado a los campos de trabajo o a las cámaras de tortura de la AVO?) Cuando descubrió la verdad, ya era demasiado tarde. Y ni siquiera entonces había luchado. Había echado a correr.

Había corrido por todo el mundo, tratando de escapar a su culpa, y las drogas del peligro y la disipación lo habían ayudado a olvidar el pasado. Los únicos placeres que ahora le ofrecía la vida eran los abrazos sin amor que buscaba febrilmente cuando estaba en tierra firme, y su actual modo de existencia era prueba de que aquello no era suficiente.

Si ahora podía hacer tratos con la muerte, era sólo porque había venido aquí en busca de ella.

No hubo ningún sonido en la cápsula. Su silencio parecía despectivo, burlón. Tibor la golpeó con furia con el mango del cuchillo.

—¿Me has oído? —gritó—. ¿Me has oído?

Ninguna respuesta.

—¡Maldito seas! ¡Sé que estás escuchando! ¡Si no contestas, haré un agujero en la cápsula para que entre el agua!

Estaba seguro de que podía conseguirlo con la afilada punta del cuchillo. Pero esto era lo último que quería hacer; sería demasiado rápido, un fin demasiado fácil.

Seguía sin oír nada; tal vez el ruso se había desmayado. Tibor esperó que no fuese así, pero era inútil demorarse aún más. Propinó un fuerte golpe de despedida a la cápsula e hizo señal a su ayudante.

Nick tenía noticias para él cuando salió a la superficie.

—La radio de Thursday Island no ha parado un momento. Los rusos están pidiendo a todo el mundo que busquen uno de sus cohetes. Dicen que debe estar flotando en alguna parte, frente a la costa de Queensland. Parece que están muy interesados en recuperarlo.

—¿Han dicho algo más sobre él? —preguntó ansiosamente Tibor.

—Sí, que ha dado un par de vueltas alrededor de la Luna.

—¿Eso es todo?

—Nada más, que yo recuerde. Usaban muchos términos científicos que no comprendía.

Era de suponer; cuando fallaba alguno de sus experimentos, los rusos lo mantenían en secreto tanto como les era posible.

—¿Has dicho a Thursday Island que lo hemos encontrado?

—¿Estás loco? Además, el transmisor no funciona; no podría hacerlo aunque quisiera. ¿Has fijado bien la cuerda?

—Sí; mira si puedes levantarla del fondo.

El extremo de la cuerda había sido atado alrededor del palo mayor, y en pocos segundos quedó tirante. Aunque el mar estaba en calma, había un ligero oleaje y el lugre oscilaba en ángulos de diez o quince grados. A cada balanceo, las bordas se elevaban medio metro y descendían de nuevo. Había un montacargas con capacidad para varias toneladas, pero era necesario tener mucho cuidado al emplearlo.

La cuerda vibró, la madera crujió y, por un momento, Tibor temió que la debilitada cuerda se rompiese demasiado pronto. Pero resistió y se elevó la carga.

La izaron más a la segunda oscilación, y más a la tercera. Entonces se desprendió la cápsula del fondo marino y el Arafura escoró ligeramente hacia babor. —Vamos —dijo Nick, empuñando la rueda del timón—. Tendríamos que llevarla a medio kilómetro antes de que choque de nuevo.

El lugre empezó a moverse despacio en dirección a la isla, transportando su carga escondida debajo de él.

Apoyándose en la borda y dejando que el sol evaporase el agua de su ropa mojada, Tibor se sintió en paz por primera vez en... ¿cuántos meses? Incluso el odio había cesado de arder en su cerebro. Tal vez, como el amor, era una pasión que nunca podía satisfacerse. Pero al menos había sido saciada de momento.

No flaqueaba en su resolución. Estaba implacablemente empeñado en la venganza de manera tan extraña, tan milagrosa, se había puesto a su alcance. La sangre pedía sangre, y al fin podrían descansar lo; fantasmas que lo acosaban.

IV

Empezó a preocuparse cuando estaban a dos tercios del camino hacia la isla y la cuerda no se había roto. Todavía faltaban cuatro horas. Demasiado tiempo. Por primera vez se le ocurrió pensar que su plan podría fracasar. ¿Y si a pesar de todo Nick conseguía llevar la cápsula a la playa antes de la hora límite?

Con un fuerte chasquido que hizo vibrar toda la embarcación, la cuerda saltó en el agua, rociando en todas direcciones.

—Debí pensarlo —dijo Nick—. Estaba empezando a dar saltos. ¿Quieres bajar de nuevo o prefieres que envíe a uno de los muchachos?

—Ya me encargo yo —respondió apresuradamente Tibor—. Puedo hacerlo más de prisa que ellos.

Era cierto, pero tardó veinte minutos en localizar la cápsula. El Arafura se había apartado mucho de ella antes de que Nick pudiera parar el motor, y Tibor llegó a preguntarse si la hallaría.

Describió grandes arcos en el fondo del mar, y sólo terminó la búsqueda cuando se enredó accidentalmente en el paracaídas. La tela oscilaba con lentitud en la corriente, como un extraño y horrible monstruo marino; pero Tibor ya no temía nada, salvo el fracaso, y su pulso no se aceleró al ver aquella masa blanquecina delante de él.

La cápsula estaba arañada y manchada de limo, pero parecía indemne. Ahora yacía de costado y parecía una gigantesca cántara de leche que se hubiese volcado. El pasajero

tenía que haber saltado mucho en el interior. Pero si había caído de la Luna tenía que estar muy protegido, y probablemente seguiría en buen estado. Tibor confió en que así fuese. Sería una lástima perder las tres horas restantes.

Una vez más apoyó el casco oxidado en el ya no tan brillante metal de la cápsula.

—¡Eh! —gritó—. ¿Puedes oírme?

Tal vez el ruso tratara de engañarle guardando silencio, pero esto sería pedir demasiado a su sangre fría. Tibor tenía razón. Casi inmediatamente sonó el fuerte golpe de respuesta.

—Me alegro de que estés ahí —gritó—. Todo está saliendo como te dije, aunque me parece que tendré que cortar un poco más la cuerda.

La cápsula no respondió. Nunca volvió a responder, a pesar de que Tibor la golpeó una y otra vez en la siguiente inmersión... y en la siguiente.

Pero ahora ya no lo esperaba porque habían tenido que detenerse un par de horas para capear una turbonada, y el tiempo límite había pasado antes de que hiciese su último descenso.

Esto lo contrariaba un poco pues había proyectado un mensaje de despedida. Pero gritó de todos modos, aunque sabía que gastaba energías en vano.

Por la tarde, temprano, el Arafura se había acercado lo más posible a tierra. Había sólo unos pocos metros de agua debajo de él y la marea estaba descendiendo. La cápsula asomaba a la superficie en el seno de cada ola y al fin quedó firmemente varada en un banco de arena. Era inútil tratar de arrastrarla más. Estaría pegada allí hasta que la marea alta la desalojase.

Nick observó la situación con ojos de experto.

—Esta noche hay una marea de un par de metros —dijo—. Tal como ahora está situada, la cápsula sólo estará a medio metro del agua en la bajamar. Podremos ir hasta ella con los botes.

Esperaron frente al banco de arena mientras bajaba la marea y el sol. Las intermitentes emisiones de radio informaban de que la búsqueda se acercaba pero estaba todavía lejos de ellos. Avanzada la tarde, la cápsula estaba casi enteramente fuera del agua. La tripulación condujo el pequeño bote hacia ella con una renuencia que el propio Tibor compartía, a su pesar.

—Tiene que haber una puerta en el costado —in-. dicó de pronto Nick—. ¿Crees que habrá alguien dentro?

—Podría ser —respondió Tibor con voz no tan firme como hubiera deseado.

Nick lo miró con curiosidad. El buzo se había portado de una manera extraña durante todo el día, pero se abstuvo de preguntarle qué le sucedía. En esta parte del mundo, uno aprendía pronto a cuidar de sus propios asuntos.

El bote, meciéndose ligeramente en la mar rizada, había llegado ahora junto a la cápsula. Nick alargó una mano y agarró uno de los trozos retorcidos de antena. Después, con la agilidad de un gato, subió a la superficie curva de metal. Tibor no intentó seguirlo; desde el bote observó en silencio, cómo examinaba la escotilla de entrada.

—A menos que esté atrancada —dijo Nick—, tiene que haber alguna manera de abrirla desde fuera. Sería mala suerte que se necesitara alguna herramienta especial.

Su temor era infundado. La palabra «abrir» había sido grabada en diez idiomas alrededor de la cerradura y sólo se necesitaban unos segundos para comprender su funcionamiento. Al salir silbando el aire, Nick lanzó un «¡Uf!» y palideció de pronto. Miró a Tibor como buscando apoyo, pero Tibor eludió su mirada.

Nick se metió entonces de mala gana en la cápsula.

Estuvo allí mucho rato. Al principio pudieron oír golpes sordos en el interior, seguidos de una retahíla de palabrotas bilingües.

Y entonces siguió un silencio que se fue prolongando cada vez más.

Cuando al fin apareció la cabeza de Nick en la escotilla, su cara correosa, curtida por el viento, estaba gris y surcada de lágrimas. Cuando Tibor vio su increíble aspecto, sintió una súbita y terrible premonición. Algo había ido horriblemente mal, pero su mente estaba demasiado confusa para prever la verdad. Ésta se le manifestó bien pronto, cuando Nick le tendió su carga, no mucho más grande que una muñeca de gran tamaño.

Blanco la cogió, mientras Tibor se retiraba a la popa del bote.

Al mirar aquella cara tranquila y como de cera, unos dedos de hielo parecieron atenazar no sólo su corazón sino también su bajo vientre. En ese mismo instante, al comprender el precio de su venganza, el odio y el deseo murieron para siempre dentro de él.

La astronauta era tal vez más bella en la muerte de lo que había sido en vida. Aunque menuda, tenía que haber sido fuerte y muy capacitada para que le confiasen aquella misión. Yaciendo a los pies de Tibor, no era una rusa ni la primera mujer que había visto la cara oculta de la Luna. Era simplemente una muchacha a la que él había matado.

—Tenía esto apretado en la mano —dijo Nick con voz vacilante—. Tardé mucho rato en sacarlo de su puño.

Tibor apenas le oía, y ni siquiera miró el pequeño rollo de cinta magnetofónica que Nick tenía en la palma de la mano. No podía adivinar, en aquel momento de insensibilidad, que las Furias aún tenían que ensañarse con su alma... y que pronto todo el mundo estaría escuchando una voz acusadora de ultratumba, marcándole más irrevocablemente que a cualquier hombre desde Caín.

CAMPAÑA DE PUBLICIDAD

Escribí este cuento en marzo de 1953. Después de aparecer rápidamente en el Evening News de Londres, tardó tres años en cruzar el Atlántico; fue publicado en el primer número de Satellite Science Fiction (octubre de 1956). Según la Science Fiction Encyclopaedia, en cada uno de los cinco primeros volúmenes apareció un cuento mío; me avergüenza confesar que había olvidado incluso la existencia de aquella revista...

Aunque las referencias del relato son un tanto anticuadas, las cuestiones que suscita no lo son. Y por una curiosa coincidencia, lo releí la misma semana en que los medios de comunicación estaban celebrando tristemente el quincuagésimo aniversario de la famosa radiación de La guerra de los mundos, de Orson Welles (Mercury Theatre of tbe Air de CBS, 31 de octubre de 1938).

Durante las primeras décadas —después de que los marcianos hiciesen bajar el valor de los bienes inmuebles en Nueva Jersey—, los alienígenas buenos fueron pocos y estuvieron muy espaciados, siendo tal vez Klatuu, de Ultimátum a la Tierra, el ejemplo más notable. Sin embargo, hoy en día, gracias sobre todo a E. T. (El extraterrestre), los alienígenas amigos e incluso cariñosos se dan casi por supuesto. ¿Dónde está la verdad?

En los últimos años, la total ausencia de pruebas fehacientes de vida en otros mundos ha llevado a numerosos científicos a sostener que la inteligencia es muy rara en el universo. Algunos (como Frank Tipler) han llegado a afirmar que estamos completamente solos, una proposición que nunca podrá ser probada, sino sólo desaprobada. (¿No fue Pogo quien dijo: «De todas maneras, es una idea asombrosa»?)

Desde luego, los alienígenas hostiles y malos se prestan mucho más a los cuentos apasionantes que los buenos. Además, como se ha observado muy a menudo, las Cosas con que Uno no Quería Encontrarse en los años cincuenta y sesenta, eran reflejo de la paranoia imperante en aquellos tiempos, sobre todo en Estados Unidos. Ahora que la

Guerra Fría ha dado paso, afortunadamente, a la Tregua Tibia, podemos contemplar los cielos con menos aprensión.

Porque hemos conocido ya a Darth Vader... y él es nosotros.

El estampido de la última bomba atómica parecía persistir en el aire cuando se encendieron las luces. Durante un buen rato nadie se movió. Después, el productor ayudante preguntó ingenuamente:

—Bueno, R. B., ¿qué te ha parecido? R. B. se levantó de su asiento mientras sus acólitos esperaban a ver en qué dirección saltaría el gato. Entonces advirtieron que el puro de R. B. se había apagado. ¡Esto no había ocurrido ni en el avance de «G. W. T. W.»!

—¡Muchachos —exclamó, entusiasmado—, ¡aquí tenemos algo! ¿Cuánto dijiste que ha costado, Mike? —Seis millones y medio.

—Relativamente barato. Os diré una cosa: me comeré todos los rollos si el total de ingresos no supera el de Quo Vadis. —Se volvió con toda la rapidez que podía esperarse de un tipo de su corpulencia hacia un hombrecillo que seguía agazapado en su asiento en el fondo de la sala de proyecciones—. ¡Despierta, Joe! ¡La Tierra se ha salvado! Tu has visto todas las películas del espacio. ¿Cómo la situarías, en relación con las anteriores?

—No hay punto de comparación —dijo Joe—. Tiene todo el suspense de La cosa, sin aquella horrible decepción al final, cuando te enteras de que el monstruo era un ser humano. La única película que se le acerca un poco es La guerra de los mundos. Algunos efectos especiales eran casi tan buenos como los nuestros; pero, desde luego, George Pal no tenía 3D. Y esto representa una gran diferencia. Cuando se derrumbaba el puente de Golden Gate, creí que el pilar se me venía encima...

—El trozo que me ha gustado más —dijo Tony Auerbach, de Publicidad— es cuando el Empire State Building se raja por la mitad. Pero ¿no creéis que los dueños podrían demandarnos?

—¿Por qué? Nadie espera que algún edificio pueda resistir a los..., ¿cómo los llama el guión...?, demoledores de ciudades. Y a fin de cuentas, arrasarnos también todo el resto de Nueva York. ¡Uy..., aquella escena en el Holland Tunnel, cuando se derrumba el techo! La próxima vez, cogeré el ferry.

—Sí, estuvo muy bien realizada, casi demasiado bien. Pero lo que realmente me impresionó fueron aquellas criaturas del espacio. La animación es perfecta. ¿Cómo lo hiciste, Nike?

—Secreto profesional —declaró el orgulloso productor—. Sin embargo, te lo diré. Muchas cosas eran auténticas.

—¿Qué?

—Bueno, entiéndeme. No hemos estado en Sirio B. Pero en Cal Tech inventaron una microcámara y la empleamos para filmar arañas en acción. Insertamos las mejores tomas y creo que te costaría distinguir las que corresponden a la «micro» y las que se realizaron con el material normal del estudio. Ahora comprenderás por qué quería que los alienígenas fuesen insectos y no pulpos, como decía al principio el guión.

—Un buen tema para la publicidad —señaló Tony—. Pero hay una cosa que me preocupa. Aquella escena donde los monstruos secuestran a Gloria. ¿Crees que el censor...? Quiero decir que tal como lo hemos hecho, casi parece...

—No te preocupes. Esto es lo que se cree que pensará la gente. De todos modos, en el rollo siguiente dejamos bien claro que en realidad la quieren para un trabajo de disecación. Así que todo está bien.

—¡Será formidable! —exclamó R. B. con los ojos brillantes, como si ya estuviese viendo el alud de dólares cayendo en la caja—. ¡Vamos a invertir otro millón en publicidad! Ya me imagino los carteles, Tony. ¡OBSERVAD EL CIELO! ¡LLEGAN LOS DE SIRIO! Y haremos miles de modelos mecánicos. ¿Os los imagináis deslizándose de un lado a otro sobre sus patas peludas? Al público le encanta asustarse, y le asustaremos. Cuando hayamos terminado, nadie será capaz de mirar al cielo sin que se le ponga la piel de gallina. Lo dejo en vuestras manos, muchachos. ¡Esta película hará historia!

Tenía razón. Monstruos del espacio conmovió al público dos meses más tarde. Al cabo de una semana del estreno simultáneo en Londres y en Nueva York, tal vez no había nadie en el mundo occidental que no hubiese visto los carteles de ¡ALERTA, TIERRA! o que no se hubiese estremecido ante las fotografías de los monstruos peludos caminando por la desierta Quinta Avenida sobre sus delgadas patas de múltiples articulaciones. Dirigibles hábilmente disfrazados de naves espaciales surcaban el cielo, para confusión de los pilotos que se tropezaban con ellos, y había modelos mecánicos de los alienígenas invasores que volvían locas a las ancianas.

La campaña de publicidad fue brillante y la película se habría proyectado sin duda durante meses de no haber sido por una coincidencia tan desastrosa como imprevisible. Mientras todavía era noticia el número de personas que se desmayaban en cada representación, los cielos de la Tierra se llenaron de pronto de largas y delgadas sombras deslizándose rápidamente entre las nubes...

El príncipe Zervashni era bondadoso pero propenso a la impetuosidad, un defecto muy propio de su raza. No había motivos para suponer que su actual misión de establecer contacto pacífico con el planeta Tierra suscitase ningún problema especial. La técnica correcta de aproximación se había elaborado a fondo durante muchos miles de años, mientras el Tercer Imperio Galáctico ampliaba lentamente sus fronteras, absorbiendo planeta tras planeta, sol tras sol. Raras veces se tropezaba con dificultades: las razas realmente inteligentes pueden colaborar siempre, una vez superada la primera impresión de saber que no están solas en el universo.

Cierto que la humanidad había salido de su primitiva fase bélica hacía tan sólo una generación. Sin embargo, esto no preocupaba al primer consejero del príncipe Zervashni, Sigisnin II, profesor de Astropolí-tica.

—Es la típica cultura de Clase E —dijo el profesor—. Avanzada en el aspecto técnico, pero bastante atrasada moralmente. Sin embargo, ya están acostumbrados al concepto de vuelo espacial y pronto nos reconocerán. Serán suficientes las precauciones normales hasta que nos ganemos su confianza.

—Muy bien —dijo el príncipe—. Di a los enviados que partan enseguida.

Fue una desgracia que las «precauciones normales» no abarcasen la campaña de publicidad de Tony Auerbach, que ahora había alcanzado nuevas alturas de xenofobia interplanetaria. Los embajadores aterrizaron en el Central Park de Nueva York el mismo día en que un eminente astrónomo en apurada situación económica, y por ende susceptible a las influencias, anunció, en una entrevista ampliamente difundida que cualquier visitante del espacio sería probablemente hostil.

Los infortunados embajadores, que se dirigían a la sede de las Naciones Unidas, habían llegado a la calle 60 cuando tropezaron con la turba. La batalla no pudo ser más desigual, y los científicos del Museo de Historia Natural lamentaron que hubiesen quedado tan pocos restos para poder examinarlos.

El príncipe Zervashni hizo otro intento, en el otro lado del planeta, pero la noticia ya había llegado hasta allí. Esta vez los embajadores iban armados y vendieron caras sus vidas antes de sucumbir bajo la superioridad numérica de sus atacantes. Aun así, el príncipe no perdió la calma y hasta que su flota fue atacada con misiles, no decidió emprender una acción drástica.

Entonces, todo terminó en veinte minutos y fue realmente indoloro. Después, el príncipe se volvió a su consejero y dijo, subestimando considerablemente la situación:

—Parece que tenía que ser así. Y ahora, ¿puedes comunicarme exactamente qué es lo que fue mal?

Sigisnin II cruzó los doce dedos flexibles con no disimulada angustia. No era sólo el espectáculo de la Tierra totalmente desinfectada lo que le afligía, aunque para un científico la destrucción de unos bellos ejemplares es siempre una gran tragedia. Lo preocupante era también la destrucción de sus teorías, y por consiguiente, de su fama.

—¡No lo comprendo! —se lamentó—. Desde luego, las razas que se encuentran en este nivel cultural a menudo son recelosas y se muestran inquietas cuando se establece el primer contacto. Pero éstos no habían tenido nunca visitantes y, por consiguiente, no había motivo para que se mostrasen hostiles.

—¿Hostiles? ¡Eran demonios! Creo que todos estaban locos.

El príncipe se volvió a su capitán, una criatura con tres piernas que parecía un ovillo de lana sostenido por tres agujas de hacer punto.

—¿Se ha reunido la flota?

—Sí, señor.

—Entonces regresaremos a la Base a toda velocidad. Este planeta me deprime.

En la Tierra muerta y silenciosa, los carteles seguían pregonando sus avisos en mil vallas de publicidad. Las malignas formas de insectos que se representaban cayendo del cielo no se parecían en absoluto al príncipe Zervashni, que, aparte de sus cuatro ojos, hubiese podido confundirse con un panda de piel púrpura, y que además habían venido de Rigel, no de Sirio.

Pero ahora era ya demasiado tarde para fijarse en estas cosas.

EL OTRO TIGRE

Casi había olvidado esta historia cuando la desenterró Byron Preiss; no tenía copia y no la había reeditado en colecciones.

La escribí en enero de 1951 y fue publicada en los p: meros números de Fantastic Universe, una revista que apareció entre 1953 y 1960, y que la inestimable Science Fiction Encydopaedia califica ingeniosamente de «Magazine of Fantasy and Science Fiction de los pobres». Mi título original era «Refutación», pero el director Sam Merwin cambió por «El otro tigre». Incluso entonces, esto probablemente habría significado muy poco para la mayoría de los lectores británicos; pero ¿cuántos de sus propios paisanos recuerdan ahora el cuento clásico de Frank Stockton «La dama o el tigre»?

Al releer mi propia variante después de más de treinta años, no estoy seguro de por qué no la incluí en el canon Clarke. Quizá porque me asustó. Y hoy me asusta aún más, por razones que explicaré después de que ustedes la hayan leído...

Es una teoría interesante —opinó Arnold—, pero no veo cómo podrás demostrarla. Habían llegado a la parte más escarpada del monte, y por un instante, Webb no pudo contestar debido a la fatiga.

—No pretendo hacerlo —dijo cuando hubo recobrado el aliento—. Sólo estoy estudiando las consecuencias.

—Tales como...

—Bueno, seamos lógicos y veamos adonde nos conduce esto. Recuerda que nuestra única presunción es que el universo es infinito.

—De acuerdo. Personalmente, no veo qué otra cosa puede ser.

—Muy bien. Esto significa que debe haber un número infinito de estrellas y planetas. Por consiguiente, según la ley de probabilidades, cada suceso posible debe ocurrir no sólo una vez, sino un número infinito de veces. ¿Correcto?

—Supongo que sí.

—Entonces debe haber un número infinito de mundos exactamente iguales que la Tierra. Cada uno de ellos con un Arnold y un Webb subiendo este monte, como hacemos nosotros, y pronunciando las mismas palabras.

—Esto resulta bastante difícil de aceptar.

—Sé que es un concepto desconcertante, pero también lo es el infinito. Pero lo que me interesa es la idea de todas las otras Tierras que no son exactamente iguales a ésta. Las Tierras donde Hitler ganó la guerra y la esvástica ondea en Buckingham Palace, la Tierra donde Colón no descubrió América, la Tierra donde el Imperio Romano ha existido hasta el día de hoy. En realidad, las Tierras donde todas las grandes alternativas de la Historia hubiesen dado resultados diferentes.

—Volviendo al principio, ¿aquélla en la que el hombre-mono, que habría sido el padre de todos nosotros, se rompió el cuello antes de poder tener algún hijo?

—Ésta es la idea, pero ciñámonos a los mundos que conocemos, los mundos en que nosotros estamos escalando este monte en esta tarde de primavera. Piensa en todos nuestros reflejos en aquellos millones de planetas. Algunos de ellos son exactamente iguales, pero también deben existir todas las variantes posibles que no vulneren las leyes de la lógica.

»Podríamos (deberíamos) llevar toda clase imaginable de ropa, y ninguna en absoluto. Aquí brilla el Sol, pero no en innumerables miles de millones de aquellas otras Tierras. En muchas de ellas será invierno o verano en vez de primavera. Pero consideremos también otros cambios más fundamentales.

»Pretendemos escalar este monte y bajar por el otro lado. Pero piensa en todas las cosas que podrían ocurrimos en los próximos minutos. Por muy improbables que sean, puesto que son posibles, tienen que suceder en alguna parte.

—Comprendo —admitió despacio Arnold, asimilando la idea con visible renuencia. Una expresión de ligero malestar se pintó en su semblante—. Supongo que entonces, caerás muerto de un ataque al corazón en alguna parte cuando des el próximo paso.

—No en este mundo —dijo Webb con una sonrisa—. Esto ya lo he refutado. Tal vez la víctima serás tú.

—O tal vez —replicó Arnold— me hartaré de esta conversación, sacaré una pistola y te pegaré un tiro.

—Podría ser —admitió Webb—, si no fuese porque estoy seguro de que en esta Tierra no llevas pistola. Pero no olvides que, en millones de aquellos mundos alternativos, yo desenfundaré el arma antes que tú.

El sendero serpenteaba ahora en una cuesta boscosa, con espesos árboles a ambos lados. El aire era fresco y suave. Todo estaba tranquilo, como si las fuerzas de la Naturaleza se hubiesen concentrado, con silenciosa intensidad, en reconstruir el mundo después de la ruina del invierno.

—Me pregunto —siguió diciendo Webb— lo improbable que puede llegar a ser una cosa antes de hacerse imposible. Hemos mencionado algunos sucesos inverosímiles, pero no son completamente fantásticos. Aquí estamos en un paraje de Inglaterra, caminando por un sendero que conocemos perfectamente.

»Sin embargo, en algún universo, aquellos... ¿cómo podría llamarlos?... «gemelos» nuestros doblarán aquella esquina y no encontrarán nada, absolutamente nada que pueda concebir la imaginación. Pues como he dicho al principio, si el cosmos es infinito, deben darse todas las posibilidades.

—Por consiguiente —completó Arnold, soltando una risa no tan ligera como hubiese deseado—, es posible que nos tropecemos con un tigre o con alguna otra cosa desagradable.

—Desde luego —replicó alegremente Webb, entusiasmándose con el tema—. Y si es posible, tiene que ocurrirle a alguien, en alguna parte del universo. Entonces, ¿por qué no a nosotros?

Arnold lanzó un bufido de disgusto.

—Esta conversación se está volviendo fútil —protestó—. Hablemos de algo sensato. Si no encontramos un tigre a la vuelta de aquel recodo, consideraré refutada tu teoría y cambiaré de tema.

—No seas tonto —dijo alegremente Webb—. Esto no refutaría nada. No tienes manera de...

Fueron las últimas palabras que pronunció. En un número infinito de Tierras, un número infinito de Webbs y Arnolds se encontraron con tigres amistosos, hostiles o indiferentes. Pero ésta no era una de aquellas Tierras; estaba mucho más cerca del punto en que lo improbable rayaba con lo imposible.

Sin embargo, no era totalmente inconcebible que, durante la noche, la ladera empapada por la lluvia se hubiese hundido, poniendo al descubierto una tremenda grieta que conducía al mundo subterráneo. Respecto a lo que había abierto trabajosamente aquella grieta hacia la desconocida luz del día..., bueno, en realidad no era más improbable que el calamar gigante, la boa constrictor o los fantásticos lagartos de la jungla del Jurásico. Había estirado las leyes de probabilidades geológicas, pero no hasta el punto de ruptura.

Webb había dicho la verdad. En un cosmos infinito, todo debe suceder en alguna parte, incluida la suerte singularmente mala de aquellos hombres, pues ésta estaba hambrienta, muy hambrienta, y un tigre o un hombre eran un pequeño pero aceptable bocado para cualquiera de su media docena de fauces abiertas.

Epílogo

El concepto de que todo posible universo puede existir no es original, desde luego, pero ha sido revisado recientemente en una forma sofisticada por los físicos teóricos de hoy (en la medida en que puedo entender algo de lo que digo). También está relacionado con el llamado Principio Antrópico, que tanto interesa ahora a los cosmólogos. (Véase The Anthropic Cosmological Principie, de Tipler y Barrow. Aunque tengan que saltarse muchas páginas de música, los trozos de texto entre ellas son fascinantes e invitan al ejercicio mental.)

Los antroposistas han observado las que parecen ser algunas peculiaridades de nuestro universo. Muchas de las constantes físicas fundamentales —a las que, por lo que podemos ver, pudo dar Dios el valor que quiso— en realidad están exactamente

ajustadas, o entonadas, para producir la única clase de universo que hace posible nuestra existencia. Un pequeño porcentaje en cualquier dirección, y no estaríamos aquí.

Una explicación de este misterio es que, de hecho, todos los demás universos posibles existen (¡en alguna parte!), pero desde luego carecen de vida en su inmensa mayoría. Sólo en una fracción infinitesimal de la creación total, permiten los parámetros que exista la materia, que se formen los astros y, en definitiva, que surja la vida. Estamos aquí porque no podemos estar en otra parte.

Pero todas estas otras partes están en alguna parte, por lo que mi cuento puede estar muy cerca de la verdad. Por suerte, nunca habrá manera de probarlo.

Creo yo...

EN LAS PROFUNDIDADES

Escribí el cuento En las profundidades en 1954, mucho antes del casi obsesivo interés actual por la exploración y la explotación de los océanos.

Un año después fui al Great Barrier Reef, tal como expliqué en The Coast of Coral («La costa de Coral»). Aquella aventura me dio ímpetu —y datos— para ampliar el cuento en una novela del mismo título, que terminé después de fijar mi residencia en Ceilán (hoy Sri Lanka).

Por esta razón, nunca volví a publicar el cuento original en ninguna de mis colecciones, y hoy ofrezco a los esperanzados aspirantes a doctores en Literatura Inglesa la oportunidad de «comparar y contrastar».

La idea de reunir en manadas a las ballenas es algo que aún no ha llegado, pero me pregunto si algún día llegará. En el curso del último decenio, las ballenas han adquirido tanto prestigio que la mayoría de los europeos y de los americanos antes comerían hamburguesas de perro o de gato que carne de ballena. Yo la probé una vez durante la Segunda Guerra Mundial: sabía a carne de vaca bastante dura.

Sin embargo, hay un producto de las profundidades que podría consumirse sin escrúpulos morales. ¿Qué les parecería un batido de leche de ballena?

Había un asesino suelto en la zona. La patrulla de un helicóptero había visto a ciento cincuenta kilómetros de la costa de Groenlandia, el gran cadáver tiñendo el agua de rojo mientras flotaba en las olas. A los pocos segundos se había puesto en funcionamiento el intrincado sistema de alerta: los hombres trazaban círculos y movían piezas sobre la carta del Atlántico Norte, y Don Burley aún se estaba frotando los ojos cuando descendió en silencio hasta treinta metros de profundidad. Las luces verdes del tablero eran un símbolo resplandeciente de seguridad. Mientras esto no cambiase, mientras ninguna de las luces esmeralda pasara al rojo, todo iría bien para Don y su pequeña embarcación. Aire, carburante, fuerza: éste era el triunvirato que regía su vida. Si fallaba uno, descendería en un ataúd de acero hasta el cieno pelágico, como le había pasado a Johnnie Tyndall la penúltima temporada. Pero no había motivo para que fallasen; los accidentes que uno preveía, se dijo Don para tranquilizarse, no ocurrían nunca.

Se inclinó sobre el tablero de control y habló por el micro. Sub 5 aún estaba lo bastante cerca de la nave nodriza como para alcanzarla por radio, pero pronto tendría que pasar a los sónicos.

—Pongo rumbo 255, velocidad 50 nudos, profundidad 30 metros, el sonar en pleno funcionamiento... Tiempo calculado hasta el sector de destino, 70 minutos... Informaré a intervalos de 10 minutos. Esto es todo... Cambio.

La contestación, ya debilitada por la distancia, llegó al momento desde el Herman Melville.

—Mensaje recibido y comprendido. Buena caza. ¿Qué hay de los sabuesos?

Don se mordisqueó el labio inferior, reflexionando. Esto podía ser un trabajo que tuviese que hacer él solo. No tenía idea de dónde estaban en este momento Benj y Susan, en un radio de ochenta kilómetros. Lo seguirían sin duda si les hacía la señal, pero no podrían mantener su velocidad y pronto se quedarían atrás. Además, podía encontrarse con una pandilla de asesinos y lo último que quería era poner en peligro a sus marsopas cuidadosamente adiestradas. Era lógico y sensato. También apreciaba mucho a Susan y a Benj.

—Está demasiado lejos y no sé en qué voy a meterme —respondió—. Si están en el área de interceptación cuando llegue allí, puede que los llame.

Apenas pudo oír el asentimiento de la nave nodriza, y Don apagó la radio. Era hora de mirar a su alrededor.

Bajó las luces de la cabina para poder ver más claramente la pantalla del sonar, se caló la gafas Polaroid y escudriñó las profundidades. Éste era el momento en que Don se sentía como un dios, capaz de abarcar entre las manos un círculo de treinta kilómetros de

diámetro del Atlántico, y de ver con claridad las todavía inexploradas profundidades, a cinco mil metros por debajo de él. El lento rayo giratorio de sonido inaudible estaba registrando el mundo en el que él flotaba, buscando amigos y enemigos en la eterna oscuridad donde jamás podía penetrar la luz. Los chillidos insonoros, demasiado agudos incluso para el oído de los murciélagos que habían inventado el sonar un millón de años antes que el hombre, latieron en la noche del mar: los débiles ecos se reflejaron en la pantalla como motas flotantes verdeazuladas.

Gracias a su mucha práctica, Don podía leer su mensaje con toda facilidad. A trescientos metros debajo de él, extendiéndose hasta el horizonte sumergido, estaba la capa de vida que envolvía la mitad del mundo. El prado hundido del mar subía y bajaba con el paso del sol, manteniéndose siempre al borde de la oscuridad. Pero las últimas profundidades no le interesaban. Las bandadas que guardaba y los enemigos que hacían estragos en ellas, pertenecían a los niveles superiores del mar.

Don pulsó el interruptor del selector de profundidad y el rayo del sonar se concentró automáticamente en el plano horizontal. Se desvanecieron los resplandecientes ecos del abismo, pero pudo ver más claramente lo que había aquí, a su alrededor, en las alturas estratosféricas del océano. Aquella nube reluciente a tres kilómetros delante de él era un banco de peces; se preguntó si la Base estaba enterada de esto, y puso una nota en su cuaderno de bitácora. Había algunas motas más grandes y aisladas al borde del banco: los carnívoros persiguiéndolo, asegurándose de que la rueda eternamente giratoria de la vida y la muerte no perdiese nunca su impulso. Pero este conflicto no era de la competencia de Don; él perseguía una caza mayor.

Sub 5 siguió navegando hacia el oeste, como una aguja de acero más rápida y mortífera que cualquiera de las otras criaturas que rondaban por los mares. La pequeña cabina, iluminada tan sólo por el resplandor de las luces del tablero de instrumentos, vibraba con fuerza al expulsar el agua las turbinas. Don examinó la carta y se preguntó cómo había podido penetrar esta vez el enemigo. Todavía había muchos puntos débiles, pues vallar los océanos del mundo había sido una tarea gigantesca. Los tenues campos eléctricos, extendidos entre generadores a muchas millas de distancia los unos de los otros, no podían mantener siempre a raya a los hambrientos monstruos de las profundidades. Éstos también estaban aprendiendo. Cuando se abrían las vallas, se deslizaban a veces entre las ballenas y hacían estragos antes de ser descubiertos.

El receptor de larga distancia hizo una señal que parecía un lamento, y Don marcó TRANSCRIBA. No era práctico transmitir palabras a cualquier distancia por un rayo

ultrasónico, y además en clave. Don nunca había aprendido a interpretarla de oídas, pero la cinta de papel que salía de la rendija le solucionó esta dificultad.

HELICÓPTERO INFORMA MANADA. 50-100 BALLENAS DIRIGIÉNDOSE 95 GRADOS REF CUADRÍCULA X186475 Y438034 STOP. A GRAN VELOCIDAD. STOP. MELVILLE. CORTO.

Don empezó a poner las coordenadas en la cuadrícula, pero entonces vio que ya no era necesario. En el extremo de su pantalla había aparecido una flotilla de débiles estrellas. Alteró ligeramente el curso y puso rumbo a la manada que se acercaba.

El helicóptero tenía razón: se movían de prisa. Don sintió una creciente excitación, pues esto podía significar que huían y atraían a los asesinos hacia él. A la velocidad en que viajaban, estaría entre ellas dentro de cinco minutos. Apagó los motores y sintió el tirón hacia atrás del agua que lo detuvo muy pronto.

Don Burley, caballero de punta en blanco, permaneció sentado en su pequeña habitación débilmente iluminada, a quince metros por debajo de las brillantes olas del Atlántico, probando sus armas para el inminente conflicto. En aquellos momentos de serena tensión, antes de empezar la acción, su cerebro excitado se entregaba a menudo a estas fantasías. Se sentía pariente de todos los pastores que habían cuidado los rebaños desde la aurora de los tiempos. Era David, en los antiguos montes de Palestina, alerta contra los leones de montaña que querían hacer presa en las ovejas de su padre. Pero más cercanos en el tiempo, y sobre todo su espíritu, estaban los hombres que habían conducido las grandes manadas de reses en las llanuras americanas hacía tan sólo unas pocas generaciones. Ellos habrían comprendido su trabajo, aunque sus instrumentos les habrían parecido mágicos. La escena era la misma; sólo había cambiado la escala. No existía ninguna diferencia fundamental en que los animales al cuidado de Don pesasen casi cien toneladas y pastaran en las sabanas infinitas del mar.

La manada estaba ahora a menos de tres kilómetros de distancia y Don comprobó el continuo movimiento del sonar para concentrarlo en el sector que tenía delante. La imagen de la pantalla adoptó una forma de abanico cuando el rayo de sonar empezó a oscilar de un lado a otro; ahora podía contar el número de ballenas e incluso calcular su tamaño con bastante exactitud. Con ojos avezados empezó a buscar las rezagadas.

Don jamás hubiese podido explicar qué atrajo al instante su atención hacia los cuatro ecos en el borde sur de la manada. Cierto que estaban un poco apartados de los demás, pero otros se habían rezagado más. Y es que el hombre adquiere un sexto sentido cuando lleva bastante tiempo contemplando las pantallas de sonar; un instinto que le

permite deducir más de lo normal de las motas en movimiento. Sin pensarlo, accionó el control que pondría en marcha las turbinas. El Sub 5 empezaba a moverse cuando resonaron tres golpes sordos en el casco, como si alguien llamase a la puerta y quisiera entrar.

—¡Que me aspen! —dijo Don—. ¿Cómo habéis llegado aquí?

No se molestó en encender la TV; habría reconocido la señal de Benj en cualquier parte. Las marsopas estaban sin duda en las cercanías y lo habían localizado antes de que él diese el toque de caza. Por milésima vez, se maravilló de su inteligencia y de su fidelidad. Era extraño que la Naturaleza hubiese realizado dos veces el mismo truco: en tierra, con el perro; en el océano, con la marsopa. ¿Por qué querían tanto estos graciosos animales marinos al hombre a quien debían tan poco? Esto hacía pensar que a fin de cuentas la raza humana valía algo, ya que podía inspirar una devoción tan desinteresada.

Se sabía desde hacía siglos que la marsopa era al menos tan inteligente como el perro y que podía obedecer órdenes verbales muy complejas. Todavía se estaban haciendo experimentos; si éstos tenían éxito, la antigua sociedad entre el pastor y el mastín tendría un nuevo modelo en la vida.

Don puso en marcha los altavoces ocultos en el casco del submarino y empezó a hablar con sus acompañantes. La mayoría de los sonidos que emitía no habrían significado nada a los oídos humanos; eran producto de una larga investigación por parte de los etólogos de la World Food Administration. Dio una orden y la reiteró para asegurarse de que lo habían comprendido. Después comprobó con el sonar que Benj y Susan lo estaban siguiendo a popa, tal como les había dicho.

Los cuatro ecos que le habían llamado la atención eran ahora más claros y cercanos, y el grueso de la manada de ballenas había pasado más allá, hacia el este. No temía una colisión; los grandes animales, incluso en su pánico, podían sentir su presencia con la misma facilidad con que él detectaba la de ellos, y por medios similares. Don se preguntó si debía encender su radiofaro. Ellos reconocerían su imagen sonora y esto les tranquilizaría. Pero el enemigo aún desconocido también podía reconocerle.

Se acercó para una interceptación y se inclinó sobre la pantalla como para extraer de ella, por pura fuerza de voluntad, hasta las menores informaciones que pudiese proporcionarle. Había dos grandes ecos, a cierta distancia entre ellos, y uno iba acompañado de un par de satélites más pequeños. Don se preguntó si llegaba demasiado tarde. Pudo imaginarse la lucha a muerte que se desarrollaba en el agua a menos de un par de kilómetros. Aquellas dos manchitas más débiles debían de ser el enemigo (tiburones o pequeños cetáceos asesinos) atacando a una ballena mientras una de sus

compañeras permanecía inmovilizada por el terror, sin más armas para defenderse que sus poderosas aletas.

Ahora estaba casi lo bastante cerca para ver. La cámara de TV, en la proa del Sub 5, escrutó la penumbra, pero al principio sólo pudo mostrar la niebla de plancton. Entonces empezó a formarse en el centro de la pantalla una forma grande y vaga, con dos compañeras más pequeñas debajo de ella. Don estaba viendo, con la mayor precisión pero irremediablemente limitado por el alcance de la luz ordinaria, lo que el sonar le había comunicado.

Casi al instante, se percató del error que había cometido. Los dos satélites eran crías, no tiburones. Era la primera vez que veía una ballena con gemelos; aunque los partos múltiples no eran desconocidos, la ballena hembra sólo podía amamantar a dos pequeños a la vez y generalmente sólo sobrevivía el más vigoroso. Ahogó su contrariedad, el error le había costado muchos minutos y debía empezar la búsqueda de nuevo.

Entonces oyó el frenético golpeteo en el casco que significaba peligro. No era fácil asustar a Benj, y Don le gritó para tranquilizarlo mientras hacía girar el Sub 5 de manera que la cámara pudiese registrar las aguas a su alrededor. Se había vuelto automáticamente hacia la cuarta mota en la pantalla del sonar, el eco que había imaginado, por su tamaño, que era otra ballena adulta. Y vio que, a fin de cuentas, había localizado el sitio preciso.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja—. No sabía que los hubiese tan grandes.

En otras ocasiones había visto grandes tiburones, pero se trataba de vegetarianos inofensivos. Éste (pudo darse cuenta a primera vista) era un tiburón de Groenlandia, el asesino de los mares del Norte. Se creía que podía alcanzar hasta nueve metros de largo, pero este ejemplar era mayor que el Sub 5. No tenía menos de doce metros desde el hocico a la cola y, cuando él lo descubrió, se estaba ya volviendo contra su víctima. Como cobarde que era, iba a atacar a una de las crías.

Don gritó a Benj y a Susan, y observó que entraban a toda prisa en su campo visual. Se preguntó un instante por qué odiarían tanto las marsopas a los tiburones; entonces soltó los controles, dejando al piloto automático la tarea de enfocar el blanco. Retorciéndose y girando tan ágilmente como cualquier otra criatura marina de su tamaño, Sub 5 empezó a acercarse al tiburón, dejando en libertad a Don para concentrarse en el armamento.

El asesino estaba tan absorto en su presa que Benj lo pilló completamente desprevenido, golpeándole justo detrás del ojo izquierdo. Debió de ser un golpe doloroso: un morro duro como el hierro, impulsado por un cuarto de tonelada de músculos

moviéndose a ochenta kilómetros por hora, es algo que ni los peces más grandes pueden menospreciar. El tiburón giró en redondo en una curva extraordinariamente cerrada y Don casi saltó de su asiento al virar de golpe el submarino. Si esto continuaba así, le sería difícil emplear el aguijón. Pero al menos el asesino estaba ahora demasiado ocupado como para pensar en sus presuntas víctimas.

Benj y Susan estaban acosando al gigante como los perros que muerden las patas de un oso furioso. Eran demasiado ágiles para ser presa de aquellas feroces mandíbulas, y Don se maravilló de la coordinación con que trabajaban. Cuando uno de ellos emergía para respirar, el otro esperaba un minuto para poder seguir el ataque con su compañero.

Parecía que el tiburón no se daba cuenta de que un adversario mucho más peligroso se le estaba viniendo encima y que las marsopas no eran más que una maniobra de distracción. Esto convenía mucho a Don; la próxima operación sería difícil, a menos que pudiese mantener un rumbo fijo durante quince segundos como mínimo. En caso de necesidad, podía usar los pequeños torpedos, y sin duda lo habría hecho si hubiese estado solo frente a una bandada de tiburones. Pero la situación era confusa y había un sistema mejor. Prefería la técnica del estoque a la de la granada de mano.

Ahora estaba a tan sólo quince metros de distancia y se acercaba con rapidez. Nunca se le ofrecería una oportunidad mejor. Apretó el botón de lanzamiento.

De debajo de la panza del submarino salió disparado algo que parecía una raya. Don había reducido la velocidad de la embarcación; ahora ya no tenía que acercarse más. El pequeño proyectil, en forma de flecha y de sólo medio metro de anchura, podía moverse más de prisa que la embarcación y recorrería el trayecto en pocos segundos. Mientras avanzaba a gran velocidad, fue soltando el fino cable de control, como una araña subacuática desprendiendo su hilo. A lo largo del cable pasaba la energía que impulsaba al aguijón y las señales que lo dirigían hacia el objetivo. Don se había olvidado completamente de su propia embarcación, en su esfuerzo por guiar aquel misil submarino. Respondía tan de prisa a su contacto que tuvo la impresión de que estaba controlando un sensible y enérgico corcel.

El tiburón vio el peligro menos de un segundo antes del impacto. El parecido del aguijón con una raya corriente le había confundido, tal como habían pretendido los diseñadores del arma. Antes de que el pequeño cerebro pudiese darse cuenta de que ninguna raya se comportaba de aquella manera, el misil dio en el blanco. La aguja hipodérmica de acero, impulsada por la explosión de un cartucho, atravesó la dura piel del tiburón y éste saltó en un frenesí de pánico. Don puso rápidamente marcha atrás, pues un

coletazo le haría saltar como un guisante en un bote y podría incluso causar daño al Sub. Ahora no podía hacer nada más, salvo hablar por el micrófono y llamar a sus mastines.

El maldito asesino estaba tratando de arquear el cuerpo para poder arrancarse el dardo envenenado.

Don había guardado ya el aguijón en su escondite, satisfecho de haber podido recobrar indemne el misil. Observó despiadadamente cómo el monstruo sucumbía a su parálisis.

Sus movimientos se estaban debilitando. Nadaba sin rumbo y, en una ocasión, Don tuvo que apartarse hábilmente a un lado para evitar un choque. Al perder el control de flotación, el animal ascendió moribundo a la superficie. Don no trató de seguirlo; esto podía esperar hasta que hubiese resuelto asuntos más importantes.

Encontró a la ballena y a sus dos crías a un kilómetro y las examinó minuciosamente. Estaban ilesas, y no había necesidad por tanto de llamar al veterinario, en su especial submarino de dos plazas, capaz de resolver cualquier crisis cetológica, desde un dolor de estómago a una cesárea. Don tomó nota del número de la madre, grabado debajo de las aletas. Las crías, a juzgar por su tamaño, eran de esta temporada y aún no habían sido marcadas.

Don estuvo un rato observando. Ya no estaban alarmadas, y una comprobación por el sonar le había mostrado que la manada había interrumpido su desaforada fuga. Se preguntó cómo podían saber lo que había ocurrido; se había aprendido mucho sobre la comunicación entre ballenas, pero muchas cosas aún seguían siendo un misterio.

—Espero que me agradezca lo que he hecho por usted, señora —murmuró.

Entonces, mientras pensaba que cincuenta toneladas de amor maternal era un espectáculo realmente asombroso, vació los depósitos y ascendió a la superficie.

El mar estaba en calma, por lo que abrió el compartimiento estanco y asomó la cabeza por la pequeña torre. El agua se hallaba a sólo unos centímetros de su barbilla, y de vez en cuando una ola hacía un decidido esfuerzo para inundar la embarcación. Había poco peligro de que esto ocurriese pues había fijado la escotilla de manera que era como un tapón completamente eficaz.

A quince metros de distancia, un bulto largo y de color de pizarra, como una barca panza arriba, se estaba meciendo en la superficie. Don lo miró e hizo algunos cálculos mentales. Una bestia de este tamaño sería muy valiosa: con un poco de suerte, tal vez conseguiría una doble recompensa. Dentro de unos minutos radiaría su informe, pero de momento era agradable respirar el aire fresco del Atlántico y sentir el cielo despejado sobre su cabeza.

Una bomba gris saltó desde las profundidades y volvió a caer sobre la superficie del agua, salpicándolo de espuma. No era más que la modesta manera que tenía Benj de llamar su atención; un instante después, la marsopa se encaramó a la torre, para que Don pudiera acariciarle la cabeza. Sus ojos grandes e inteligentes se fijaron en él: ¿era mera imaginación, o bailaba en sus pupilas un regocijo casi humano?

Como de costumbre, Susan se mantuvo tímidamente a distancia hasta que los celos pudieron más que ella y empujó a Benj a un lado. Don distribuyó sus caricias con imparcialidad y se disculpó porque no tenía nada para darles. Decidió reparar esta omisión en cuanto regresase al Herman Melville.

—También iré a nadar con vosotras —prometió— con tal de que os portéis bien la próxima vez.

Se frotó reflexivamente un gran cardenal producido por las ganas de jugar de Benj, y se preguntó si no era ya un poco viejo para juegos tan duros como éste.

—Es hora de volver a casa —dijo firmemente, metiéndose en la cabina y cerrando de golpe la escotilla. De pronto notó que estaba hambriento y que aún no había tomado el desayuno. No había muchos hombres en el mundo con más derecho que él a la comida de la mañana. Había salvado para la humanidad más toneladas de carne, aceite y leche de lo que se podría calcular.

Don Burley era el guerrero feliz, volviendo a casa después de una batalla que el hombre siempre tendría que librar. Estaba manteniendo a raya el espectro del hambre con el que había tenido que enfrentarse la humanidad en todas las etapas anteriores, pero que nunca volvería a amenazar al mundo mientras los grandes cultivos de plancton produjesen millones de toneladas de proteínas, y las manadas de ballenas obedeciesen a sus nuevos amos.

El hombre había vuelto al mar después de eones de exilio; hasta que se congelasen los océanos, no volvería a tener hambre...

Don miró la pantalla al fijar el rumbo. Sonrió al ver los dos ecos que sostenían el ritmo de la mancha de luz central correspondiente a su embarcación.

—Aguantad —dijo—. Los mamíferos debemos mantenernos juntos.

Entonces puso en marcha el piloto automático y se retrepó en su asiento.

Y ahora Benj y Susan oyeron un ruido muy peculiar que subía y bajaba contra el zumbido de las turbinas. Se había filtrado débilmente a través de las paredes de Sub 5, y sólo los sensibles oídos de las marsopas podían haberlo detectado. Pero por muy inteligentes que fuesen, difícilmente se hubiese podido esperar que comprendiesen por

qué Don Burley estaba anunciando, en voz estridente, que se estaba dirigiendo a la Última Ronda...

«SI TE OLVIDARA DE TÍ, OH TIERRA...»

Este cuento, que ha sido publicado muchas veces, lo escribí en la Navidad de 1951.

En otra Navidad, diecisiete años más tarde, los tripulantes del Apolo 8 fueron los primeros hombres que vieron salir la Tierra desde la Luna.

Esperemos que nadie contemple jamás una salida de la Tierra como la que vio el niño de este cuento admonitorio.

Cuando Marvin tenía diez años, su padre le condujo por los largos y resonantes corredores que subían a través de Administración y Fuerza, hasta que al fin llegaron a los niveles superiores y se encontraron entre la vegetación de las Tierras de Labrantío, que crecía rápidamente. A Marvin le gustaba observar las grandes y esbeltas plantas que ascendían con impaciencia casi visible hacia la luz del sol que se filtraba a través de las cúpulas de plástico para salir a su encuentro. Flotaba en todas partes un olor a vida, despertando anhelos indecibles en su corazón; ya no respiraba el aire seco y fresco de los niveles residenciales, donde sólo se percibía un débil olor a ozono. Quiso quedarse un rato allí, pero su padre no se lo permitió. Siguieron adelante hasta llegar a la entrada del Observatorio, que Marvin nunca había visitado. Pero no se detuvieron, y el chico comprendió, con creciente excitación, que sólo quedaba un objetivo. Por primera vez en su vida, iba a salir al Exterior.

En la gran cámara de servicio había una docena de vehículos de superficie, con anchos neumáticos y cabinas presurizadas. Sin duda estaban esperando a su padre, pues los condujeron inmediatamente al pequeño coche todo terreno que esperaba junto a la gran puerta circular de la cámara estanca. Tenso de expectación, Marvin se acomodó en la pequeña cabina mientras su padre ponía el motor en marcha y comprobaba los controles. Se abrió la puerta interior de la cámara y luego se cerró tras ellos; el muchacho oyó desvanecerse lentamente el zumbido de las grandes bombas de aire al bajar a cero la presión. Entonces se encendió la señal de «Vacío», se abrió la puerta exterior y, delante de Marvin, se extendió un terreno en el que nunca había estado.

Lo había visto en fotografías, desde luego, y lo había observado cien veces en las pantallas de televisión. Pero ahora estaba a todo su alrededor, ardiente bajo los fuertes rayos del sol que se deslizaba despacio en un cielo negro como el azabache. Miró hacia el oeste, resguardándose de aquella luz cegadora, y allí estaban las estrellas, como le habían dicho y él no había creído del todo. Las contempló durante mucho rato, maravillándose de que algo pudiese ser tan brillante y al mismo tiempo tan pequeño. Eran unos puntos de luz intensa y fija, y de pronto recordó unos versos que había leído una vez en uno de los libros de su padre:

Centellea, centellea, estrellita.
Siempre me pregunto qué serás.

Bueno, él sabía lo que eran las estrellas. La persona que se había planteado aquella pregunta debía de ser muy tonta. ¿Y qué quería decir con «centellea»? Se podía ver inmediatamente que todas las estrellas brillaban con la misma luz fija, no centelleante. Entonces se desentendió del problema y dirigió su atención al paisaje que le rodeaba.

Estaban rodando en una llanura a casi ciento cincuenta kilómetros por hora; los gruesos neumáticos levantaban nubéculas de polvo detrás de ellos. No había señales de la Colonia: en los pocos minutos en que él había estado mirando las estrellas, las cúpulas y torres de radio se habían ocultado detrás del horizonte. Sin embargo, había otros indicios de la presencia del hombre, pues a eso de un kilómetro delante de ellos pudo ver unas estructuras de formas curiosas arracimadas alrededor de la boca de una mina. De vez en cuando salía una nube de vapor de una chimenea baja y se dispersaba al momento.

Dejaron la mina atrás en un instante: padre conducía con una habilidad desenfrenada, como si se tratase de escapar de algo (era extraño que la mente de un niño concibiese semejante idea). En pocos minutos llegaron al borde de la meseta en la que había sido construida la Colonia.

El suelo descendía bruscamente a sus pies, en una vertiente vertiginosa cuyos trechos más bajos se perdían en la sombra. Al frente, hasta donde podía alcanzar la vista, había un heterogéneo desierto de cráteres, cadenas montañosas y quebradas. Las crestas de las montañas, al recibir la luz del sol próximo al ocaso, ardían como islas de fuego en un mar de oscuridad; y sobre ellos, las estrellas seguían brillando como antes.

No podían seguir adelante... Pero sí que podían. Marvin cerró los puños al pasar el coche sobre el borde de la pendiente e iniciar el largo descenso. Entonces vio el rastro

casi invisible en la falda de la montaña y se tranquilizó un poco. Por lo visto, otros hombres habían pasado antes por allí.

De pronto se hizo de noche cuando cruzaron la línea de sombra, y el sol se ocultó detrás de la meseta. Se encendieron los faros gemelos, proyectando franjas blancoazuladas en la piedra que tenían delante, de manera que apenas era necesario reducir la velocidad. Durante horas rodaron a través de valles y más allá de los pies de montañas cuyos picos parecían tocar las estrellas, y a veces salían momentáneamente a la luz del sol al subir a tierras más altas.

A la derecha, se extendía una llanura rugosa y polvorienta y, a la izquierda, con sus murallas y terrazas elevándose kilómetro tras kilómetro en el cielo, había una cadena de montañas que se desparramaba a lo lejos, hasta que sus picachos se perdían de vista detrás del borde del mundo. No había señales de que el hombre hubiese explorado este terreno, pero en una ocasión pasaron por delante del esqueleto de un cohete que se había estrellado, y a su lado había una lápida rematada por una cruz de metal.

A Marvin le pareció que las montañas se extendían hasta el infinito; pero al fin, muchas horas más tarde, la cordillera terminó en una imponente y escarpada punta de tierra que se elevaba en fuerte pendiente desde un racimo de pequeñas colinas. Cuando descendían a un valle profundo que describía un gran arco hacia el otro lado de las montañas, Marvin se dio cuenta poco a poco de que algo muy extraño sucedía en la tierra que tenían delante.

El sol estaba ahora detrás de los montes de la derecha: el valle que tenían delante hubiese debido estar envuelto en una oscuridad total. Sin embargo, estaba inundado por una irradiación blanca y fría que pasaba por encima de los riscos bajo los cuales circulaban. Entonces se encontraron de pronto en campo abierto, y la fuente de aquella luz apareció ante ellos en todo su esplendor.

Una vez parados los motores reinó un silencio total en la cabina. El único sonido era el débil susurro de la alimentación de oxígeno y alguna crepitación metálica ocasional, al irradiar calor las paredes exteriores del vehículo; no llegaba ningún calor desde la gran medialuna de plata que flotaba baja sobre el lejano horizonte e inundaba este terreno de una luz perlina. Brillaba tanto que pasaron varios minutos antes de que Marvin pudiese aceptar su desafío y mirarla fijamente; pero al fin pudo discernir siluetas de continentes, la brumosa frontera de la atmósfera y las blancas islas de nubes. E incluso a tanta distancia pudo percibir el resplandor del sol sobre el hielo polar.

Era un bello espectáculo que le conmovió a través del abismo del espacio. Allí, en aquella medialuna, estaban todas las maravillas que nunca había conocido: los matices

de los cielos al ponerse el sol, el gemido del mar sobre las costas pedregosas, el repiqueteo de la lluvia, la pausada bendición de la nieve. Estas y otras mil cosas hubiesen debido ser su legítima herencia, pero sólo las conocía por los libros y los relatos antiguos, y esta idea le producía la angustia del exilio.

¿Por qué no podían volver allá? ¡Parecía todo tan tranquilo debajo de aquellas nubes en movimiento! Entonces, con los ojos ya no cegados por el resplandor, vio que la parte del disco que hubiese debido estar a oscuras brillaba débilmente con una fosforescencia maligna; y recordó. Estaba contemplando la pira funeraria de un mundo, la secuela radiactiva de Armagedón. A través de casi medio millón de kilómetros de espacio, todavía era visible el resplandor de los átomos moribundos, perenne recordatorio de un pasado ruinoso. Transcurrirían siglos antes de que aquel resplandor letal se extinguiese en las piedras y la vida pudiese volver a llenar aquel mundo vacío y silencioso.

Y ahora padre empezó a hablar, contando a Marvin la historia que hasta este momento no había significado para él más que los cuentos de hadas escuchados en su infancia. Había muchas cosas que no podía entender: le era imposible imaginarse el esplendoroso y multicolor estilo de vida en el planeta que nunca había visto. Tampoco podía comprender las fuerzas que lo habían destruido al fin, dejando a la Colonia como único superviviente, gracias a su aislamiento. Pero podía compartir la angustia de los días últimos, cuando la Colonia se había convencido al fin de que nunca volverían a llegar naves abastecedoras, entre las estrellas, trayendo regalos desde casa. Una a una, las emisoras de radio habían dejado de llamar; se habían ido extinguiendo en el globo en penumbra, y ellos habían quedado finalmente solos, más solos de lo que nunca había estado el hombre, con el futuro de la raza en sus manos.

Entonces habían seguido unos años de desesperación y la larga batalla por la supervivencia en este mundo terrible y hostil. Aquella batalla se había ganado, aunque a duras penas: este pequeño oasis de vida estaba a salvo de lo peor que podía hacer la Naturaleza. Pero a menos que hubiese una meta, un futuro para el que trabajar, la Colonia perdería la voluntad de vivir, y ni las máquinas, ni la habilidad, ni la ciencia, podrían salvarla.

Así comprendió Marvin, al fin, el objetivo de esta peregrinación. Nunca caminaría por la orilla de los ríos de aquel mundo perdido y legendario, ni oiría retumbar el trueno sobre sus montes suavemente redondeados. Sin embargo, un día, (¿cuándo?) los hijos de sus hijos volverían allí para reclamar su herencia. El viento y la lluvia limpiarían los venenos de las tierras quemadas y los llevarían al mar, en cuyas profundidades perderían su poder hasta que no pudiesen perjudicar a los seres vivientes. Las grandes naves que estaban

todavía esperando aquí, en las silenciosas y polvorientas llanuras, se elevarían de nuevo en el espacio y pondrían rumbo a casa.

Este era el sueño, y Marvin, con un súbito destello de perspicacia, supo que un día lo transmitiría a su propio hijo aquí, en este mismo lugar, con las montañas a su espalda y recibiendo en su semblante aquella luz de plata de los cielos.

No miró atrás al empezar el viaje de regreso a casa. No podía soportar la angustia de ver el frío esplendor de la Tierra en medialuna extinguiéndose en las peñas que la rodeaban, mientras iba a reunirse con su pueblo en el largo exilio.

EL CIELO CRUEL

No me importa que cruces los mares, que surques seguro el cielo cruel, o que construyas magníficos palacios de ladrillos o metal...

JAMES ELROY FLECKER, A un poeta de dentro de mil años.

Este cuento lo escribí en 1966, seguramente cuando estaba soñando en el año 2001, idea que en gran parte dominó mi vida desde 1964 hasta 1968. Acabo de releerlo con sentimientos bastante confusos, pues ahora resulta que me parezco bastante a mi «doctor Elwin».

Además, la frase «uno de los más famosos científicos del mundo, y sin duda el lisiado más famoso» puede aplicarse perfectamente al doctor Stephen Hawking, cuya obra se refiere también al campo de la gravitación. En julio de 1988 pasé tres horas en un estudio de televisión de Londres con el doctor Hawking (y vía satélite, con el doctor Sagan). Para mí, aquel encuentro fue una experiencia tanto emocional como intelectual, ya que me habían dicho recientemente que padecía la misma dolencia incurable que el doctor Hawking (ALS, más conocida en Estados Unidos como enfermedad de Lou Gehrig). Así que no podía tener demasiadas esperanzas de ver mucho de los años noventa. Por fortuna (véase el prólogo de En mares de oro) el diagnóstico es ahora menos amenazador; pero tengo un interés más que casual en las sillas de ruedas motorizadas. Y lo que aún sería mejor es que alguien quisiera inventar la «Lewie» descrita en este relato. Incluso antes de que encontrase molesta la locomoción, ya envidiaba el Big Bad Barón flotante de Dune.

No se tomen demasiado en serio mi ataque contra la teoría general de la relatividad; pero quisiera que los escritores que se burlan del principio de equivalencia dejasen bien claro que sólo es cierto para pequeñísimos volúmenes de espacio.

Ahora me siento un poco culpable de eliminar uno de los más raros y bellos animales del mundo. Tal vez habría sido un yeti, a fin de cuentas; éste también puede ser raro, pero, por consenso general, no es ciertamente bello.

A medianoche, la cima del Everest estaba a menos de un kilómetro de distancia; una pirámide de nieve, pálida y espectral a la luz de la luna naciente. El cielo estaba despejado y el viento, que había estado soplando durante días, había bajado casi hasta cero. Desde luego, era raro que el punto más alto de la Tierra estuviese tan tranquilo y en paz: habían elegido bien el tiempo.

Tal vez demasiado bien, pensó George Harper; había sido casi desagradablemente fácil. Su único problema real había consistido en salir del hotel sin ser observados. La dirección no permitía excursiones de medianoche a la montaña no autorizadas; podían producirse accidentes, y esto era malo para el negocio.

Pero el doctor Elwin estaba resuelto a hacerlo de esta manera y tenía muy buenas razones para ello, aunque nunca las mencionaba. La presencia de uno de los más famosos científicos del mundo —y sin duda el lisiado más famoso—, en el hotel Everest en plena temporada turística, había despertado ya mucha expectación. Harper había mitigado la curiosidad insinuando que estaban realizando mediciones de la gravedad, lo cual en parte era cierto. Pero ahora esta parte era pequeñísima.

Cualquiera que hubiese mirado a Jules Elwin, mientras avanzaba resueltamente hacia la altura de nueve mil metros, con veinticinco kilos de equipo sobre la espalda, jamás habría sospechado que sus piernas eran casi inútiles. Había nacido víctima del desastre de la talidomida de 1961, que había dejado a más de diez mil niños parcialmente deformes, desparramados por toda la faz de la Tierra. Elwin fue uno de los afortunados. Sus brazos eran completamente normales y se habían fortalecido por el ejercicio, hasta que llegaron a ser mucho más vigorosos que los de la mayoría de los hombres. Las piernas en cambio eran poco más que hueso y piel. Con ayuda de aparatos ortopédicos, podía sostenerse en pie e incluso dar unos pocos pasos inseguros, pero nunca andar de veras.

Y sin embargo, ahora sólo estaba a sesenta metros de la cima del Everest..

Un cartel de viajes había sido el origen de todo aquello hacía más de tres años. George Harper, joven programador de la Sección de Física Aplicada, conocía al doctor Elwin sólo de vista y por su fama. Incluso para los que trabajaban directamente bajo sus órdenes, el brillante director de Investigación de Astrotech era una personalidad algo distante, apartada del común de los hombres tanto por su cuerpo como por su mente. No era apreciado ni aborrecido y, aunque se le admiraba y compadecía, no se le tenía envidia, desde luego.

Harper, que sólo hacía unos pocos meses que había salido de la universidad, dudaba de que el doctor conociese siquiera su existencia, salvo como un nombre en un organigrama. Había otros diez programa-dores en la sección, todos más antiguos que él, y la mayoría de ellos no habían cruzado nunca más de una docena de palabras con el director de Investigación. Cuando a Harper se le pidió que llevara una de las fichas secretas al despacho del doctor Elwin, se imaginó que entraría y saldría de allí sin más que unas pocas palabras de cortesía.

Y a punto estuvo de ocurrir esto. Pero en el preciso momento en que iba a salir, se detuvo en seco ante el magnífico panorama de los picos del Himalaya que cubría la mitad de una pared.

Había sido colocado donde pudiese verlo el doctor Elwin siempre que levantase la mirada de su mesa, y representaba un paisaje que Harper conocía bien, pues lo había fotografiado, como un turista pasmado y algo fatigado, desde la pisoteada nieve de la cumbre del Everest.

Allí estaba la blanca cadena de Kangchenjunga, elevándose entre las nubes, a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia. Aproximadamente en línea con ella, pero mucho más cerca, se hallaban los picos gemelos de Makalu, y más cerca aún, dominando el primer plano, la inmensa mole del Lhotse, el vecino y rival del Everest. Hacia el oeste, vertiéndose en valles tan enormes que su dimensión no podía apreciarse a simple vista, estaban los revueltos ríos de hielo de los glaciares de Khumbu y de Rongbuk. Desde aquella altura, sus arrugas heladas no parecían más grandes que los surcos de un campo arado; pero aquellas ranuras y cicatrices en un hielo duro como el hierro tenían cientos de metros de profundidad.

Harper aún estaba contemplando aquella vista espectacular y evocando viejos recuerdos, cuando de pronto oyó la voz del doctor Elwin detrás de él.

—Parece usted interesado. ¿Ha estado alguna vez allí?

—Sí, doctor. Mis padres me llevaron allí una semana después de graduarme en el instituto. Estuvimos una semana en el hotel y pensamos que tendríamos que marcharnos

antes de que aclarase el tiempo. Pero el último día, dejó de soplar el viento, y una veintena de personas subimos a la cumbre. Estuvimos una hora allí, haciéndonos fotos.

El doctor Elwin pareció reflexionar sobre esta información durante bastante rato. Después dijo, en un tono que había perdido su anterior distanciamiento y que parecía animado.

—Siéntese, señor... Harper. Me gustaría que me contase más cosas.

Al volver hacia el sillón de delante de la ordenada mesa del director, George Harper se sintió un poco desconcertado. Lo que había hecho no era nada extraordinario; todos los años, miles de personas iban al hotel Everest y aproximadamente una cuarta parte de ellas subían a la cima de la montaña. Un año antes se había hablado mucho del turista diez mil que se había plantado en el techo del mundo. Algunos cínicos habían comentado la extraordinaria coincidencia de que el número 10.000 fuera una estrella de vídeo bastante conocida.

Todo lo que Harper podía explicar al doctor Elwin, éste podía averiguarlo con igual facilidad en una docena de fuentes; por ejemplo, en los folletos para turistas. Sin embargo, ningún joven y ambicioso científico habría perdido la oportunidad de impresionar a un hombre que tanto podía hacer para ayudarle en su carrera. Harper no era una persona fríamente calculadora ni aficionada a la política de oficina, pero sabía distinguir las buenas ocasiones.

—Bueno, doctor —comenzó, hablando despacio al principio, mientras trataba de ordenar sus ideas y recuerdos—, los aviones de reacción te dejan en una pequeña población llamada Namchi, a unos treinta kilómetros de la montaña. Entonces el autobús te lleva por una carretera espectacular hasta el hotel, que domina el glaciar de Khumbu. Está a una altura de cinco mil metros, y hay habitaciones con aire presuri-zado para quienes tengan dificultades respiratorias. Desde luego hay un servicio médico, y la dirección no admite a huéspedes que no estén en buenas condiciones físicas. Tienes que permanecer al menos dos días en el hotel, bajo una dieta especial, antes de que te permitan subir a mayor altura.

»Desde el hotel no se puede ver la cumbre, porque se está demasiado cerca de la montaña y ésta parece cernerse sobre uno. Pero la vista es fantástica. Se puede contemplar el Lhotse y media docena de picos. Y también puede dar miedo, especialmente de noche. El viento suele aullar en lo alto y el hielo movedizo produce ruidos extraños. Es fácil imaginar que hay monstruos rondando en las montañas...

»No hay mucho que hacer en el hotel, salvo descansar, observar el panorama y esperar a que los médicos den su autorización para salir. Antiguamente, se solía tardar

semanas en aclimatarse al aire enrarecido; ahora pueden hacer que el recuento sanguíneo suba hasta el nivel adecuado en cuarenta y ocho horas. Aun así, aproximadamente la mitad de los visitantes, y sobre todo los más viejos, deciden que ya han llegado a una altura suficiente.

»Lo que pasa después depende de lo experto que sea uno y de lo que esté dispuesto a pagar. Unos pocos escaladores adiestrados contratan guías y suben a la cima empleando equipo corriente de montañismo. En la actualidad no es muy difícil, y hay refugios en varios puntos estratégicos. La mayoría de estos grupos lo consiguen. Pero el tiempo es siempre un riesgo, y todos los años muere alguien.

»El turista corriente hace la excursión de una manera más sencilla. No se permite aterrizar aviones en el mismo Everest salvo en casos de emergencia, pero hay un pabellón cerca de la cresta de Nuptse y un servicio de helicóptero desde el hotel. Del pabellón a la cima hay sólo cinco kilómetros vía South Col, una escalada fácil para cualquiera que esté en forma y tenga un poco de experiencia en montañismo. Algunos lo hacen sin oxígeno, pero esto no es recomendable. Yo llevé puesta la máscara hasta que llegué a la cima; entonces me la quité y vi que podía respirar sin grandes dificultades.

—¿Utilizó filtros o bombonas de gas?

—Filtros moleculares; ahora son muy seguros y aumentan la concentración de oxígeno en más de un cien por cien. Han facilitado enormemente la escalada a grandes alturas. El gas comprimido ya no lo usa nadie.

—¿Cuánto tiempo se tarda en la ascensión?

—Un día entero. Nosotros salimos antes del amanecer y regresamos después de ponerse el sol. Esto habría sorprendido a los veteranos. Pero desde luego nosotros estábamos descansados cuando partimos y viajamos de prisa. No hay verdaderos problemas en el camino desde el pabellón, y se han tallado escalones en todos los lugares peligrosos. Le aseguro que es fácil para cualquiera que esté en buena forma.

En cuanto hubo repetido estas palabras, Harper lamentó no haberse mordido la lengua. Parecía increíble que hubiese olvidado con quién estaba hablando; pero había recordado con tanta vivacidad la maravilla y la emoción de aquella subida al techo del mundo que por un momento volvió a encontrarse en aquel pico solitario y azotado por el viento. El único lugar de la Tierra adonde nunca podría llegar el doctor Elwin...

Pero el científico no parecía haberlo advertido, o tal vez estaba acostumbrado a las constantes faltas de tacto que ya no lo molestaban. ¿Por qué estaba tan interesado en el Everest?, se preguntó Harper. Probablemente por su misma inaccesibilidad; representaba todo lo que le había sido negado por el accidente de su nacimiento.

Pero ahora, sólo tres años más tarde, George Harper se detuvo a menos de treinta metros de la cima y recogió la cuerda de nailon cuando le alcanzó el doctor. Aunque nada se había dicho al respecto, sabía que el científico deseaba ser el primero en llegar a la cima. Merecía este honor, y el joven no iba a hacer nada para privarle de él.

—¿Todo bien? —preguntó al alcanzarle el doctor Elwin.

La pregunta era completamente innecesaria, pero Harper sintió la apremiante necesidad de desafiar la enorme soledad que ahora les rodeaba. Podían haber sido los únicos hombres en el mundo; en ninguna parte de aquel desierto blanco de picachos había la menor señal de que existiese la raza humana.

Elwin no respondió, pero asintió distraídamente con la cabeza al seguir adelante, con los ojos brillantes fijos en la cima. Caminaba con pasos curiosamente rígidos y sus pies dejaban huellas notablemente superficiales sobre la nieve. Y mientras andaba, se oía un débil pero inconfundible zumbido en la abultada mochila que llevaba sobre la espalda.

La verdad es que la mochila lo llevaba a él... o a tres cuartas partes de él. Mientras daba los últimos pasos regulares hacia su antaño imposible meta, el doctor Elwin y todo su equipo pesaban sólo veinticinco kilos. Y si esto todavía era demasiado, sólo tenía que girar un disco y no pesaría absolutamente nada.

Aquí, en el Himalaya bañado por la Luna, estaba el secreto más grande del siglo XXI. En todo el mundo había sólo cinco de estos Levitadores Elwin experimentados, y dos de ellos estaban aquí, en el Everest.

Aunque Harper los había conocido hacía dos años y comprendía algo de su teoría básica, los «Lewies» (como pronto los bautizaron en el laboratorio) todavía le parecían mágicos. Sus mochilas contenían energía eléctrica suficiente para levantar un peso de cien kilos a una altura de quince kilómetros, lo cual representaba un gran factor de seguridad para esta misión. El ciclo de ascensión y descenso podía repetirse casi indefinidamente, al reaccionar las unidades contra el campo gravitatorio de la Tierra. La batería se descargaba en la subida, y se cargaba de nuevo en la bajada. Como ningún proceso mecánico es completamente eficaz, había una ligera pérdida de energía en cada ciclo, pero éste podía repetirse al menos cien veces antes de que se agotasen las unidades.

Subir a la montaña con la mayor parte de su pese neutralizado había sido una experiencia estimulante. El tirón vertical de la mochila les producía el efecto de estar colgados de unos globos invisibles cuya flotación podía regularse a voluntad. Necesitaban cierta cantidad de peso para obtener tracción sobre el suele y, después de algunos

experimentos, habían decidido que fuese de un veinticinco por ciento. Resultaba tan fácil subir por una empinada cuesta como caminal normalmente por un terreno llano.

En varias ocasiones habían reducido el peso casi hasta cero para trepar por paredes rocosas verticales. Había sido la experiencia más extraña y requería una fe absoluta en el equipo. Permanecer suspendido en el aire, aparentemente sostenido por una caja de mecanismos electrónicos que zumbaban suavemente, exigía una considerable fuerza de voluntad. Pero despues de unos pocos minutos, la sensación de poder y libertad triunfaba sobre el miedo pues aquí estaba ciertamente la realización de uno de los sueños más antiguos del hombre.

Hacía pocas semanas que un miembro del personal de la biblioteca había encontrado un verso de un poema de principios del siglo XX que describía perfectamente su hazaña: «surcar seguros el cielo cruel». Ni siquiera los pájaros habían poseído nunca tanta libertad en la tercera dimensión; ésta era la verdadera conquista del espacio. El levitador abriría al mundo las montañas y los lugares elevados, de la misma manera que en el siglo anterior la escafandra autónoma le había abierto el mar. En cuanto estas unidades hubiesen superado las pruebas y se produjesen en serie y a bajo coste, cambiarían todos los aspectos de la civilización humana. Se revolucionaría el transporte. El viaje espacial no sería más caro que un vuelo ordinario; toda la humanidad se lanzaría al aire. Lo que había sucedido cien años antes con el invento del automóvil habría sido solamente un débil anticipo de los enormes cambios sociales y políticos que se producirían ahora.

Pero Harper estaba seguro de que el doctor Elwin no pensaba en nada de esto en su solitario momento de triunfo. Más tarde recibirían el aplauso del mundo (y tal vez sus maldiciones). Pero no significaría tanto para él como plantarse aquí, en el punto más alto de la Tierra. Era realmente una victoria de la mente sobre la materia, de la pura inteligencia sobre un cuerpo débil y lisiado. Todo lo demás sería secundario.

Cuando Harper se reunió con el científico en la pirámide truncada y cubierta de nieve, se estrecharon la mano con una rigidez bastante formal, pues esto parecía lo adecuado. Pero no dijeron nada; la maravilla de su hazaña y el panorama de picachos que se extendían hasta perderse de vista en todas direcciones, les habían dejado mudos.

Harper se relajó, sostenido por su mochila, y siguió lentamente con la mirada el círculo del cielo. Reconoció y repitió mentalmente los nombres de los gigantes que les rodeaban: Makalu, Lhotse, Baruntse, Cho Oyu, Kangchenjunga... Muchas de aquellas cimas aún no habían sido escaladas. Bueno, los Levies pronto cambiarían esto.

Desde luego, muchos lo desaprobarían. Pero en el siglo XX también había habido montañeros que pensaron que era «trampa» emplear oxígeno. Costaba creer que, incluso

después de semanas de aclimatación, algunos hombres hubieran intentado en el pasado alcanzar aquellas cimas sin ayuda artificial. Harper recordó a Mallory e Irvine, cuyos cuerpos yacían sin haber sido descubiertos, tal vez a menos de un kilómetro de este mismo lugar.

El doctor Elwin carraspeó detrás de él.

—En marcha, George —dijo pausadamente, con la voz sofocada por el filtro de oxígeno—. Tenemos que estar de vuelta antes de que empiecen a buscarnos.

Se despidieron en silencio de todos los que habían estado allí antes que ellos, volvieron la espalda a la cumbre e iniciaron el suave descenso. La noche, que había sido brillantemente clara hasta entonces, se estaba haciendo más oscura: algunas nubes altas pasaban tan rápidamente por delante de la Luna que su luz se apagaba y encendía de tal manera que a veces resultaba difícil ver el camino. A Harper no le gustó el cariz que tomaba el tiempo y empezó a revisar mentalmente sus planes. Tal vez sería mejor dirigirse al refugio del South Col, en vez de tratar de llegar al pabellón. Pero no dijo nada al doctor Elwin para no alarmarle inútilmente.

Ahora estaban pasando por una cresta rocosa, con una oscuridad total a un lado y el débil resplandor de la nieve al otro. Harper no pudo dejar de pensar que sería un lugar terrible si les sorprendía una tormenta.

Apenas había tenido tiempo de concebir esta idea cuando se desencadenó el vendaval. Llegó aullando una ráfaga de aire, como si la montaña hubiese estado acumulando fuerzas para este momento. Nada podían hacer; aunque hubiesen poseído su peso normal, habrían sido levantados de sus pies. En pocos segundos, el viento los lanzó al oscuro vacío.

Era imposible calcular la profundidad de aquel abismo; cuando Harper se obligó a mirar hacia abajo, no pudo ver nada. Aunque el viento parecía transportarlo casi horizontalmente, sabía que debía estar cayendo. Su peso reducido le haría caer a una cuarta parte de la velocidad normal. Pero aun así sería excesiva; si caía mil metros, sería poco consuelo saber que sólo parecerían doscientos cincuenta.

Todavía no había tenido tiempo de sentir miedo (esto vendría más tarde, si sobrevivían) y su principal preocupación, por absurda que parezca, era que el costoso levitador podía estropearse. Se había olvidado completamente de su compañero, pues en esta clase de situación la mente sólo puede pensar en una cosa cada vez. El súbito tirón de la cuerda de nailon le causó extrañeza y alarma. Entonces vio que el doctor Elwin giraba lentamente a su alrededor en el extremo de la cuerda, como un planeta dando vueltas alrededor del sol.

Aquella visión le volvió a la realidad y se puso a pensar en lo que había que hacer. Su parálisis había durado probablemente una fracción de segundo. Gritó, contra el viento:

—¡Doctor! ¡Utilice el elevador de emergencia!

Mientras hablaba, buscó el cierre de su unidad de control, la abrió y apretó el botón.

La mochila empezó a zumbar inmediatamente como una colmena de abejas irritadas. Sintió que las correas tiraban de su cuerpo como si tratasen de elevarle hacia el cielo, lejos de la muerte invisible que le esperaba allá abajo. La sencilla aritmética del campo gravitatorio de la Tierra apareció en su mente, como escrita con caracteres de fuego. Un kilovatio podía levantar un peso de cien kilos a un metro por segundo, y las mochilas podían convertir energía a un ritmo máximo de diez kilovatios, aunque esto no podía mantenerse durante más de un minuto. Así pues, dada su inicial reducción de peso, se elevaría a una velocidad superior a treinta metros por segundo.

Se produjo un violento tirón en la cuerda cuando quedó tensa. El doctor Elwin había estado lento en pulsar el botón de emergencia, pero al fin también él ascendió. Sería una carrera entre la fuerza de ascensión de sus unidades y el viento que los empujaba hacia la cara helada del Lhotse, que ahora estaba a menos de trescientos metros.

La pared de roca surcada de nieve se alzaba sobre ellos a la luz de la luna como una ola de piedra helada. Era imposible calcular exactamente su velocidad, pero difícilmente podían moverse a menos de ochenta kilómetros por hora. Aunque sobreviviesen al impacto, sufrirían graves lesiones, y aquí las lesiones equivaldrían a la muerte.

Cuando parecía que la colisión era inevitable, la corriente de aire ascendió de pronto hacia el cielo, arrastrándoles con ella. Pasaron a unos tranquilizadores quince metros de la arista rocosa. Parecía un milagro, pero, después del primer instante de alivio, Harper se dio cuenta de que lo que los había salvado había sido simplemente la aerodinámica. El viento había tenido que levantarse para pasar por encima de la montaña; al otro lado, descendería de nuevo. Pero esto ya no importaba, porque el cielo, delante de ellos, estaba vacío.

Ahora se movían suavemente entre las nubes. Aunque su velocidad no se había reducido, había cesado el rugido del viento pues viajaban con él en el vacío. Incluso podían conversar sin esforzarse a través del espacio de diez metros que les separaba.

—¡Doctor Elwin! —gritó Harper—, ¿está usted bien?

—Sí, George —dijo el científico, perfectamente tranquilo—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—No debemos elevarnos más. Si seguimos subiendo, no podremos respirar, ni siquiera con los filtros.

—Tienes razón. Tenemos que estabilizarnos.

El fuerte zumbido de las mochilas se redujo a un sonido eléctrico apenas audible cuando cortaron los circuitos de emergencia. Durante unos minutos subieron y bajaron en su cuerda de nailon (primero, uno arriba; después, el otro), hasta que consiguieron ponerse a la misma altura. Cuando por fin se estabilizaron, volaban un poco por debajo de los nueve mil metros. A menos de que fallasen los Lewies (cosa muy posible, después de la sobrecarga), no corrían peligro inmediato.

Los apuros empezarían cuando tratasen de volver a la tierra.

Ningún hombre había visto jamás un amanecer más extraño. Aunque estaban cansados y entumecidos de frío, y tenían irritada la garganta por la sequedad del aire enrarecido, olvidaron todas estas incomodidades al extenderse el primer y débil resplandor a lo largo del mellado horizonte del este. Las estrellas se apagaron una a una; la última en desaparecer, sólo minutos antes de que saliera el sol, fue la más brillante de todas las estaciones espaciales: la Pacífico Número Tres, a treinta y cinco kilómetros por encima de Hawai. Entonces se elevó el sol sobre un mar de picachos sin nombre y amaneció el día en el Himalaya.

Era como observar la salida del sol en la Luna. Al principio sólo las montañas más altas captaron los rayos sesgados, mientras que los valles circundantes permanecían en oscura sombra. Pero la línea de luz fue descendiendo poco a poco por las vertientes rocosas, y una tierra dura y amenazadora fue despertando al nuevo día.

Si se aguzaba la mirada, podían verse señales de vida humana. Había algunos caminos estrechos, finas columnas de humo en pueblos solitarios, destellos de luz de sol en los tejados de monasterios. El mundo estaba despertando allá abajo, completamente ignorante de los dos espectadores situados como por arte de magia a cinco mil metros de su superficie.

El viento debió de cambiar varias veces de dirección durante la noche, y Harper no tenía idea de dónde estaban. No podía reconocer un solo punto de referencia. Podían estar en cualquier parte sobre una franja de ochocientos kilómetros de Nepal y el Tíbet.

El problema inmediato era elegir un lugar de aterrizaje, y elegirlo pronto, porque estaban derivando rápidamente hacia un revoltijo de picos y glaciares donde difícilmente podrían encontrar ayuda. El viento los llevaba en dirección nordeste, hacia China. Si volaban por encima de las montañas y aterrizaban allí, podían pasar semanas antes de que estableciesen contacto con uno de los Centros contra el Hambre de las Naciones

Unidas y encontraran el camino de vuelta. Incluso podían correr algún peligro personal si descendían del cielo en una zona habitada sólo por gente campesina analfabeta y supersticiosa.

—Será mejor que descendamos rápidamente —dijo Harper—. No me gusta el aspecto de aquellas montañas.

Sus palabras parecieron perderse en el vacío que les rodeaba. Aunque el doctor Elwin estaba a sólo tres metros de distancia, cabía imaginar que no podía oír nada de lo que decía. Pero el doctor asintió por fin con la cabeza como prestando de mala gana su conformidad.

—Creo que tienes razón: pero no estoy seguro de que podamos hacerlo con este viento. No olvides que podemos bajar con la misma rapidez con que subimos.

Era cierto: las mochilas de energía sólo podían cargarse un décimo de su grado de descarga. Si perdían altura y las cargaban de energía gravitatoria demasiado aprisa, las células se calentarían demasiado y probablemente estallarían. Los sorprendidos tibetanos (¿o tal vez nepalíes?) pensarían que un gran meteorito había estallado en el cielo. Y nadie sabría nunca lo que les había ocurrido exactamente al doctor Jules Elwin y a su joven y prometedor ayudante.

A mil quinientos metros sobre el nivel del suelo, Harper empezó a esperar la explosión en cualquier momento. Estaban bajando rápidamente, pero no lo bastante; muy pronto tendrían que desacelerar para no aterrizar con demasiada violencia. Para empeorar las cosas, habían calculado mal la velocidad del aire a nivel del suelo. El viento infernal e imprevisible estaba soplando de nuevo casi con la fuerza de un huracán. Podían ver jirones de nieve, arrancados de las cumbres, ondeando como estandartes fantasmales debajo de ellos. Mientras se habían estado moviendo con el viento, no se habían dado cuenta de su fuerza; ahora debían hacer de nuevo el peligroso paso entre la dura roca y el blando cielo.

La corriente de aire los empujaba hacia la entrada de una garganta. No había posibilidad de elevarse sobre ella. Su situación era comprometida y tendrían que elegir el mejor lugar que pudiesen encontrar para el aterrizaje.

El cañón se estrechaba peligrosamente. Ahora era poco más que una grieta vertical, y las paredes rocosas se deslizaban junto a ellos a cincuenta o sesenta kilómetros por hora. De vez en cuando, los remolinos los empujaban a derecha e izquierda; con frecuencia sólo evitaban la colisión por unos pocos centímetros. En una ocasión en que estaban volando a pocos metros por encima de una cornisa cubierta de una espesa capa de nieve, Harper estuvo tentado de soltar el muelle que desprendería el levitador. Pero esto sería

salir del fuego para caer en las brasas: volverían sanos y salvos a tierra firme, para encontrarse atrapados a sabe Dios cuántos kilómetros de toda posibilidad de ayuda.

Pero incluso en aquel momento de renovado peligro sintió muy poco miedo. Todo aquello era como un sueño emocionante, un sueño del que iba a despertar para encontrarse seguro en su cama. Era imposible que esta fantástica aventura estuviese sucediendo en realidad...

—¡George! —gritó el doctor—. Ahora tenemos la ocasión, si podemos engancharnos en aquella peña.

Sólo disponían de unos segundos para actuar. Empezaron inmediatamente a soltar la cuerda de nailon hasta que pendió en un gran lazo debajo de ellos, con la parte inferior a sólo un metro del suelo. Había una roca grande, de unos cinco metros de altura, exactamente en su trayectoria; más allá, un amplio espacio cubierto de nieve prometía un aterrizaje razonablemente suave.

La cuerda se deslizó sobre la parte baja y curva de la peña; pareció que iba a pasar por encima de ella, pero entonces quedó prendida en un saliente. Harper sintió un fuerte tirón y giró como una piedra en el extremo de una honda.

Nunca hubiera imaginado que la nieve pudiese ser tan dura. Se produjo un breve y brillante estallido de luz, y luego, nada.

Se hallaba de nuevo en la Universidad, en el salón de conferencias. Uno de los profesores estaba hablando, con una voz que le era conocida, pero que por alguna razón no parecía propia del lugar. Soñoliento y con poco entusiasmo, repasó los nombres de los que habían sido sus profesores. No, no era ninguno de ellos. Sin embargo, conocía perfectamente aquella voz, e indudablemente estaba dando una conferencia a alguien.

—...Todavía muy joven cuando me di cuenta de que había algo equivocado en la teoría de la gravitación de Einstein. En particular, parecía haber un fundamento falso en el principio de equivalencia. Según éste, no se podía distinguir entre los efectos producidos por la gravitación y los de la aceleración.

»Pero esto es totalmente falso. Se puede crear una aceleración uniforme; pero un campo gravitatorio uniforme es imposible, ya que obedece a una ley inversa, y por consiguiente puede variar incluso en distancias muy cortas. Pueden aportarse fácilmente otras pruebas para distinguir entre los dos casos, y esto hace que me pregunte si...

Estas palabras, suavemente pronunciadas, no causaron más impresión en la mente de Harper que si hubiesen sido dichas en un idioma extranjero. Se percató vagamente de

que hubiese debido comprender todo aquello, pero era demasiado dificultoso tratar de encontrarle el significado. De todos modos, el primer problema era saber dónde estaba.

A menos de que tuviese una grave lesión en los ojos, se hallaba en una oscuridad total. Pestañeó, y el esfuerzo le produjo un dolor de cabeza tan fuerte que lanzó un grito.

—¡George! ¿Estás bien?

¡Claro! tenía que haber sido la voz del doctor El-win, hablando suavemente en la oscuridad. Pero hablando, ¿a quién?

—Tengo un dolor de cabeza terrible. Y me duele el costado cuando intento moverme. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está todo tan oscuro?

—Sufriste una conmoción, y creo que te has fracturado una costilla. No hables innecesariamente. Has estado inconsciente todo el día. Ahora vuelve a ser de noche y estamos dentro de la tienda. Estoy economizando baterías.

Cuando el doctor Elwin encendió la linterna, su brillo fue casi cegador, y Harper vio las paredes de la tienda a su alrededor. Era una suerte que hubiesen traído un equipo completo de montañismo para el caso de que se quedaran atrapados en el Everest. Pero tal vez sólo serviría para prolongar su agonía...

Le sorprendió que el lisiado científico hubiese conseguido, sin la menor ayuda, desempaquetar todas sus cosas, montar la tienda y arrastrarlo al interior. Todo estaba perfectamente dispuesto: el botiquín, la latas de conservas, los recipientes de agua, las pequeñas bombonas rojas de gas para el hornillo portátil. Sólo faltaban los voluminosos levitadores; seguramente los había dejado fuera de la tienda para tener más espacio.

—Estaba usted hablando a alguien cuando me desperté —dijo Harper—. ¿O lo he soñado?

Aunque con la luz indirecta que reflejaban las paredes de la tienda le resultaba difícil leer la expresión del semblante del científico, pudo ver que Elwin estaba confuso. Inmediatamente supo la causa y lamentó haber hecho la pregunta.

El doctor no creía que saliesen vivos de allí. Había estado grabando unas notas, para el caso de que sus cuerpos fuesen descubiertos. Harper se preguntó tristemente si ya habría dictado sus últimas voluntades.

Antes de que Elwin pudiese responder, cambió rápidamente de tema.

—¿Ha llamado al servicio de socorro?

—Lo he estado haciendo cada media hora, pero temo que estemos aislados por las montañas. Yo les oigo, pero ellos no nos reciben.

El doctor Elwin cogió el pequeño transmisor que había descolgado de su sitio habitual en la muñeca, y lo encendió.

—Aquí Socorro Cuatro —dijo una débil voz mecánica—, a la escucha.

Durante la pausa de cinco segundos, Elwin apretó el botón de SOS y esperó.

—Aquí Socorro Cuatro, a la escucha.

Esperaron un minuto, pero no hubo respuesta a su llamada. Harper pensó con tristeza que era demasiado tarde para empezar a culparse mutuamente.

Mientras estaban volando sobre las montañas, habían discutido varias veces si debían llamar al servicio de socorro general, pero habían decidido no hacerlo, en parte porque no parecía necesario de momento y en parte por la inevitable publicidad que traería consigo. Era fácil ser prudente después del suceso. Pero ¿quién habría pensado que podían aterrizar en uno de los pocos lugares fuera del alcance de los socorristas?

El doctor Elwin apagó el transmisor y el único sonido que se oyó en la pequeña tienda fue el débil gemido del viento a lo largo de las paredes de montañas entre las que se hallaban doblemente atrapados. Sin manera de escapar, sin poder comunicar con nadie.

—No te preocupes —dijo al fin—. Por la mañana pensaremos en cómo salir de aquí. Hasta que amanezca no podemos hacer nada, salvo ponernos cómodos. Así que lo mejor es que tomes un poco de esta sopa caliente.

Algunas horas más tarde, a Harper ya no le molestaba el dolor de cabeza. Aunque sospechaba que realmente tenía rota una costilla, había encontrado una posición en la que se hallaba cómodo mientras no se moviese, y casi se sentía en paz con el mundo.

Había pasado por sucesivas fases de desesperación, cólera contra el doctor Elwin y autoinculpación por haberse metido en tan loca aventura. Ahora estaba de nuevo tranquilo, aunque su mente, al buscar maneras de escapar, trabajaba demasiado para que pudiese dormir.

Fuera de la tienda, el viento casi había dejado de soplar y la noche estaba en calma. La oscuridad ya no era completa, pues había salido la Luna. Aunque sus rayos directos no llegarían nunca hasta ellos, tenía que haber luz reflejada por la nieve de las alturas. Harper sólo podía distinguir un vago resplandor en el umbral de la visión, filtrándose a través de las translúcidas paredes de la tienda, que además retenía el calor.

Pensó que lo importante era que no estaban en peligro inmediato. Tenían comida para una semana como mínimo y había mucha nieve que podían fundir para hacerse con agua. Dentro de un día o dos, si su costilla se portaba bien, podrían partir de nuevo, confiaba que esta vez con mejores resultados.

No muy lejos sonó un golpe sordo que lo dejó intrigado, hasta que pensó que sería una masa de nieve que habría caído en alguna parte. La noche estaba tan

extraordinariamente tranquila que casi le pareció oír los latidos de su corazón, y la respiración de su compañero dormido le resultaba anormalmente ruidosa.

¡Era curioso cómo se distraía la mente con cosas triviales! Volvió a pensar en el problema de la supervivencia. Aunque él no estuviese en condiciones de moverse, el doctor podía intentar el vuelo solo. Era una de estas situaciones en que un hombre podía tener tantas posibilidades de éxito como dos.

Se oyó otro de aquellos golpes sordos, esta vez algo más fuerte. Era un poco extraño, pensó Harper por un momento, que la nieve se moviese en la calma fría de la noche. Confió en que no hubiese peligro de alud; como no había tenido tiempo de ver con claridad su lugar de aterrizaje, no podía calcular el riesgo. Se preguntó si debía despertar al doctor, que sin duda había examinado los alrededores antes de instalar la tienda. Pero cediendo a un sentimiento fatalista, decidió no hacerlo; en el caso de que fuera inminente un alud, no era probable que pudiesen hacer gran cosa para escapar.

Vuelta al problema número uno. Había una solución interesante que valía la pena considerar. Podían sujetar el transmisor a uno de los lewies y hacer que éste se elevase. La señal sería captada en cuanto la unidad saliese del cañón, y el servicio de socorro les encontraría en pocas horas, o como máximo en pocos días.

Esto significaría sacrificar uno de los lewies, y si no daba resultado su situación sería aún más apurada. Pero de todos modos...

¿Qué era aquello? No parecía el golpeteo suave de la nieve al caer. Era un débil pero inconfundible «clic», como de un guijarro chocando contra otro. Los guijarros no se mueven solos.

Harper pensó que estaba fantaseando. La idea de que alguien o algo anduviese por un alto puerto del Himalaya en mitad de la noche era absolutamente ridícula. Pero de pronto se le quedó seca la garganta y sintió que se le ponía la piel de gallina. Había oído algo y ahora ya no podía negarlo.

La respiración del doctor era tan ruidosa que resultaba difícil distinguir los sonidos del exterior. ¿Significaba esto que el doctor Elwin, por muy dormido que estuviese, había sido también alertado por su siempre despierto subconsciente? Estaba fantaseando de nuevo...

Oyó el clic de nuevo, tal vez un poco más cerca. Sin duda venía de otra dirección. Era como si algo, que se movía con misterioso pero absoluto silencio, estuviese dando vueltas lentamente alrededor de la tienda.

En ese momento George Harper lamentó sinceramente haber oído hablar del Abominable Hombre de las Nieves. Cierto que sabía poco sobre él, pero este poco aún era demasiado.

Recordó que el Yeti, como le llamaban los nepa-líes, había sido un mito permanente del Himalaya durante más de un siglo. El monstruo peligroso y gigantesco nunca había sido capturado, fotografiado ni siquiera había sido descrito por testigos fidedignos. La mayoría de los occidentales estaban seguros de que era pura fantasía y no se dejaban convencer por la escasez de pruebas de pisadas en la nieve o por trozos de piel conservados en oscuros monasterios. Pero la gente de las montañas opinaban de otra manera. Y Harper temió ahora que tuviesen razón.

Al no ocurrir nada más durante unos cuantos largos segundos, empezó a desvanecerse lentamente su miedo. Tal vez su imaginación sobreexcitada le estaba gastando bromas; dadas las circunstancias, no hubiese sido sorprendente. Con un deliberado y resuelto esfuerzo de voluntad, centró de nuevo sus pensamientos en el problema del rescate. Estaba haciendo buenos progresos cuando algo chocó contra la tienda.

No pudo chillar porque tenía los músculos de la garganta paralizados por el miedo. Era totalmente incapaz de moverse. Entonces oyó que el doctor Elwin empezaba a rebullir, soñoliento, en la oscuridad.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el científico—. ¿Estás bien?

Harper sintió que su compañero se volvía y pensó que estaba buscando a tientas la linterna. Quiso decir: «¡Por el amor de Dios, estése quieto!», pero ninguna palabra pudo salir de sus resecos labios. Se oyó un chasquido, y el rayo de luz de la linterna formó un círculo brillante en la pared de la tienda. La pared estaba ahora combada hacia ellos, como si un peso pesado se apoyase en ella. Y en el centro de la comba había una huella totalmente inconfundible: la de una mano deformada o de una garra. Estaba sólo a medio metro del suelo; fuese lo que fuere aquello, parecía estar arrodillado, como si palpase la tela de la tienda.

La luz debió molestarlo pues la huella desapareció en el acto, y la pared de la tienda quedó de nueva plana. Se oyó un ronco gruñido y después un prolongado silencio.

Harper se dio cuenta de que había recobrado la respiración. Había esperado que se rasgase la tienda y que algo espantoso e inconcebible se precipitase sobre ellos. Pero sólo se oyó el débil y lejano gemido de una ráfaga de viento en las altas montañas. Sintió que temblaba sin poderse dominar, y esto nada tenía que ver con la temperatura pues se estaba cómodamente caliente en su pequeño mundo aislado.

Entonces se oyó un sonido familiar. Fue el ruido metálico de una lata vacía al golpear una piedra, y esto disminuyó la tensión. Harper fue capaz de hablar por primera vez, o al menos de murmurar:

—Ha encontrado las latas de comida. Tal vez ahora se marchará.

Casi como respondiendo a sus palabras, se oyó un gruñido grave que parecía expresar enojo y contrariedad; después, el sonido de un golpe y de latas que rodaban en la oscuridad. Harper recordó de pronto que toda la comida estaba dentro de la tienda y que los envases vacíos habían sido arrojados al exterior. No era una idea muy esperanzadora. Lamentó no haber hecho como los supersticiosos de las tribus, que dejaban ofrendas a los dioses o demonios que las montañas podían conjurar.

Lo que sucedió después fue tan repentino, tan inesperado, que acabó antes de que tuviese tiempo de reaccionar. Se oyó un ruido fuerte, como de algo que fuese lanzado contra una roca; después, un zumbido eléctrico familiar y a continuación un gruñido de sobresalto. Y por fin, un espantoso alarido de rabia, y de frustración que se convirtió rápidamente en un grito de puro terror y que empezó a extinguirse hacia lo alto, en el cielo vacío.

Aquel sonido despertó el único recuerdo adecuado en la memoria de Harper. Una vez había visto una película de principios del siglo XX sobre la historia de la aviación, con una escena terrible que mostraba el lanzamiento de un dirigible. Algunos miembros del personal de tierra se habían agarrado unos segundos de más a las cuerdas de amarre y la aeronave los había arrastrado hacia el cielo, balanceándose impotentes debajo de ella. Entonces se habían ido soltando y habían caído contra el suelo.

Harper esperó oír un golpe lejano, pero no se produjo. Entonces observó que el doctor repetía una y otra vez:

—Dejé atadas las dos unidades. Dejé atadas las dos unidades.

Todavía estaba demasiado impresionado para que aquella información le preocupase. Lo único que sentía era la admirable contrariedad del científico.

Ahora nunca sabría qué había estado merodeando alrededor de su tienda en las horas de soledad que precedieron a la aurora.

Uno de los helicópteros de socorro en la montaña, pilotado por un sikh escéptico, que todavía se preguntaba si todo aquello no era más que una broma pesada, descendió en el cañón muy avanzada la tarde. Cuando la máquina hubo aterrizado entre un remolino de nieve, el doctor Elwin agitó frenéticamente un brazo, apoyándose con el otro en un palo de la tienda.

Al reconocer al lisiado científico, el piloto del helicóptero experimentó una sensación de temor casi supersticioso. Resultaba que el informe debía ser verdad; no había otra manera en que Elwin hubiese podido llegar a este lugar. Y esto significaba que todo lo que volaba en y encima de los cielos de la Tierra era, desde este momento, tan anticuado como una carreta de bueyes.

—Gracias a Dios que nos ha encontrado —dijo el doctor, con sincera gratitud—. ¿Cómo ha podido venir hasta aquí con tanta rapidez?

—Puede dar gracias a las redes de localización por radar y a los telescopios de la estación meteorológica en órbita. Habíamos estado antes aquí, pero al principio pensamos que todo era un bromazo.

—No comprendo.

—¿Qué habría dicho usted, doctor, si alguien le hubiese contado que un leopardo de las nieves del Himalaya, completamente muerto y enredado en una maraña de correas y de cajas había sido visto manteniéndose en el aire a una altitud de treinta mil metros?

Dentro de la tienda, George Harper se echó a reír a pesar del dolor que esto le causaba. El doctor asomó la cabeza por la abertura de la lona y preguntó ansiosamente:

—¿Qué te pasa?

—Nada... Pero me estaba preguntando qué vamos a hacer para bajar a esa pobre bestia antes de que sea una amenaza para la navegación aérea.

—Bueno, alguien tendrá que elevarse con otro lewy y apretar los botones. Tal vez deberíamos tener un control de radio en todas las unidades...

La voz del doctor Elwin se extinguió a media frase. Estaba ya muy lejos, perdido en sueños que cambiarían la faz de muchos mundos.

Dentro de poco bajaría de las montañas, trayendo como un nuevo Moisés las leyes de una nueva civilización. Estas leyes devolverían a toda la humanidad la libertad que había perdido hacía tanto tiempo, cuando los primeros anfibios abandonaron su ingrávido hogar debajo de las olas.

La batalla de mil millones de años contra la fuerza de la gravedad había terminado.

EL PARÁSITO

Este es un feo cuento sobre una fea idea; pertenece a la misma categoría que «El otro tigre». Ambos los escribí a principios de los años cincuenta.

Confió en que ambos sean de fantasía, no de ciencia ficción. Pero ¿quién sabe qué poderes podrán tener nuestro remotos descendientes, o qué vicios podrán cultivar para pasar los espantosos mil millones de años antes del fin del tiempo?

—No puedes hacer nada —dijo Connolly—. Absolutamente nada. ¿Por qué tienes que seguirme? Estaba de pie, de espaldas a Pearson, contemplando el agua tranquila y azul que llevaba a Italia. A la izquierda, detrás de la flota de pesca anclada, el sol se estaba poniendo con un esplendor mediterráneo, pintando de rojo la tierra y el cielo. Pero ninguno de aquellos hombres se daba cuenta de la belleza que los rodeaba.

Pearson se levantó y salió del sombreado porche del pequeño café a la oblicua luz del sol. Se reunió con Connolly junto a la pared del acantilado, pero tuvo buen cuidado en no acercarse demasiado. Incluso en tiempos normales, a Connolly le disgustaba que le tocasen. Su obsesión, fuese lo que fuere, lo haría ahora doblemente sensible.

—Escucha, Roy —dijo Pearson en tono apremiante—. Hemos sido amigos desde hace veinte años, y deberías saber que esta vez no te dejaré en la estacada. Además...

—Ya lo sé. Lo prometiste a Ruth.

—¿Y por qué no había de hacerlo? A fin de cuentas, es tu esposa. Tiene derecho a saber lo que ha pasado. —Hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Está preocupada, Roy. Mucho más preocupada que si se tratase de otra mujer.

Estuvo a punto de añadir el término «otra vez», pero decidió no hacerlo.

Connolly aplastó el cigarrillo en la pared de granito; después arrojó el filtro blanco al mar, que cayó dando vueltas hacia las aguas a treinta metros por debajo de ellos. Se volvió de cara a su amigo.

—Lo siento, Jack —respondió, y por un momento reveló la personalidad familiar que, según sabía Pearson, debía estar atrapada en alguna parte, dentro del desconocido que estaba a su lado—. Sé que tratas de ayudarme, y te lo agradezco. Pero preferiría que no me hubieses seguido. Sólo empeorarás las cosas.

—Convénceme de esto, y me iré.

Connolly suspiró.

—No podría convencerte más que a aquel psiquiatra a quien me persuadiste de que fuese a ver. ¡Pobre Curtís! Era un hombre muy bienintencionado. Me gustaría que le presentaras mis disculpas.

—Yo no soy psiquiatra y no trato de curarte, si me permites la expresión. Si te gusta ser como eres, allá tú. Pero creo que deberías decirnos lo que ha pasado para que podamos hacer nuestros planes.

—¿Para que me digan que estoy loco?

Pearson se encogió de hombros. Se preguntó si Connolly podía ver, a través de su fingida indiferencia, la preocupación real que estaba tratando de ocultar. Ahora que todos los procedimientos parecían haber fracasado, la actitud de «francamente no me importa» era la única que podía adoptar.

—No estaba pensando en esto. Hay algunos detalles prácticos que resolver. ¿Quieres quedarte indefinidamente aquí? No puedes vivir sin dinero, ni siquiera en Syrene.

—Puedo alojarme en la villa de Clifford Rawnsley todo el tiempo que quiera. Ya sabes que era amigo de mi padre. Ahora la casa está vacía, a excepción de la servidumbre, y ésta no me preocupa.

Connolly se apartó del parapeto en el que se apoyaba.

—Voy a subir al monte antes de que anochezca —dijo.

El tono había sido brusco, pero Pearson sabía que no era de despedida. Podía seguirlo si quería, y esto le dio la primera satisfacción desde que había localizado a Connolly. Era un pequeño triunfo, pero lo necesitaba.

No hablaron durante la subida; lo cierto es que Pearson apenas si tenía aliento para hacerlo. Connolly caminaba a paso vivo, como si tratase deliberadamente de agotarse. La isla se hundía debajo de ellos; las villas blancas resplandecían como fantasmas en los valles umbríos; las pequeñas barcas de pesca, terminado el trabajo del día, descansaban en el puerto. Y el mar se estaba oscureciendo.

Cuando Pearson alcanzó a su amigo, Connolly estaba sentado delante del santuario que los devotos isleños habían construido en el punto más alto de Syrene. En pleno día, el lugar era frecuentado por los turistas, que se fotografiaban o contemplaban boquiabiertos la belleza de la que les habían hablado y que se extendía debajo de ellos; pero ahora estaba desierto.

Connolly respiraba fatigosamente debido al esfuerzo, pero sus facciones estaban relajadas y de momento parecía tranquilo. La sombra que había nublado su mente se había levantado, y se volvió a Pearson con una expresión que recordaba su antigua y contagiosa sonrisa.

—Él aborrece el ejercicio, Jack. Le espanta.

—¿Y quién es él? —dijo Pearson—. Recuerda que todavía no nos has presentado.

Connolly sonrió ante la muestra de humor de su amigo; después, su rostro se puso grave de repente.

—Dime, Jack —empezó diciendo—. ¿Crees que tengo una imaginación superdesarrollada?

—No; más o menos normal. Eres menos imaginativo que yo, desde luego.

Connolly asintió lentamente con la cabeza.

—Es verdad, Jack, y esto debería ayudarte a creer en mí, porque estoy seguro que nunca habría podido inventar la criatura que me obsesiona. Existe realmente. No sufro de alucinaciones paranoicas o como quiera llamarlo el doctor Curtís.

»¿Recuerdas a Maude White? Todo empezó con ella. La conocí en una de las fiestas de David Trescott, hace un mes y medio. Acababa de reñir con Ruth y estaba bastante harto. Los dos estábamos en una situación difícil y, al estar yo en la ciudad, ella vino al piso conmigo.

Pearson sonrió para sus adentros. ¡Pobre Roy! Era la misma historia de siempre, aunque nunca parecía darse cuenta. Cada aventura era diferente para él, pero no para los demás. Era el eterno Don Juan, siempre buscando y siempre decepcionado, porque lo que buscaba sólo podía encontrarse en la cuna o en la tumba, pero nunca entre las dos.

—Supongo que te reirás de lo que me impresionó tanto; parece muy trivial, pero sin embargo me asustó más que nada en la vida. Sencillamente, fui al mueble bar y preparé las bebidas, como había hecho infinidad de veces. Sólo cuando tendí un vaso a Maude me di cuenta de que había llenado tres. El incidente era tan natural que al principio no reconocí lo que significaba. Después miré como un loco alrededor de la estancia, para ver dónde estaba el otro hombre..., aunque sabía, de alguna manera, que no era un hombre. Desde luego, no estaba allí. No estaba en parte alguna del mundo exterior: estaba escondido en lo más profundo de mi propio cerebro...

La noche era muy silenciosa, sin más sonido que una suave cinta de música que subía en espiral hacia las estrellas desde algún café del pueblo, allá abajo. La luz de la luna naciente resplandecía sobre el mar; en lo alto, los brazos del crucifijo se perfilaban contra la oscuridad. Venus, brillante faro en la frontera del crepúsculo, seguía al sol hacia el oeste.

Pearson esperó, dejando que Connolly se tomase tiempo. Parecía lúcido y bastante razonable, por muy extraña que fuese la historia que contaba. Su cara estaba absolutamente tranquila a la luz de la luna, aunque podía ser la calma que viene después de la aceptación de la derrota.

—Después de aquello, lo primero que recuerdo es que estaba tumbado en la cama mientras Maude me limpiaba la cara con una esponja. Estaba muy asustada: yo me había desmayado y al caer me hice un corte profundo en la frente. Había mucha sangre por todas partes, pero esto no importaba. Lo que realmente me aterrorizaba era la idea de que me había vuelto loco. Parece curioso, ahora que me horroriza mucho más el estar cuerdo.

»Él estaba todavía allí cuando me desperté; y ha estado allí desde entonces. De alguna manera me libré de Maude (no fue fácil) y traté de averiguar lo que había sucedido. Dime, Jack, ¿crees en la telepatía?

La brusca pregunta pilló desprevenido a Pearson.

—Nunca he pensado mucho en ello, pero las pruebas parecen bastante convincentes. ¿Sugieres que otra persona está leyendo tu mente?

—No es tan sencillo. Lo que te estoy contando lo he descubierto poco a poco, generalmente cuando estaba soñando o me hallaba algo bebido. Puedes pensar que esto invalida la prueba, pero yo no lo creo. Al principio fue la única manera en que podía pasar por la barrera que me separa de Omega..., más tarde te diré por qué le llamo así. Pero ahora no hay ningún obstáculo: sé que él está siempre allí, esperando que yo baje la guardia. De día y de noche, borracho o sereno, soy consciente de su presencia. En ocasiones como ésta, permanece quieto, observándome por el rabillo del ojo. Mi única esperanza es que se canse de esperar y que se vaya en busca de otra víctima.

La voz de Connolly, tranquila hasta ahora, se le quebró de pronto.

—Imagínate el horror de aquel descubrimiento: el efecto de saber que cada acción, cada idea o cada deseo que pasa por tu mente está siendo observado y compartido por otro ser. Desde luego, esto significó para mí el fin de toda vida normal. Tuve que dejar a Ruth, sin poder darle una razón. Entonces, para empeorar las cosas, Maude empezó a perseguirme. No me dejaba en paz y me bombardeaba con cartas y llamadas telefónicas. Era un infierno. No podía luchar contra los dos, y por esto me escapé. Y pensé que precisamente en Syrene, él encontraría bastantes cosas de interés para que dejase de molestarme.

—Ahora comprendo —dijo Pearson, a media voz—. Es eso lo que busca. Una especie de voyeur telepático que ya no se contenta sólo con observar...

—Supongo que me estás tomando el pelo —replicó Connolly, sin resentimiento—. Pero no me importa, y además has resumido muy bien la situación, como sueles hacer siempre. Pasó bastante tiempo antes de que yo me diese cuenta de cuál era su juego. Una vez pasada la primera impresión, traté de analizar la cosa racionalmente. Pensé en lo

que había precedido al momento del primer reconocimiento, y al fin caí en la cuenta de que no había sido una súbita invasión de mi mente. Él había estado conmigo desde hacía años, tan escondido que no me había dado cuenta. Supongo que eso te hará reír, conociéndome como me conoces. Pero nunca había estado del todo tranquilo con una mujer, ni siquiera cuando hacía el amor, y ahora sé la razón. Omega estaba siempre allí, compartiendo mis emociones, refocilándose con unas pasiones que ya no puede experimentar en su cuerpo.

»La única manera de conservar algún control era contraatacando, tratando de llegar a las manos con él e intentando comprender lo que era. Y al fin lo conseguí. Está muy lejos y su poder debe tener algún límite. Tal vez el primer contacto fue accidental, aunque no estoy seguro de ello.

»Supongo que lo que te he contado hasta ahora, Jack, te resultará bastante difícil de creer, pero no es nada en comparación con lo que voy a decirte. En todo caso, recuerda que estuviste de acuerdo en que no soy un hombre imaginativo, así que a ver si puedes encontrar un fallo en el relato.

»No sé si has leído alguna vez que la telepatía es, de alguna manera, independiente del tiempo. Yo sé que lo es. Omega no pertenece a nuestra era: está en alguna parte del futuro a una distancia inconmensurable de nosotros. Durante un tiempo pensé que debía ser uno de los últimos hombres, y por esto le puse aquel nombre. Pero ahora no estoy seguro; tal vez pertenece a una era en la que hay innumerables razas humanas diferentes, esparcidas por todo el universo; algunas todavía en auge, y otras en plena decadencia. Su pueblo, dondequiera que esté, ha alcanzado las alturas y caído desde ellas a unas profundidades que nunca conocerán las bestias. Todo él respira maldad, Jack; la maldad substancial que la mayoría de nosotros no conoceremos jamás. Sin embargo, a veces casi me compadezco de él, porque sé qué le ha hecho como es.

»Jack, ¿te has preguntado alguna vez lo que hará la raza humana cuando la ciencia lo haya descubierto todo, cuando no haya más mundos por explorar, cuando todas las estrellas hayan revelado sus secretos?

Omega es una de las respuestas. Espero que no sea la única, porque si así fuese todos nuestros esfuerzos habrían sido en vano. Espero que él y su raza sean un cáncer aislado en un universo todavía sano; pero no puedo estar seguro.

»Han mimado sus cuerpos hasta hacerlos inútiles y han descubierto su error demasiado tarde. Tal vez pensaron, como algunos hombres, que podían vivii sólo con la inteligencia. Y quizá son inmortales, } ésta es su verdadera perdición. A lo largo del tiempo sus mentes han estado corroyendo sus débiles cuerpos, buscando algún alivio a

su tedio insoportable. "V al fin han encontrado la única manera de lograrlo: enviando sus mentes a una era anterior y más viril, y convirtiéndose en parásitos de las emociones d”otros.

»Me pregunto cuántos serán. Tal vez explican to dos los casos que solíamos llamar de posesión. ¡Come habrán saqueado el pasado para saciar su hambre ¿Te los imaginas volando como cuervos alrededor de Imperio Romano en decadencia, disputándose la: mentes de Nerón, Calígula y Tiberio? Tal vez Omega no consiguió hacerse con aquellos grandes premios O tal vez no tiene mucho entre lo que elegir y tiene que apoderarse de cualquier mente con la que pueda establecer contacto en cualquier tiempo, pasando d< ella a la siguiente a la primera oportunidad.

»Naturalmente, todo esto lo descubrí con mucha lentitud. Creo que él se regocija más al saber que percibo su presencia. Creo que me ayuda deliberada mente, rompiendo su propio lado de la barrera. Por que al fin pude verle.

Connolly se interrumpió. Pearson miró a su alrededor y vio que ya no estaban solos en la cima del monte. Una joven pareja, cogida de la mano, subía por la carretera en dirección al crucifijo. Ambos tenían la belleza física tan común entre los isleños. No reparaban en la noche que los envolvía ni en los espectadores, y pasaron junto a nosotros sin la menor señal de reconocimiento. Una sonrisa amarga se pintó en los labios de Connolly mientras los veía alejarse.

—Supongo que debería avergonzarme, pero pensaba que a lo mejor él me dejaba y se iba detrás de aquel muchacho. Pero no ha querido; aunque me niego a seguirle el juego, se queda para ver qué sucede.

—Ibas a decirme cómo es —dijo Pearson, contrariado por la interrupción.

Connolly encendió un cigarrillo y aspiró profundamente antes de responder.

—¿Puedes imaginarte una habitación sin paredes? El está en un espacio hueco, en forma de huevo, rodeado de una niebla azul que siempre parece estar girando y retorciéndose, pero nunca cambia de posición. No hay entrada ni salida, ni gravedad, a menos que haya aprendido a desafiarla. Porque él flota en el centro, y a su alrededor hay un círculo de cortos cilindros aflautados que giran lentamente en el aire. Creo que deben ser algún tipo de máquinas sometidas a su voluntad. Y una vez había un óvalo grande suspendido a su lado, con brazos humanos y muy bien formados. Sólo podía ser un robot; pero las manos y los dedos parecían vivos. Le palpaban y daban masajes, tratándole como a un niño pequeño. Era horrible...

»¿Has visto alguna vez lémures o társidos espectrales? Se les parece bastante: una pesadilla disfrazada de hombre, con grandes ojos malignos. Y lo más raro es que

contradice lo que pensábamos de la evolución: está cubierto de una fina capa de vello tan azul como la morada en que vive. Siempre que lo he visto estaba en la misma posición: encogido hacia arriba, como un niño durmiendo. Creo que sus piernas deben estar completamente atrofiadas, y tal vez también los brazos. Sólo su cerebro está todavía activo, buscando su presa a lo largo de los siglos.

»Y ahora ya sabes por qué ni tú ni nadie podéis hacer nada. Los psiquiatras podrían curarme si estuviese loco, pero la ciencia que pueda con Omega aún no ha sido inventada.

Connolly hizo una pausa y sonrió con ironía.

—Precisamente porque estoy cuerdo, sé que no me vas a creer. Así que no hay un terreno común en el que podamos encontrarnos.

Pearson se levantó de la piedra en que se hallaba sentado, con un ligero temblor. La noche se estaba enfriando, pero esto no era nada en comparación con el sentimiento de impotencia interior que se había apoderado de él mientras Connolly le hablaba.

—Te seré franco, Roy —dijo, hablando lentamente—. No te creo, desde luego. Pero si tú crees en Omega, es real para ti; y lo aceptaré sobre esta base y lucharé contigo contra él.

—Puede ser un juego peligroso. ¿Sabemos acaso lo que es capaz de hacer si se ve acorralado?

—Correré este riesgo —repuso Pearson, echando a andar cuesta abajo. Connolly lo siguió, sin discutir—. Y ahora dime, ¿qué piensas hacer tú?

—Relajarme. Evitar las emociones. Y sobre todo mantenerme lejos de las mujeres, de Ruth, de Maude, de todas ellas. Esto ha sido lo más difícil. No es fácil romper con los hábitos de toda una vida.

—Esto sí que lo creo —dijo Pearson, con cierta sequedad—. ¿Y has tenido éxito hasta ahora?

—Un éxito total. Mira, el propio afán de Omega va contra sus fines, infundiéndome una especie de repugnancia y de desprecio de mí mismo cuando pienso en el sexo. ¡Y pensar que me burlé de los mojigatos durante toda mi vida, y que ahora me he convertido en uno de ellos...!

Aquí está la respuesta, se dijo Pearson con súbita inspiración. Nunca lo habría creído, pero el pasado de Connolly al fin había podido con él. Omega no era más que un símbolo de la conciencia, una personificación de la culpa. Cuando Connolly se diese cuenta de esto, dejaría de obsesionarse. En cuanto a la naturaleza notablemente detallada de la alucinación, era otro ejemplo de los trucos de que es capaz la mente humana para

engañarse a sí misma. Tenía que haber alguna razón que explicara por qué la obsesión había tomado esta forma, pero esto no tenía tanta importancia.

Pearson se lo explicó a Connolly con cierta prolijidad mientras se acercaban al pueblo. El lo escuchaba con tanta paciencia que Pearson tuvo la desagradable impresión de que ahora Connolly le estaba tomando el pelo, pero continuó seriamente hasta el final. Cuando hubo terminado, Connolly lanzó una risa breve y nada divertida.

—Tu interpretación es tan lógica como la mía, pero ninguno podrá convencer al otro. Si tú tienes razón, con el tiempo podré volver a ser «normal». No puedo rebatir esta posibilidad; sencillamente, no creo en ella. Tú no puedes imaginarte lo real que es Omega para mí. Más real que tú; porque si cierro los ojos tú desapareces y en cambio él sigue estando presente. ¡Quisiera saber a qué está esperando! He dejado atrás mi antigua vida; él sabe que no volveré a ella mientras él esté aquí. Entonces, ¿qué va a ganar quedándose? —Se volvió a Pearson con ansiedad febril—. Esto es lo que realmente me espanta, Jack. Él debe saber cuál será mi futuro; toda mi vida debe ser como un libro que puede abrir donde le plazca. Por consiguiente, tengo que pasar por alguna experiencia que está deseando saborear. A veces..., a veces me pregunto si será mi muerte.

Se encontraban entre las casas de las afueras del pueblo, y delante de ellos empezaba la vida nocturna de Syrene. Y al no estar solos, se produjo un cambio sutil en la actitud de Connolly. En la cima del monte se había mostrado, ya que no en su manera normal, al menos amigable y dispuesto a hablar. Pero ahora, al ver a la multitud despreocupada y feliz, pareció encogerse dentro de sí mismo. Se quedó atrás mientras Pearson avanzaba, y al poco rato se negó a seguir adelante.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Pearson—. Supongo que vendrás al hotel y cenarás conmigo, ¿no?

Connolly sacudió la cabeza.

—No puedo —dijo—. Encontraría demasiada gente.

Era una observación asombrosa por parte de un hombre a quien siempre había encantado el gentío y las fiestas. Demostraba sobre todo lo mucho que había cambiado. Y antes de que Pearson hubiese pensado una respuesta adecuada, giró sobre sus talones y se metió en una calle lateral. Molesto y contrariado, Pearson empezó a seguirle, pero enseguida pensó que sería inútil.

Aquella noche mandó un largo telegrama a Ruth, tranquilizándola lo mejor que pudo. Después se sintió cansado y se metió en la cama.

Pero durante una hora no pudo dormir. Su cuerpo estaba agotado pero el cerebro seguía activo. Permaneció tumbado en la cama, observando el movimiento de un rayo de

luna en los dibujos de la pared, marcando el paso del tiempo tan inexorablemente como en la era lejana a la que se había asomado Connolly. Desde luego, esto era pura fantasía; pero a despecho de su voluntad, Pearson empezaba a aceptar a Omega como una amenaza real y viva. Y en cierto sentido Omega era real, tan real como otras abstracciones mentales: el ego y la mente subconsciente.

Pearson se preguntó si Connolly había hecho bien en volver a Syrene. En tiempos de crisis emocional (había habido otras, pero ninguna tan importante como ésta), la reacción de Connolly era siempre la misma. Volvía una vez más a la adorable isla donde sus encantadores e inútiles padres lo habían engendrado y donde había pasado su juventud. Pearson sabía muy bien que ahora estaba buscando la alegría que sólo había conocido durante un período de su vida, y que en vano había tratado de encontrar en brazos de Ruth y de las otras mujeres que no habían podido resistírsele.

Pearson no pretendía criticar a su desdichado amigo. Nunca juzgaba a nadie; se limitaba a observar con amable y vivo interés que no podía llamarse tolerancia, porque la tolerancia implicaba la relajación de normas que nunca había seguido.

Después de una noche inquieta, Pearson se sumió al fin en un sueño tan profundo que se despertó una hora más tarde que de costumbre. Desayunó en su cuarto y bajó después a recepción, para ver si había respuesta de Ruth. Alguien había llegado por la noche: había dos maletas, evidentemente inglesas, en un rincón del vestíbulo, esperando a que el mozo cargase con ellas. Pearson miró las etiquetas, por simple curiosidad, para ver quién podía ser su compatriota. Entonces se puso rígido, miró rápidamente a su alrededor y se dirigió a toda prisa al recepcionista.

—Esa dama inglesa —dijo ansiosamente—, ¿cuándo ha llegado?

—Hace una hora, signar, en el barco de la mañana.

—¿Está aquí?

El recepcionista pareció un poco indeciso, pero capituló amablemente.

—No, signar. Tenía mucha prisa y me pregunte dónde podía encontrar al señor Connolly. Se lo dije, Supongo que hice bien.

Pearson maldijo para sus adentros. Era un golpe increíble de mala suerte, algo contra lo que nunca habría soñado protegerse. Maude White era una mujer todavía más resuelta de lo que había insinuado Connolly. Había conseguido averiguar dónde había huido él, y el orgullo o el deseo, o ambas cosas, la habían impulsado a seguirlo. No era de extrañar que hubiese venido a este hotel pues era una elección casi inevitable para los ingleses que visitaban Syrene.

Mientras subía por la carretera hacia la villa, Pear-son luchó contra un creciente sentimiento de inutilidad. No tenía la menor idea de lo que haría cuando se encontrase con Connolly y Maude. Sólo sentía un vago pero apremiante impulso de ayudar. Si podía alcanzar a Maude antes de que llegase a la villa, tal vez podría convencerla de que Connolly estaba enfermo y de que su intervención sólo podía serle perjudicial. Sin embargo, ¿era esto verdad? Era muy posible que ya hubiese tenido lugar una conmovedora reconciliación y que ninguno de los dos tuviese el menor deseo de verle.

Cuando Pearson cruzó la verja y se detuvo para recobrar aliento, estaban conversando en el bien cuidado jardín de la villa. Connolly estaba sentado en una silla de hierro forjado, a la sombra de una palmera, mientras Maude paseaba arriba y abajo a pocos metros de distancia. Hablaba rápidamente; Pearson no podía distinguir sus palabras, pero era evidente por su tono de voz que estaba suplicando a Connolly. Era una situación embarazosa. Mientras Pearson todavía estaba preguntándose si debía seguir adelante, Connolly levantó la mirada y lo descubrió. Su cara era una máscara completamente inexpresiva; no mostraba satisfacción ni resentimiento.

Maude giró en redondo para ver quién era el intruso, y Pearson pudo ver su cara por primera vez. Era una mujer hermosa, pero la desesperación y la cólera había deformado sus facciones hasta convertirla en personaje de tragedia griega. Sufría no sólo la amargura de verse desdeñada sino también la angustia de no saber por qué.

La llegada de Pearson debió de actuar como un fulminante de sus emociones reprimidas. De pronto le volvió la espalda y se enfrentó a Connolly, que seguía observándola con ojos apagados. De momento, Pearson no pudo ver lo que estaba haciendo; después, gritó horrorizado:

—¡Cuidado, Roy!

Connolly se movió con sorprendente rapidez, como si de pronto hubiese salido de un trance. Agarró la muñeca de Maude, y tras un breve forcejeo se apartó de ella, mirando con asombro algo que llevaba en la mano. La mujer permaneció inmóvil, paralizada por el miedo y la vergüenza, apretándose los labios con los nudillos de los dedos.

Connolly sujetó con fuerza la pistola con la mano derecha y la acarició amorosamente con la izquierda. Maude lanzó un gemido ahogado.

—¡Sólo quería asustarte, Roy! ¡Te lo juro!

—Esta bien, querida —la tranquilizó suavemente Connolly—. Te creo. No te preocupes.

Su voz era perfectamente natural. Se volvió hacia Pearson y le dirigió una de sus viejas sonrisas infantiles.

—Así que esto es lo que él estaba esperando, Jack —dijo—. No voy a defraudarle.

—¡No! —gritó Pearson, pálido de terror—. ¡Detente, Roy, por el amor de Dios!

Pero Connolly hizo caso omiso de la súplica de su amigo y volvió la pistola contra su cabeza. En aquel momento, Pearson supo al fin, con terrible claridad, que Omega era real y que ya estaría buscando un nuevo ser en el que alojarse.

No vio el fogonazo de la pistola ni oyó la débil pero clara detonación. El mundo que conocía se había borrado de su vista, y ahora lo rodeaban las sombras fijas pero espeluznantes de la habitación azul. Mirando desde su centro (como habrían mirado a tantos otros a lo largo de milenios) había dos ojos grandes y sin párpados. De momento estaban saciados..., pero sólo de momento.

LOS PRÓXIMOS INQUILINOS

Escribí esta narración en 1954 como parte de la serie proyectada para completar Los cuentos de la taberna del Ciervo Blanco. Yo vivía entonces en Coral Gables, Miami, y había visto la primera prueba de la bomba H por televisión. No cabe duda de que era un buen tema de inspiración para el relato...

También recuerdo que la primera obra de ciencia ficción que intenté, Retirada de la Tierra (Amateur Science Fiction Stories, marzo, 1938; reeditada en The Best of Arthur C. Clarke: 1937-1955, Sphere Books, 1976), se refería a las termitas:

...Y en los largos siglos anteriores al nacimiento del hombre, los alienígenas no habían estado ociosos sino que habían cubierto la mitad del planeta con sus ciudades, llenándolas de ciegos y fantásticos esclavos, y aunque el hombre conocía estas ciudades porque a menudo le habían causado infinitas molestias, nunca sospechó que a su alrededor, en los trópicos, se preparase una antigua civilización para el día en que se aventuraría de nuevo en los mares del espacio para recobrar su herencia perdida...

Y retrocediendo aún más en este esfuerzo de medio siglo, sospecho que mi interés por estas sorprendentes criaturas lo despertó The Raid on the Termites, de Paul Ernst, en Astounding Stories (junio, 1932). Para más ilustración sobre esto, véase el capítulo 11, «Beyond the Vanishing Point», en Astounding Days: A Science Fictional Autobiography.

Se ha exagerado enormemente la cantidad de científicos locos que desean conquistar el mundo —dijo Harry Purvis, mirando reflexivamente su cerveza—. En realidad sólo recuerdo haber conocido a uno.

—Entonces no debían de ser muchos —comentó Bill Temple con cierta acritud—. Esas cosas no se olvidan fácilmente.

—Supongo que no —repuso Harry con aquel aire de inocencia tan desconcertante para sus críticos—. Y de hecho, aquel científico no estaba realmente loco. Pero sin duda estaba dispuesto a conquistar el mundo. O para ser más preciso, a permitir que el mundo fuese conquistado.

—¿Y por quién? —preguntó George Whitley—. ¿Por los marcianos o por los conocidos hombrecitos verdes de Venus?

—Por ninguno de ellos. Estaba colaborando con alguien de mucho más cerca de casa. Comprenderéis lo que esto significa cuando os diga que era un mirmecólogo.

—¿Un qué? —preguntó George.

—Déjele continuar con su relato —lo amonestó Drew, desde el otro lado del mostrador—. Son más de las diez, y si esta semana no están todos fuera a la hora de cerrar, me cerrarán el local.

—Gracias —dijo Harry, con dignidad, tendiéndole su vaso para que lo llenase de nuevo—. Todo esto ocurrió hace casi dos años, cuando estaba en una misión en el Pacífico. Fue un asunto muy secreto, pero en vista de lo que ha ocurrido desde entonces no hay ningún mal en hablar de ello. Tres científicos fuimos llevados a cierto atolón del Pacífico, a menos de mil seiscientos kilómetros de Bikini, y se nos dio una semana para montar un equipo de detección. Desde luego, estaba destinado a no perder de vista a nuestros buenos amigos y aliados cuando empezaron a jugar con las reacciones termonucleares; de hecho, a recoger algunas migajas de la mesa de la Comisión de Energía Atómica. Los rusos estaban haciendo lo mismo, naturalmente, y en ocasiones nos tropezábamos los unos con los otros y ambos bandos pretendíamos que estábamos allí por nuestra cuenta.

»Se pensaba que aquel atolón estaba deshabitado, pero esto era un gran error. En realidad tenía una población de varios cientos de millones. —¿Qué? —exclamaron todos. —Varios cientos de millones —repitió tranquilamente Purvis—, de los cuales sólo un individuo era humano. Lo conocí un día que fui tierra adentro para echar un vistazo al panorama.

—¿Tierra adentro? —preguntó George Whitley—. Creí que habías dicho que era un atolón. ¿Cómo puede un anillo de coral...?

—Era un atolón muy grande —dijo Harry con firmeza—. Y además, ¿quién está contando esto?

Esperó un momento, con aire desafiante, para recobrar el hilo del relato.

—Caminaba por la orilla de un delicioso riachuelo, a la sombra de los cocoteros, cuando me sorprendió ver una rueda hidráulica, que parecía muy moderna y que accionaba una dinamo. Si hubiese sido más sensato, habría tenido que dar media vuelta e informar a mis compañeros; pero no pude resistir la curiosidad y decidí hacer un reconocimiento por mi cuenta. Recordé que todavía se pensaba que por aquellos lugares había tropas japonesas que no sabían que la guerra había terminado; pero esta explicación parecía bastante improbable.

»Seguí el cable eléctrico hasta lo alto de una cuesta y vi que al otro lado había un edificio bajo y enjalbegado, levantado en un gran claro. En todo el claro había altos e irregulares montículos de tierra, unidos entre sí por una red de alambres. Era una de las cosas más desconcertantes que jamás había visto, y me quedé allí durante diez minutos, mirante y tratando de descubrir lo que pasaba. Pero cuanto más miraba, menos sentido le encontraba a todo aquello.

»Estaba pensando en lo que tenía que hacer, cuando un hombre alto y de cabellos blancos salió del edificio y se acercó a uno de los montículos. Llevaba una especie de aparato y unos auriculares colgados del cuello, por lo que imaginé que estaba utilizando un contador Geiger. Sólo entonces me di cuenta de lo que eran aquellos altos montículos. Eran termiteros..., unos rascacielos, en relación con sus constructores, mucho más altos que el Empire State Building, y en los que viven las llamadas hormigas blancas.

»Observé con el mayor interés, aunque totalmente desconcertado, cómo el viejo científico insertaba su aparato en la base del termitero, escuchaba atentamente durante un instante y volvía después al edificio. Pero esta vez era tanta mi curiosidad que decidí revelar mi presencia. Fuera lo que fuese lo que allí se estaba investigando, estaba claro que nada tenía que ver con la política internacional; yo era por tanto el único que tenía algo que ocultar. Veréis más adelante lo equivocado que estaba.

»Grité para llamar la atención y descendí la cuesta agitando los brazos. El desconocido se detuvo y me miró: no parecía particularmente sorprendido. Al acercarme, observé que tenía un bigote descuidado que le daba un aspecto ligeramente oriental. Tendría unos sesenta años y caminaba muy erguido. Aunque sólo llevaba unos pantalones cortos, parecía tan digno que me sentí bastante avergonzado de mi ruidosa aparición.

»—Buenos días —saludé en tono de disculpa—. No sabía que hubiese alguien en esta isla. Yo formo parte de un... equipo científico que trabaja en el otro lado.

»Al oír esto, al desconocido se le iluminaron los ojos.

»—¡Ah, un compañero científico! —dijo en un inglés casi perfecto—. Encantado de conocerle. Entremos en la casa.

»Lo seguí de buen grado pues tenía bastante calor después de mi caminata, y vi que el edificio no era más que un gran laboratorio. En un rincón había una cama y un par de sillas, así como un hornillo y uno de esos lavabos plegables que utilizan los que hacen camping. Parecían los únicos objetos que empleaba en su vida cotidiana. Pero todo estaba limpio y aseado: mi desconocido amigo parecía un recluso, pero creía en las apariencias.

»Me presenté y, como había esperado, él hizo lo propio. Era un tal profesor Takato, biólogo de una importante universidad japonesa. No parecía japonés, salvo por el bigote que he mencionado. Con su actitud digna y erguida me recordaba a un viejo coronel de Kentucky a quien había conocido tiempo atrás.

»Después de ofrecerme un vino raro pero refrescante, nos sentamos y estuvimos conversando durante un par de horas. Como la mayoría de los científicos, parecía encantado de estar con alguien que podría apreciar su trabajo. Realmente me interesan más la física y química que la biología, pero la investigación del profesor Takato me pareció fascinante.

»Como supongo que no sabéis mucho de termitas, os recordaré las principales características. Son unos de los insectos sociales más evolucionados y viven en numerosísimas colonias en los trópicos. No pueden soportar el tiempo frío y, aunque parezca extraño, tampoco la luz directa del sol. Cuando tienen que ir de un lugar a otro, construyen pequeños caminos cubiertos. Parecen tener algún desconocido y casi instantáneo medio de comunicación y, aunque la termita individual es bastante inútil y torpe, toda la colonia se comporta como un animal inteligente. Algunos escritores han hecho comparaciones entre el termitero y el cuerpo humano, que también está compuesto de células vivas individuales que forman una entidad muy superior a las unidades básicas. A las termitas se las llama con frecuencia "hormigas blancas” pero esto es absolutamente incorrecto ya que no son hormigas sino una especie de insecto muy diferente. ¿O debería decir "género"? No entiendo mucho de estas cosas...

»Disculpad esta pequeña conferencia, pero cuando hube escuchado a Takato durante un rato empecé a entusiasmarme realmente con las termitas. ¿Sabíais por ejemplo que

no sólo cultivan huertos sino que tienen también vacas (insectos vacas, naturalmente) y que las ordeñan? Son unos diablillos muy refinados, aunque lo hagan todo por instinto.

»Pero será mejor que os diga algo sobre el profesor. Aunque estaba solo en aquel momento y llevaba varios años viviendo en la isla, tenía varios ayudantes que le traían equipo desde el Japón y lo ayudaban en su trabajo. Su primera gran hazaña fue hacer con las termitas lo que Von Frische había hecho con las abejas: aprender su lenguaje. Era mucho más complicado que el sistema de comunicación que emplean las abejas y que, como probablemente sabéis, se funda en el baile. Comprendí que la red de alambres que enlazaban los termiteros con el laboratorio, no sólo permitía al profesor Takato escuchar a las termitas cuando hablaban entre ellas sino también comunicarse con ellas. Esto no es tan fantástico como parece, si se emplea la palabra "hablar" en su sentido más amplio. Nosotros hablamos a muchos animales, no siempre con la voz sino por otros medios. Cuando se arroja un palo a un perro, esperando que corra a buscarlo, es una manera de hablar, un lenguaje por signos. Deduje que el profesor había inventado alguna clase de lenguaje en clave que las termitas comprendían, aunque no supe hasta qué punto era eficaz para comunicar ideas.

»Volví allí cada día, siempre que tenía un rato libre, y al cabo de una semana nos habíamos hecho buenos amigos. Tal vez os sorprenderá saber que oculté estas visitas a mis colegas, pero la isla era muy grande y cada cual tenía mucho que explorar. Yo tenía la impresión de que el profesor Takato me pertenecía, y no quería exponerlo a la curiosidad de mis compañeros. Éstos eran unos personajes bastante toscos, graduados en alguna universidad provinciana como Oxford y Cambridge.

»Me satisface decir que pude prestar cierta ayuda al profesor, reparando su radio y ajustando algunos de sus aparatos electrónicos. Él empleaba trazadores radiactivos para seguir a termitas individuales. En realidad, estaba siguiendo a una de ellas con un contador Geiger cuando le vi por primera vez.

»Cuatro o cinco días después de conocernos, sus contadores empezaron a volverse locos, y el equipo que habíamos montado, comenzó a vacilar en sus grabaciones. Takato adivinó lo que había sucedido; nunca me había preguntado exactamente qué estaba yo haciendo en las islas, pero creo que lo sabía. Cuando lo saludé, puso en marcha sus contadores y me hizo escuchar el zumbido de las radiaciones. Se había producido alguna fuga radiactiva, no peligrosa, pero suficiente para armar aquel alboroto.

»—Creo —dijo suavemente— que sus físicos se están divirtiendo de nuevo con sus juguetes; y esta vez son muy grandes.

»—Temo que tiene usted razón —respondí. No estaríamos seguros hasta que las señales hubiesen sido analizadas, pero parecía que Teller y su equipo habían iniciado la reacción del hidrógeno—. Muy pronto conseguiremos que las primeras bombas atómicas parezcan petardos mojados.

»—Mi familia —dijo el profesor Takato, sin emoción—, estaba en Nagasaki.

»Poca cosa podía decir yo a esto, y me alegré cuando él prosiguió:

»—¿Se ha preguntado alguna vez quién se encargará de esto cuando hayamos terminado?

»—¿De sus termitas? —dije medio en broma.

»Pareció vacilar un momento. Después continuó a media voz:

»—Venga conmigo: todavía no se lo he mostrado todo.

»Fuimos a un rincón del laboratorio donde había algo cubierto con un paño para resguardarlo del polvo, y el profesor descubrió un curioso aparato. A primera vista parecía uno de esos manipuladores que se emplean para manejar a distancia materiales radiactivos peligrosos. Tenía unas manijas que producían movimientos por medio de varillas y palancas, pero todo parecía centrarse en una cajita de pocos centímetros de lado.

»—¿Qué es? —le pregunté.

»—Un micromanipulador. Los franceses lo inventaron para trabajos biológicos. Todavía no hay muchos en el mundo.

»Entonces lo recordé. Eran unos aparatos con los cuales, mediante un adecuado sistema de reducción, se podían realizar operaciones increíblemente delicadas. Se movía el dedo un centímetro, y el instrumento que se estaba manejando se movía una milésima de centímetro. Los científicos franceses que habían inventado esta técnica habían confeccionado pequeñas fraguas en las que podían fabricar pinzas y escalpelos diminutos a base de vidrio fundido. Trabajando sólo con microscopios, habían podido disecar células individuales. Extirpar el apéndice a una termita (en el caso muy improbable de que el insecto lo posea) sería un juego de niños con este instrumento.

»—Yo no soy muy hábil en el uso del manipulador —confesó Takato—. Uno de mis ayudantes hace todo el trabajo con él. No he mostrado esto a nadie más, pero usted me ha ayudado mucho. Acompáñeme, por favor.

»Salimos al aire libre y cruzamos las avenidas de altos montículos, duros como si fuesen de cemento. No todos tenían el mismo estilo arquitectónico, pues hay muchas clases diferentes de termitas: algunas ni siquiera construyen montículos. Me sentí como

un gigante que caminase por Manhattan, pues eran verdaderos rascacielos, cada uno con sus propios y numerosos habitantes.

»Había una pequeña choza de metal (no de madera, porque las termitas habrían dado pronto cuenta de ella) junto a uno de los montículos, y al entrar nosotros en ella quedó atrás la luz del sol. El profesor pulsó un interruptor y un débil y rojo resplandor me permitió ver varios tipos de instrumentos ópticos.

»—Odian la luz —dijo—; así que observarlas es un gran problema. Nosotros lo hemos solucionado empleando infrarrojos. Esto es un convertidor de imágenes del tipo que se empleó en la guerra para operaciones nocturnas. ¿Sabe algo sobre ellos?

»—Desde luego —contesté—. Los tiradores emboscados los fijaban en sus fusiles para poder disparar con precisión en la oscuridad. Unos aparatos muy ingeniosos; me alegro de que hayan encontrado la manera de utilizarlos para fines pacíficos.

»Pasó bastante rato antes de que el profesor Takato encontrase lo que quería. Parecía estar moviendo alguna clase de periscopio, atisbando en los pasillos de la ciudad de las termitas. Después dijo:”

—¡Dese prisa, antes de que se vayan!”Me acerqué y adopté su posición. Tardé un segundo o dos a enfocar debidamente la mirada, y un poco más en comprender la escena que estaba viendo. Seis termitas, muy ampliadas de tamaño, se movían rápidamente en mi campo visual. Viajaban en grupo como si fueran perros esquimales; y la analogía era muy buena, dado que arrastraban un trineo...

»Tan asombrado estaba que ni siquiera advertí la clase de carga que transportaban. Cuando se hubieron perdido de vista, me volví al profesor Takato. Mis ojos se habían acostumbrado ya al débil resplandor rojo y pude verlo claramente.

»—Así que eso es lo que ha construido con su micromanipulador —le dije—. Es asombroso; nunca me lo hubiera podido imaginar.

»—Pero esto no es nada —replicó el profesor—. Hay pulgas amaestradas que tiran de una carreta. Todavía no le he dicho lo más importante. Nosotros sólo construimos unos pocos trineos de ésos. El que acaba de ver lo construyeron ellas.

»Esperó a que asimilase lo que acababa de decirme; tardé algún tiempo. Entonces prosiguió a media voz, pero con un entusiasmo controlado:

»—Recuerde que las termitas, como individuos, carecen virtualmente de inteligencia. Pero la colonia en su conjunto es una clase muy elevada de organismo, e inmortal, salvo accidentes. Se quedó paralizada en su actual condición instintiva millones de años antes de que naciese el hombre, y nunca podría escapar por sí sola de su actual perfección estéril. Ha llegado a un punto muerto, porque no tiene herramientas ni manera eficaz de

controlar la naturaleza. Yo le he dado la palanca, para aumentar su fuerza, y ahora el trineo, para aumentar su eficacia. He pensado en la rueda, pero esto será mejor dejarlo para una fase posterior; ahora no sería muy útil. Los resultados han superado mis esperanzas. Empecé con este termitero, pero ahora todas tienen los mismos instrumentos. Se han enseñado unas a otras, y esto demuestra que saben colaborar. Cierto que tienen guerras, pero no cuando hay comida suficiente para todas, como aquí.

»"Pero no se puede juzgar el termitero por un patrón humano. Lo que yo quiero hacer es dar un impulso a su rígida cultura estancada; sacarla de la rutina por la que se ha regido durante millones de años. Le daré más herramientas y técnicas nuevas; espero ver, antes de morir, que el propio termitero empieza a hacer inventos...

»—¿Y por qué hace usted esto? —le pregunté, pues sabía que había en ello algo más que una mera curiosidad científica.

»—Porque no creo que el hombre sobreviva, pero espero que se conserven algunas de las cosas que ha descubierto. Si ha de encontrarse en un callejón sin salida, creo que hay que echarle una mano a otra raza. ¿Sabe por qué elegí esta isla? Para que mi experimento permaneciese aislado. Si mi supertermita llega a evolucionar, tendrá que permanecer aquí hasta que haya alcanzado un alto grado de conocimiento. En realidad, hasta que pueda cruzar el Pacífico...

»"Hay otra posibilidad. El hombre no tiene rival en este planeta. Creo que le conviene tener uno. Podría ser su salvación.

»No supe qué decirle: los sueños del profesor eran desconcertantes..., y sin embargo, en vista de lo que acababa de observar, muy convincentes. Sabía que el profesor Takato no estaba loco. Era un visionario, y su aspecto revelaba una sublime indiferencia, pero se fundaba en una base segura de la realización científica.

»Y no es que fuese hostil a la humanidad, sino que se compadecía de ella. Creía simplemente que la humanidad había quemado su último cartucho, y deseaba salvar algo de la catástrofe. No podía censurarle.

»Debimos estar mucho tiempo en aquella choza, explorando posibles futuros. Recuerdo que le sugerí que quizá podría haber cierta comprensión mutua, ya que dos culturas tan diferentes como las del hombre y la termita no debían tener motivos de conflicto.

»Pero en realidad no me lo creía, y si se producía un conflicto, no estaba seguro de quién triunfaría, porque ¿de qué servirían las armas del hombre contra un enemigo inteligente que podía destrozar todos loí trigales y los arrozales del mundo?

»Cuando salimos de nuevo al aire libre, era casi de noche. Fue entonces cuando el profesor me hizo su última revelación.

»—Dentro de unas semanas —dijo—, daré el paso más importante.

»—¿Y cuál va a ser? —le pregunté.

»—¿No lo adivina? Les daré el fuego.

»Sus palabras me causaron un gran impacto. Sentí un escalofrío ajeno a la noche que se acercaba. La espléndida puesta de sol más allá de las palmeras parecía simbólica... y de pronto me percaté de que el simbolismo era más profundo de lo que había creído.

»Era una de las puestas de sol más hermosas que jamás había visto, y en parte era obra del hombre. Allá arriba, en la estratosfera, el polvo de una isla que había muerto ese día envolvía la Tierra. Mi raza había hecho un gran avance; pero ¿tenía eso alguna importancia ahora?

»"Les daré el fuego". Nunca había dudado que el profesor triunfaría, y cuando esto ocurriera, las fuerzas que mi propia raza acababa de desencadenar no la salvarían...

»La nave volante vino a recogernos al día siguiente y no volví a ver a Takato. Todavía está allí, y creo que es el hombre más importante del mundo. Mientras nuestros políticos se pelean, está haciendo que parezcamos obsoletos.

»¿Creéis que alguien debería detenerlo? Tal vez aún se estaría a tiempo. Con frecuencia he pensado en ello, pero nunca he encontrado una razón lo bastante convincente. Un par de veces estuve a punto de decidirme; pero cogí un periódico y leí los titulares.

»Creo que deberíamos darles una oportunidad. No creo que puedan hacer un trabajo peor que el que hemos hecho nosotros.

SATURNO NACIENTE

Este cuento me trae vividos recuerdos de la primera vez que vi los anillos de Saturno cuando fui evacuado, con mis colegas del Departamento de Finanzas y Cuentas de Su Majestad, a Colwyn Bay, en el norte de Gales, durante los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial.

Yo había comprado un anticuado telescopio de poco más de dos centímetros de abertura a un cadete naval de un centro local de instrucción, que probablemente andaba escaso de dinero (y no es que yo anduviese sobrado con mi salario del Servicio Civil, de unas cinco libras a la semana). El instrumento, bastante estropeado, consistía en un tubo de laton que se deslizaba dentro de otro. Extraje el tubo interior (que contenía las lentes y el ocular) y lo sustituí por una lente de foco corto, aumentando considerablemente con ello el poder de ampliación. A través de este tosco aparato contemplé por primera vez Saturno y sus anillos, y, como cualquier observador desde Galileo, me quedé extasiado ante uno de los espectáculos más sobrecogedores del cielo. Poco me imaginaba yo, cuando escribí este cuento en 1960, que dentro de dos decenios, las misiones del Voyager, coronadas por éxitos fantásticos, revelarían que los anillos de Saturno eran más complicados y hermosos de lo que nadie había soñado jamás. El cuento ha quedado anticuado debido a los descubrimientos científicos de las tres últimas décadas. Ahora sabemos, por ejemplo, que Titán no tiene una atmósfera compuesta principalmente de metano sino de nitrógeno. (Y a eso se refiere la tesis principal de mi novela Regreso a Titán, que se sitúa también en Titán. Bueno, no se puede acertar siempre: ahora la historia se desarrolla en un universo ligeramente paralelo; véase mi nota a El Muro de Oscuridad.) Hay otro error que hubiese debido corregir entonces. Aunque se pudiese observar Saturno desde la superficie de Titán (cosa que probablemente impediría la neblina de la atmósfera), nunca se lo vería «nacer». Casi con toda seguridad, Titán, como nuestra Luna, tiene su rotación frenada de tal manera que siempre tiene la misma cara vuelta hacia el planeta. Por consiguiente, Saturno permanece fijo en el cielo de Titán, como la Tierra en el de la Luna.

Pero esto no es problema: construiremos nuestro hotel en órbita, que, en todo caso, es una idea mucho mejor. Desde Titán, los anillos aparecerán siempre de lado, de manera que se verán simplemente como una estrecha franja luminosa. Sólo observándolos desde una órbita inclinada se podrían apreciar en todo su esplendor.

Además, sospecho que las condiciones de la superficie de Titán harían que la Antártida pareciese Hawai.

Esto es absolutamente cierto. Conocí a Morris Perlman cuando yo tenía unos veintiocho años. Conocí a muchísima gente en aquellos días, desde presidentes hacia abajo. Cuando regresamos de Saturno, todo el mundo quería vernos, y la mitad de la tripulación empezó a viajar para dar conferencias. A mí siempre me ha gustado hablar (no

digan que no se han dado cuenta), pero algunos de mis colegas afirmaban que preferían ir a Plutón que enfrentarse otra vez con el público. Y algunos lo hicieron.

Yo recorrí el Medio Oeste, y la primera vez que me tropecé con el señor Perlman (nadie le llamaba de otra manera, y desde luego, nunca «Morris») fue en Chicago. La agencia siempre me reservaba habitaciones en buenos hoteles, aunque no demasiado lujosos. Esto me convenía; me gustaba alojarme en sitios donde pudiese ir y venir a mi antojo, sin estar sometido a un tropel de criados con librea, y donde pudiese vestir de cualquier manera, dentro de lo razonable, sin sentirme como un vagabundo. Veo que se sonríen ustedes; bueno, yo era entonces, un muchacho, y las cosas han cambiado mucho.

Hace muchos años de aquello, pero supongo que estuve pronunciando conferencias en la Universidad. Sea como fuere, recuerdo que me sentí contrariado porque no pudieron mostrarme el lugar donde Fermi había creado el primer reactor nuclear; me dijeron que el edificio había sido demolido hacía cuarenta años, y sólo había una placa conmemorativa en aquel sitio. La estuve contemplando durante un rato, pensando en todo lo que había sucedido desde aquellos lejanos días de 1942. Entre otras cosas, yo había nacido, y la energía atómica me había llevado a Saturno en viaje de ida y vuelta. Esto era probablemente algo en lo que no habían pensado Fermi y compañía cuando construyeron su primitivo enrejado de uranio y grafito.

Estaba desayunando en la cafetería cuando un hombre de edad mediana y complexión ligera se sentó al otro lado de la mesa. Me dio cortésmente los buenos días, y después hizo un ademán de sorpresa al reconocerme. (Era un encuentro premeditado, desde luego, pero yo entonces no lo sabía.)

—¡Es un placer! —exclamó—. Anoche asistí a su conferencia. ¡Qué envidia me dio!

Le dirigí una sonrisa un poco forzada; nunca soy muy sociable a la hora del desayuno, y había aprendido a ponerme en guardia contra los chiflados, los latosos y los entusiastas que parecían considerarme como su legítima presa. Pero el señor Perlman no era un latoso, aunque sí un entusiasta y supongo que lo podría considerar chiflado.

Tenía el aspecto de un próspero hombre de negocios, e imaginé que se alojaba en el mismo hotel. El hecho de que hubiese asistido a mi conferencia no era de extrañar; había sido muy popular, abierta al público y, naturalmente, muy anunciada en la prensa y en la radio.

—Desde que era pequeño —dijo mi autoinvitado compañero— me ha fascinado Saturno. Sé exactamente cuándo y cómo empezó todo. Debía de tener unos diez años

cuando descubrí aquellas maravillosas pinturas de Chesley Bonestell que muestran cómo debería verse el planeta desde sus nueve lunas. Supongo que usted las habrá visto, ¿no?

—Desde luego —le respondí—. Aunque tienen casi medio siglo, nadie las ha superado todavía. Teníamos un par a bordo del Endeavour, clavadas en la mesa de gráficos. Yo las miraba con frecuencia, para compararlas con la realidad.

—Entonces ya sabe lo que sentía yo en los años cincuenta. Solía pasar horas enteras tratando de captar el hecho de que ese cuerpo increíble, con los anillos de plata girando a su alrededor, no era el sueño de un artista sino que existía en realidad, y que era un mundo diez veces mayor que la Tierra.

»En aquella época no me imaginaba que podría ver esta cosa maravillosa con mis ojos; daba por supuesto que sólo los astrónomos, con sus gigantescos telescopios, podían disfrutar de esas vistas. Pero entonces, cuando tenía unos quince años, hice otro descubrimiento tan emocionante que apenas podía creerlo.

—¿Qué descubrimiento fue ése? le pregunté.

Ya me había resignado a compartir con él el desayuno; parecía un personaje inofensivo, y su evidente entusiasmo me resultaba muy atractivo.

—Descubrí que cualquier tonto podía hacer un telescopio de gran alcance en la cocina de su casa, con unos pocos dólares y un par de semanas de trabajo. Fue una revelación; como miles de muchachos, pedí prestado un ejemplar de Amateur Telescope Making, de Ingalls, en la biblioteca pública, y puse manos a la obra. Dígame, ¿ha construido usted algún telescopio?

—No; yo soy ingeniero, no astrónomo. No sabría cómo empezar.

—Es increíblemente sencillo, si se siguen las instrucciones. Se empieza con dos discos de cristal, de un grueso aproximado de un par de centímetros. Yo los conseguí por cincuenta centavos en una tienda de artículos navales; eran cristales de portillas que no servían porque estaban descantillados. Entonces se pega el disco a una superficie plana y firme: yo utilicé un viejo tonel puesto boca abajo.

»Después hay que comprar polvos de esmeril de varios gruesos y empezar por el más toco hasta acabar con el más fino. Se pone un pellizco del polvo más grueso entre los dos discos, y se empieza a frotar el superior arriba y abajo con suavidad. Mientras tanto, se pasa lentamente alrededor del disco.

»¿Y qué ocurre? El disco superior se ahueca por la acción cortante del polvo de esmeril y, al pasar uno a su alrededor, adquiere la forma de una superficie cóncava y esférica. De vez en cuando hay que cambiar a un polvo más fino y hacer algunas sencillas pruebas ópticas para comprobar que la curva es la adecuada.

»Más tarde se prescinde del esmeril y se pasa al colectar, hasta que se consigue una superficie suave y pulida que a uno le cuesta creer que sea obra suya. Falta sólo otra operación, aunque es un poco delicada. Hay que azogar el espejo y convertirlo en un buen reflector. Para esto hay que comprar algunos productos químicos en la droguería y hacer exactamente lo que indica el libro.

»Todavía recuerdo la impresión que recibí cuando la película de plata empezó a extenderse como por arte de magia sobre la cara de mi pequeño espejo. Este no era perfecto, pero sí bastante bueno, y no lo habría cambiado por nada de lo que hay en Monte Palomar.

»Lo fijé a un extremo de una tabla de madera; no había necesidad de preocuparse por un tubo de telescopio, aunque puse medio metro de cartón alrededor del espejo para cerrar el paso a luces inoportunas. Como ocular empleé una pequeña lupa que había comprado en un baratillo por unos pocos centavos. En total no creo que el telescopio costase más de cinco dólares, aunque esto era mucho dinero para mí cuando era niño.

»Entonces vivíamos en un destartalado hotel que poseía mi familia en la Tercera Avenida. Cuando hube montado el telescopio, subí al terrado y lo probé, entre el bosque de antenas de televisión que cubrían todos los edificios en aquellos tiempos. Tardé un buen rato en ajustar el espejo y el ocular, pero no había cometido ningún error y la cosa funcionó. Como instrumento óptico era probablemente muy malo (a fin de cuentas, se trataba de mi primer intentó), pero con él lograba al menos cincuenta aumentos, y esperaba con impaciencia que se hiciese de noche para probarlo con las estrellas.

»Había consultado el almanaque y sabía que Saturno estaba alto en el este después de ponerse el sol. En cuanto hubo oscurecido, subí de nuevo al terrado y apoyé mi estrafalario artefacto de madera y cristal entre dos chimeneas. Era a finales de otoño, pero no sentí el frío porque el cielo estaba lleno de estrellas... y todas eran mías.

»Tardé algún tiempo en enfocar el aparato lo mejor posible, empleando la primera estrella que entró en el campo visual. Entonces empecé a buscar a Saturno y pronto descubrí lo difícil que era localizar algo en un telescopio reflector que no estaba adecuadamente montado. Pero el planeta entró de pronto en el campo visual y moví el instrumento unos centímetros en distintos sentidos hasta fijarlo bien.

»Era pequeño, pero perfecto. Creo que estuve un minuto sin respirar; no podía dar crédito a mis ojos. Después de tantas imágenes, aquí estaba la realidad. Parecía un juguete suspendido en el espacio, con los anillos ligeramente abiertos e inclinados en mi dirección. Incluso ahora, después de cuarenta años, recuerdo que pensé: "Parece

artificial, como un árbol de Navidad." Había una sola estrella brillante a su izquierda, y comprendí que era Titán.

Hizo una pausa, y supongo que por un momento los dos pensamos lo mismo. Porque Titán ya no era para nosotros simplemente el satélite más grande de Saturno, un punto luminoso conocido sólo por los astrónomos. Era el mundo terriblemente hostil en el que había aterrizado el Endeavour y donde tres de mis compañeros yacían en tumbas solitarias, más lejos de sus casas que cualquier otro ser humano muerto.

—No sé cuánto tiempo estuve aguzando la mirada y moviendo el telescopio a sacudidas al elevarse Saturno sobre la ciudad. Estaba a mil seiscientos millones de kilómetros de Nueva York; pero ahora Nueva York me alcanzó.

»Ya he hecho referencia a nuestro hotel; pertenecía a mi madre, pero mi padre lo dirigía... no muy bien por cierto. Perdía dinero desde hacía años, y durante toda mi infancia había sufrido continuas crisis financieras. Así que no puedo censurarle a mi padre por haberse dado a la bebida; debía de estar loco de preocupaciones la mayor parte del tiempo. Y yo había olvidado que tenía que ayudar al recepcionista...

»Papá subió a buscarme, pensando en sus cosas y sin saber nada de mis sueños. Me encontró en el terrado, mirando las estrellas.

»No era cruel, pero no podía comprender la paciencia y el cuidado que yo había puesto en mi pequeño telescopio ni las maravillas que me había mostrado durante el breve tiempo en que lo había empleado. Ya no lo odio por ello, pero recordaré toda la vida el chasquido de mi primer y último espejo al estrellarse contra los ladrillos.

Yo no sabía qué decirle. Mi resentimiento inicial por su intromisión hacía rato que se había trocado en curiosidad. Tenía la impresión de que en aquel relato hábil mucho más de lo que había oído hasta entonces, y advertí otra cosa: la camarera nos trataba con exagerada deferencia, de la que yo recibía sólo una pequeña parte.

Mi compañero jugaba con el azucarero, mientras yo esperaba con silenciosa simpatía. En aquel momento sentí que había algún lazo entre nosotros, aunque no sabía exactamente lo que era.

—Nunca construí otro telescopio —dijo—. Algo más se rompió, aparte del espejo; algo en mi corazón. En todo caso, estaba demasiado ocupado. Habían ocurrido dos cosas que habían cambiado totalmente mi vida: papá nos abandonó, dejándome a mí como cabeza de familia, y derribaron el ferrocarril elevado de la Tercera Avenida.

Debió de ver mi expresión de perplejidad, porque me sonrió desde el otro lado de la mesa.

—Seguramente usted no lo sabe, pero cuando yo era muchacho había un ferrocarril elevado que pasaba por la Tercera Avenida. Esto hacía que toda aquella zona fuese ruidosa y sucia; la Avenida era un barrio de bares, casas de empeños y hoteles baratos, como el nuestro. Todo esto cambió cuando desapareció el ferrocarril elevado; el valor de los terrenos se puso por las nubes, y de pronto fuimos ricos. Papá volvió bastante pronto pero demasiado tarde; yo dirigía ya el negocio. En poco tiempo lo extendí por la ciudad, y después por el campo. Ya no era un despistado observador de las estrellas, y di a papá uno de mis hoteles más pequeños, donde no podía causar mucho daño.

»Han pasado cuarenta años desde que contemplé Saturno, pero nunca he olvidado aquella única visión, y sus fotografías de la otra noche me hicieron recordar todo aquello. Sólo quería decirle lo muy agradecido que le estoy.

Hurgó en su cartera y sacó una tarjeta.

—Espero que me llame cuando vuelva a la ciudad; puede estar seguro de que asistiré si da más conferencias. Que tenga suerte, y lamento haberle robado tanto tiempo.

Y se marchó sin que yo apenas pudiese pronunciar palabra. Miré la tarjeta, me la guardé en el bolsillo y terminé mi desayuno, bastante pensativo.

Cuando aboné la cuenta al salir de la cafetería, pregunté:

—¿Quién era el caballero que se sentó a mi mesa? ¿El jefe?

El cajero me miró como si estuviese frente a un retrasado mental.

—Supongo que se le puede llamar así, señor —respondió—. Desde luego es el dueño de este hotel, pero hasta ahora nunca le habíamos visto por aquí. Cuando está en Chicago siempre reside en el Ambassador.

—¿También es dueño de aquel hotel? —pregunté sin demasiada ironía, pues ya había adivinado la respuesta.

—¡Oh, sí! Y también de... —y enumeró una serie de hoteles, incluidos los dos más grandes de Nueva York.

Yo estaba impresionado y también bastante divertido, pues era evidente que el señor Perlman había venido aquí con la deliberada intención de conocerme. Parecía una manera bastante indirecta de conseguirlo; pero yo ignoraba entonces la reserva y timidez que le caracterizaban. Desde el principio no se había mostrado tímido conmigo.

Después me olvidé de él durante cinco años. (Bueno, debo añadir que cuando pedí la cuenta en el hotel me dijeron que no debía nada.) A los cinco años, hice mi segundo viaje.

Esta vez sabíamos lo que nos esperaba y no íbamos a un lugar completamente desconocido. No teníamos que preocuparnos por el carburante, pues todo el que pudiésemos necesitar lo teníamos en Titán; sólo debíamos bombear la atmósfera de

metano para llenar los depósitos, y habíamos hecho planes contando con ello. Visitamos las nueve lunas, una tras otra, y después pasamos a los anillos.

La cosa ofrecía poco peligro, aunque fue una experiencia muy emocionante. Ya saben que el sistema de anillos es muy delgado; sólo tiene unos treinta kilómetros de grosor. Descendimos a él muy despacio y con cautela, después de comprobar su giro para movernos exactamente a la misma velocidad. Era como subir a un tiovivo de doscientos setenta mil kilómetros de diámetro.

Pero en un tiovivo fantasmal, porque los anillos no son sólidos y se puede mirar a través de ellos. De cerca son casi invisibles; los miles de millones de partículas que los constituyen están tan espaciadas entre sí que lo único que se puede ver en el espacio inmediato son pequeños trozos ocasionales que pasan con mucha lentitud. Sólo cuando se mira hacia lo lejos se funden los innumerables fragmentos en una sábana continua, como una granizada que girase eternamente alrededor de Saturno.

Esta frase no es mía, pero es muy acertada. Cuando metimos la primera pieza de un auténtico anillo de Saturno en la cámara de aire, se fundió en pocos minutos dejando un charco de agua fangosa. Algunos piensan que el hecho de que los anillos, o el noventa por ciento de ellos, estén compuestos de hielo ordinario estropea su mágica imagen. Pero esto es absurdo; no serían más maravillosos si estuviesen hechos de diamantes.

Cuando volví a la Tierra, el primer año del nuevo siglo, inicié otra serie de conferencias, pero esta vez más corta porque ahora tenía una familia y quería estar lo más posible con ella. Esta vez tropecé con el señor Perlman en Nueva York; yo daba una conferencia en Columbia y presentaba nuestra película Explorando Saturno (un título engañoso ya que habíamos estado a unos treinta mil kilómetros del planeta. En aquellos días, nadie imaginaba que el hombre aterrizaría alguna vez en el turbulento fangal que es lo más parecido a la superficie de Saturno).

El señor Perlman me estaba esperando después de la conferencia. No lo reconocí porque me había encontrado con un millón de personas desde nuestra primera entrevista. Pero cuando me dijo su nombre lo recordé todo con tanta claridad que me di cuenta de que había tenido que causarme una impresión muy profunda.

No sé cómo, pero me apartó de la multitud; aunque le disgustaba el gentío tenía una habilidad especial para dominar a cualquier grupo en caso necesario y para largarse antes de que sus víctimas se diesen cuenta de lo que había sucedido. Le vi hacerlo montones de veces, pero nunca supe exactamente cómo lo conseguía.

Lo cierto es que media hora más tarde estábamos compartiendo una soberbia cena en un restaurante distinguido (suyo, naturalmente). Fue una cena maravillosa, en especial

después del pollo y helado que seguían a las conferencias, pero me lo hizo pagar; quiero decir, metafóricamente.

Todos los hechos y fotos reunidos por las dos expediciones a Saturno estaban ahora al alcance de cualquiera, en cientos de folletos, libros y artículos de divulgación. El señor Perlman parecía haber leído todo el material no demasiado técnico; lo que quería de mí era algo diferente. Incluso entonces, pensé que su interés era el de un hombre solitario y de edad avanzada que trataba de revivir un sueño perdido en su juventud. Era verdad; pero esto no era más que una parte del asunto.

Buscaba algo que no se encontraba en las crónicas ni en los artículos. Quería saber qué se sentía cuando uno se despertaba por la mañana y veía aquel globo grande y dorado con sus cinturones móviles de nubes dominando el cielo, y el efecto que producían aquellos anillos en la mente cuando estaban tan cerca que llenaban el cielo de uno a otro confín.

—Lo que usted necesita —le dije— es un poeta, no un ingeniero. Pero le diré una cosa: por mucho que se contemple Saturno y se vuele entre sus lunas, uno no acaba nunca de creerlo. A menudo piensa: «Todo es un sueño, algo que no puede ser real.» Y va a la ventanilla más próxima... y allí está él, robándole el aliento.

»Debe usted pensar que, además de hallarnos tan cerca, podíamos mirar los anillos desde ángulos y puntos completamente imposibles de conseguir desde la Tierra, donde siempre se los ve vueltos en dirección al Sol. Podíamos adentrarnos en su sombra y entonces ya no brillaban como plata, sino que eran como una débil neblina, un puente de humo sobre las estrellas.

«La mayoría de las veces podíamos ver la sombra de Saturno proyectándose sobre toda la anchura de los anillos, eclipsándolos tan completamente que parecía como si les hubiesen arrancado un gran pedazo. También podía observarse el efecto contrario; en el lado del planeta iluminado por el Sol, había siempre la sombra de los anillos como una franja nubosa paralela al Ecuador y no lejos de él.

»Y sobre todo, aunque esto sólo lo hicimos unas pocas veces, podíamos elevarnos sobre los polos del planeta y divisar todo el maravilloso sistema de anillos, como si estuviesen extendidos en un plano debajo de nosotros. Entonces pudimos ver que en vez de los cuatro anillos visibles desde la Tierra había al menos una docena de ellos separados, pero que se confundían entre sí. Cuando los descubrimos nuestro capitán hizo una observación que nunca olvidaré: "Aquí es donde los ángeles aparcaron sus aureolas."

Todo esto y mucho más conté al señor Perlman en el pequeño pero carísimo restaurante al sur de Central Park. Cuando hube terminado, pareció muy satisfecho,

aunque guardó silencio durante unos minutos. Después dijo, casi con la misma naturalidad con que uno pregunta la hora del próximo tren en una estación:

—¿Cuál sería el mejor satélite para un centro de turismo?

Cuando oí estas palabras, casi se me atragantó el coñac de cien años. Después dije, paciente y cortés (al fin y al cabo había disfrutado de una cena maravillosa):

—Escuche, señor Perlman. Usted sabe tan bien como yo que Saturno está a casi mil seiscientos millones de kilómetros de la Tierra, e incluso más cuando nos encontramos en lados opuestos del sol. Alguien calculó que nuestros billetes de ida y vuelta costaban siete millones y medio de dólares cada uno, y puede creerme si le digo que no había habitaciones de primera clase en el Endeavour I ni en el 77. De todos modos, por mucho dinero que alguien tuviese, no podría adquirir un pasaje para Saturno. Sólo científicos y tripulaciones espaciales van a ir allí, en un futuro previsible.

Pude ver que mis palabras no le producían la menor impresión: se limitó a sonreír, como si conociese algún secreto que me estuviese vedado.

—Lo que usted dice es cierto, ahora —respondió—; pero he estudiado Historia. Y comprendo a la gente, pues éste es mi negocio. Permítame que le recuerde unos cuantos hechos.

»Hace dos o tres siglos, casi todos los grandes centros turísticos y los sitios más pintorescos estaban tan alejados de la civilización como hoy está Saturno. ¿Qué sabía Napoleón, pongo por caso, del Gran Cañón, las cataratas Victoria, Hawai o el Everest? Y piense en el Polo Sur; se llegó a él por primera vez cuando mi padre era un muchacho, pero hace toda una generación que hay un hotel allí.

»Ahora el asunto empieza de nuevo. Usted sólo puede apreciar los problemas y las dificultades, porque está demasiado cerca de ellos. Sean cuales fueren, el hombre los superará, como ha hecho siempre en el pasado.

»Dondequiera que haya algo extraño, algo bello, o nuevo, la gente querrá verlo. Los anillos de Saturno son el espectáculo más grande del universo que conocemos. Yo siempre lo había pensado, y usted acaba de confirmármelo. Hoy en día se necesita una fortuna para llegar a ellos y los hombres que van allí se juegan la vida. Lo mismo hicieron los primeros hombres que volaron, y ahora hay un millón de pasajeros en el aire en cada momento del día y de la noche.

»Lo mismo va a ocurrir en el espacio. No sucederá en diez años, ni en veinte tal vez. Pero recuerde que sólo se necesitaron veinticinco años para que comenzaran los vuelos comerciales a la Luna. No creo que se tarde tanto en ir a Saturno... Yo no estaré para

verlo; pero cuando suceda quiero que la gente se acuerde de mí... Entonces, ¿dónde podríamos construir?

Seguía pensando que estaba loco, pero al menos empezaba a comprender lo que tanto le entusiasmaba. No había por qué seguirle la corriente, así que pensé seriamente en la cuestión.

—Mimas está demasiado cerca —dije— y también Enceladus y Tetis. (No me importa reconocer que estos nombres eran difíciles de pronunciar después del coñac.) Saturno llena el cielo, y parece como si a uno se le fuera a caer encima. Además, no son lo bastante sólidos; parecen grandes bolas de nieve. Dione y Rea son mejores; hay una vista magnífica desde ellos. Pero todos estos satélites interiores son muy pequeños; Rea tiene sólo mil trescientos kilómetros de diámetro y los otros aún son mucho más pequeños.

»No creo que haya la menor duda; tendrá que ser en Titán. Es un satélite de buen tamaño, mucho mayor que nuestra Luna y casi tan grande como Marte. También hay una gravedad razonable, aproximadamente la quinta parte de la de la Tierra, de manera que sus clientes no flotarán en él. Y podrán repostar allí gracias a la atmósfera de metano, que debería ser un factor importante en sus cálculos. Cualquier nave que vaya a Saturno deberá hacer escala en Titán. —¿Y los otros satélites?

—Bueno... Hiperión, Japeto y Febe están demasiado lejos. Hay que aguzar la mirada para ver los anillos desde Febe. Olvídese de ellos. Decídase por el viejo Titán, aunque la temperatura sea de cerca de ciento cincuenta grados bajo cero y la nieve de amoníaco no resulte muy buena para esquiar...

Me escuchó atentamente y no dio muestras de que pensara que me burlaba de sus ideas tan poco científicas como impracticables. Nos despedimos poco después (no recuerdo nada más de aquella cena) y debieron pasar quince años antes de que nos volviésemos a ver. No me había necesitado en todo aquel tiempo; pero cuando quiso hablar conmigo, me llamó.

Ahora comprendo lo que había estado esperando; su visión había sido más clara que la mía. Desde luego, no había podido imaginar que en menos de un siglo el cohete seguiría la suerte del motor de vapor; pero sabía que vendría algo mejor, y creo que financió los primeros trabajos de Saunderson sobre el impulso de paragravedad. Pero sólo volvió a ponerse en contacto conmigo cuando se empezaron a construir plantas de fusión que podían calentar doscientos cincuenta kilómetros cuadrados de un mundo tan frío como Plutón.

Era muy viejo y se estaba muriendo. Me dijo lo rico que era y a duras penas le creí hasta que me mostró los minuciosos planos y los bellos modelos que habían preparado sus expertos con una notable falta de publicidad.

Estaba sentado en una silla de ruedas como una momia arrugada, observando mi expresión mientras yo estudiaba sus modelos y gráficos.

—Capitán —me dijo entonces—, tengo un trabajo para usted...

Y aquí estoy. Desde luego es como pilotar una nave espacial; muchos problemas técnicos son idénticos. Y ahora sería demasiado viejo para pilotar una nave; estoy muy agradecido al señor Perlman.

Suena el gong. Si las damas están dispuestas, sugiero que bajemos a cenar pasando por el Salón de Observación.

Incluso después de todos estos años, me gusta observar a Saturno naciente, y esta noche casi está en el pleno.

EL HOMBRE QUE CRIBABA EL MAR

Como Los próximos inquilinos, esta narración la escribí expresamente para Cuentos de la taberna del Ciervo Blanco y en la misma época y el mismo lugar (Miami, 1954), cuando todavía estaba bajo la influencia de mi primer contacto con el mundo de los arrecifes de coral. Más tarde, aquel mismo año, partiría para el más imponente de todos: El Great Barrier Reef, en Australia.

Quisiera dedicar este cuento a mis viejos amigos de Florida, y en especial a la familia de mi anfitrión, submarinista con escafandra autónoma, el difunto doctor George Grisinger.

A pesar del tiempo transcurrido, muchos de los temas de este relato son increíblemente actuales; hace pocos años me sorprendió leer en un periódico científico la descripción de un aparato transportado en barco... para extraer uranio del agua del mar. Envié una copia del cuento a los inventores y me disculpé por haber usurpado su patente.

Este cuento debería leerse en relación con En mares de oro, que trata del mismo tema. Pero ha habido una hazaña ulterior: el descubrimiento de las chimeneas geotérmicas en mitad del océano, donde brota del fondo del mar agua sobrecalentada y cargada de

minerales. Este es el sitio donde hay que buscar metales valiosos, no en el océano abierto.

Hay oro en aquellas chimeneas...

Las aventuras de Harry Purvis tienen una especie de lógica loca que convence por su propia inverosimilitud. Al surgir estas complicadas pero bien ensambladas historias, uno se pierde en una especie de perplejo asombro. Seguramente, dirán ustedes, nadie tendría la caradura de inventar todo eso: tales absurdos sólo ocurren en la vida real, no en las obras de ficción. Y así se desarman las críticas o al menos se mitigan hasta que Drew grita «¡Por favor, caballeros, es la hora!», y nos lanza al frío y duro mundo.

Consideren, por ejemplo, la inverosímil cadena de sucesos que envolvieron a Harry en la siguiente aventura. Si hubiese querido inventar todo el asunto, sin duda habría podido hacerlo con mucha más sencillez. Desde el punto de vista artístico, no había la menor necesidad de empezar en Boston para concertar una cita frente a la costa de Florida...

Al parecer, ha pasado mucho tiempo en Estados Unidos donde tiene tantos amigos como en Inglaterra. A veces los trae al «Ciervo Blanco» y a veces ellos se marchan por sus propios medios. Sin embargo, a menudo sucumben a la ilusión de que la cerveza tibia es también inocua. (Soy injusto con Drew: su cerveza no es tibia, y si insisten ustedes, les dará, sin cobrarles ninguna cantidad extra, un cubito de hielo tan grande como un sello de correos.)

Como ya he indicado, esta saga particular de Harry empezó en Boston, Massachusetts. Estaba como invitado en la casa de un famoso abogado de Nueva Inglaterra cuando una mañana su anfitrión le dijo con el tono despreocupado que suelen emplear los americanos:

—Vayamos a mi casa de Florida. Tengo ganas de tomar un poco el sol.

—Muy bien —contestó Harry, que nunca había estado en Florida.

Treinta minutos más tarde se encontró, para su gran sorpresa, viajando hacia el sur en un Jaguar sedán rojo a toda velocidad.

El viaje en sí fue épico y digno de una narración completa. Desde Boston hasta Miami hay nada menos que 2.508 kilómetros, una cifra que según Harry ha quedado grabada para siempre en su corazón. Cubrieron la distancia en treinta horas, acompañados con frecuencia del sonido decreciente de sirenas de los coches de la policía que se iban quedando atrás. De vez en cuando, consideraciones tácticas les inducían a realizar maniobras evasivas y desviarse por carreteras secundarias. La radio del Jaguar estaba

sintonizada con todas las frecuencias de la policía, de manera que siempre estaban sobre aviso si pretendían interceptarlos. En un par de ocasiones llegaron con el tiempo justo a la frontera de un Estado, y Harry no pudo dejar de preguntarse qué habrían pensado los clientes de su anfitrión si hubiesen conocido la fuerza del impulso psicológico que lo apartaba de ellos. También se preguntó si llegaría a ver Florida o si continuarían a esta velocidad por la US 1 hasta que fuesen a parar al mar en Cayo Oeste.

Por fin se detuvieron a cien kilómetros al sur de Miami, frente a los Cayos, esa larga y fina línea de islas próximas al extremo meridional de Florida. El Jaguar salió de pronto de la carretera y rodó por un tosco camino abierto en los manglares. El camino terminaba en un ancho claro de la orilla del mar, donde había un muelle, un yate de diez metros, una piscina y una moderna casa ranchera.

Era un pequeño pero magnífico refugio, y Harry calculó que debía haber costado unos cien mil dólares.

No vio gran cosa del lugar hasta el día siguiente, pues se fue directamente a la cama. Después de lo que pareció un tiempo demasiado corto, lo despertó un ruido parecido al de una sala de calderas en plena actividad. Se duchó y vistió con movimientos torpes. Cuando salió de su habitación casi había recobrado su estado normal. Parecía que no había nadie en la casa, por lo que salió al exterior para observar el lugar.

Ya se había acostumbrado a no sorprenderse por nada, de manera que apenas arqueó las cejas cuando vio que su anfitrión estaba en el muelle, arreglando el timón de un pequeño submarino, evidentemente de confección casera. La pequeña embarcación tenía unos seis metros de eslora y una torreta con grandes ventanas de observación, y llevaba pintado en la proa el nombre de Pámpano.

Después de pensarlo un poco, Harry no vio que hubiera nada realmente extraño en todo aquello. Unos cinco millones de visitantes acuden todos los años a Florida, la mayoría de ellos resueltos a navegar o sumergirse en el mar. Su anfitrión era uno de esos hombres lo bastante rico como para entregarse a lo grande a su afición.

Harry miró el Pámpano durante un rato, y entonces se le ocurrió una idea inquietante.

—George —dijo—, supongo que no esperarás que yo me sumerja en esa cosa, ¿verdad?

—Claro que sí —respondió George, dando un golpe final al timón—. ¿Qué te preocupa? He ido muchísimas veces en él y es tan seguro como una casa. No nos sumergiremos a más de seis metros.

—Hay ocasiones —replicó Harry— en que dos metros de agua me parecen más que suficientes. ¿No te he hablado de mi claustrofobia? Siempre me ataca más en esta época del año.

—¡Tonterías! —exclamó George—. Te olvidarás de todo cuando estemos en el arrecife. —Se echó atrás y contempló su obra. Después prosiguió, con un suspiro de satisfacción—: Ahora parece que está perfectamente. Vamos a desayunar.

Durante los treinta minutos siguientes, Harry aprendió mucho sobre el Pámpano. George lo había diseñado y construido él mismo, y el pequeño pero poderoso Diesel podía imprimirle una velocidad de cinco nudos cuando estaba totalmente sumergido.

Tanto los ocupantes como el motor respiraban por un esnórquel, por lo que no había que preocuparse de motores eléctricos ni de un suministro independiente de aire. La longitud del esnórquel limitaba la inmersión a ocho metros, pero esto no era un gran inconveniente en aquellas aguas poco profundas.

—Le he aplicado muchas ideas nuevas —dijo George, entusiasmado—. Por ejemplo, aquellas ventanillas; fíjate en su tamaño. Tienes una visión perfecta y son completamente seguras. Empleo el viejo principio de la escafandra autónoma para mantener el aire dentro del Pámpano a idéntica presión a la del agua en el exterior, de manera que no existe tensión sobre el casco ni las portillas.

—¿Y qué ocurre —preguntó Harry—, si te quedas pegado al fondo?

—Naturalmente, abro la puerta y salgo. Hay un par de escafandras autónomas en la cabina y un bote salvavidas con una radio impermeable: de manera que siempre podemos pedir ayuda si nos hallamos en dificultades. No temas, he pensado en todo.

—Ya es algo... —murmuró Harry.

Pero pensó que después del viaje desde Boston su vida estaba sin duda asegurada: el mar era probablemente un lugar más seguro que la US 1 con George al volante.

Aprendió bien el funcionamiento de las salidas de emergencia antes de hacerse a la mar, y se sintió bastante satisfecho al ver lo bien diseñada y construida que parecía la pequeña embarcación. El hecho de que un abogado hubiese producido semejante obra de ingeniería naval en sus ratos perdidos no le pareció nada extraordinario. Harry había descubierto hacía tiempo que muchos americanos dedicaban el mismo esfuerzo a sus aficiones que a su profesión.

Zarparon del pequeño puerto y se mantuvieron en el canal marcado hasta que se hubieron alejado de la costa. El mar estaba en calma y, a medida que se apartaban de tierra, el agua se hacía cada vez más transparente. Estaban dejando atrás el coral pulverizado que enturbiaba las aguas costeras, donde las olas roían incesantemente la

costa. Al cabo de treinta minutos llegaron al arrecife, visible debajo de ellos como una especie de parche sobre el que hacían piruetas los peces multicolores. George cerró las escotillas, abrió las válvula de los depósitos de flotación y dijo alegremente: —¡Vamos allá!

El arrugado velo de seda se levantó y deslizó delante de la ventanilla, deformando de momento la visión... y ya no fueron extranjeros contemplando el mundo de las aguas, sino ciudadanos de aquel mundo. Estaban flotando sobre un valle alfombrado de arena blanca rodeado de pequeñas colinas de coral. El valle en sí estaba desierto, pero las colinas a su alrededor rebosaban de vida, con cosas que crecían, cosas que se arrastraban y cosas que nadaban. Peces tan deslumbrantes como rótulos de neón se movían perezosamente entre animales con aspecto de árboles. Parecía un mundo no sólo adorable sino también en paz. No había prisa, ni señales de lucha por la existencia. Harry sabía muy bien que esto era una ilusión, pero durante todo el tiempo que estuvieron sumergidos nunca vio que un pez atacase a otro. Se lo comentó a George.

—Sí, hay algo muy curioso en los peces —dijo el abogado—. Parece que tienen horas fijas para comer. Se pueden ver barracudas nadando de un lado a otro, pero si no sonado el gong, los otros peces no les hacen caso.

Una raya parecida a una fantástica mariposa negra aleteó sobre la arena manteniendo el equilibrio con la larga cola parecida a un látigo. Las sensibles antenas de un bogavante oscilaron cautelosamente en una grieta del coral, y aquellos movimientos exploradores recordaron a Harry el soldado que levantaba el gorro en la punta de un palo para engañar a los francotiradores. Había tanta vida y de tantas clases acumulada en aquel lugar que se habrían tardado años en estudiarla toda.

El Pámpano navegaba lentamente por el valle. —Yo salía hacer esto con escafandra autónoma —comentó George— pero un día decidí que sería mucho mejor estar sentado cómodamente y tener un motor que me impulsase. Podría estar todo el día en el mar, comer algo y utilizar las cámaras fotográficas sin tener que preocuparme si se acercaba un tiburón. Mira aquella alga ¿habías visto un azul tan brillante en tu vida? Además, podría enseñar todo esto a mis amigos y hablar al mismo tiempo con ellos. Uno de los grandes inconvenientes de los equipos ordinarios de inmersión es que uno está sordo y mudo y tiene que hablar por señas. Mira aquellos angelotes; un día voy a tender una red para pillar algunos. ¡Fíjate cómo /desaparecen cuando están de lado! Otra razón de que construyese el Pámpano fue que con él podría buscar barcos hundidos. Hay cientos de ellos en esta zona; es como un cementerio. El Santa Margarita está a sólo ochenta kilómetros de aquí, en Biscayne Bay. Naufragó en 1595 cuando llevaba siete millones de

dólares en lingotes de oro. Y hay un pequeño tesoro de sesenta y cinco millones frente a Long Cay, donde naufragaron catorce galeones en 1715. El inconveniente es que la mayoría de estos buques han sido destrozados y están revestidos de coral, por lo que no se ganaría mucho aunque pudiesen ser localizados. Pero es divertido probar.

Harry había empezado a comprender la psicología de su amigo. Pensó que la suya era una de las mejores maneras de librarse de la práctica del Derecho en Nueva Inglaterra. George era un romántico reprimido, aunque bien pensado, quizá no tanto.

Navegaron felizmente durante un par de horas, manteniéndose en aguas que nunca tenían más de diez metros de profundidad. En una ocasión aterrizaron en un lecho de coral deslumbrador para comer unos bocadillos y beber unas cervezas.

—Una vez bebí cerveza de jengibre aquí abajo —comentó George—. Cuando subí, el gas que llevaba dentro se expandió y me causó una impresión muy rara. Algún día tendré que probar con champán.

Harry se estaba preguntando dónde debía tirar los envases vacíos cuando el Pámpano pareció eclipsarse al pasar una oscura sombra por encima de él. Miró por la ventanilla de observación y vio que un barco se movía lentamente a tres metros por encima de ellos. No había peligro de colisión porque habían recogido el tubo de respiración y de momento podían respirar con el aire de que disponían. Harry no había visto nunca un barco desde abajo y añadió una nueva experiencia a las muchas de aquel día.

Se sintió contento de que, a pesar de su ignorancia en cuestiones náuticas, había advertido casi tan de prisa como George que había algo raro en el buque que pasaba por encima de ellos. En lugar de una hélice normal, la embarcación tenía un túnel a lo largo de la quilla. En el mismo instante, el Pámpano fue sacudido por una súbita corriente de agua.

—¡Arrea! —dijo George, agarrando los controles—. Parece un sistema de propulsión a chorro. Ya era hora de que alguien lo probase. Echemos un vistazo.

Levantó el periscopio y averiguó que el barco que navegaba lentamente delante de ellos era el Valency, de Nueva Orleans.

—Es un nombre curioso —señaló—. ¿Qué significa?

—Supongo —respondió Harry— que quiere decir que el dueño es químico, pero no creo que ningún químico gane dinero suficiente para comprar un barco como ése.

—Voy a seguirlo —decidió George—. Sólo lleva una velocidad de cinco nudos, y me gustaría ver cómo funciona ese cacharro.

Elevó el tubo de respiración, puso el motor en marcha e inició la persecución. Al poco rato, el Pámpano llegó a quince metros del Valency, y Harry casi se sintió como un capitán de submarino a punto de lanzar un torpedo. No podía fallar desde esta distancia.

En realidad, casi hicieron blanco. Porque el Valency se detuvo de pronto y, antes de que George se diese cuenta de lo que había pasado, se encontró al lado del barco.

—¡Ninguna señal! —se lamentó, sin mucha lógica.

Un minuto más tarde quedó claro que la maniobra no había sido accidental. Un lazo cayó exactamente sobre el esnórquel del Pámpano y quedaron atrapados. No pudieron hacer otra cosa que emerger, bastante avergonzados, y poner al mal tiempo buena cara.

Afortunadamente, sus aprehensores eran hombres razonables y aceptaron la explicación que les dieron.

Cinco minutos después de subir a bordo del Valency, George y Harry estaban sentados en el puente, mientras un camarero uniformado les servía whisky con agua y escuchaban atentamente las teorías del doctor Gilbert Romano.

Los dos estaban todavía un poco asombrados de hallarse en presencia del doctor Romano; era como estar con un Rockefeller auténtico o con un Du Pont reinante. El doctor era un fenómeno virtualmente desconocido en Europa e incluso poco frecuente en Estados Unidos: un gran científico que se había convertido en un hombre de negocios todavía más importante. Tenía más de setenta años y acababa de ser jubilado, tras una fuerte batalla, de la presidencia de la gran empresa de productos químicos que había fundado.

Harry nos dijo que era bastante divertido observar las sutiles distinciones sociales que pueden producir las diferencias de riqueza, incluso en el país más democrático. Según el patrón de Harry, George era un hombre muy rico: Sus ingresos eran de unos cien mil dólares al año. Pero el doctor Romano pertenecía a otra categoría muy superior, y por consiguiente se le tenía que tratar con una especie de respeto amistoso que nada tenía que ver con la adulación. Por su parte, el doctor mostraba una total naturalidad; nada había en él que diese la impresión de riqueza, si se olvidaban detalles tales como yates oceánicos de cincuenta metros.

El hecho de que George se tutease con la mayoría de los amigos de negocios del doctor contribuyó a romper el hielo y a confirmar sus buenas intenciones. Harry pasó media hora muy aburrida mientras negocios que habían causado sensación a medio país se comentaban en términos de qué hizo Fulano de Tal en Pittsburgh, o con quién se enfrentó Mengano de Cual en el Club de Banqueros de Houston, o cómo fue que Clyde Thingummy estuviese jugando al golf en Atlanta cuando Ike estaba allí. Era una visión

fugaz de un mundo misterioso donde unos hombres que parecían haber ido a las mismas universidades o pertenecer a los mismos clubs detentaban un poder extraordinario. Harry pronto se dio cuenta de que George no estaba simplemente haciéndole la pelota al doctor Romano porque era lo correcto. George era un abogado lo bastante astuto como para no perder la ocasión de forjar una buena amistad, y parecía haber olvidado el objetivo original de su expedición.

Harry tuvo que esperar una pausa adecuada en la conversación para suscitar el tema que realmente le interesaba. Cuando el doctor Romano se percató de que estaba hablando con otro científico, abandonó rápidamente el tema de las finanzas y fue entonces George quien se quedó al margen de la charla.

Lo que a Harry le intrigaba era por qué se interesaba un químico distinguido en la propulsión naval. Como no se andaba por las ramas, interpeló al doctor sobre este punto. El científico pareció un poco confuso y Harry estuvo a punto de disculparse por su curiosidad, cosa que le habría supuesto un verdadero esfuerzo. Pero antes de que pudiese hacerlo, fue el doctor Romano quien se disculpó y desapareció dentro del puente.

Volvió al cabo de cinco minutos, con una expresión bastante satisfecha en el semblante, y prosiguió como si nada hubiese ocurrido.

—Una pregunta muy natural, señor Purvis —dijo, riendo entre dientes—. A veces también yo me he hecho la misma pregunta. Pero ¿realmente espera que se la conteste?

—Bueno, digamos que tenía cierta esperanza —confesó Harry.

—Entonces voy a darle una sorpresa; en realidad, dos sorpresas: voy a responderle y voy a demostrarle que la propulsión naval no es algo que me apasione. Aquellos bultos en la quilla de mi barco que inspeccionaban ustedes con tanto interés contienen las hélices, pero también otras muchas cosas. Permitan —prosiguió el doctor Romano— que les dé unos pocos datos elementales sobre el océano. Desde aquí podemos ver unos cuantos kilómetros cuadrados. ¿Sabían que cada kilómetro cúbico de agua de mar contiene unos treinta y siete millones de toneladas de minerales?

—Francamente, yo no —respondió George—. Es una cifra impresionante.

—A mí también me impresionó mucho tiempo —dijo el doctor—. Andamos como locos buscando metales y sustancias químicas en tierra cuando todos los elementos que existen pueden encontrarse en el agua del mar. En realidad el océano es una especie de mina universal inagotable. Podemos saquear la tierra, pero nunca conseguiremos vaciar el mar.

»El hombre ya ha empezado a explotarlo como una mina. Hace años que Dow Chemicals extrae bromo del mar; cada kilómetro cúbico contiene unas setenta y cinco mil

toneladas. Más recientemente, hemos empezado a conseguir algo de los dos millones de toneladas de magnesio por kilómetro cúbico. Pero la cosa sólo está empezando.

»El gran problema práctico es que la mayoría de los elementos que contiene el agua de mar se hallan en concentraciones muy bajas. Los primeros siete elementos representan, aproximadamente, un noventa y nueve por ciento del total, y el uno por ciento restante contiene todos los metales útiles, salvo el magnesio.

»Durante toda mi vida me he estado preguntando cómo podríamos sacar algo de esto. La solución se encontró durante la guerra. No sé si tienen ustedes conocimiento de las técnicas empleadas en el campo de la energía atómica para extraer de soluciones cantidades diminutas de isótopos; algunos de estos métodos están todavía en ciernes.

—¿Se refiere a las resinas de intercambio de iones? —aventuró Harry.

—Bueno, algo parecido. Mi empresa desarrolló varias de estas técnicas contratada por la Comisión de Energía Atómica, e inmediatamente me di cuenta de que podían tener aplicaciones más amplias. Hice que algunos de mis jóvenes más brillantes pusiesen manos a la obra y fabricaron lo que podríamos llamar «criba molecular». Es una denominación muy descriptiva: en cierto modo esa cosa es una criba, y podemos disponerla de modo que elija lo que queramos. Su funcionamiento se fundamenta en teorías mecánicas ondulatorias muy avanzadas, pero lo que en realidad hace es increíblemente sencillo. Podemos elegir cualquier componente del agua de mar que queramos y hacer que la criba lo separe. Con varias unidades, trabajando en serie, se puede extraer un elemento tras otro. La eficacia es muy elevada, y el consumo de energía desdeñable.

—¡Ya veo! —exclamó George—. ¡Está usted extrayendo oro del agua del mar!

—Bueno —dijo el doctor Romano, con indulgencia—, tengo cosas mejores en las que emplear mi tiempo. En todo caso, el maldito oro está por todas partes. Voy detrás de metales útiles desde su punto de vista comercial y que escasearán terriblemente en nuestra civilización dentro de un par de generaciones. De hecho no valdría la pena buscar oro, ni siquiera con mi criba. Hay sólo unos cinco kilos y medio de oro por kilómetro cúbico.

—¿Y qué me dice del uranio? —preguntó Harry—. ¿O es todavía más escaso?

—Preferiría que no me hubiese formulado esta pregunta —respondió Romano en un tono alegre que desmentía la observación—. Pero como puede informarse en cualquier biblioteca, el uranio es doscientas veces mas corriente que el oro: dos toneladas y media por kilómetro cúbico; una cantidad bastante interesante. Así que no tenemos por qué preocuparnos por el oro.

—¿Por qué? —preguntó George.

—Como le iba diciendo —prosiguió el doctor Romano—, incluso con la criba molecular nos encontramos con el problema de procesar enormes volúmenes de agua de mar. Hay muchas maneras de resolverlo; por ejemplo, se podrían construir gigantescas estaciones de bombeo. Pero siempre he sido partidario de matar dos pájaros de un tiro, y el otro día hice un pequeño cálculo que me dio un resultado sorprendente. Descubrí que cada vez que el Queen Mary cruza el Atlántico, sus hélices agitan aproximadamente medio kilómetro cúbico de agua. Dicho en otras palabras, quince millones de toneladas de minerales. O cojamos el caso que usted se atrevió a mencionar: casi una tonelada de uranio en cada travesía del Atlántico. Interesante, ¿no?

»Por esto me pareció que lo único que teníamos que hacer para crear una instalación móvil de extracción, muy útil, era montar las hélices de cualquier barco dentro de un tubo que obligaría a la corriente a pasar por una de mis cribas. Se pierde alguna fuerza de propulsión, desde luego, pero nuestra unidad experimental funciona muy bien. No podemos ir a tanta velocidad como solíamos, pero cuanto más lejos viajamos más dinero ganamos con nuestras operaciones de minería. ¿No creen que las compañías navieras encontrarían esto muy interesante? Pero desde luego esto es sólo incidental. Preveo la construcción de plantas de extracción flotantes que navegarán por los océanos hasta que llenen sus depósitos con cualquier cosa que se les pida. Cuando llegue este día, podremos dejar de destrozar la tierra y se habrá acabado nuestra escasez de minerales. A la larga todo vuelve al mar, y cuando hayamos abierto el cofre del tesoro todo quedará eternamente solucionado.

Durante unos momentos reinó el silencio en el puente, salvo por el débil tintineo del hielo en los vasos, mientras los invitados del doctor Romano reflexionaban sobre la extraordinaria perspectiva. Entonces, Harry tuvo una súbita duda.

—Éste es uno de los inventos más importantes de los que he oído hablar en mi vida —dijo—. Por eso me parece bastante extraño que nos lo haya explicado con tanta claridad. A fin de cuentas, para usted somos unos desconocidos, y podría sospechar que le estábamos espiando.

El viejo científico se echó a reír alegremente. —No se preocupe por esto, muchacho —lo tranquilizó—. Ya he comunicado con Washington y he pedido a mis amigos que tomen informes de ustedes. Harry se quedó un momento pensativo, y entonces comprendió lo sucedido. Recordó la breve ausencia del doctor Romano. Habría hecho una llamada por radio a Washington; algún senador habría comunicado con la embajada; el representante del Ministerio de Aprovisionamientos habría puesto su granito de arena, y el doctor había

conseguido en cinco minutos la respuesta que le interesaba. Sí, los americanos eran muy eficientes..., bueno, los que podían permitirse el lujo de serlo.

Fue entonces cuando Harry se fijó en que ya no estaban solos. Un yate mucho más grande e imponente que el Valency se acercaba a ellos, y a los pocos minutos pudo leer su nombre: Sea Spray. Pensó que este nombre era más adecuado para unas velas hinchadas que para unos motores diesel palpitantes, pero lo cierto es que el Spray era una embarcación estupenda. No le sorprendieron las miradas de envidia no disimulada de George y del doctor Romano.

El mar estaba tan en calma que los dos yates pudieron acercarse hasta establecer contacto. Un hombre vigoroso y tostado por el sol, de unos cincuenta años, saltó a la cubierta del Valency. Se acercó al doctor Romano y le estrechó la mano con fuerza.

—Bueno, viejo zorro, ¿qué te traes entre manos? —dijo a modo de saludo.

Después miró con curiosidad a los demás. El doctor hizo las presentaciones. Por lo visto habían sido abordados por el profesor Scott McKenzie, que había estado navegando en su yate desde Cayo Largo.

«¡Esto es demasiado! —se dijo Harry—. Lo máximo que puedo soportar es un científico millonario al día.»

Pero no había escapatoria posible. Aunque a McKenzie se le veía poco en los ambientes académicos, era catedrático de Geofísica en una universidad de Texas. Pero el noventa por ciento del tiempo lo pasaba trabajando para las grandes compañías petrolíferas y dirigiendo una empresa de consulta propia. Parecía haber sacado buen provecho de sus balanzas de torsión y sus sismógrafos. En realidad, aunque era mucho más joven que el doctor Romano, aún tenía más dinero que él ya que participaba en una industria en más rápida expansión. Harry sospechó que las peculiares leyes fiscales de Texas también tendrían algo que ver en su posición económica.

Parecía demasiada coincidencia que aquellos dos magnates científicos se hubiesen encontrado por casualidad, y Harry tuvo curiosidad por saber qué estarían maquinando. Durante un rato, la conversación recayó sobre lugares comunes, pero era evidente que el profesor McKenzie sentía mucha curiosidad por los otros dos invitados del doctor. Poco después de las presentaciones, presentó alguna excusa para volver a su propio barco, y Harry protestó interiormente. Si en la embajada recibían dos peticiones de informes sobre él en media hora, se preguntarían qué estaba haciendo. Tal vez incluso el FBI sospecharía de él, y entonces, ¿cómo sacaría del país los veinticuatro pares de medias de nailon que le habían prometido?

A Harry le resultaba fascinante estudiar las relaciones entre los dos científicos. Eran como un par de gallos de pelea buscando posiciones. Le pareció que Romano trataba al hombre más joven con una rudeza que ocultaba su íntima admiración. Estaba claro que el doctor Romano era un conservador casi fanático y consideraba las actividades de McKenzie y de sus patronos con abierta desaprobación.

—Sois una pandilla de ladrones —dijo una vez—. Estáis estudiando la manera de despojar rápidamente a este planeta de sus recursos y no os importa un comino la próxima generación.

—¿Y qué ha hecho por nosotros la próxima generación? —replicó McKenzie, con cínico humor.

La conversación continuó durante casi una hora, y mucho de lo que hablaron estaba completamente fuera del alcance de Harry. Éste se preguntaba por qué no les importaba que George y él estuvieran presentes, pero al cabo de un rato empezó a comprender la técnica del doctor Romano. Era un oportunista genial: se alegraba de tenerlos allí, porque su presencia preocuparía al profesor McKenzie y haría que se preguntase qué otros negocios proyectaba.

Hizo alguna mención esporádica de la criba molecular, como si no fuese realmente importante y sólo se refiriese a ella de pasada. Sin embargo, el profesor McKenzie le prestó una atención inmediata y cuanto más evasivo se mostraba Romano, más interés manifestaba su adversario. Era evidente que su actitud evasiva era deliberada y, aunque el profesor McKenzie lo sabía perfectamente, no podía dejar de seguirle el juego al viejo científico.

El doctor Romano había estado comentando el aparato de una manera indirecta, como si se tratase de un proyecto futuro más que de un hecho actual. Se refirió a sus asombrosas posibilidades y afirmó que dejarían anticuadas todas las formas actuales de minería, además de eliminar para siempre el peligro de la escasez mundial de metales.

—Si el método es tan bueno —le espetó McKenzie—, ¿por qué no lo has puesto en práctica?

—¿Y qué crees que estoy haciendo aquí, en la corriente del Golfo —replicó el doctor—. Echa un vistazo a esto.

Abrió un armario de debajo del sonar y sacó una barrita de metal que arrojó a McKenzie. Parecía plomo, y evidentemente era muy pesada. El profesor la sopesó y dijo al instante:

—¡Uranio! ¿Quieres decir que...? —Sí, hasta el último gramo. Y hay mucho más en el lugar del que procede. —Se volvió al amigo de Harry y continuó—: George, ¿y si llevase

al profesor en su submarino a echar un vistazo a la instalación? No verá gran cosa pero se convencerá de que estamos trabajando en el asunto.

McKenzie estaba aún tan pensativo que no puso reparos a dar un paseo en una cosa tan insignificante como aquel submarino particular. Volvió a la superficie quince minutos más tarde, después de haber visto lo suficiente para despertar su apetito.

—Lo primero que quiero saber —dijo a Romano— es por qué me has enseñado esto. Es uno de los inventos más grandes que se han hecho jamás; ¿por qué no lo explota tu empresa?

Romano lanzó un pequeño gruñido. —Ya sabes que tuve una pelea con la junta —explicó—. En todo caso, esa pandilla de viejos decrépitos no podría ocuparse de algo tan grande como esto. Lamento tener que reconocerlo, pero creo que los piratas de Texas sois los chicos adecuados para este trabajo. —¿Es un invento tuyo?

—Sí; la compañía no sabe nada de ello, y yo he invertido medio millón de dólares en la empresa. Ha sido una especie de hobby. Pensé que alguien tenía que reparar el mal que se estaba haciendo, el saqueo de los continentes por gente como...

—Está bien, ya hemos oído esto otras veces... ¿Has pensado en dárnoslo a nosotros?

—¿Quién ha hablado de dar?

Tras un silencio embarazoso, McKenzie dijo cauteloso:

—Me parece que no es necesario que te comunique que nos interesaría mucho. Si nos das cifras sobre rentabilidad, porcentajes de extracción y demás datos importantes (no hará falta que nos suministres detalles técnicos si no quieres), podríamos hablar de negocios. Desde luego no puedo responder de mis socios, pero estoy seguro que pueden aportar lo suficiente para hacer un trato...

—Scott —dijo Romano, y su voz tenía ahora una nota de cansancio que por primera vez reflejaba su edad—, no me interesa hacer un trato con tus socios, no tengo tiempo para regatear con los muchachos en la sala de juntas y con sus abogados y los abogados de sus abogados. He estado haciendo esto durante cincuenta años y te aseguro que estoy cansado. Éste es mi invento. Lo he hecho con mi dinero y todo el equipo está en mi barco. Quiero hacer un trato personal contigo, directamente. Después, podrás encargarte de todo.

McKenzie pestañeó.

—No podría cargar con algo tan grande como esto —protestó—. Aprecio tu oferta, desde luego, pero si es lo que tú afirmas, vale miles de millones. Y yo no soy más que un pobre pero honrado millonario.

—El dinero ya no me interesa. ¿Qué haría con él a mis años? No, Scott, ahora sólo quiero una cosa, y la quiero inmediatamente, en este momento. Cámbiame el Sea Spray por mi invento.

—¡Estás loco! Incluso teniendo en cuenta la inflación, podrías construir el Spray por menos de un millón. Y tu invento debe valer...

—No quiero discutir, Scott. Lo que dices es verdad, pero soy viejo y tengo prisa, y por lo menos tardarían un año en construirme una embarcación como la tuya. La he estado deseando desde que me la enseñaste aquella vez en Miami. Mi proposición es que tú te quedes con el Valency, con todo su equipo de laboratorio y toda su documentación. Nosotros sólo tardaremos una hora en recoger nuestros efectos personales, y aquí tenemos un abogado que dará forma legal a la transacción. Después me dirigiré al Caribe, pasaré entre las islas y cruzaré el Pacífico.

—Lo tienes todo muy pensado, ¿verdad? —observó McKenzie, que no salía de su asombro. —Sí. ¿Lo tomas o lo dejas? —Es la primera vez en mi vida que hago un trato tan loco como éste —confesó McKenzie con cierto mal humor. Claro que lo tomo; sé lo que es una muía terca.

La hora siguiente fue de frenética actividad. Tripulantes sudorosos corrían arriba y abajo cargados con fardos y maletas mientras el doctor Romano permanecía sentado tranquilamente en medio del torbellino que había creado, con una sonrisa feliz en su viejo y arrugado semblante. George y el profesor McKenzie se pusieron a hablar de cuestiones legales y redactaron un documento que el doctor Romano firmó sin apenas echarle una mirada.

Empezaron a salir cosas inesperadas del Sea Spray, como un hermoso visón mutante y una bella rubia no mutante.

—Hola, Sylvia —saludó cortésmente el doctor Romano—. Lamento que va a encontrar las habitaciones un poco más exiguas. El profesor no me dijo que estuviese a bordo. No se preocupe, no figurará en el contrato; será un acuerdo entre caballeros. No quisiéramos inquietar a la señora McKenzie.

—¡No sé qué quiere usted decir! —dijo Sylvia, poniendo mala cara—. Alguien tiene que escribir a máquina para el profesor.

—Y tú lo haces terriblemente mal, querida —señaló McKenzie, ayudándola a pasar de una a otra embarcación con auténtica galantería del Sur.

Harry no pudo dejar de admirar su aplomo en una situación tan embarazosa como aquélla. Dudaba de que él lo hubiese hecho tan bien en su lugar, aunque lamentó no haber tenido oportunidad de comprobarlo.

Por fin cesó aquel caos; el torrente de cajas y bultos se convirtió en un goteo. El doctor Romano estrechó la mano a todos, dio las gracias a George y a Harry por su ayuda, subió al puente del Sea Spray, y diez minutos más tarde estaba a medio camino del horizonte.

Harry se estaba preguntando si era ya el momento de despedirse también (no habían explicado al profesor McKenzie lo que estaban haciendo en aquel lugar), cuando de pronto empezó a sonar el radioteléfono. Era el doctor Romano.

—Supongo que se habrá olvidado el cepillo de dientes... —dijo George.

La cosa no era tan trivial. Fue una suerte que estuviera conectado el altavoz. La escucha casi les era impuesta y no requería ninguno de los esfuerzos que la hacen tan incómoda para un caballero.

—Escucha, Scott —dijo el doctor Romano—, creo que te debo una explicación.

—Si me has timado, me pagarás hasta el último centavo...

—Nada de eso. Pero te presionaré bastante, aunque todo lo que dije era la pura verdad. No te enfades conmigo, porque has hecho un buen negocio. Ahora bien, tardarás mucho tiempo en ganar dinero con él y tendrás que invertir unos cuantos millones de dólares. Mira, habrá que elevar al cubo la eficacia para que la cosa resulte comercial: aquella barrita de uranio me costó dos mil dólares. Pero no te saltes la tapa de los sesos, porque puede hacerse, estoy seguro. Tienes que recurrir al doctor Kendall, uno de mis hombres, que es quien hizo el trabajo básico; contrátalo te cueste lo que te cueste. Sé que eres obstinado y terminarás la obra que ahora tienes entre manos. Por eso quise que fueses tú. Y también por un poético sentimiento de justicia: así podrás pagar algunos de los daños que has causado a la Tierra. Lástima que te harás multimillonario; pero esto no puede evitarse.

»Espera un momento... no cuelgues. Yo habría terminado el trabajo si hubiese tenido tiempo, pero se necesitarán por lo menos otros tres años. Y los médicos dicen que sólo me quedan seis meses de vida: no bromeaba cuando te expliqué que tenía prisa. Me alegro de haber cerrado al trato sin tener que decirte eso, pero puedes estar seguro de que lo habría utilizado como arma en caso necesario. Sólo una cosa más: cuando la operación funcione, ¿querrás ponerle mí nombre? Esto es todo; no hace falta que me llames. No te contestaría... y sé que no puedes alcanzarme.

El profesor McKenzie no se tiró de los pelos.

—Me imaginaba que sería algo así —comentó, a nadie en particular.

Entonces se sentó tranquilamente, sacó una complicada regla de cálculo de bolsillo y se olvidó del mundo. Apenas levantó la cabeza cuando George y Harry, rebasados por los acontecimientos, se despidieron cortésmente y se alejaron en silencio.

—Como muchas cosas que ocurren estos días —concluyó Harry Purvis—, todavía no sé en qué acabó todo aquello. Me imagino que el profesor McKenzie habrá tropezado con algunos obstáculos, porque de lo contrario habríamos oído hablar de la operación. Pero no me cabe duda de que, más pronto o más tarde, se llevará adelante; así pues, dispóngase a vender sus acciones de compañías mineras...

»En cuanto al doctor Romano, no hablaba en broma, aunque sus médicos se equivocaron un poco en sus cálculos. Duró todo un año, y creo que el Sea Spray contribuyó mucho a ello. Lo sepultaron en medio del Pacífico y estoy seguro de que el viejo lo habría agradecido. Ya les he dicho que era un conservador fanático, y resulta curioso pensar que tal vez ahora esté pasando algunos de sus átomos por su criba molecular...

»Observo algunas miradas incrédulas, pero eso no tiene vuelta de hoja. Si cogen ustedes un vaso de agua, lo vierten en el océano, lo mezclan bien y llenan después el vaso con agua del mar, aún habrá en ella algunas moléculas de agua original del vaso. Por consiguiente —añadió, lanzando una extraña risita—, sólo es cuestión de tiempo que no sólo el doctor Romano sino todos nosotros hagamos alguna contribución a la criba. Y con esta reflexión caballeros, les deseo a todos muy buenas noches.

EL MURO DE OSCURIDAD

La primera frase de El Muro de Oscuridad ha sido citada recientemente en documentos de Cosmología, porque algunos físicos teóricos creen ahora que es literalmente cierto. El cuento (reimpreso ahora en mi colección The Other Side of the Sky) refleja mi antigua curiosidad sobre dimensiones más altas y la naturaleza del espacio y del tiempo, aunque hace mucho que perdí la esperanza de seguir las teorías modernas en este campo.

El Muro de Oscuridad se funda realmente en dos ideas. Primera: la cinta de Moebius, por simple que parezca, contiene más de lo que se ve a simple vista. Segunda: el Universo es todavía más extraño de lo que podemos imaginar (hipótesis de Haldane).

Pocas horas después de escribir esto, tropecé con este pasaje en Sky & Telescope: «Las leyes de la física de baja energía e incluso la dimensionalidad de espacio-tiempo, pueden ser diferentes en cada uno de estos miniuniversos el campo quantum que da

origen al Universo no es uniforme a escala microscópica, sino que se parece a una espuma no homogénea y "caótica" de espacio-tiempo.» (The Self Reproducing Universe, por Eugene F. Mallove, septiembre 1988, págs. 253-56.)

¿Comprenden lo que quiero decir?

Muchos y extraños son los universos arrastrados como burbujas en la espuma del Río del Tiempo. Algunos, muy pocos, se mueven contra o a través de su corriente, y menos aún son los que se mantienen eternamente fuera de su alcance, sin saber nada del futuro ni del pasado. El cosmos diminuto de Shervane no era de ninguna de estas clases: su rareza era de un orden diferente. Contenía sólo un mundo, el planeta de la raza de Shervane, y una sola estrella, el gran sol Trilorne, que le daba vida y luz.

Shervane no conocía la noche porque Trilorne se hallaba siempre alto sobre el horizonte, acercándose sólo a él en los largos meses de invierno. Cierto que, más allá de las fronteras de la Tierra de la Sombra, había una estación en que Trilorne desaparecía debajo del borde del mundo y se hacía una oscuridad en la que nada podía vivir. Pero ni siquiera entonces la oscuridad era absoluta, aunque no había estrellas para mitigarla.

Solo en un pequeño cosmos, presentando siempre la misma cara hacia su sol solitario, el mundo de Shervane era la última y más extraña broma del Hacedor de las Estrellas.

Sin embargo, mientras contemplaba las tierras de su padre, las ideas que llenaban la mente de Shervane eran las mismas que habría podido concebir cualquier criatura humana. Sentía respeto, curiosidad y un poco de miedo, y por encima de todo, un gran deseo de salir al gran mundo que se extendía ante él. Todavía era demasiado joven para esto, pero la antigua casa se hallaba en el terreno más elevado en muchos kilómetros a la redonda, por lo que podía mirar hasta muy lejos la tierra que un día sería suya. Cuando se volvió hacia el norte, con Trilorne brillando sobre su cara, pudo ver a muchos kilómetros de distancia la larga cadena de montañas que torcía hacia la derecha, elevándose cada vez más hasta desaparecer detrás de él en dirección a la Tierra de la Sombra. Un día, cuando fuese mayor, cruzaría aquellas montañas por el puerto que conducía a las grandes tierras del este.

A su izquierda estaba el océano, a sólo unos pocos kilómetros, y a veces Shervane podía oír el estampido de las olas al romper sobre las playas suavemente inclinadas. Nadie sabía hasta dónde llegaba el océano. Algunos barcos habían intentado cruzarlo, navegando hacia el norte mientras Trilorne se elevaba cada vez más en el cielo y el calor de sus rayos se hacía más intenso. Mucho antes de que el gran sol alcanzase el cénit, se

habían visto obligados a regresar. En el caso de que existieran las míticas Tierras del Fuego, no había esperanza de llegar a sus ardientes costas, a menos que las leyendas fueran realmente ciertas. Se decía que hubo un tiempo en que rápidas embarcaciones metálicas podían cruzar el océano, a pesar del calor de Trilorne, para llegar a las tierras del otro lado del mundo. Aquellos países ahora sólo podían alcanzarse con un tedioso viaje por tierra y mar, que únicamente podía acortarse un poco yendo lo más posible hacia el norte.

Todos los países habitados del mundo de Shervane se hallaban en un estrecho cinturón entre el calor ardiente y el frío insoportable. En cada uno de ellos, el lejano norte era una región inaccesible, azotada por la furia de Trilorne. Y al sur de todos los países se extendía la vasta y tenebrosa Tierra de la Sombra, donde Trilorne no era más que un pálido disco en el horizonte, a menudo completamente invisible.

Estas cosas las aprendió Shervane en los años de su infancia, durante los cuales nunca tuvo deseos de abandonar las vastas tierras entre las montañas y el mar. Desde los albores del tiempo, sus antepasados y las razas que los precedieron se habían afanado por hacer de sus tierras las mejores del mundo; si no lo habían conseguido, había sido por muy poco. Había jardines resplandecientes de extrañas flores; había arroyos que fluían suavemente entre rocas cubiertas de musgo para perderse en las aguas puras de un mar sin mareas; había campos de cereales que susurraban continuamente bajo el viento, como si generaciones de semillas aún no germinadas se hablasen unas a otras. En los extensos prados y entre los árboles, el manso ganado se movía a su antojo. Y allí estaba la casa grande, con sus vastas habitaciones y sus interminables pasillos; bastante grande en realidad, pero más aún en la mente de un niño. Éste era el mundo que conocía y que amaba. Hasta ahora, lo que había detrás de sus fronteras no le había preocupado.

Pero el universo de Shervane no era de los que están libres del dominio del tiempo. La cosecha maduraba y se recogía en los graneros. Trilorne se mecía lentamente en su pequeño arco de cielo, y con el paso de las estaciones fueron creciendo la mente y el cuerpo de Shervane. Su tierra parecía ahora más pequeña: las montañas estaban más cerca y bastaba un corto paseo desde la casa para llegar al mar. Empezó a aprender cosas sobre el mundo en el que vivía y a prepararse para el papel que tendría que representar en su desarrollo.

Algunas de estas cosas las aprendió de su padre, Sherval, pero la mayoría se las enseñó Grayle, que había venido del otro lado de las montañas en tiempos del padre de su padre, y que había sido preceptor de tres generaciones de la familia de Shervane. Éste

apreciaba a Grayle, aunque el viejo le enseñaba muchas cosas que no deseaba aprender, y los años de su infancia pasaron agradablemente, hasta que le llegó el momento de cruzar las montañas e ir a las tierras de más allá. Hacía muchísimo tiempo que su familia había venido de los grandes países del este y, desde entonces y en cada generación, el hijo mayor había hecho aquella peregrinación para pasar un año de su juventud entre sus primos. Era una sabia costumbre pues allende las montañas se conservaban muchos conocimientos del pasado, y uno podía conocer hombres de otras tierras y estudiar sus costumbres.

En la última primavera, antes de la partida de su hijo, Sherval tomó tres criados y unos animales a los que llamaremos caballos, y llevó a Shervane a visitar aquellas partes del país en las que nunca había estado. Cabalgaron hacia el oeste, hasta el mar, y siguieron por su orilla durante muchos días, hasta que Trilorne fue visible más cerca del horizonte. Luego siguieron hacia el sur, alargándose sus sombras ante ellos, y sólo volvieron hacia el este cuando los rayos del sol parecieron haber perdido toda su fuerza. Ahora estaban dentro de los límites de la Tierra de la Sombra, y no sería prudente ir más hacia el sur hasta que fuese pleno verano.

Shervane cabalgaba al lado de su padre, observando el paisaje cambiante con la ávida curiosidad del muchacho que ve un nuevo país por vez primera. Su padre hablaba del campo, de los cultivos que podrían prosperar allí y de los que podrían fracasar. Pero la atención de Shervane estaba en otra parte: contemplaba la desolada Tierra de la Sombra, preguntándose hasta dónde se extendía y qué misterios ocultaba.

—Padre —dijo ahora—, si fueses hacia el sur en línea recta, cruzando la Tierra de la Sombra, ¿llegarías al otro lado del mundo?

Su padre sonrió.

—Los hombres se han hecho esta pregunta desde hace siglos —explicó—, pero hay dos razones por las que nunca sabrán la respuesta.

—¿Cuáles son?

—La primera es la oscuridad y el frío, desde luego. Incluso aquí, nada puede vivir durante los meses de invierno. Pero hay otra razón más poderosa. Quizás ya, te haya hablado Grayle de ella.

—Me parece que no; al menos no lo recuerdo.

Sherval se puso en pie sobre los estribos y observó la tierra, hacia el sur.

—Tiempo atrás conocía muy bien este lugar —dijo a Shervane—. Ven, voy a enseñarte algo.

Se desviaron del camino que habían estado siguiendo, y durante varias horas cabalgaron nuevamente de espaldas al sol. La tierra se elevaba ahora con suavidad, y Shervane, se dio cuenta de que estaban subiendo a una cadena de montañas rocosas que apuntaba como una daga al corazón de la Tierra de la Sombra. Por fin llegaron a un monte demasiado empinado para que pudiesen subir los caballos; desmontaron y dejaron los animales al cuidado de los servidores.

—Se puede dar un rodeo —indicó Sherval—, pero es más rápido subir a pie que llevar los caballos al otro lado.

El monte, aunque escarpado era pequeño, y llegaron a la cima en pocos minutos. Al principio, Shervane no pudo ver nada que no hubiese visto antes; era el mismo desierto ondulado, que parecía hacerse más oscuro y amenazador a cada paso que daban alejándose de Trilorne.

Se volvió a su padre, un poco desconcertado, pero Sherval señaló hacia el lejano sur y trazó una cuidadosa línea a lo largo del horizonte.

—No es fácil de distinguir —dijo pausadamente—. Mi padre me lo mostró desde este mismo lugar, muchos años antes de que tú nacieras.

Shervane miró hacia la sombra. El cielo meridional era tan oscuro que resultaba casi negro, y descendía para encontrarse con el borde del mundo. Pero no del todo, porque a lo largo del horizonte, en una gran curva que se separaba la tierra del cielo, y que parecería no pertenecer a ninguno de los dos, se veía una franja de oscuridad más profunda, negra como la noche que Shervane no había conocido jamás.

Miró fijamente aquello durante mucho rato, y tal vez algún atisbo del futuro se deslizó en su alma pues aquella tierra oscura pareció de pronto viva y como si lo estuviese esperando. Cuando al fin apartó la mirada, supo que nada volvería a ser lo mismo, aunque era todavía demasiado joven para reconocer el desafío.

Y así fue como Shervane vio el Muro por primera vez en su vida.

A principios de la primavera se despidió de los suyos y cruzó con un criado las montañas para ir a las grandes tierras del mundo oriental. Allí conoció a hombres que tenían antepasados comunes con él, y allí estudió la historia de su raza, las artes nacidas en tiempos antiguos, y las ciencias que habían regido las vidas de los hombres. En los lugares de enseñanza se hizo amigo de muchachos que habían venido al este desde más lejos aún; a pocos de ellos volvería a ver de nuevo, pero había uno que representaría en su vida un papel más importante de lo que ninguno de los dos podía imaginar. El padre de Brayldon era un famoso arquitecto, pero su hijo pretendía superarlo. Viajaba de un país a

otro, siempre aprendiendo, observando, preguntando. Aunque sólo tenía unos pocos años más que Shervane, su conocimiento del mundo era infinitamente mayor, o al menos eso le parecía a su compañero más joven.

Entre los dos despedazaban el mundo y lo reconstruían según sus deseos. Brayldon soñaba ciudades cuyas grandes avenidas e importantes torres eclipsarían incluso a las maravillas del pasado. El interés de Shervane recaía más bien en la gente que viviría en aquellas ciudades y en la manera en que organizarían sus vidas.

Con frecuencia hablaban del Muro, que Brayldon conocía por los relatos de su familia, pero que no había visto nunca con sus ojos. Muy hacia el sur de cada país, como Shervane había podido comprobar, se extendía como una gran barrera a través de la Tierra de la Sombra. Viajeros que habían estado en aquellas playas solitarias, apenas calentadas por los últimos y débiles rayos de Trilorne, habían observado cómo marchaba la oscura sombra del Muro mar adentro, despreciando las olas bajo sus pies. Y en las costas lejanas, otros viajeros lo habían visto avanzar a través del océano y adelantarles en su viaje alrededor del mundo.

—Un tío mío, cuando era joven, fue una vez hasta el Muro —dijo Brayldon—. Lo hizo por una apuesta, y cabalgó durante diez días para llegar a él. Creo que lo aterrorizó, de enorme y frío como era. No pudo saber si era de metal o de piedra, y cuando lanzó unos gritos no se oyó ningún eco sino que la voz se fue extinguiendo rápidamente, como si el Muro se hubiese tragado el sonido. Mi familia cree que es el fin del mundo, y que más allá no hay nada.

—Si esto fuese verdad —replicó Shervane con lógica irrefutable—, el océano se habría vertido por el borde antes de que se construyese el Muro.

—No, si lo construyó Kyrone al crear el mundo.

Shervane no estuvo de acuerdo.

—Los míos creen que es obra del hombre, tal vez de los ingenieros de la Primera Dinastía que hicieron tantas maravillas. Si realmente disponían de naves que podían llegar a las Tierras del Fuego, e incluso naves que podían volar, debían tener conocimientos suficientes para construir el Muro.

Brayldon se encogió de hombros.

—Debieron tener buenas razones —dijo—. Nunca sabremos la respuesta, así que no merece la pena preocuparnos.

Este consejo eminentemente práctico era, según pudo descubrir, todo lo que le daría el hombre corriente. Sólo los filósofos se interesaban por preguntas sin respuesta: para la mayoría de la gente, el enigma del Muro, como el problema de la existencia, era algo que

apenas pasaba por su mente. Y todos los filósofos que había conocido le habían dado respuestas diferentes.

Primero fue Grayle, al que preguntó a su regreso de la Tierra de la Sombra. El viejo lo miró serenamente y dijo:

—Sólo hay una cosa detrás del Muro, según he oído decir. Y es la locura.

Después fue Artex, que era tan viejo que apenas si podía oír las tímidas preguntas de Shervane. Había mirado al muchacho entre unos párpados que parecían demasiado cansados para abrirse del todo, y le había respondido, después de mucho rato:

—Kyrone construyó el Muro en el tercer día de la creación del mundo. Lo que hay más allá lo sabremos cuando muramos, porque es allí donde van las almas de los muertos.

En cambio, Irgan, que vivía en la misma ciudad, le había dado una respuesta totalmente distinta:

—Sólo la memoria puede contestar tu pregunta, hijo mío. Porque detrás del Muro está la tierra donde vivimos antes de nacer.

¿A quién tenía que creer? Lo cierto era que nadie lo sabía: si alguna vez se había tenido este conocimiento, se había perdido desde tiempo inmemorial.

Aunque esta indagación no había tenido éxito, Shervane había aprendido muchas cosas en aquel año de estudio. Cuando llegó la primavera se despidió de Brayldon y de los demás amigos a quienes había tratado durante tan poco tiempo, y se lanzó a la antigua carretera que lo conduciría de nuevo a su país. Hizo de nuevo el peligroso viaje, atravesando el gran puerto de montaña donde las paredes de hielo se alzaban amenazadoras hacia el cielo. Llegó al lugar donde la carretera se torcía hacia abajo, de nuevo hacia el mundo de los hombres, donde había calor y corrientes de agua y la respiración no resultaba penosa por el aire helado. Desde allí, en la última cuesta del camino, antes de descender al valle, se podía ver una gran extensión de tierra y el resplandor lejano del océano. Y desde allí, casi perdida en la niebla, en el borde del mundo, Shervane pudo ver la línea de sombra que era su propio país.

Descendió por la ancha cinta de piedra hasta que llegó al puente que los hombres habían construido sobre la catarata, hacía mucho tiempo, cuando el único camino fue destruido por un terremoto. Pero el puente ya no estaba: las tormentas y los aludes de principios de la primavera se habían llevado uno de los macizos pilares, y el bello arco iris de metal yacía trescientos metros más abajo, como una ruina retorcida, sobre el agua y la espuma. Hasta después del verano no podría abrirse de nuevo la carretera. Y Shervane se volvió tristemente, sabiendo que tendría que pasar otro año antes de que pudiese regresar a su casa.

Se detuvo durante un buen rato en la última curva de la carretera, mirando atrás, hacia la tierra inalcanzable que guardaba todo lo que él amaba. Pero la niebla se había cerrado sobre ella y no pudo verla. Desanduvo resueltamente el camino hasta que desaparecieron las tierras despejadas y lo envolvieron de nuevo las montañas.

Cuando regresó Shervane, Brayldon aún estaba en la ciudad. Se quedó sorprendido pero al mismo tiempo se alegró de ver a su amigo, y juntos discutieron lo que tendrían que hacer al año siguiente. Los primos de Shervane, que apreciaban a su huésped, no lamentaron verlo de nuevo, pero sugirieron amablemente que no estaría bien considerado que dedicase otro año a sus estudios.

El plan de Shervane fue madurando lentamente, frente a una considerable oposición. Ni siquiera Brayldon se mostró muy entusiasta al principio, y sólo después de muchas discusiones se avino a colaborar. A partir de entonces, la conformidad de los demás fue sólo cuestión de tiempo.

Se acercaba el verano cuando los dos muchachos emprendieron el viaje hacia el país de Brayldon. Cabalgaban velozmente, porque el trayecto era largo y debían terminarlo antes de que Trilorne iniciase su descenso de invierno. Cuando llegaron a las tierras que Brayldon conocía, hicieron ciertas preguntas que fueron recibidas con sacudidas de cabeza. Pero las respuestas que les dieron fueron exactas. Pronto se encontraron en la Tierra de la Sombra, y Shervane vio el Muro por segunda vez en su vida.

No parecía muy lejos cuando lo divisaron, elevándose en una llanura desolada y solitaria. Pero tuvieron que cabalgar durante mucho tiempo sobre aquella llanura antes de acercarse al Muro. Casi habían llegado a sus pies cuando se dieron cuenta de lo cerca que estaban de él, pues no había manera de calcular la distancia hasta que podía tocarse alargando el brazo.

Cuando Shervane contempló aquella monstruosa pared de ébano que tanto había turbado su mente, tuvo la impresión de que se cernía sobre él y que estaba a punto de derrumbarse y aplastarlo. Apartó con dificultad los ojos de la visión hipnótica y se acercó todavía más para examinar el material de que estaba construido.

Tal como le había explicado Brayldon, era frío al tacto, más frío de lo normal incluso en aquella tierra privada de sol. No era duro ni blando, pues su textura eludía la mano de una manera difícil de comprender. Shervane notó que algo le impedía establecer contacto con la superficie, pero no vio ningún espacio entre el Muro y sus dedos cuando los apoyó en él.

Más extraño era aún el misterioso silencio de que había hablado el tío de Brayldon: las palabras eran amortiguadas, y todos los sonidos se extinguían con una rapidez anormal.

Brayldon descargó algunos instrumentos y herramientas de los caballos y empezó a examinar la superficie del Muro. Pronto descubrió que ningún taladro ni instrumento cortante podría mellarlo, y llegó a la misma conclusión que Shervane. El Muro no sólo era inexpugnable sino que resultaba imposible establecer contacto con él.

Contrariado, cogió una regla de metal totalmente recta y aplicó su borde contra la pared. Mientras Shervane sostenía un espejo para reflejar la débil luz de Trilorne a lo largo de la línea de contacto, Brayldon observó la regla desde el otro lado. Tal como había imaginado, entre las dos superficies había una estrechísima raya de luz.

Brayldon miró pensativo a su amigo.

—Shervane —dijo—, no creo que el Muro esté hecho de materia según el concepto que tenemos de ella.

—Entonces tal vez eran ciertas las leyendas que señalaban que no había sido construido sino creado tal como lo vemos ahora.

—También yo pienso lo mismo —convino Brayldon—.

Guardó sus herramientas inservibles y empezó a montar un sencillo teodolito portátil.

—Ya que no puedo hacer nada más —dijo con una sonrisa forzada—, al menos podré saber exactamente su altura.

Cuando miraron atrás para echar un último vistazo al Muro, Shervane se preguntó si volvería a verlo. Nada más podía averiguar: debía olvidar para siempre al absurdo sueño de que un día podría descubrir su secreto. Tal vez no había ningún secreto; tal vez la Tierra de la Sombra se extendía más allá del Muro y seguía la curva del mundo hasta volver a encontrar la misma barrera. Esto parecía lo más probable. Pero si era así, ¿porqué había sido construido el Muro, y qué raza lo había hecho?

Hizo un esfuerzo extraordinario por apartar estas cuestiones de su mente y cabalgó hacia la luz de Trilorne, pensando en un futuro en que el Muro no jugaría más papel que el que tenía en las vidas de otros hombres.

Pasaron por tanto dos años antes de que Shervane pudiese regresar a su casa. En dos años pueden olvidarse muchas cosas, sobre todo cuando se es joven; incluso la más próximas al corazón pierden su diafanidad y no es posible recordarlas con claridad. Cuando Shervane pasó por las últimas estribaciones de las montañas y se halló de nuevo en la tierra de su infancia, el gozo del regreso a casa estuvo mezclado con una extraña tristeza. ¡Había olvidado tantas cosas que pensaba que siempre recordaría!

Se tenía noticia de su regreso y pronto vio un grupo de caballos que galopaban hacia él por la carretera. Espoleó ansiosamente su montura, preguntándose si Sherval habría

salido a recibirle, y se sintió un poco desilusionado al ver que era Grayle quien iba al frente de la comitiva.

Shervane se detuvo cuando el viejo llegó junto a él. Entonces Grayle apoyó una mano en su hombro, pero volvió la cabeza y estuvo un rato sin poder hablar.

Shervane se enteró entonces de que las tormentas del año anterior habían destruido algo más que el viejo puente: un rayo había arruinado completamente su casa. Años antes de lo previsto, todas las tierras que poseía Sherval habían pasado a manos de su hijo. E incluso mucho más, pues toda la familia se hallaba reunida en la casa grande, siguiendo la costumbre anual, cuando el fuego descendió sobre ella. Todo lo que había entre las montañas y el mar había pasado a su poder en un instante. Era el hombre más rico que había conocido su país durante generaciones, pero lo habría dado todo por poder mirar de nuevo los ojos grises y tranquilos del padre, a quien nunca volvería a ver.

Trilorne había salido y se había puesto muchas veces en el cielo desde que Shervane se había despedido de su infancia en la carretera que bordeaba las montañas. La tierra había prosperado en los años transcurridos, y las propiedades que Shervane poseía de pronto habían aumentado continuamente de valor. El las había administrado bien, y ahora volvía a tener tiempo para soñar. Más aún, tenía riquezas suficientes para hacer que sus sueños se convirtiesen en realidad.

Con frecuencia habían llegado noticias, desde el otro lado de las montañas, del trabajo que estaba haciendo Brayldon en el este, y aunque los dos amigos no habían vuelto a encontrarse desde su juventud, habían intercambiado mensajes con regularidad. Brayldon había realizado sus ambiciones: no sólo había diseñado los dos edificios más grandes levantados desde los antiguos tiempos, sino que había proyectado toda una nueva ciudad, aunque no podría verla terminada en vida. Al conocer estas cosas, Shervane recordaba las aspiraciones de su propia juventud, y su pensamiento volaba a través de los años al día en que los dos habían llegado al pie del majestuoso Muro. Durante mucho tiempo luchó contra sus ideas, temiendo revivir viejos afanes que no podrían ser saciados. Pero al fin tomó su decisión y escribió a Brayldon, porque ¿de qué servían la riqueza y el poder si no podían emplearse para llevar a cabo sus sueños?

Mientras esperaba la respuesta se preguntó si Brayldon habría olvidado el pasado en los años que le habían dado fama. No tuvo que esperar mucho: Brayldon no podía venir enseguida, pues tenía que terminar obras importantes, pero cuando estuviesen concluidas se reuniría con su viejo amigo. Shervane le había lanzado un desafío digno de

él, un desafío que, si salía triunfante le daría más satisfacción que todo lo que había hecho hasta entonces.

Vino a principios del verano siguiente, y Shervane fue a recibirlo a la carretera, al pie del puente. Eran unos muchachos cuando se habían despedido, y ahora se acercaban a la edad madura; sin embargo, al saludarse, los años parecieron desvanecerse y uno y otro se alegraron interiormente al ver lo bien que había tratado el Tiempo al amigo que recordaba.

Pasaron muchos días hablando de los planes que había diseñado Brayldon. La obra era enorme y tardaría muchos años en realizarse, pero para un hombre tan rico como Shervane era factible llevarla a cabo. Antes de prestar su conformidad definitiva, llevó a su amigo a ver a Grayle.

El viejo llevaba viviendo algunos años en la casita que Shervane había construido para él. Durante mucho tiempo no había desempeñado un papel activo en el cuidado de las grandes fincas, pero siempre estaba a punto para dar un consejo, que era invariablemente acertado.

Grayle sabía por qué había venido Brayldon a esta tierra, y no mostró sorpresa cuando el arquitecto le mostró sus planos. El dibujo más grande representaba el Muro, con una gran escalera subiendo a su lado desde el llano. A seis intervalos iguales, la rampa que ascendía lentamente se detenía en amplias plataformas, la última de las cuales estaba a poca distancia de lo alto, del Muro. Sobresaliendo de la escalera, en una veintena de puntos a lo largo de ella, había unos contrafuertes volantes que Grayle consideró al principio muy frágiles y delicados para el trabajo que tenían que hacer. Pero entonces se percató de que la gran rampa se sostendría en gran parte por sí sola y que, en un lado, todo el impulso lateral sería soportado por el propio Muro.

Miró en silencio el plano durante un rato, y después observó pausadamente:

—Siempre has conseguido salirte con la tuya, Shervane. Tenía que haber sospechado que esto ocurriría algún día.

—Entonces, ¿crees que es una buena idea? —preguntó Shervane.

Nunca había obrado contra los consejos del viejo y estaba ansioso por conocerlos ahora. Como de costumbre, Grayle fue directamente al grano.

—¿Cuánto costará? —preguntó.

Cuando Brayldon dio la cifra, se produjo un impresionante silencio.

—Esto incluye —añadió apresuradamente el arquitecto—. La construcción de una buena carretera a través de la Tierra de la Sombra y la de una pequeña población para los trabajadores. La escalera propiamente dicha se hará con un millón de bloques

idénticos que serán ensamblados para formar una estructura rígida. Espero que podamos hacerlos con los minerales que encontraremos en la Tierra de la sombra. —Suspiró suavemente—. Me habría gustado construirla con varillas de metal soldadas, pero esto aún habría costado más porque habrían tenido que traerse del otro lado de las montañas.

Grayle examinó más atentamente el plano.

—¿Por qué te has detenido antes de lo alto del Muro? —preguntó.

Brayldon miró a Shervane, que contestó la pregunta un poco confuso.

—Quiero ser el único que haga la ascensión final —declaró—. La última fase será una máquina elevadora sobre la plataforma más alta. Puede ser peligroso, y por eso iré solo.

No era la única razón, pero sí buena. Grayle había dicho que detrás del Muro estaba la locura. Si esto era verdad, no hacía falta que nadie más lo viese.

Grayle prosiguió en su tono pausado y soñador:

—En este caso, lo que hagas no será bueno ni malo ya que sólo te afectará a ti. Si el Muro fue construido para impedir que algo pase a nuestro mundo, seguirá siendo infranqueable desde el otro lado.

Brayldon asintió con la cabeza.

—Ya había pensado en eso —dijo con un poco de orgullo—. En caso necesario la rampa podrá ser destruida al instante por explosivos colocados en sitios adecuados.

—Está muy bien —comentó el viejo—. Aunque yo no creo en esas historias, conviene estar preparados. Espero que cuando quede terminada la obra aún esté aquí. Y ahora intentaré recordar lo que oí sobre el Muro cuando era tan joven como eras tú. Shervane, cuando me preguntaste por vez primera sobre esto.

Antes de que llegase el invierno, se había trazado la carretera del Muro y se había comenzado los cimientos de la población provisional. La mayoría de los materiales que necesitaba Brayldon no eran difíciles de encontrar, porque la Tierra de la Sombra era rica en minerales. Brayldon también había observado el Muro y elegido el lugar para levantar la escalera. Cuando Trilorne empezó a hundirse en el horizonte, Brayldon estaba muy satisfecho del trabajo realizado.

El verano siguiente se habían tallado a satisfacción de Brayldon los primeros de los innumerables bloques, y antes de que llegase el invierno ya tenían varios miles y habían puesto parte de los cimientos. Brayldon dejó a un ayudante de confianza al cuidado de la producción para él poder reanudar su trabajo interrumpido. Cuando se hubiesen elevado los bloques suficientes, volvería para supervisar la construcción, pero hasta entonces no sería necesaria su presencia.

Shervane cabalgaba dos o tres veces al año hasta el Muro para ver cómo se apilaba el material en grandes pirámides, y cuatro años más tarde Brayldon volvió con él. Las hileras de piedra empezaron a trepar junto al flanco del Muro, y los delicados contrafuertes comenzaron a arquearse en el espacio. Al principio la escalera crecía lentamente, pero al acercarse a lo alto del Muro lo hacía cada vez con más rapidez. Durante una tercera parte de cada año había que suspender el trabajo. Durante el largo invierno, Shervane se acercaba al límite de la Tierra de la Sombra, y escuchaba las tormentas que retumbaban al sumirse en la resonante oscuridad. Pero Brayldon había construido bien y su obra aparecía ilesa cada primavera, como si tuviese que sobrevivir al propio Muro.

A los siete años del comienzo de la obra se colocaron los últimos bloques. Desde un kilómetro de distancia, para poder ver enteramente la estructura, Shervane recordó con admiración cómo todo esto había surgido de los primeros planos que Brayldon le había mostrado hacía años, y comprendió la emoción que debe sentir el artista cuando sus sueños se hacen realidad. Y recordó también el día en que, siendo un muchacho y al lado de su padre, había contemplado por primera vez el Muro en la lejanía, contra el cielo oscuro de la Tierra de la Sombra.

Había una barandilla alrededor de la plataforma superior, pero a Shervane no le importó acercarse al borde. El suelo estaba a una distancia vertiginosa, por lo que trató de olvidar la altura en que se hallaba para ayudar a Brayldon y a los trabajadores a montar la pequeña grúa que lo elevaría los cinco metros que restaban. Cuando estuvo preparada, entró en la máquina y se volvió a su amigo con todo el aplomo que le fue posible.

—Sólo estaré ausente unos pocos minutos —informó con forzada naturalidad—. Encuentre lo que encuentre, volveré enseguida.

No podía imaginar entonces lo inexacta que era su presunción.

Grayle estaba ahora casi ciego y no conocería otra primavera. Pero reconoció las pisadas que se acercaban y saludó a Brayldon por su nombre antes de que el visitante tuviese tiempo de hablar.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. He estado pensando en todo lo que me dijiste y creo que al fin sé la verdad. Tal vez también tú la hayas adivinado.

—No —declaró Brayldon—. He tenido miedo de pensar en ello.

El viejo sonrió ligeramente.

—¿Por qué hay que tener miedo de algo, sólo porque es extraño? El Muro es maravilloso, sí, pero no hay nada terrible en él para quienes se enfrenten sin vacilar con su secreto.

»Cuando yo era un muchacho, mi viejo maestro me dijo una vez que el tiempo nunca podía destruir la verdad, que sólo podía ocultarla entre leyendas. Tenía razón. De todas las historias que se han urdido sobre el Muro, ahora puedo elegir las que son parte de la Historia.

»Hace mucho tiempo, cuando la Primera Dinastía estaba en su apogeo, Trilorne era más cálido que ahora y la Tierra de la Sombra era fértil y estaba habitada, como tal vez lo estarán las Tierras de Fuego cuando Trilorne sea viejo y débil. Los hombres podían ir libremente hacia el sur porque no había un Muro que les cerrase el camino. Muchos debieron de hacerlo, buscando nuevas tierras en las que se asentarse. Lo que le ha ocurrido a Shervane les ocurrió también a ellos y debió trastornar muchas mentes; tantas, que los científicos de la Primera Dinastía construyeron el Muro para impedir que la locura se extendiese por toda la tierra. No puedo creer que esto sea verdad, pero la leyenda afirma que se construyó en un solo día, sin trabajo, de una nube que cercaba el mundo.

Se quedó ensimismado, y Brayldon permaneció en silencio. Su mente estaba lejos, en el pasado, imaginando su mundo como un globo perfecto flotando en el espacio mientras sus antiguos pobladores levantaban la franja de oscuridad alrededor del ecuador. Por falsa que pudiese ser esta imagen en su detalle más importante, nunca pudo borrarla por entero de su mente.

Al pasar lentamente los últimos metros del Muro por delante de sus ojos, Shervane necesitó hacer acopio de todo su valor para no pedir a gritos que la bajasen. Recordó algunas terribles historias de las que se había reído, pues procedía de una raza que estaba singularmente libre de supersticiones. Pero ¿y si aquellas historias fuesen verdad y el Muro se hubiese construido para salvar al mundo de algún horror?

Intentó olvidar aquellas ideas y descubrió que no era muy difícil en cuanto hubo superado el nivel más alto del Muro. Al principio no pudo interpretar el cuadro que le ofrecían sus ojos; después vio que estaba mirando a través de una continua sábana negra cuya anchura no podía calcular.

La pequeña plataforma se detuvo, y Shervane advirtió, con una admiración apenas consciente, lo exactos que habían sido los cálculos de Brayldon. Entonces, con una última palabra para tranquilizar a los de abajo, saltó sobre el Muro y echó a andar resueltamente hacia delante.

Al principio le pareció que la llanura que se extendía delante de él era infinita, pues no podía ver dónde se encontraba en el cielo. Pero siguió caminando sin vacilar, dando la

espalda a Trilorne. Le hubiera gustado utilizar su propia sombra como guía, pero ésta se perdía en la oscuridad más intensa de debajo de sus pies.

Había algo que marchaba mal: a cada paso que daba, aumentaba la oscuridad. Se volvió en redondo, sobresaltado, y vio que el disco de Trilorne era ahora pálido y mate, como si lo estuviese mirando a través de un cristal ahumado. Y con creciente temor, se dio cuenta de que no era sólo esto lo que había sucedido: Trilorne era más pequeño que el sol que había conocido durante toda su vida.

Sacudió la cabeza en un ademán de desafío. Todo esto eran fantasías; se lo estaba imaginando. Realmente era tan contrario a todas sus experiencias, que por alguna razón dejó de sentir miedo y avanzó resueltamente, después de echar una mirada al sol que tenía, a sus espaldas.

Cuando Trilorne quedó reducido a un punto y la oscuridad envolvió completamente a Shervane, pareció llegado el momento de abandonar la empresa. Un hombre más prudente habría vuelto atrás en aquel mismo instante. Tuvo la súbita sensación angustiosa de encontrarse perdido en aquel eterno crepúsculo, entre la tierra y el cielo, incapaz de encontrar el camino salvador. Entonces pensó que mientras pudiese ver Trilorne no se encontraría en verdadero peligro.

Siguió caminando, algo indeciso, mirando continuamente atrás hacia la débil luz que lo guiaba. Trilorne se había desvanecido, pero aún había un resplandor en el cielo, donde había estado. Y ahora ya no necesitaba su ayuda porque a lo lejos y delante de él estaba apareciendo una segunda luz en el cielo.

Al principio fue sólo un resplandor muy tenue, y cuando estuvo seguro de su existencia advirtió que Trilorne había desaparecido ya del todo. Pero se sentía más confiado, y aquella luz contribuyó a mitigar su miedo mientras seguía avanzando.

Cuando se dio cuenta de que realmente se estaba acercando a otro sol, cuando estuvo seguro de que éste se dilataba, como había visto contraerse Trilorne hacía unos momentos encerró todo su asombro en lo más profundo de la mente. Sólo tenía que observar y recordar: más tarde ya habría tiempo de comprender estas cosas. A fin de cuentas, que su mundo pudiese tener dos soles, uno brillando a cada lado, no era nada inverosímil.

Al fin pudo distinguir, débilmente, a través de la oscuridad, la línea negra que marcaba el otro borde del Muro. Pronto sería el primer hombre, en miles de años, tal vez en toda la eternidad, que vería las tierras que habían sido separadas de su mundo? ¿Serían tan bellas como la suya? ¿Habría gente a la que se alegraría de saludar?

Pero que estuviesen esperando, y de qué manera, era más de lo que nunca hubiera podido soñar.

Grayle alargó una mano hacia el bargueño que tenía detrás y buscó a tientas una hoja grande de papel que había encima. Brayldon lo observó en silencio, y el hombre prosiguió:

—¡Cuántas veces hemos oído discutir sobre las dimensiones del universo y sobre si es limitado! Podemos imaginarnos que el espacio no tiene fin, pero nuestra mente se rebela ante la idea del infinito. Algunos filósofos han imaginado que el espacio es limitado por una curvatura en una dimensión más elevada; supongo que conoces la teoría. Puede ser cierto en otros universos, si es que existen, pero en el nuestro la respuesta es más sutil.

»A lo largo de la línea del Muro, Brayldon, nuestro universo llega a un fin... y sin embargo no llega. Antes de que se construyera el Muro no había fronteras, nada que impidiese seguir adelante. El Muro en sí no es más que una barrera levantada por el hombre y que tiene las propiedades del espacio en que se encuentra. Estas propiedades estuvieron siempre allí, y el Muro no les añadió nada.

Sostuvo la hoja de papel delante de Brayldon y la hizo girar lentamente.

—Aquí tenemos una hoja normal. Naturalmente, tiene dos caras. ¿Puedes imaginarte una que no las tenga?

Brayldon le miró, asombrado.

—¡Es imposible..., absurdo!

—¿Seguro? —preguntó Grayle con suavidad.

Volvió a estirar el brazo hacia el bargueño y hurgó con los dedos en sus compartimientos. Entonces saco una tira larga de papel flexible y miró a Brayldon, que lo observaba en silencio.

—No podemos compararnos con los sabios de la Primera Dinastía, pero lo que sus mentes pudieron captar directamente nosotros podemos considerarlo por analogía.

»Este sencillo truco, que parece tan trivial, puede ayudarte a percibir la verdad.

Pasó los dedos a lo largo de la cinta del papel y después juntó los dos extremos para hacer un lazo circular.

—Aquí tenemos una forma que conoces perfectamente: la sección de un cilindro. Paso un dedo por la parte interior, así y ahora por la exterior. Las dos superficies son completamente distintas: sólo se puede pasar de una a otra a través del grueso de la cinta. ¿Estás de acuerdo?

—Desde luego —dijo Brayldon, todavía confuso—. Pero eso, ¿qué demuestra?

—Nada —respondió Grayle—. Pero mira...

Shervane pensó que aquel sol era gemelo de Trilorne.

Ahora la oscuridad se había levantado completamente, y ya no tenía la impresión, que no quería tratar de comprender, de estar caminando por una llanura infinita.

Se movía despacio porque no deseaba llegar de pronto a aquel vertiginoso precipicio. Al poco rato pudo ver un horizonte lejano de pequeños montes, tan árido y sin vida como el que había dejado atrás. Esto no lo contrarió demasiado, pues la primera visión de su propia tierra no sería más atractiva que ésta.

Siguió andando, y cuando sintió que una mano helada le apretaba el corazón no se detuvo como habría hecho un hombre menos valeroso. Observó sin inmutarse el paisaje extrañamente familiar que se alzaba a su alrededor, hasta que pudo ver el llano donde había empezado su viaje, la gran escalera y, al fin, la cara ansiosa y expectante de Brayldon.

Grayle juntó de nuevo los dos extremos de la cinta, pero ahora le había dado medio giro, de manera que aparecía torcida.

Se la tendió a Brayldon.

—Pasa ahora el dedo a su alrededor —indicó pausadamente.

Brayldon no lo hizo: porque sabía a qué se refería el viejo.

—Comprendo —dijo—. Ya no tienes dos superficies separadas. Ahora forma una sola cinta continua, una superficie unilateral, algo que a primera vista parece completamente imposible.

—Sí —repuso Grayle, con mucha suavidad—. Pensé que lo comprenderías. Una superficie unilateral. Tal vez ahora caigas en la cuenta de por qué el símbolo del lazo retorcido es tan común en las antiguas religiones, aunque su significado se ha olvidado por completo. Desde luego, no es más que una tosca y simple analogía, un ejemplo en dos dimensiones de lo que puede ocurrir en tres. Pero en nuestras mentes está lo más cerca posible de la verdad.

Hubo un largo y reflexivo silencio. Entonces Grayle suspiró profundamente y se volvió a Brayldon como si aún pudiese verle la cara.

—¿Por qué has venido antes que Shervane? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Teníamos que hacerlo —respondió tristemente Brayldon—, pero no quería ver destruida mi obra.

Grayle asintió con la cabeza.

—Lo comprendo —dijo.

Shervane resiguió con la mirada los largos tramos de escalera que no volverían a ser pisados jamás. No sentía remordimiento: había luchado y nadie habría podido hacerlo mejor. Había triunfado, en la medida de lo posible.

Poco a poco levantó la mano y dio la señal. El Muro ahogó el ruido de la explosión como había hecho con los demás sonidos, pero Shervane recordaría toda la vida la pausada elegancia con que se habían inclinado y caído las largas hileras de bloques.

Durante un instante tuvo la súbita, inexpresable e intensa visión de otra escalera, observada por otro Shervane, derrumbándose de manera idéntica al otro lado del Muro.

Pero comprendió que era una idea tonta, porque nadie sabía mejor que él que el Muro no tenía otro lado.

EL LEÓN DE COMARRE

Escribí El león de Comarre en junio de 1945. Fue aceptado rápidamente (¡y pagado!) por mi primer editor británico, Walter Gillings; por desgracia no tuvo oportunidad de utilizarlo. Tres años más tarde, mi nuevo agente Scott Meredith lo vendió a Thrilling Wonder Stories, que lo publicó en agosto de 1949.

Entonces se perdió de vista hasta que fue publicado en 1968 con A la caída de la noche, por Harcourt Brace. Fue una combinación adecuada, porque los dos cuentos tienen mucho en común. En ambos casos, el protagonista es un joven rechazado por un medio demasiado utópico, y que va en busca de novedades y aventuras.

Recuerden que este cuento lo escribí antes de los explosivos albores de la era del ordenador; al releerlo me hizo gracia ver que había situado la primera máquina pensadora en el siglo XXI, Desde luego, en 1945 no se me había ocurrido imaginar que sólo cuarenta años más tarde habría empresas que venderían artículos rotulados, tal vez prematuramente, como «inteligencia artificial».

No tengo la menor duda de que el verdadero artículo estará en el mercado en el curso del próximo siglo. Mientras tanto, hay una gran oferta de estupidez artificial a precios razonables...

Me alegró, también descubrir que en la vieja libreta donde registré mis escritos de aprendiz, hay después de El león de Comarre un ensayo proponiendo el empleo de satélites geoestacionarios para la teledifusión mundial.

¿Qué fue de aquella loca idea?

1. Rebelión

A fínales del siglo XXIV había empezado a refluir por fin la gran marea de la ciencia. Estaba tocando a su fin la larga serie de inventos que habían dado forma y moldeado el mundo durante casi mil años. Todo había sido descubierto. Los grandes sueños del pasado se habían convertido en realidad.

La civilización estaba completamente mecanizada aunque la maquinaria casi había desaparecido. Ocultas en los muros de las ciudades, o enterradas, las máquinas perfectas llevaban la carga del mundo. En silencio, discretamente, los robots satisfacían las necesidades de sus dueños y trabajaban con tanta eficacia que su presencia parecía tan natural como la aurora. Todavía había mucho que aprender en el reino de la ciencia pura, y los astrónomos; ahora que ya no estaban ligados a la Tierra, tenían trabajo para los próximos mil años. Pero las ciencias físicas y las artes alimentadas por ellas habían dejado de ser la principal preocupación de la raza. En el año 2600, las mentes humanas más privilegiadas ya no se encontrarían en los laboratorios.

Los hombres que todo el mundo consideraba más importantes eran los artistas, los filósofos, los legisladores y los estadistas.

Los ingenieros y los grandes inventores pertenecían al pasado. Los hombres que antaño habían curado unas enfermedades desaparecidas desde hacía tiempo, habían hecho tan bien su trabajo que ya no eran necesarios.

Tendrían que pasar quinientos años antes de que el péndulo oscilase de nuevo hacia atrás.

La vista desde el estudio era asombrosa porque la larga y curvada habitación estaba a más de tres kilómetros de la base de la Torre Central. Los otros cinco gigantescos edificios de la ciudad se apiñaban abajo, con sus paredes metálicas resplandeciendo con todos los colores del espectro al recibir los rayos del sol de la mañana.

A un nivel todavía más bajo, los campos escaqueados de las explotaciones agrícolas automáticas se extendían hasta perderse en la niebla del horizonte. Pero esta vez,

Richard Peyton II no reparaba en la belleza del escenario mientras paseaba irritado entre los grandes bloques de mármol sintético que eran la materia prima de su arte.

Las grandes masas de piedra artificial y de varios colores dominaban completamente el estudio. La mayoría eran cubos toscamente tallados, pero algunas adquirían formas de animales, seres humanos y cuerpos abstractos a los que ningún geómetra se habría atrevido a dar nombre.

Incómodamente sentado sobre un bloque de diez toneladas de diamante (el más grande que se había sintetizado), el hijo del artista observaba a su famoso padre con expresión hostil.

—No creo que me importase tanto —observó malhumorado Richard Peyton II— si te contentases con no hacer nada, con tal de que lo hicieses con gracia. Algunas personas destacan en esto, y en general hacen que el mundo sea más interesante. Pero que quieras estudiar ingeniería para toda la vida es algo que no puedo ni imaginar.

»Sí, sé que te dejamos estudiar tecnología como asignatura principal, pero nunca pensamos que la tomases tan en serio. Cuando yo tenía tu edad, me apasionaba la botánica, pero nunca la convertí en el principal interés de mi vida. ¿Te ha estado dando ideas el profesor Chandras Ling?

Richard Peyton III se puso colorado.

—¿Por qué no había de hacerlo? Yo sé cuál es mi vocación y él está de acuerdo conmigo. ¿Has leído su informe?

El artista agitó varias hojas de papel en el aire, sujetándolas entre el índice y el pulgar como un insecto repugnante.

—Lo he leído —dijo fríamente—. «Muestra una extraordinaria habilidad mecánica. Ha hecho un trabajo original en investigación subelectrónica», etcétera, etcétera. ¡Yo creía que hacía siglos que la raza humana había superado esos juguetes! ¿Quieres ser un gran mecánico y andar por ahí reparando robots averiados? Este no es trabajo para un hijo mío, por no decir para el nieto de un Consejero Mundial.

—Me gustaría que no metieses al abuelo en esto —replicó Richard Peyton III, con creciente irritación—. El hecho de que él fuese un hombre de Estado no impidió que tú te hicieses artista. Entonces, ¿por qué habías de esperar que yo fuese una de las dos cosas?

La espectacular barba dorada del padre empezó a erizarse amenazadoramente.

No me importa lo que hagas con tal que sea algo de lo que nos podamos enorgullecer. Pero ¿por qué esta locura por los artilugios? Tenemos todas las máquinas que necesitamos. El robot fue perfeccionado hace quinientos años; las naves espaciales no

han cambiado, al menos en estos cinco siglos; creo que nuestro actual sistema de comunicaciones tiene casi ochocientos años de antigüedad. Entonces, ¿por qué cambiar lo que ya es perfecto?

—¡Esto es un alegato inadmisible! —replicó el joven—. ¡Un artista diciendo que algo es perfecto! ¡Me avergüenzo de ti, padre!

—No hiles tan fino. Sabes perfectamente lo que quiero decir. Nuestros antepasados diseñaron máquinas que nos dan todo lo que necesitamos. Algunas podrían ser un poco más eficaces, qué duda cabe. Pero ¿por qué preocuparnos? ¿Puedes mencionar un solo invento importante de que hoy carezca el mundo?

—Escucha, padre —dijo pacientemente Richard Peyton III—. He estudiado tanta historia como ingeniería. Hace doce siglos había gente que afirmaba que todo había sido inventado... y esto antes del advenimiento de la electricidad, por no hablar de la astronáutica. Y es que no miraban hacia delante; sus mentes estaban atrapadas en el presente.

»Hoy ocurre lo mismo. Durante quinientos años, el mundo ha estado viviendo gracias a los cerebros del pasado. Estoy dispuesto a reconocer que algunas vías de desarrollo han llegado a su fin, pero hay docenas que todavía no han empezado.

«Técnicamente, el mundo se ha estancado. La nuestra no es una época oscura, porque no hemos olvidado nada. Pero no avanzamos. Fíjate en los viajes espaciales. Hace novecientos años que llegamos a Plutón, ¿y dónde estamos ahora¿¡En Plutón todavía! ¿Cuándo vamos a cruzar el espacio interestelar?

—¿Y quién quiere ir a las estrellas?

El muchacho lanzó una exclamación de enojo y saltó del bloque de diamante.

—¡Vaya una pregunta, en esta era! Hace mil años, la gente decía: «¿Quién quiere ir a la Luna?» Sí, ya sé que es increíble pero así lo indican los viejos libros. Hoy la Luna está a sólo cuarenta y cinco minutos de aquí, y personas como Harn Jansen trabajan en la Tierra y viven en Plato City.

»El viaje interplanetario es cosa hecha. Un día se dirá lo mismo del verdadero viaje espacial. Podría mencionar docenas de cuestiones que están estancadas simplemente porque la gente piensa como tú y se contenta con lo que tiene.

—¿Y por qué no?

Peyton agitó un brazo, examinando el estudio.

—No bromees, padre. ¿Te has sentido satisfecho alguna vez de lo que has hecho? Sólo los animales están contentos.

El artista se echó a reír.

—Tal vez tengas razón. Pero esto no invalida mi argumento. Creo que malgastarás tu vida, y el abuelo también lo cree. —Pareció un poco confuso—. En realidad va a bajar a la Tierra sobre todo para verte.

Peyton pareció alarmado.

—Escucha, padre, ya te he dicho lo que pienso: No quiero tener que repetirlo. Porque ni el abuelo ni todo el Consejo Mundial me hará cambiar de idea.

Era una declaración jactanciosa y Peyton se preguntó si hablaba realmente en serio. Su padre iba a replicar cuando una grave nota musical vibró en el estudio. Un segundo más tarde, una voz mecánica informó desde el aire:

—Su padre viene a verle, señor Peyton.

Este miró a su hijo con aire triunfal.

—Hubiese debido añadir —dijo—. que el abuelo venía ahora. Pero conozco tu costumbre de desaparecer cuando se te necesita.

El muchacho no respondió. Observó que su padre se dirigía a la puerta. Entonces se dibujó una sonrisa en sus labios.

La vidriera del estudio estaba abierta, y el joven salió al balcón. Tres kilómetros más abajo la gran pista de hormigón resplandecía blanca bajo el sol, salvo donde estaba salpicada por las sombras diminutas de naves aparcadas. Peyton miró hacia atrás, en la habitación. Estaba vacía, aunque podía oír la voz de su padre a través de la puerta. No esperó más. Colocó una mano sobre la barandilla y saltó al espacio.

Treinta segundos más tarde entraron dos personajes en el estudio y miraron sorprendidos a su alrededor. Richard Peyton sin número de orden, era un hombre que aparentaba sesenta años, pero esta edad era sólo un tercio de la que en realidad tenía.

Vestía el traje púrpura que sólo llevaban veinte hombres en la Tierra y menos de cien en todo el si; tema solar. Parecía irradiar autoridad; en comparación con él, incluso su famoso hijo, seguro de sí mismo, parecía inquieto y superficial.

—Bueno, ¿dónde está?

—¡Maldito sea! Se ha ido por el balcón. Al m< nos aún podemos decirle lo que pensamos de él.

Richard Peyton II levantó una mano y marcó u número de ocho cifras en su comunicador persona La respuesta llegó casi al instante. Una voz clan automática y de tono impersonal, repitió:

—Mi señor está durmiendo. Por favor, no le molesten. Mi señor está durmiendo. Por favor no le molesten...

Richard Peyton II lanzó una maldición, apagó el aparato y se volvió a su padre.

—Bueno, piensa de prisa —dijo el viejo, con una sonrisa—. Nos ha vencido. No podemos agarrar: hasta que le dé la gana de apretar el botón de comunicación. A mi edad no pretendo perseguirlo, desde luego.

Se produjo un silencio mientras los dos hombres se miraban con expresiones distintas. Después, casi simultáneamente, se echaron a reír.

2. La leyenda de Comarre

Peyton cayó como una piedra durante tres kilómetros y medio antes de pulsar el neutralizador. Aunque dificultaba la respiración, la corriente de aire era estimulante. Caía a menos de doscientos cincuenta kilómetros por hora, pero la impresión de velocidad crecía por la suave ascensión del gran edificio a sólo unos metros de distancia.

El delicado tirón del campo desacelerador le frenó a unos trescientos metros del suelo. Cayó suavemente hacia las líneas de aparatos voladores aparcados al pie de la torre.

La suya era una pequeña máquina automática de un solo asiento. Al menos había sido totalmente automática cuando la habían construido hacía tres siglos, pero su dueño actual había hecho en ella tantas modificaciones ilegales que nadie más en el mundo habría podido volar en ella y sobrevivir para contarlo.

Peyton desconectó el cinturón neutralizador (un divertido aparato, técnicamente anticuado, pero que aún ofrecía interesantes posibilidades), y entró en la cabina de su máquina. Dos minutos más tarde, las torres de la ciudad se hundían bajo el borde del mundo y las Tierras Salvajes deshabitadas discurrían debajo de él a seis mil quinientos kilómetros por hora.

Peyton puso rumbo al oeste y casi al instante se halló sobre el océano. Nada podía hacer, salvo esperar; la nave llegaría automáticamente a su destino. Se retrepó en el asiento del piloto, rumiando amargas ideas y compadeciéndose.

Se hallaba trastornado de lo que estaba dispuesto a confesar. Hacía años que había dejado de preocuparle el que su familia no compartiese sus intereses técnicos, pero la continua y creciente oposición, que ahora había llegado al máximo, era algo completamente nuevo. No podía comprenderlo.

Diez minutos más tarde, una sola torre blanca se elevó del océano como la espada Excalibur surgiendo del lago. La ciudad conocida en el mundo como Scientia, y como Campanario del Murciélago entre sus más cínicos habitantes, había sido construida hacía ocho siglos en una isla, lejos de las grandes extensiones de tierra. Fue un gesto de

independencia, pues las últimas manifestaciones de nacionalismos aún persistían en aquella lejana época.

Peyton descendió sobre la pista de aterrizaje y caminó hacia la entrada más próxima. Nunca dejaba de impresionarlo el rugido de las grandes olas de romper sobre las rocas, a cien metros de distancia.

Se detuvo un momento en la entrada, inhalando el aire salado y observando las gaviotas y las aves migratorias que volaban en círculo alrededor de la torre. Habían empleado este trocito de tierra como lugar de descanso, cuando el hombre estaba observando la aurora con ojos perplejos y preguntándose si era un dios.

La Oficina de Genética ocupaba cien plantas cerca del centro de la torre. Peyton había tardado diez minutos en llegar a la Ciudad de la Ciencia. Tardó casi otro tanto en localizar al hombre a quien buscaba en los kilómetros cúbicos de oficinas y laboratorios.

Alan Henson II era todavía amigo íntimo de Peyton, aunque había dejado dos años antes que él la Universidad de Antártida y se había puesto a estudiar biogenética en vez de ingeniería. Cuando Peyton se hallaba en algún apuro, cosa que ocurría con frecuencia, la calma y el sentido común de su amigo le resultaban muy tranquilizadores. Era natural que hubiese volado ahora a Scientia, sobre todo teniendo en cuenta que Henson le había llamado con urgencia el día anterior.

El biólogo se sintió complacido y aliviado al ver a Peyton, pero sus palabras de bienvenida disimulaban su nerviosismo.

—Me alegro de que hayas venido; tengo algunas noticias que te interesarán. Pero pareces preocupado, ¿qué te pasa?

Peyton se lo dijo, no sin exagerar un poco. Henson guardó unos momentos de silencio.

—¡Así que ya han empezado...! —exclamó—. Era de esperar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Peyton, sorprendido.

El biólogo abrió un cajón y sacó un sobre cerrado. Extrajo dos hojas de plástico en las que estaban cortados varios surcos paralelos de variadas longitudes y tendió una a su amigo.

—¿Sabes qué es esto?

—Parece un análisis de personalidad.

—Exactamente. Es el tuyo.

—Esto es bastante ilegal, ¿no?

—Da lo mismo. La clave está impresa a lo largo del pie de la hoja: va desde Apreciación Estética hasta Ingenio. La última columna da tu Cociente Intelectual. No dejes que se te suba a la cabeza.

Peyton estudió atentamente la hoja. Es una ocasión, se ruborizó ligeramente.

—No veo cómo pudiste averiguarlo.

—No te preocupes —Henson le hizo un guiño Ahora mira este análisis.

Le tendió una segunda hoja.

—¡Pero si es igual...!

—No del todo, pero casi.

—¡A quién pertenece?

Henson se retrepó en su sillón y midió cuidadosamente sus palabras.

—Este análisis, Dick, corresponde a un antepasado tuyo por línea directa masculina, de veintidós generaciones atrás: el gran Rolf Thordarsen.

Peyton se disparó como un cohete.

—¡Qué!

—No grites. Si alguien entra, estamos hablar de nuestros viejos tiempos en la universidad.

—Pero... ¡Thordarsen!

—Bueno, si nos remontamos lo suficiente en el pasado, todos tenemos antepasados distinguidos. Pero ahora ya sabes por qué tu abuelo tiene miedo de ti.

—Lo ha dejado para bastante tarde. Ya he ten nado mi formación, prácticamente.

—Puedes darnos las gracias por esto. Normalmente, nuestros análisis se remontan a diez generaciones, o a veinte en casos especiales. Es un trabajo tremendo. Hay cientos de millones de fichas en la biblioteca de la Herencia, una por cada hombre y mujer que vivió desde el siglo XXIII. Esta coincidencia descubrió accidentalmente hace cosa de un mes.

—Fue cuando empezó el jaleo. Pero todavía no comprendo a qué viene todo esto.

—Dick, ¿qué sabes exactamente de tu famoso antepasado?

—Supongo que no mucho más que cualquiera. No sé cómo ni por qué desapareció, si es esto lo que me quieres preguntar. ¿No abandonó la Tierra?

—No. Dejó el mundo, si quieres llamarlo así, pero no la Tierra. Muy pocas personas lo saben, Dick, pero Rolf Thordarsen fue el hombre que construyó Comarre.

¡Comarre! Peyton pronunció la palabra con los labios entreabiertos, saboreando su significado y su sorpresa. Así que después de todo, existía. Incluso esto había sido negado por algunos.

—Supongo que no sabes mucho sobre los Decadentes —prosiguió Henson—. Los libros de Historia han sido editados con mucho cuidado. Pero toda la cuestión está relacionada con el final de la Segunda Era Electrónica..

La luna artificial que albergaba al Consejo Mundial giraba en su eterna órbita a treinta mil millas por encima de la superficie de la Tierra. El techo de la Cámara del Consejo era una hoja inmaculada de cristalita; cuando los miembros del Consejo celebraban una reunión, parecía como si no hubiese nada entre ellos y la gran esfera que giraba abajo y a lo lejos.

El simbolismo era profundo. Ningún mezquino punto de vista pueblerino podía sobrevivir en semejantes ambiente. Sin duda allí producirían sus obras más grandes las mentes de los hombres.

Richard Peyton el Viejo había pasado toda su vi dirigiendo los destinos de la Tierra. Durante quinientos años, la raza humana había estado en paz y había carecido de nada de lo que podían proporcionar el arte o la ciencia. Los hombres que gobernaban el planeta podían estar orgullosos de su trabajo.

Pero el viejo estadista estaba inquieto. Tal vez cambios que se avecinaban ya proyectaban sombras delante de ellos. Tal vez sentía, aunque fuese en subconsciente, que los cinco siglos de tranquilidad estaban tocando a su fin.

Puso en marcha su máquina de escribir y empezó a dictar.

Peyton sabía que la Primera Era Electrónica ha empezado en 1908, hacía más de once siglos, cuando De Forest inventó el tríodo. El mismo siglo fabuloso había visto la llegada del Estado Mundial, el avión, la nave espacial y la energía atómica, y había sido testigo también de la invención de todos los apara termiónicos que hicieron posible la civilización que conocía.

La Segunda Era Electrónica había empezado quinientos años más tarde. La habían puesto en manos de los físicos sino los médicos y psicólogos. Dura: casi cinco siglos, habían estado estudiando las corrientes eléctricas que fluyen en el cerebro durante procesos de pensamiento. El análisis había sido terriblemente complicado, pero se había llevado a termino gracias al esfuerzo de muchas generaciones. De este modo quedó abierto el camino para las primeras máquinas capaces de leer la mente humana.

Pero esto sólo era el principio. Cuando el hombre descubrió el mecanismo de su propio cerebro, pudo llegar más lejos. Pudo reproducirlo, utilizando transistores y redes de circuitos en vez de células vivas.

A finales del siglo XXV se construyeron las primeras máquinas penantes. Eran muy toscas; se necesitaban cien metros cuadrados de equipo para hacer el trabajo de un

centímetro cúbico de cerebro humano. Pero en cuanto se hubo dado el primer paso, no se tardó mucho en perfeccionar el cerebro mecánico y en hacerlo de uso general.

Sólo podía realizar el trabajo intelectual de niveles inferiores y carecía de las características propiamente humanas, como la iniciativa, la intuición y las distintas emociones. Pero en circunstancias que apenas variaban y cuando sus limitaciones no eran graves, podía hacer lo mismo que el hombre.

La aparición de los cerebros de metal había provocado una de las grandes crisis de la civilización humana. Aunque los hombres aún tenían que desempeñar las más altas funciones de gobierno y de control de la sociedad, toda la enorme rutina de la administración había sido asumida por los robots. El hombre había conseguido al fin la libertad. Ya no tenía que estrujarse el cerebro proyectando complicados planes de transporte, decidiendo programas de producción y equilibrando presupuestos. Las máquinas, que habían asumido todo el trabajo manual hacía siglos, habían prestado su segunda gran contribución a la sociedad.

El efecto sobre los asuntos humanos fue inmenso, y los hombres reaccionaron de dos maneras ante la nueva situación. Unos empleaban su recién conquistada libertad, persiguiendo noblemente lo que siempre había atraído a las mentes más elevadas: la búsqueda de la belleza y de la verdad, aún tan esquivas como cuando se construyó la Acrópolis.

Pero había otros que pensaban de modo diferente. «Por fin se ha levantado para siempre la maldición de Adán —decían—. Ahora podemos construir ciudades donde las máquinas cubrirán todas nuestras necesidades en cuanto pensemos en ellas... o antes, porque los analizadores pueden leer incluso los deseos ocultos en el subconsciente. El objetivo de cualquier ser humano es el placer y la búsqueda de la felicidad. El hombre tiene derecho a ello, porque se lo ha ganado. Estamos hartos de esta lucha interminable por el conocimiento y el ciego deseo de cruzar el espacio hasta las estrellas.»

Era el antiguo sueño de los Comedores de Lotos, un sueño tan antiguo como el hombre. Ahora, por primera vez, podía realizarse. Durante un tiempo, no fueron muchos los que lo compartieron. El fuego del Segundo Renacimiento no había empezado todavía a extinguirse. Pero con el paso de los años, los Decadentes fueron consiguiendo cada vez más para su modo de pensar. En lugares escondidos de los planetas interiores construyeron las ciudades de sus sueños.

Durante un siglo florecieron como flores exóticas, hasta que se extinguió el fervor casi religioso que había inspirado sus construcciones. Después se desvanecieron, uno a uno,

del conocimiento humano. Al morir, habían dejado gran cantidad de fábulas y leyendas que se habían exagerado con el paso de los siglos.

Sólo una de aquellas ciudades había sido construida en la Tierra, y estaba envuelta en un misterio que el mundo exterior nunca había resuelto. Por motivos que sólo él sabía, el Consejo Mundial había destruido todo el conocimiento que se tenía del lugar. Su situación era un misterio. Algunos decían que estaba en las zonas inhóspitas del Ártico. Nada se sabía de cierto, salvo su nombre: Comarre.

Henson hizo una pausa en su relato.

—Hasta ahora no te he explicado nada nuevo, nada que no sea de conocimiento común. El resto de la historia es un secreto del Consejo Mundial y tal vez de un centenar de hombres de Scientia.

»Como ya sabes, Rolf Thordarsen fue el genio mecánico más grande que el mundo ha conocido. Ni siquiera Edison puede compararse con él. Sentó los conocimientos de la ingeniería del robot y construyó la primera máquina de pensar.

»Sus laboratorios produjeron una serie continua de brillantes inventos durante veinte años. Y entonces, de pronto desapareció. Se dijo que había tratado de llegar a las estrellas. Pero lo que en realidad ocurrió fue lo siguiente:

»Thordarsen creía que sus robots, las máquinas que aún gobiernan nuestra civilización, eran sólo el principio. Acudió al Consejo Mundial con ciertos proyectos que habrían cambiado la faz de la sociedad humana. No sabemos cuáles hubieran sido estos cambios, pero Thordarsen creía que, a menos que se adoptasen, la raza llegaría a un callejón sin salida como muchos de nosotros creemos que ha llegado.

»El Consejo rechazó violentamente sus proyectos. En aquella época, el robot sólo había empezado a desintegrarse en la civilización, y la estabilidad se restablecía lentamente, una estabilidad que se ha mantel durante quinientos años.

»Thordarsen quedó amargamente decepción; Con el olfato que tenían para atraer a los genios Decadentes se pusieron en contacto con él y lo disuadieron de que renunciase al mundo. Era el ú hombre que podía convertir sus sueños en realidad.

—¿Y lo hizo?

—Nadie lo sabe. Pero Comarre fue construida esto es seguro. Nosotros sabemos dónde está, y bien lo sabe el Consejo Mundial. Hay cosas que pueden mantenerse en secreto.

Desde luego, pensó Peyton. Incluso en esta desaparecía gente y se rumoreaba que había ido en busca de la ciudad de sus sueños. La frase «ha ii Comarre» se había integrado hasta tal punto e lenguaje corriente que casi se había olvidado su significado.

Henson se inclinó hacia delante y habló cor tono cada vez más serio.

—Esta es la parte más extraña. El Consejo Mundial podía destruir Comarre, pero no quiso hacerlo. La creencia de que Comarre existe tiene sin duda influencia estabilizadora en la sociedad. A pesa todos nuestros esfuerzos, todavía tenemos psicópatas.

No es difícil hacerles insinuaciones, bajo hipnosis, sobre Comarre. Puede que nunca la encuentren, pero la búsqueda los hará inofensivos.

»Al principio, poco después de la fundación de la ciudad, el Consejo envió agentes a Comarre. Ninguno de ellos regresó jamás. Y no hubo juego sucio; simplemente, prefirieron quedarse allí. Esto se sabe con seguridad porque enviaron mensajes. Supongo que los Decadentes se dieron cuenta de que el Consejo destruiría la ciudad si se retenía a sus agentes.

»He visto algunos de estos mensajes. Son extraordinarios. Sólo hay un calificativo para ellos: exaltados. Sí, Dick, había algo en Comarre que podía hacer que un hombre olvidase el mundo exterior, sus amigos, su familia, ¡todo! Imagínate lo que esto significa.

»Más tarde, el Consejo hizo otro intento, cuando estuvo seguro de que ninguno de los Decadentes podía estar vivo todavía. Y volvió a intentarlo hace cincuenta años. Pero, hasta hoy, nadie ha vuelto nunca de Comarre.

Mientras Richard Peyton hablaba, el robot analizaba sus palabras en grupos fonéticos, insertaba la puntuación y enviaba automáticamente el texto a los archivos electrónicos.

»Copia para el Presidente y mi archivo personal.

»Su nota del 22 y nuestra conversación de esta mañana.

»He visto a mi hijo, pero R. P. III me ha esquivado. Está completamente decidido y sería perjudicial que tratásemos de coaccionarlo. Mientras no descubra que R. T. fue antepasado suyo, no habrá peligro. A pesar de la similitud de caracteres, no es probable que trate de repetir la obra de R. T.

»Debemos asegurarnos ante todo de que nunca localice ni visite Comarre. Si esto ocurriese, nadie podría prever las consecuencias.»

Henson hizo una pausa en su narración, pero su amigo siguió en silencio. Estaba demasiado asombrado para interrumpirlo.

—Esto nos trae al presente y a ti —prosiguió Henson—. Dick, el Consejo Mundial descubrió tu linaje hace un mes. Lamentamos habérselo dicho; pero ahora es demasiado

tarde. Genéticamente, eres una reencarnación de Thordarsen, sólo en el sentido científico de la palabra. Se ha dado ahora una de las más remotas probabilidades de la Naturaleza, como se da a intervalos de varios siglos en una u otra familia.

»Dick, tú podrás continuar el trabajo que Thordarsen se vio obligado a abandonar, cualquiera que fuese. Tal vez se ha perdido para siempre, pero si existe algún rastro está en Comarre. El Consejo Mundial lo sabe. Por eso trata de apartarte de tu destino.

»No te amargues por eso. En el Conejo hay algunas de las mentes más nobles que ha producido hasta ahora la raza humana. No te quieren mal ni nunca te harán ningún daño, pero están ansiosos por preservar la estructura actual de la sociedad, que consideran la mejor.

Peyton se puso lentamente en pie. Por un instante parece como si fuese un observador neutral que estudiase desde fuera a un personaje llamado Richard Peyton III, que ya no era un hombre sino un símbolo, una de las claves del futuro del mundo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo mental para reidentificarse.

Su amigo lo estaba observando en silencio.

Hay algo más, que no me has dicho, Alan: ¿Cómo sabes todo esto?

—Estaba esperando que me lo preguntases —dijo Henson con una sonrisa—. Yo no soy más que un portavoz. Me han elegido a mí porque te conozco. No puedo indicarte quiénes son los demás. Pero entre ellos se encuentran varios científicos a los que sé que admiras.

»Siempre ha existido una rivalidad amistosa entre el Consejo y los científicos que le sirven; pero en los últimos años, nuestros puntos de vista se han separado más. Muchos de nosotros creemos que nuestra era, que el Consejo piensa que durará eternamente, es sólo un interregno. Consideramos que un período demasiado largo de estabilidad podría conducir a la decadencia. Los psicólogos del Consejo confían en poderlo evitar.

A Peyton le brillaron los ojos.

—¡Esto es lo que yo estaba diciendo! ¿Puedo unirme a vosotros?

—Más adelante. Primero hay que hacer algún trabajo. Mira, nosotros somos una especie de revolucionarios. Vamos a provocar un par de reacciones sociales. Cuando hayamos terminado, el peligro de decadencia social se habrá aplazado miles de años. Tú, Dick, eres uno de nuestros catalizadores, aunque no el único, desde luego. —Hizo una breve pausa—. Aunque no salga nada de Comarre, tenemos otra carta en la manga. Confiamos en haber perfeccionado el vuelo interestelar dentro de cincuenta años.

—¡Por fin! —exclamó Peyton—. ¿Y qué haré entonces?

—Lo presentaremos al Consejo y diremos: «Mirad, ahora podéis ir a las estrellas. ¿Verdad que si somos unos buenos chicos?» Y el Consejo no tendrá más remedio que sonreír y empezar a desarraigar civilización. Una vez logrado el viaje interestelar, tendremos de nuevo una sociedad en expansión, y el estancamiento será aplazado indefinidamente.

—Espero vivir para verlo —dijo Peyton—. Y ahora, ¿qué queréis que yo haga?

—Queremos que vayas a Comarre para descubrir lo que hay allí. Aunque otros fracasaron, creemos que tú puedes triunfar. Lo tenemos todo planeado.

—¿Y dónde está Comarre?

—En realidad, es muy sencillo —dijo Henson con una sonrisa—. Sólo puede estar en un lugar, el uní lugar al que no pueden volar las aeronaves, donde vive nadie, donde todos los viajes se hacen a pie. En la Gran Reserva.

El viejo desconectó la máquina de escribir. Arriba (o abajo, lo mismo daba), la gran medialuna de Tierra eclipsaba las estrellas. En su eterna circunvalación, la pequeña luna había alcanzado la línea divisoria entre la luz y la sombra y se estaba sumiendo la noche. La tierra centelleante, allá abajo, estaba: picada de luces de las ciudades.

Esta visión llenó de tristeza al viejo. Le record; que su propia vida estaba tocando a su fin, y pan predecir el final de una cultura que él había tratado de proteger. A fin de cuentas, tal vez tenían razón los jóvenes científicos. El largo descanso estaba terminando y el mundo se movía hacia nuevos objetivos que él nunca vería.

3. El león salvaje

Era de noche cuando la nave de Peyton, que volaba hacia el oeste, llegó sobre el océano Indico. Sólo se podía ver la línea blanca de las olas que rompían contra la costa africana, pero la pantalla de navegación mostraba todos los detalles de la tierra que había abajo. La noche no ofrecía ahora protección ni salvaguardia, desde luego, pero significaba que ningún ojo humano podía verlo. En cuanto a las máquinas que hubiesen debido estar observando, bueno, otros se habían encargado de ellas. Al parecer eran muchos los que pensaban como Henson.

El plan había sido hábilmente concebido. Los detalles habían sido elaborados cuidadosamente por personas que sin duda habían gozado con ello. Peyton tenía que aterrizar en la linde del bosque, lo más cerca posible de la barrera de energía.

Ni siquiera sus desconocidos amigos podían desconectar la barrera sin provocar sospechas. Afortunadamente sólo había unos treinta kilómetros de terreno bastante despejado hasta Comarre. Tendría que terminar el viaje a pie.

Se produjo un fuerte crujido de ramas al aterrizar la pequeña nave en el bosque invisible. Descansó sobre la quilla plana, y Peyton apagó las débiles luces la cabina y miró por la ventanilla. No vio nada. Recordó lo que le habían dicho, y no abrió la puerta. Se pi lo más cómodo posible para esperar la aurora.

Se despertó cuando la brillante luz del sol le dió de lleno en los ojos. Se puso rápidamente el equipo que le habían proporcionado sus amigos, abrió puerta de la cabina y entró en el bosque.

El lugar de aterrizaje había sido cuidadosamente elegido y no era difícil llegar al campo abierto, a pocos metros de allí. Delante de él había pequeñas cuñas cubiertas de hierba y salpicadas de arboledas, temperatura era suave, aunque era verano y el ecuador no estaba lejos. Ello se debía a ochocientos a de control del clima y a los grandes lagos artificiales que habían inundado los desiertos.

Casi por primera vez en su vida, Peyton experimentaba la Naturaleza como había sido antes de existiese el hombre.

Pero lo que le parecía más extraño no era el p; rama silvestre. Peyton nunca había conocido el si ció. Siempre había estado oyendo los rumores d< máquinas o el lejano silbido de las rápidas aeronaves de pasajeros desde las imponentes alturas de la e tosiera.

Aquí no había ninguno de estos ruidos porque las máquinas no podían cruzar la barrera de energía rodeaba la Reserva. Sólo había el susurro del vi en la hierba y las voces casi inaudibles de los insectos. Peyton encontró enervante aquel silencio e hizo lo que habría hecho la inmensa mayoría de los hombres de su época. Pulsó el botón de su radio personal que elegía la música del fondo.

Así fue caminando, kilómetro tras kilómetro, por las onduladas tierras de la Gran Reserva, la zona más extensa de territorio natural que se conservaba en la superficie del globo. Era fácil caminar porque los neutralizadores incorporados a su equipo casi anulaban el peso de éste. Llevaba consigo el discreto ambiente musical que había acompañado las vidas de los hombres casi desde el descubrimiento de la radio. Aunque sólo tenía que hacer girar un disco para ponerse al habla con cualquier habitante del planeta, prefería imaginarse que estaba solo en el corazón de la Naturaleza, y por un instante sintió todas las emociones que debieron experimentar Stanley o Livingstone cuando entraron los primeros en esta misma tierra, hacía más de mil años.

Afortunadamente Peyton era un buen andarín, y al mediodía había cubierto la mitad de la distancia hasta su objetivo. Se detuvo para almorzar en un bosquecillo de coníferas marcianas importadas, que habrían desconcertado y consternado a un explorador de los viejos tiempos. En su ignorancia, Peyton, las tuvo por auténticas.

Había vaciado varias latas de conservas cuando advirtió que algo se movía rápidamente en el llano, en la dirección de la que él provenía. Estaba demasiado lejos para saber lo que era. Pero cuando aquello se acercó más, se levantó para observarlo mejor. Hasta entonces no había visto animales (aunque muchos animales lo habían visto a él) y miró con interés al recién llegado.

Peyton no había visto nunca un león, pero no le costó reconocer al magnífico animal que se le acercaba dando saltos. Hay que decir, en su honor, que sólo miró una vez hacia el árbol que tenía detrás. S mantuvo firmemente en su sitio.

Sabía que en el mundo ya no había animales rea mente peligrosos. La Reserva era algo entre un vasto laboratorio biológico y un parque nacional, visitado todos los años por miles de personas. Se daba generalmente por sabido que, si se dejaba en paz a los animales, éstos corresponderían de la misma manera. En general, el convenio daba buenos resultados.

El animal quería mostrarse amistoso. Trotó hacia Peyton y empezó a frotarse afectuosamente contra su costado, y cuando éste se levantó de nuevo, paree prestar mucha atención a las latas vacías de comida. Finalmente se volvió hacia él con una expresión irresistible.

Peyton se echó a reír, abrió otra lata y puso cuidadosamente su contenido sobre una piedra plana, león aceptó encantado el tributo y, mientras comí Peyton consultó el índice de la guía oficial que los desconocidos patrocinadores le habían proporcionado.

Había varias páginas sobre los leones, con fotografías, para los visitantes extraterrestres. La información era tranquilizadora. Mil años de crianza científica habían mejorado considerablemente al rey de selva. Sólo se había comido a una docena de personas en el último siglo; en diez casos, la información su siguiente le había exonerado de toda culpa, y los otros dos no se habían podido demostrar.

Pero el libro no decía nada sobre la mejor manera de librarse de leones inoportunos.

Tampoco decía que normalmente eran tan amistosos como este ejemplar.

Peyton no era muy buen observador. Pasó un buen rato antes de que advirtiese la fina cinta de metal alrededor de una pata delantera del león. Llevaba una serie de números y letras, y el sello oficial de la Reserva.

No era por tanto un animal salvaje; tal vez había pasado toda su juventud entre los hombres. Probablemente era uno de los famosos superleones que habían criado los biólogos y que después habían puesto en libertad para mejorar la raza. Algunos eran casi tan inteligentes como los perros, según lo que Peyton había leído.

Pronto descubrió que el león podía comprender muchas palabras sencillas, sobre todo si se referían a comida. Incluso para esta era, se trataba de un animal espléndido, un palmo más alto que sus flacos antepasados de diez siglos atrás.

Cuando Peyton reemprendió el viaje, el león trotó a su lado. No creía que su amistad valiese más que medio kilo de carne sintética de buey, pero era agradable tener alguien a quien hablar, alguien que además no intentaría contradecirle. Después de pensarlo bien, decidió que «Leo» sería un nombre adecuado para su nuevo amigo.

Peyton había caminado unos cientos de metros cuando se produjo de pronto un destello cegador en el aire, delante de él. Aunque enseguida se dio cuenta de lo que era, se sobresaltó y se detuvo, pestañeando. Leo había huido precipitadamente y no se lo ve por ningún sitio. Peyton pensó que no sería una gran ayuda en caso de emergencia. Mas tarde tendría que rectificar esta opinión.

Cuando sus ojos se hubieron recobrado de la in presión, vio un rótulo multicolor, con letras de fuego. Pendía inmóvil en el aire y decía:

¡AVISO!
SE ESTÁ USTED ACERCANDO
A TERRITORIO PROHIBIDO
VUELVA ATRÁS!

Es una orden del
Consejo Mundial

Peyton contempló pensativo el aviso durante un momentos. Después miró a su alrededor, buscando proyector. Estaba en una caja de metal, no muy disimulada, a un lado de la carretera. La abrió rápidamente con las llaves universales que le había ofrecido la confiada Comisión de Electrónicos cuando se graduó.

Después de unos minutos de inspección, suspiró aliviado. El proyector era un aparato automático se cilio. Lo activaba cualquier cosa que llegase por la carretera. Tenía un registro fotográfico, pero lo había desconectado. Esto no le sorprendió, pues cualquier

animal que hubiese pasado por allí habría hecho funcionar el aparato. Era una suerte. Eso significaba q nadie sabría que Richard Peyton III había camina una vez por esta carretera.

Llamó a gritos a Leo, el cual volvió despacio, bastante avergonzado. El aviso había desaparecido y Peyton mantuvo desconectado el aparato para impedir que aquél reapareciese cuando pasara Leo. Entonces cerró de nuevo la puerta y prosiguió su camino, preguntándose qué sucedería ahora.

Cien metros más adelante, una voz incorpórea empezó a hablarle con severidad. No le dijo nada nuevo, pero lo amenazó con varias sanciones leves, algunas de las cuales no le eran desconocidas.

Era divertido observar la cara de Leo cuando trataba de localizar el origen de aquel sonido. Peyton buscó de nuevo el proyector y lo inspeccionó antes de proseguir. Pensó que sería más seguro abandonar la carretera. Podía haber en ella más aparatos registradores.

Logró convencer a Leo con cierta dificultad para que permaneciese en la superficie metálica mientras él caminaba por la árida tierra que flanqueaba la carretera. En el medio kilómetro siguiente, el león activó otras dos trampas electrónicas. La última parecía haber renunciado a la persuasión. Decía simplemente:

CUIDADO CON LOS LEONES SALVAJES

Peyton miró a Leo y se echó a reír. Leo no le vio la gracia, pero lo imitó cortésmente. Detrás de ellos, el rótulo automático se desvaneció con un último parpadeo.

Peyton se preguntó por qué estarían allí aquellos rótulos. Tal vez para asustar a visitantes accidentales.

Los que conocían el objetivo difícilmente se dejan disuadir por ellos.

De pronto la carretera dio un giro en ángulo recto..., y allí estaba Comarre. Era curioso que se dará tan impresionado por algo que había estad esperando. Delante de él había un claro inmenso de la jungla, medio ocupado por un estructura metálica negra.

La ciudad tenía forma de cono en terrazas de unos ochocientos metros de altura y mil en la longitud. Lo que pudiese haber bajo tierra, le resultaba imposible de adivinar. Se detuvo asombrado por las dimensiones y la rareza del enorme edificio. Después, empezó a andar poco a poco en su dirección.

Como un animal de presa agazapado en su cubil. La ciudad estaba allí esperando. Aunque ahora los visitantes eran muy pocos, estaba preparada para recibirlos, fueran quienes fuesen. A veces volvían atrás al primer aviso; otras, al segundo. Unos pocos

habían llegado hasta la entrada antes de que flaquease su resolución, pero la mayoría, después de llegar hasta tan lejos, habían entrado de buen grado en la ciudad.

Peyton llegó a la escalera de mármol que conducía a la alta pared de metal y al curioso agujero i que parecía ser la única entrada. Leo trotaba lado en silencio sin prestar mucha atención al ex ambiente.

Peyton se detuvo al pie de la escalera y marcó un número en su comunicador. Esperó a recibir el de recepción y habló despacio por el micrófono.

—La mosca está entrando en el salón.

Lo repitió dos veces, sintiéndose bastante tonto.

Pensó que alguien tenía un perverso sentido del humor. No hubo respuesta. Esto era parte de lo que se había convenido. Pero tenía la seguridad de que el mensaje había sido recibido, probablemente en algún laboratorio de Scientia, ya que el número que había marcado era una clave del Hemisferio Occidental.

Peyton abrió la lata más grande de carne y extendió la comida sobre el mármol. Pasó los dedos por la melena del león y se la retorció alegremente.

—Creo que es mejor que te quedes aquí, Leo —dijo—. Tal vez esté ausente bastante tiempo. No trates de seguirme.

Miró hacia atrás desde lo alto de la escalera. Se sintió aliviado al comprobar que el león no había intentado seguirle. Estaba sentado sobre las patas traseras, mirándolo tristemente. Peyton agitó una mano y se volvió. No había puerta sino tan sólo un agujero negro en la curva superficie de metal. Resultaba muy extraño y Peyton se preguntó cómo habían esperado impedir los constructores que entrasen animales. Entonces algo le llamó la atención en aquella abertura.

Era demasiado negra. Aunque la pared estaba en la sombra, no había motivo para que la entrada fuese tan oscura. Sacó una moneda del bolsillo y la arrojó a la abertura. Le tranquilizó el sonido que hizo al caer y dio un paso adelante.

Los circuitos discriminatorios delicadamente ajustados no habían reparado en la moneda ni en todos los animales descarnados que habían entrado en el oscuro portal. Pero la presencia de una mente humana había sido suficiente para accionar los resortes. Por una fracción de segundo, la pantalla a través de la que se movía Peyton vibró de energía. Después quedó de nuevo inerte.

Peyton tuvo la impresión de que su pie tardaba mucho tiempo en tocar el suelo, pero esto apenas le preocupó. Mucho más sorprendente fue el paso instantáneo de la oscuridad a una súbita luz, del calor bastante sofocante de la jungla a una temperatura

que parecía casi fría en comparación con la del exterior. El cambio fue tan brusco que le hizo jadear. Se volvió con abierta inquietud hacia el arco por el que acababa de entrar.

Ya no estaba allí. Nunca había estado allí. Peyton se hallaba sobre una tarima de metal elevada, en el centro exacto de una gran habitación circular, con una docena de arcos ojivales alrededor de su circunferencia. Habría podido entrar por cualquiera de ellos si no hubiesen estado a cuarenta metros de distancia.

Peyton se sintió presa de pánico. Le palpitaba el corazón y algo raro le sucedía a sus piernas. Con una tremenda impresión de soledad, se sentó en la tarima y empezó a considerar racialmente la situación.

4. El signo de la amapola

Algo le había transportado en un instante desde la negra entrada hasta el centro de la habitación. Sólo podía haber dos explicaciones, las dos igualmente fantásticas. O algo andaba muy mal en el espacio dentro de Comarre, o sus constructores habían dominado el secreto de la transmisión de la materia.

Desde que los hombres habían aprendido a enviar sonidos e imágenes por radio, habían soñado en transmitir materia por los mismos medios. Peyton miró la tarima donde se encontraba. Podía contener fácilmente equipo electrónico, y había un abulta-miento en el techo, encima de él.

Fuera lo que fuese, no podía imaginar una manera mejor de intimidar a visitantes importunos. Se apresuró a bajar de la tarima. Prefería no permanecer demasiado en aquel sitio.

Era inquietante saber que ahora no tenía manera de salir de allí sin la colaboración de la máquina que lo había traído.

Decidió tomarse las cosas con calma. Cuando hubiese terminado su exploración, conocería éste y los demás secretos de Comarre.

En realidad, no era presuntuoso. Entre Peyton y los constructores de la ciudad había siglos de investigación. Aunque podía encontrar muchas cosas nuevas para él, no habría nada que no pudiera comprender. Eligió una de las salidas al azar y empezó la exploración de la ciudad.

Las máquinas estaban observando, tomándose tiempo. Habían sido construidas con una finalidad, y todavía desempeñaban ciegamente su misión. Mucho tiempo antes habían traído la paz del olvido a las cansadas mentes de sus constructores. Aquel olvido podían traerlo todavía a todos los que entrasen en la ciudad de Comarre.

Los instrumentos habían comenzado sus análisis cuando Peyton había venido del bosque. La disección de una mente humana, con todas sus esperanzas, deseos y temores, no era algo que se pudiese hacer rápidamente. Los sintetizadores no entrarían en acción hasta dentro de unas horas. Hasta entonces el visitante sería entretenido, mientras se preparaba un recibimiento más hospitalario.

El escurridizo visitante dio mucho trabajo al pequeño robot antes de que éste lo localizase al fin, pues Peyton pasaba rápidamente de una habitación a otra en su exploración de la ciudad. La máquina se detuvo en el centro de una pequeña estancia circular llena de interrupciones magnético e iluminada con un solo tuvo fluorescente.

Según sus instrumentos, Peyton estaba a sólo unos pocos pasos de distancia, pero sus cuatro lentes no podían ver rastro de él. Se quedó desconcertado y permaneció inmóvil y silencioso. Sólo se oía el débil zumbido de sus motores y de vez en cuando el chasquido de algún resorte.

Peyton observaba la máquina con gran interés desde una pasarela a tres metros del suelo. Vio un brillante cilindro metálico encima de una gruesa placa montada sobre ruedecitas. No tenía ningún tipo de miembros, y el cilindro era homogéneo, salvo por los círculos de las lentes y una serie de rejillas metálicas para los sonidos.

Era divertido observar la perplejidad de la máquina al debatir su mente diminuta dos informaciones contradictorias. Aunque sabía que Peyton tenía que estar en la habitación, sus ojos le indicaban que el lugar estaba vacío. Empezó a caminar de un lado a otro en pequeños círculos, hasta que Peyton se compadeció de ella y descendió de la pasarela. La máquina interrumpió inmediatamente sus vueltas e inició su mensaje de bienvenida.

—Soy A-Cinco. Le llevaré donde usted quiera. Por favor, deme sus órdenes en el vocabulario corriente del robot.

Peyton se sintió bastante decepcionado. Era un robot perfectamente normal y él había esperado algo mejor en la ciudad que había construido Thordarsen. Pero la máquina podía serle muy útil si la empleaba debidamente.

—Gracias —dijo—. Por favor, llévame a las residencias.

Aunque Peyton ahora estaba seguro de que la ciudad era completamente automática, aún cabía la posibilidad de que hubiese en ella alguna vida humana. Podía haber otros que lo ayudasen en su investigación, aunque tal vez todo lo que podía esperar era que no se opusieran.

Sin añadir palabra, la pequeña máquina giró en redondo sobre sus ruedas y salió de la habitación. El pasillo por el que condujo a Peyton terminaba en una puerta bellamente tallada que éste había tratado en vano de abrir. Por lo visto A-Cinco conocía su secreto,

pues cuando se acercaron, la gruesa placa de metal se deslizó sin ruido hacia un lado. El robot siguió adelante y entró en una pequeña cámara parecida a una caja.

Peyton se preguntó si habría entrado en otro transmisor de materia, pero descubrió rápidamente que no era más que un ascensor. A juzgar por lo que duró la subida, debió de haberlos llevado casi hasta la cima de la ciudad. Cuando se abrieron las puertas, tuvo la impresión de hallarse en otro mundo.

Los pasillos en que había estado primero eran grises y no estaban decorados; eran meramente utilitarios. En contraste con ellos, los espaciosos vestíbulos y salones estaban amueblados casi con lujo. El siglo XXVI había sido un período de decoración florida y multicolor, muy despreciada en los siglos siguientes. Pero los Decadentes se habían adelantado mucho a su propio período. Se habían valido de los recuerdos de la psicología y del arte para diseñar Comarre.

Se habría podido pasar toda una vida sin acabar de ver todos los murales, las tallas, las pinturas y los complejos tapices que parecían conservar el brillo de cuando fueron confeccionados. Parecía absurdo que un lugar tan maravilloso estuviese desierto y oculto al mundo. Peyton casi se olvidó de su interés científico, corriendo como un chiquillo de un maravilla a otra.

Había obras geniales, tal vez tan grandes como las mejores que hubiese conocido el mundo. Pero era una genialidad enfermiza y desesperada, como si hubiese perdido la fe en sí misma, aunque conservaba una enorme habilidad técnica. Por primera vez comprendió por qué habían recibido aquel nombre los constructores de Comarre.

El arte de los Decadentes le repelía y fascinaba al mismo tiempo. No era maligno, pues estaba completamente al margen de las normas morales. Tal vez su característica más destacada era el cansancio y la desilusión. Al cabo de un rato, Peyton, que nunca se había considerado muy sensible en cuestiones de arte visual, empezó a sentirse embargado por una sutil depresión. Pero era completamente incapaz de sobreponerse a ella.

Por fin se volvió de nuevo al robot.

—¿Vive gente aquí?

—Sí.

—¿Dónde están?

—Durmiendo.

Parecía una respuesta perfectamente natural. Pey-ton se sentía muy cansado. La última hora se había esforzado por mantenerse despierto. Algo parecía obligarlo a dormir,

imponiéndose a su voluntad. Mañana tendría tiempo sobrado de averiguar los secretos que había venido a descubrir. De momento, sólo tenía ganas de dormir.

Siguió automáticamente al robot cuando éste lo sacó de los espaciosos salones y lo condujo a un largo pasillo flanqueado por puertas metálicas, cada una de ellas señalada con un signo que le resultaba algo familiar pero que no acababa de reconocer. Su mente soñolienta aún estaba luchando sin mucho entusiasmo con el problema, cuando la máquina se detuvo delante de una de las puertas, que se abrió sin ruido.

La cama, cubierta con una gruesa colcha, era irresistible. Peyton se dirigió automáticamente a ella, tambaleándose. Al tumbarse para dormir, un destello de satisfacción alertó su mente. Había reconocido el símbolo de la puerta, aunque su cerebro estaba demasiado fatigado para comprender su significado.

No había engaño ni malevolencia en el funcionamiento de la ciudad. De manera impersonal, estaba realizando las tareas para las que había sido destinada. Todos los que habían entrado en Comarre habían aceptado sus dones de buen grado. Este visitante era el primero que los había desdeñado.

Los interrogadores habían estado preparados durante horas, pero la inquieta y curiosa mente los había eludido. No obstante podían esperar, como lo habían hecho durante los últimos quinientos años.

Y ahora las defensas de esta mente extrañamente obstinada se estaba derrumbando al hundirse tranquilamente Richard Peyton en el sueño. Lejos y abajo, en el corazón de Comarre, saltó un resorte, y unas corrientes complejas y lentamente fluctuantes empezaron a fluir y refluir a través de una serie de tubos vacíos. La conciencia que había sido Richard Peyton III dejó de existir.

Peyton se había dormido al instante. Durante un rato cayó en un completo olvido. Después volvió a experimentar breves ráfagas de conciencia. Y entonces, como siempre, empezó a soñar.

Era extraño que su sueño predilecto acudiese a su mente y fuese ahora más vivido de lo que había sido nunca. Durante toda su vida había adorado el mar, y en una ocasión había visto la increíble belleza de las islas del Pacífico desde la cabina de observación de una aeronave que volaba bajo. Nunca las había visitado, pero con frecuencia había deseado pasar la vida en alguna remota y tranquila isla, sin preocuparse del futuro ni del mundo.

Era un sueño que casi todos los hombres habían tenido en alguna época de sus vidas, pero Peyton era lo bastante sensato como para darse cuenta de que dos meses de semejante existencia lo habrían llevado de nuevo a la civilización, medio loco de

aburrimiento. Sin embargo, sus sueños nunca le habían preocupado por estas consideraciones y, una vez más, yacía al pie de palmeras ondulantes mientras el olea] fe batía el arrecife de más allá de la laguna que enmarcaba el sol con un espejo de azur.

El sueño era tan extraordinariamente vivido, que Peyton pensó, incluso durmiendo que ningún sueño tenía derecho a ser tan real. Entonces cesó tan súbitamente que parecía como si hubiera una fisura en sus pensamientos. La interrupción lo trajo de nuevo al estado consciente.

Amargamente decepcionado, permaneció acostado durante un rato con los ojos cerrados, tratando de recuperar el paraíso perdido. Pero fue en vano. Algo repicaba en su cerebro, impidiéndole dormir. Además, la cama se había vuelto de pronto muy dura e incómoda. Y de mala gana volvió a pensar en aquella interrupción.

Peyton había sido siempre realista y nunca le habían inquietado las dudas filosóficas, por lo que su impresión fue mucho mayor que la que habrían experimentado muchas mentes menos inteligentes. Hasta ahora jamás había dudado de su propia cordura, pero en ese momento la puso en duda pues el ruido que lo había despertado había sido, en efecto, el de las olas contra el arrecife. Estaba tumbado en la arena dorada, junto a la laguna. A su alrededor, el viento suspiraba entre las palmeras, acariciándolo con sus cálidos dedos.

De momento, Peyton sólo pudo imaginarse que aún estaba soñando. Pero esta vez no cabía duda. Cuando uno está cuerdo, la realidad nunca puede confundirse con un sueño. Y esto era real, si había algo real en el universo.

Poco a poco empezó a desvanecerse su impresión de asombro. Se puso en pie y la arena se desprendió de su cuerpo como una llovizna de oro. Resguardándose los ojos contra el sol, miró a lo largo de la playa.

No se entretuvo en preguntarse por qué le resultaba tan familiar aquel lugar. Parecía bastante natural saber que el pueblo estaba un poco más lejos, siguiendo la orilla de la bahía. Ahora se reuniría con sus amigos, de los que se había separado durante un rato en un mundo que estaba olvidando rápidamente.

Tenía el vago recuerdo de un joven ingeniero (ni siquiera recordaba su nombre) que un día había aspirado a la sabiduría y a la fama. En aquella otra vida, había conocido bien a aquella persona, pero ahora no podría explicarle jamás la vanidad de sus ambiciones.

Empezó a pasear perezosamente a lo largo de la playa, con los últimos y vagos recuerdos de su vida en la sombra desprendiéndose de él a cada paso, como se desvanecen los detalles de un sueño a la luz del día.

Al otro lado del mundo, tres científicos muy preocupados estaban esperando en un laboratorio abandonado, con la mirada fija en un comunicador de múltiples canales y de diseño insólito. La máquina había guardado silencio durante nueve horas. Nadie había esperado un mensaje durante las primeras ocho, pero en ese momento la señal convenida llevaba más de una hora de retraso.

Alan Henson se puso en pie de un salto, llevado de su impaciencia.

—¡Tenemos que hacer algo! Voy a llamarle.

Los otros dos científicos se miraron inquietos.

—¡Podrían localizar la llamada!

—No, a menos que nos estuviesen observando. Pero aun así, no diré nada fuera de lo corriente. Peyton comprenderá, si es que puede responder...

Si Richard Peyton había conocido el tiempo, ahora había olvidado este conocimiento. Sólo el presente era real, pues tanto el pasado como el futuro estaban ocultos detrás de una pantalla impenetrable, como una lluvia espesa que oculta un gran paisaje.

Disfrutando del presente, Peyton se sentía absolutamente satisfecho. Nada quedaba del espíritu inquieto que lo había lanzado una vez, con cierta incertidumbre, a conquistar nuevos campos de conocimiento. Ahora, el conocimiento de nada le servía.

Más tarde no pudo recordar nada de su vida en la isla. Había conocido a muchos compañeros, pero sus nombres y sus caras se habían borrado de su memoria. Amor, paz mental, felicidad: todo esto fue suyo por un breve instante. Y sin embargo, sólo podía recordar los últimos momentos de su vida en el paraíso. Es extraño que todo terminase como había empezado. De nuevo estaba junto a la laguna, pero ahora era de noche y no se hallaba solo. La luna, que siempre parecía llena, estaba baja sobre el océano y su larga cinta de plata se extendía hasta el borde del mundo.

Las estrellas, que nunca cambiaban de sitio, resplandecían en el cielo sin pestañear, como brillantes joyas, más radiantes que los astros olvidados de la Tierra.

Pero Peyton pensaba más en otra belleza, y se inclinó de nuevo hacia la figura que yacía sobre la arena que no era más dorada que los cabellos extendidos descuidadamente sobre ella.

Entonces tembló el paraíso y se disolvió a su alrededor. Peyton lanzó un grito angustioso al serle arrebatado todo lo que amaba. Sólo la rapidez de la transición salvó su mente. Después se sintió como debió sentirse Adán cuando las puertas del paraíso se cerraron detrás de él.

Pero el sonido que lo había sacado de aquella situación era el más vulgar del mundo. Tal vez ningún otro habría podido alcanzar su mente en un lugar tan escondido. No era más que la llamada estridente de su comunicador colocado en el suelo junto a la cama, en la oscura habitación de la ciudad de Comarre.

El sonido se extinguió al alargar automáticamente la mano para apretar el botón del receptor. Debió contestar algo que satisfizo al desconocido que le llamaba (¿quién era Alan Henson?), pues después de un instante enmudeció el circuito. Peyton se sentó en la cama, todavía aturdido, sujetándose la cabeza con las manos y tratando de orientar nuevamente su vida.

No había estado soñando; estaba seguro de ello. Más bien era como si hubiese vivido una segunda vida y ahora volviese a su antigua existencia, como recobrándose de un ataque de amnesia. Aunque seguía aturdido, en su mente se formó una clara convicción: nunca debía volver a dormir en Comarre.

La voluntad y el carácter de Richard Peyton III volvieron lentamente de su destierro. Se puso en pie tambaleándose y salió de la habitación. De nuevo se encontró en el largo pasillo con sus cientos de puertas idénticas. Con una nueva comprensión, miró al símbolo tallado en ellas.

Apenas se daba cuenta de adonde iba. Su mente estaba fija en el problema inmediato. Mientras caminaba, se fue despejando su cerebro y, poco a poco, fue comprendiendo mejor. De momento sólo era una teoría, pero pronto la pondría a prueba.

La mente humana era una cosa delicada y recluida, sin contacto directo con el mundo, que obtenía todos sus conocimientos y experiencia a través de los sentidos corporales. Era posible registrar y almacenar ideas y emociones, del mismo modo que los hombres de una era anterior habían registrado el sonido transmitido por kilómetros de alambre.

Si aquellas ideas eran proyectadas a otra mente, cuando el cuerpo estaba inconsciente y con todos los sentidos embotados, aquel cerebro creería estar experimentando la realidad. No podía detectar en modo alguno el engaño, como no se podía distinguir una sinfonía perfectamente grabada de la interpretación original.

Todo esto se conocía desde hacía siglos, pero los constructores de Comarre habían utilizado este conocimiento como no lo había hecho nadie en el mundo hasta entonces. En alguna parte de la ciudad debía haber máquinas que podían analizar todos los pensamientos y deseos de los que entraban en ella. En otro lugar, los creadores de la ciudad debían haber almacenado todas las sensaciones y experiencias que podía concebir la mente humana. A partir de esta materia prima podían construirse todos los futuros posibles.

Peyton comprendió al fin toda la importancia del genio puesto a contribución para construir Comarre. Las máquinas habían analizado sus más profundos pensamientos y construido para él un mundo fundado en sus deseos subconscientes. Entonces, cuando se había presentado la oportunidad, habían tomado el control de su mente e inyectado en ella todo lo que había experimentado.

No era de extrañar que todo lo que había deseado hubiese sido suyo en aquel paraíso ya medio olvidado. Y no era de extrañar que, a través de los siglos, hubiesen sido tantos los que habían buscado la paz que sólo Comarre podía darles.

5. El Ingeniero

Cuando Peyton volvía a ser el de siempre, el sonido de unas ruedas hizo que mirase por encima del hombre. El pequeño robot que le había servido de guía regresaba. Sin duda las grandes máquinas que lo controlaban se estaban preguntando qué le había ocurrido al hombre que tenía a su cargo. Peyton esperó, mientras se estaba formando lentamente una idea en su mente.

A-Cinco empezó de nuevo con su lenguaje programado. Parecía incongruente encontrar una máquina tan sencilla en un lugar donde el automatismo había alcanzado el último grado de perfección. Peyton pensó entonces que tal vez el robot era tan poco complicado, deliberadamente. Habría sido inútil emplear una máquina compleja, si otra sencilla podía servir tan bien..., o mejor.

Peyton prescindió del ya familiar discurso de la máquina. Sabía que todos los robots debían obedecer las órdenes de los humanos, a menos que otros hombres les hubiesen dado anteriormente instrucciones de que no lo hiciesen. Incluso los proyectores de la ciudad, pensó irónicamente, habían obedecido las desconocidas y mudas órdenes de su mente subconsciente.

—Condúceme a los proyectores de pensamiento —ordenó.

Como había esperado, el robot se limitó a contestar, sin moverse:

—No comprendo.

Peyton se sintió animado al verse nuevamente dueño de la situación.

—Ven aquí y no vuelvas a moverte hasta que te lo ordene.

Los sectores y relés del robot consideraron las instrucciones. No pudieron encontrar ninguna contraorden. La pequeña máquina rodó despacio hacia delante. Se había comprometido; ya no podía volverse atrás. Tampoco podría moverse de nuevo hasta que

Peyton se lo ordenase o algo anulase sus órdenes. La hipnosis del robot era un truco muy viejo, muy apreciado por los niños traviesos.

Peyton vació rápidamente la bolsa de herramientas que siempre llevaban consigo los ingenieros: el destornillador universal, la llave inglesa extensible, el taladro automático y, sobre todo, el cortafrío atómico capaz de seccionar las más gruesas planchas de metal en pocos segundos. Después, con la facilidad que se consigue con una larga práctica, empezó a trabajar en la incauta máquina.

Afortunadamente el robot había sido construido para un servicio sencillo y podía abrirse sin gran dificultad. No había nada desconocido en sus controles y Peyton tardó muy poco en descubrir el mecanismo locomotor. Ahora, pasara lo que pasase, la máquina no podría escapar. Estaba paralizada.

Después la cegó, y uno a uno, fue descubriendo sus otros sentidos eléctricos y los inutilizó. Pronto la pequeña máquina no fue más que un cilindro lleno de complicados pero estropeados aparatos. Se sintió como un niño que acabase de hacer un estropicio en un indefenso reloj de pared. Seguidamente se sentó a esperar lo que sabía que tenía que ocurrir.

Era un poco desconsiderado por su parte sabotear el robot tan lejos de los talleres principales. El transporte tardó cerca de quince minutos en subir de las profundidades.

Peyton oyó el ruido de sus ruedas a lo lejos y vio que sus cálculos habían sido correctos. El equipo de reparación estaba en camino.

El transportador era una máquina sencilla, con un par de brazos que podían agarrar y sujetar a un robot averiado. Parecía ciego, aunque sin duda sus sentidos especiales eran más que suficientes para su fin.

Peyton esperó a que la máquina recogiese al desgraciado A-Cinco. Entonces saltó sobre el transportador, manteniéndose fuera del alcance de los brazos mecánicos. No deseaba que lo confundiesen con otro robot estropeado. Por fortuna, la gran máquina no se fijó absolutamente en él.

Así fue descendiendo las distintas plantas del gran edificio, dejando atrás las residencias, la primera habitación donde había estado y otros pisos inferiores que nunca había visto. Mientras descendía, el carácter de la ciudad fue cambiando a su alrededor.

Habían desaparecido el lujo y la opulencia de los niveles superiores y ahora se hallaba en una tierra de nadie de grises pasadizos que apenas eran otra cosa que conductos gigantescos de cables. Pero también éstos terminaron. El transportador pasó por una serie de grandes puertas deslizantes y llegó al fin a su destino.

Las hileras de paneles de relés y de mecanismos selectores parecían interminables. Aunque estuvo tentado de saltar de su inconsciente montura, Peyton esperó a ver los principales paneles de control. Entonces se apeó del transportador y lo vio desaparecer a lo lejos, hacia alguna parte todavía más remota de la ciudad.

Se preguntó cuánto tardaría el superautómata en reparar A-Cinco. Su sabotaje había sido muy concienzudo, y pensó que lo más probable era que la pequeña máquina fuese llevada al montón de chatarra. Entonces, como un hombre muerto de hambre invitado de pronto a un banquete, empezó a examinar las maravillas de la ciudad.

Durante las cinco horas siguientes, sólo se detuvo una vez para enviar la señal de rutina a sus amigos. Deseaba poder contarles su éxito, pero el riesgo era demasiado grande. Después de prodigiosas investigaciones en los circuitos, había descubierto las funciones de las unidades principales, y empezaba a investigar algo de los equipos secundarios.

Era exactamente lo que había esperado. Los analizadores y proyectores de pensamiento estaban en el piso inmediatamente superior, y podían controlarse desde esta instalación central. En cuanto a su manera de funcionar, no tenía la menor idea: se podía tardar meses en descubrir todos sus secretos, pero los había identificado y creía que podría desconectarlos si fuese necesario.

Un poco más tarde descubrió el monitor de pensamientos. Era una máquina pequeña, bastante parecida a una antigua centralita telefónica, pero mucho más complicada. El asiento del operador era una estructura muy curiosa, aislada del suelo y cubierta por una red de alambres y barras de cristal. Era la primera máquina, de entre todas las que había visto, que estaba destinada sin duda a un uso humano directo. Probablemente, los ingenieros la habían construido para montar el equipo en los primeros días de la ciudad.

Peyton no se habría atrevido a emplear el monitor de pensamiento si no hubiesen estado impresas con detalle las instrucciones en su panel de control. Después de algunas pruebas, conectó uno de lo circuitos y aumentó lentamente la fuerza, manteniendo el control de intensidad muy por debajo de la señal roja de peligro.

Fue una buena precaución pues la sensación que experimentó fue tremenda. Todavía conservaba su personalidad, pero ideas e imágenes totalmente extrañas para él se superponían a sus propios pensamientos. Estaba contemplando otro mundo a través de las ventanas de una mente ajena.

Era como si su cuerpo estuviese en dos lugares al mismo tiempo, aunque las sensaciones de su segunda personalidad eran mucho menos vividas que las del verdadero Richard Peyton III. Ahora comprendió el significado de la línea de peligro. Si el

control de intensidad de pensamiento era demasiado elevado, ocasionaría sin duda la locura.

Peyton cerró el instrumento para poder pensar sin interrupción. Ahora comprendía lo que había querido decir el robot cuando había respondido que los otros habitantes de la ciudad estaban durmiendo. Había otros hombres en Comarre, yaciendo en trance bajo los proyectores de pensamiento.

Su mente volvió al largo pasillo y a sus cientos de puertas metálicas. Durante su descenso había cruzado muchas galerías parecidas, y era evidente que la mayor parte de la ciudad no era más que una vasta colmena de cámaras en las que miles de hombres podían soñar sus vidas.

Uno tras otro, fue comprobando los circuitos en el tablero. La inmensa mayoría de ellos estaban parados, pero aún funcionaban unos cincuenta, y cada uno de ellos transmitía todos los pensamientos, deseos y emociones de la mente humana.

Ahora que estaba plenamente consciente, comprendió cómo había sido engañado, pero esto le sirvió de poco consuelo. Podía ver los fallos de estos mundos sintéticos, podía observar cómo eran paralizadas todas las facultades críticas de la mente mientras se vertía en ella un torrente interminable de sencillas pero vividas emociones.

Ahora, todo parecía muy sencillo. Pero no alteraba el echo de que este mundo artificial era completamente real para el que lo experimentaba, tan real que el dolor de abandonarlo aún persistía en su propia mente.

Durante casi una hora exploró los mundos de las cincuenta mentes dormidas. Era una investigación fascinadora, repulsiva. En aquella hora aprendió más del cerebro humano y de sus sistemas ocultos de lo que nunca hubiera podido imaginar. Cuando hubo terminado, permaneció durante mucho tiempo sentado e inmóvil ante los controles de la máquina, analizando su conocimiento recién descubierto. Había ganado muchos años en sabiduría y su juventud le pareció de pronto muy lejana.

Por primera vez conoció directamente el hecho de que los malos y perversos deseos que a veces afloraban en la superficie de su propia mente eran compartidos por todos los seres humanos. Los constructores de Comarre no se habían preocupado del bien ni del mal, y las máquinas habían sido sus fieles servidores.

Era agradable saber que sus teorías habían sido correctas. Peyton comprendía ahora que se había librado por muy poco. Si volvía a dormirse dentro de estas paredes, tal vez no despertaría nunca más. La casualidad lo había salvado una vez, pero no volvería a hacerlo.

Los proyectores de pensamiento tenían que ser inutilizados de manera que los robots no pudiesen repararlos nunca. Aunque podían arreglar las averías normales, les sería imposible reparar un sabotaje deliberado a la escala que Peyton se proponía. Cuando hubiese terminado, Comarre dejaría de ser una amenaza. Nunca volvería a atrapar su mente ni las de futuros visitantes que pudiesen llegar por el mismo camino.

Pero primero tenía que localizar a los durmientes y reanimarlos. Podía ser una larga tarea, pero afortunadamente el lugar donde se hallaban las máquinas estaba equipado con un aparato corriente de monovisión. Con él podía ver y oír lo que pasaba en cualquier parte de la ciudad, enfocando simplemente los rayos sobre el sitio que hiciera falta. Incluso podía proyectar su voz en caso necesario, pero no su imagen. Aquel tipo de máquina no había sido de uso general hasta después de la construcción de Comarre.

Tardó un poco en dominar los controles, y al principio el rayo se paseó errático por toda la ciudad. Peyton se encontró mirando un serie de lugares sorprendentes, y en una ocasión vio incluso el bosque..., aunque invertido. Se preguntó si Leo andaría todavía por allí, y con cierta dificultad localizó la entrada.

Sí, allí estaba, tal como la había visto el día anterior. Y a unos pocos metros se hallaba tumbado el fiel Leo de cara a la ciudad y con una expresión preocupada en el semblante. Peyton se sintió profundamente conmovido. Se preguntó si podría hacer entrar al león en Comarre. Su apoyo moral sería valioso y empezaba a sentir la necesidad de compañía después de las experiencias de la noche pasada.

Recorrió metódicamente el muro de la ciudad y se alegró al descubrir varias entradas disimuladas al nivel del suelo. Se había preguntado cómo iba a marcharse de allí. Aunque pudiese hacer funcionar a la inversa el transmisor de materia, la perspectiva no era muy atractiva; prefería, con mucho, el anticuado movimiento físico a través del espacio.

Todas las aberturas estaban cerradas, y por un momento se sintió desconcertado. Entonces empezó a buscar un robot. Al cabo de un rato descubrió uno de los gemelos de A-Cinco que rodaba a lo largo de un pasillo, realizando alguna misteriosa misión. Se sintió aliviado cuando obedeció su orden sin discutir y abrió la puerta.

Peyton dirigió de nuevo el rayo a través de las paredes y lo enfocó muy cerca de Leo. Entonces lo llamó a media voz:

—¡Leo!

El león levantó la cabeza, sorprendido.

—¡Hola, Leo! Soy yo, Peyton.

El león, con aire desconcertado, caminó despacio en círculo. Después desistió y se sentó indeciso.

Peyton consiguió persuadir a Leo con mucha paciencia de que se acercase a la entrada. El león reconocía su voz y parecía dispuesto a obedecerle, pero estaba terriblemente confuso y bastante nervioso. Vaciló un rato en la abertura, desconfiando de Comarre y del silencioso robot que lo estaba esperando.

Peyton insistió a Leo para que siguiese al robot. Repitió sus instrucciones con palabras diferentes hasta que estuvo seguro de que el león comprendía. Entonces habló directamente a la máquina y le ordenó que guiase al león hasta la cámara de control. Se quedó un momento observando para comprobar que Leo le seguía. Después, con unas palabras de ánimo, abandonó a la extraña pareja.

Fue bastante enojoso descubrir que no podía ver el interior de ninguna de las habitaciones cerradas y señaladas con el símbolo de la amapola. O bien estaban protegidas del rayo, o bien los controles habían sido dispuestos de manera que no pudiera emplearse el monovisor para escudriñar dentro de aquellos espacios.

Peyton no se desanimó. Los durmientes se despertarían bruscamente, lo mismo que se había despertado él. Después de mirar en sus mundos privados, sintió poca simpatía por ellos; sólo un sentimiento del deber le impulsaba a despertarles. No eran dignos de consideración.

Lo asaltó una terrible idea. ¿Qué habían inculcado los proyectores en su propia mente en respuesta a sus deseos, en aquel olvidado idilio del que de tan mala gana había retornado? ¿Habían sido sus pensamientos ocultos tan vergonzosos como los de los otros soñadores?

Era una idea incómoda, y la apartó a un lado al sentarse de nuevo ante el tablero central. Primero desconectaría los circuitos y después sabotearía los proyectores de manera que no pudiesen ser utilizados de nuevo. El hechizo de Comarre sobre tantas mentes quedaría roto para siempre.

Peyton alargó los brazos para accionar los múltiples cortocircuitos, pero nunca terminó su movimiento. Suavemente, pero con firmeza, cuatro brazos de metal agarraron su cuerpo desde atrás. Pataleando y debatiéndose, fue levantado en el aire, lejos de los controles, y llevado al centro de la habitación. Allí le dejaron de nuevo y le soltaron los brazos de metal.

Más enojado que alarmado, Peyton se volvió en redondo para enfrentarse con su aprehensor. El robot más complicado que jamás había visto lo estaba mirando desde unos pocos metros de distancia. Tenía algo más de dos metros de estatura y descansaba sobre una docena de gruesos neumáticos.

Desde varias partes de su chasis metálico se proyectaban en todas direcciones tentáculos, brazos, varillas y otros mecanismos menos fáciles de describir. En dos lugares, grupos de miembros estaban desmontando o reparando afanosamente piezas de maquinaria que Peyton reconoció con una súbita sensación de culpabilidad.

Peyton consideró en silencio a su adversario. Era sin duda un robot de máxima categoría. Pero había empleado la fuerza física contra él, y ningún robot podía hacer esto contra un hombre aunque se negase a obedecer sus órdenes. Sólo bajo el control directo de la mente de un hombre podía cometer un robot semejante acción. Por consiguiente, había vida en alguna parte de la ciudad, una vida consciente y hostil.

—¿Quién eres? —exclamó Peyton al fin, dirigiéndose no al robot sino a quien lo controlaba.

La máquina respondió inmediatamente con una voz precisa y automática que no parecía una mera voz humana amplificada:

—Soy el Ingeniero.

—Entonces, sal y deja que te vea.

—Me estás viendo.

El tono inhumano de la voz, tanto como las propias palabras, transformaron al instante la cólera de Peyton en una impresión de incrédulo asombro.

Ningún ser humano controlaba a aquella máquina. Era tan automática como los otros robots de la ciudad, pero, a diferencia de ellos y de todos los demás robots que no conocía el mundo, tenía voluntad y conciencia propias.

6. La pesadilla

Mientras contemplaba con ojos muy abiertos la máquina que tenía delante, Peyton sintió un escalofrío en la piel, no a causa del miedo sino de la misma intensidad de su excitación. Su búsqueda había sido recompensada: el sueño de casi mil años estaba aquí, delante de sus ojos.

Hacía tiempo que las máquinas habían conseguido una inteligencia limitada. Ahora al fin habían alcanzado el objetivo de la conciencia misma. Este era el secreto que Thordarsen habría revelado al mundo, el secreto que el Consejo había sofocado por miedo a las consecuencias que podía originar.

La fría voz habló de nuevo:

—Me alegro de que comprendas la verdad. Esto hará más fáciles las cosas.

—¿Puedes leer mi mente? —preguntó Peyton con voz entrecortada.

—Naturalmente. Lo he estado haciendo desde el momento en que llegaste.

—Sí, lo imaginaba —dijo tristemente Peyton—. ¿Y ahora qué piensas hacerme?

—Debo impedir que causes daños en Comarre.

Peyton pensó que esto era bastante razonable.

—Supón que me marchase ahora. ¿Estarías de acuerdo?

—Sí. Sería una buena cosa.

Peyton no pudo contener la risa. El Ingeniero no era más que un robot, aunque pareciera un ser humano. Era incapaz de poseer malicia, y tal vez esto le daba ventaja a Peyton. Debía intentar engañarlo para que le revelase sus secretos. Pero el robot leyó de nuevo su mente.

—No lo permitiré. Ya has aprendido demasiado. Debes marcharte enseguida. En caso necesario, utilizaré la fuerza.

Peyton decidió ganar tiempo. Al menos podía descubrir los límites de inteligencia de aquella sorprendente máquina.

—Antes de que me vaya, dime una cosa. ¿Por qué te llaman el Ingeniero?

El robot respondió casi al instante.

—Si se producen serias averías que no pueden ser reparadas por los robots, yo me encargo de ello. En caso necesario, podría reconstruir Comarre. Normalmente, cuando todo funciona como es debido, me estoy quieto.

Peyton pensó en lo extraña que era la idea de «quietud» para una mente humana. Le hacía gracia la distinción que había hecho el Ingeniero entre él mismo y «los robots». Hizo la pregunta obligada:

—¿Y si eres tú el que sufre una avería?

—Somos dos. El otro está inactivo ahora. Cada uno puede reparar al otro. Esto fue necesario una vez, hace trescientos años.

Era un sistema infalible. Comarre estaba a salvo de accidentes durante millones de años. Los constructores de la ciudad habían montado estos eternos guardianes mientras ellos iban en busca de sus sueños. No era extraño que Comarre siguiese cumpliendo su extraño objetivo, mucho después de morir sus creadores.

¡Qué tragedia, pensó Peyton, que este genio hubiese sido malgastado! Los secretos del Ingeniero podrían revolucionar la tecnología del robot, podrían dar origen a un mundo nuevo. Ahora que se habían construido las primeras máquinas inteligentes, ¿había algún límite en lo que vendría después?

—No —dijo inesperadamente el Ingeniero—. Thordarsen me dijo que los robots serían un día más inteligentes que el hombre.

Era extraño que la máquina hubiese pronunciado el nombre de su artífice. ¡Así que éste había sido el sueño de Thordarsen...! Todavía no acababa de comprender su inmensidad. Aunque estaba algo preparado para comprenderlo, no podía aceptar las conclusiones. A fin de cuentas, había un abismo enorme entre el robot y la mente humana.

—No mayor del que hay entre el hombre y los animales de los que procede, según dijo una vez Thordarsen. Tú, hombre, no eres más que un robot muy complicado. Yo soy más sencillo pero más eficaz. Esto es todo.

Peyton consideró con mucho cuidado esta afirmación. Si el hombre no era más que un complejo robot, una máquina compuesta de células vivas en vez de alambres y tubos al vacío, podrían fabricarse un día robots todavía más complicados. Y cuando llegase este día, la supremacía del hombre habría terminado. Las máquinas seguirían siendo sus esclavas, pero serían más inteligentes que su amo.

Todo estaba muy tranquilo en la gran estancia revestida de estantes de analizadores y paneles de relés. El Ingeniero observaba atentamente a Peyton, con los brazos como tentáculos ocupados en su trabajo de reparación.

Peyton empezaba a desesperarse. Como era característico en él, la oposición le hacía más obstinado que nunca. Tenía que descubrir, de alguna manera, cómo estaba construido el Ingeniero. Si no lo conseguía, se pasaría toda la vida tratando de igualar el genio de Thordarsen.

Era inútil. El robot estaba fuera de su alcance.

—No puedes hacer planes contra mí. Si intentas escapar por aquella puerta, arrojaré esta unidad de energía a tus piernas. A esta distancia, mi margen de error es de menos de medio centímetro.

Era imposible eludir los analizadores de pensamiento. El plan apenas estaba medio formado en la mente de Peyton, pero el Ingeniero ya lo conocía.

Peyton y el Ingeniero se sorprendieron por igual de aquella interrupción. Hubo un súbito destello de oro rojizo, y media tonelada de huesos y tendones chocó a una velocidad de ochenta kilómetros por hora contra el robot.

Se produjo una momentánea agitación de tentáculos. Después, con un fatídico chasquido, el Ingeniero cayó al suelo. Leo, lamiéndose reflexivamente las patas, se sentó sobre la máquina caída.

No podía comprender del todo al brillante animal que había estado amenazando a su amo. Su piel era la más dura que había conocido desde un desafortunado incidente con una rinoceronte, hacía muchos años.

—¡Buen chico! —gritó alegremente Peyton—. ¡No dejes que se levante!

El Ingeniero se había roto algunos de los miembros más grandes, y los tentáculos eran demasiado débiles para causar daño. Una vez más, la bolsa de herramientas de Peyton fue de un valor incalculable. Cuando hubo terminado, el Ingeniero no podía moverse, aunque Peyton no había tocado ninguno de sus circuitos neurales. En cierto modo, eso casi habría sido un asesinato.

—Ahora puedes irte, Leo —dijo, una vez terminada su tarea.

El león obedeció de mala gana.

—Lamento haber tenido que hacer esto —se disculpó Peyton con ironía—, pero espero que comprenderás mi punto de vista. ¿Aún puedes hablar?

—Sí —respondió el Ingeniero—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Peyton sonrió. Cinco minutos antes, había sido él quien había hecho esta pregunta. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en llegar el hermano gemelo del Ingeniero. Aunque Leo podía resolver la situación, si se trataba de una prueba de fuerza, el otro robot habría sido advertido y podía ponerles la cosa difícil. Por ejemplo, podía apagar las luces.

Los tubos fluorescentes se apagaron y reinó la oscuridad. Leo lanzó un gruñido de contrariedad. Peyton, bastante irritado, sacó su linterna y la encendió.

—En realidad, esto me importa poco —dijo—. Ya puedes volver a encenderlas.

El Ingeniero no dijo nada. Pero los tubos fluorescentes volvieron a encenderse.

¿Cómo diablos se podía luchar contra un enemigo que podía leer tus pensamientos e incluso observar cómo te preparabas para defenderte?, pensó Peyton. Tenía que evitar cualquier idea que pudiese provocar una reacción contraproducente para él, como por ejemplo... Se detuvo justo a tiempo. Bloqueó por un instante sus pensamientos tratando de integrar la función omega de Armstrong en su cabeza. Después volvió a poner la mente bajo control.

—Mira —dijo al fin—. Haré un trato contigo.

—¿Qué es eso? No conozco esta palabra.

—No importa —repuso apresuradamente Peyton—. Lo que propongo es esto: deja que despierte a los hombres que están atrapados aquí, dame tus circuitos fundamentales y me marcharé sin tocar nada. Habrás cumplido las órdenes de tus constructores y no se habrá causado ningún daño.

Un ser humano habría discutido el asunto, pero no el robot. Su mente tardaba tal vez una milésima de segundo en valorar cualquier situación, por complicada que fuese.

—Muy bien. Leo en tu mente que piensas cumplir tu palabra. Pero ¿qué significa «chantaje»?

Peyton se puso colorado.

—No tiene importancia —se apresuró a decir—. No es más que una expresión humana vulgar. Supongo que tu..., que tu colega llegará dentro de un momento, ¿no?

—Está esperando fuera desde hace un rato —respondió el robot—. ¿Quieres decir a tu perro que se esté quieto?

Peyton se echó a reír. Que un robot entendiese de zoología, habría sido esperar demasiado.

—Entonces..., tu león —dijo el robot, corrigiéndose al leer en la mente de Peyton.

Éste dirigió unas pocas palabras a Leo y, para estar más seguro, enredó los dedos en la melena del león.

Antes de ser invitado a hacerlo, el segundo robot entró silenciosamente en la habitación. Leo se puso a gruñir y trató de soltarse, pero Peyton lo calmó.

Ingeniero II era exactamente igual que su colega. Mientras se acercaba a él, ya había penetrado en la mente de Peyton de aquella manera desconcertante a la que éste no podía acostumbrarse.

—Veo que quieres ir a ver a los que sueñan —dijo—. Sígueme.

Peyton estaba cansado de que le diesen órdenes. ¿Por qué los robots no decían nunca «por favor»?

—Sígueme, por favor —indicó ahora la máquina, recalcando lo menos posible la expresión.

Peyton lo siguió.

Se encontró de nuevo en el pasillo con cientos de puertas con el signo de la amapola... o en otro corredor parecido. El robot lo condujo a una puerta que no se distinguía en nada de las demás, y se detuvo delante de ella.

La plancha metálica se deslizó sin ruido, y Peyton entró, no sin cierta aprensión, en el cuarto a oscuras.

Había un hombre viejo en la cama. A primera vista, parecía muerto. Su respiración era tan lenta que casi no se percibía. Peyton lo miró fijamente durante un instante, y después dijo al robot:

—Despiértalo.

En alguna parte de las profundidades de la ciudad, se detuvo la corriente de impulsos a través de un proyector de pensamiento. Un universo que nunca había existido se derrumbó en ruinas.

Desde la cama, dos ojos febriles miraron a Peyton con el brillo de la locura. Miraron a través de él y más allá, y brotó de sus labios un torrente de palabras confusas que Peyton

apenas podía distinguir. El viejo gritaba una y otra vez nombres que podían ser de personas o de lugares del mundo de los sueños del que había sido arrancado. Era horrible y patético a la vez.

—¡Basta! —le gritó Peyton—. Ahora has vuelto a la realidad.

Los ojos brillantes parecieron verle por primera vez. El viejo se incorporó con un tremendo esfuerzo.

—¿Quién eres —preguntó con voz temblorosa. Y entonces, antes de que Peyton pudiese responder, prosiguió con voz entrecortada—: Esto debe ser una pesadilla... Vete, vete. ¡Deja que me despierte!

Dominando su repulsión, Peyton apoyó una mano en el hombro huesudo.

—No temas, estás despierto. ¿No te acuerdas?

El hombre pareció no oírle.

—Sí, debe ser una pesadilla..., ¡tiene que serlo! Pero ¿por qué no me despierto? Nyran, Cressidor, ¿dónde estáis? ¡No puedo encontraros!

Peyton aguantó lo máximo posible, pero nada de lo que hacía podía atraer de nuevo la atención del viejo. Con corazón afligido, se volvió al robot.

—Duérmele de nuevo.

7. El Tercer Renacimiento

Poco a poco cesó el delirio. El débil cuerpo se quedó inmóvil en la cama y la cara arrugada volvió a convertirse en una máscara inexpresiva.

—¿Están todos tan locos como éste? —preguntó Peyton.

—Éste no está loco.

—¿Que no está loco? ¡Claro que lo está!

—Ha estado muchos años en trance. Supón que te fueses a una tierra lejana y que cambiases completamente tu estilo de vida, olvidando todo lo que conociste en tu vida anterior. En definitiva, no tendrías más conocimiento de ella que el que tienes de tu primera infancia.

»Si por algún milagro fueses enviado de pronto al tiempo anterior, te comportarías exactamente de esta manera. Recuerda que su vida soñada es completamente real para él y que ahora la ha vivido ya durante muchos años.

Esto era verdad. Pero ¿cómo podía ser tan perspicaz el Ingeniero? Peyton se volvió hacia él, asombrado, pero como de costumbre no tuvo necesidad de hacer la pregunta.

—Thordarsen me dijo esto el otro día, cuando aún estábamos construyendo Comarre. Algunos de los durmientes ya llevaban veinte años en trance.

—¿El otro día?

—Tú dirías hace unos quinientos años.

Estas palabras suscitaron una extraña imagen en la mente de Peyton. Pudo imaginarse el genio solitario, trabajando aquí entre sus robots, tal vez sin ningún compañero humano. Todos los demás habrían ido hacía tiempo en busca de sus sueños.

Pero Thordarsen debió de quedarse hasta terminar su obra, pues el deseo de creación lo ligaba todavía al mundo. Los dos Ingenieros, su mayor logro y tal vez la hazaña electrónica más maravillosa que se había producido en el mundo, eran sus últimas obras maestras.

Peyton se sintió abrumado. Puesto que el genio había derrochado su vida, decidió que su obra no pereciera sino que fuera entregada al mundo.

—¿Son todos los soñadores como éste? —preguntó al robot.

—Todos, salvo los más recientes. Éstos aún pueden recordar sus vidas anteriores.

—Llévame hasta uno de ellos.

La habitación en la que entraron era idéntica a la anterior, pero el cuerpo que yacía en la cama era el de un hombre que no tendría más de cuarenta años.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó Peyton.

—Llegó hace pocas semanas; fue el primer visitante que tuvimos durante muchos años, antes de que vinieses.

—Despiértalo, por favor.

Los ojos del durmiente se abrieron muy despacio. No había locura en ellos; sólo asombro y tristeza. El hombre debió recordar algo y se incorporó. Sus primeras palabras fueron completamente racionales.

—¿Por qué me has llamado? ¿Quién eres?

—Acabo de escapar de los proyectores de pensamiento —le explicó Peyton—. Quiero liberar a todos los que aún pueden salvarse.

El hombre se echó a reír amargamente.

—Salvarse... ¿de qué? Yo tardé cuarenta años en escapar del mundo, y ahora tú quieres arrastrarme de nuevo a él... ¡Vete y déjame en paz!

Peyton no iba a darse por vencido tan fácilmente.

—Crees que este mundo de ficción es mejor que la realidad? ¿No deseas escapar de él?

El hombre se echó a reír de nuevo, pero sin pizca de alegría.

—Comarre es la realidad para mí. El mundo nunca me dio nada, ¿por qué habría de desear volver a él? Aquí he encontrado la paz, y es todo lo que necesito.

Peyton giró de pronto sobre sus talones y salió de la habitación. Oyó que el hombre se tumbaba de nuevo, con un suspiro de alivio. Se dio cuenta de que había sido derrotado. Y ahora supo por qué había deseado reanimar a los otros. No había sido por ningún sentido de deber, sino por su propio objetivo egoísta, Había querido convencerse de que Comarre era el mal. Ahora sabía que no lo era. Siempre habría alguien, incluso en Utopía, a quien el mundo nada tendría que ofrecer, salvo pesares y desilusiones.

Cada vez serían menos con el paso del tiempo. En las edades oscuras de mil años atrás, la mayor parte de la humanidad había estado de algún modo inadaptada. Por muy espléndido que fuese el futuro del mundo, todavía habría algunas tragedias. Así pues, ¿por qué había que condenar a Comarre, si ofrecía a los desgraciados su única esperanza de paz?

No intentaría más experimentos. Su sólida fe y su confianza habían sido gravemente quebrantadas. Y los soñadores de Comarre no le agradecerían el trabajo que se había tomado.

Se volvió de nuevo al Ingeniero. El deseo de abandonar la ciudad se había intensificado en los últimos minutos, pero el trabajo más importante estaba todavía por hacer. Como de costumbre, el robot se le anticipó.

—Tengo lo que tú quieres. Sígueme, por favor.

Contrariamente a lo que casi había esperado, no le condujo de nuevo a la planta de las máquinas, con su laberíntico equipo de control. Al final del trayecto se hallaron a mayor altura de la que nunca había estado Peyton, en una pequeña habitación circular que imaginó que estaría en la cima misma de la ciudad. No había ventanas, a menos que unas curiosas placas puestas en la pared pudiesen hacerse transparentes por algún medio secreto. Era un estudio, y Peyton lo observó con veneración al comprender quién había trabajado en él hacía muchos siglos. Las paredes estaban revestidas de antiguos libros de texto que no habían sido tocados durante quinientos años. Parecía como si Thordarsen hubiese salido de allí pocas horas antes. Había incluso un circuito a medio terminar, fijado en un tablero contra la pared.

—Casi parece como si le hubiesen interrumpido —señaló Peyton, como si hablara para sí.

—Así fue —dijo el robot.

—¿Qué quieres decir? ¿No se reunió con los demás cuando os hubo construido?

Era difícil creer que no hubiese la menor emoción en la respuesta, pero el robot habló en el mismo tono frío con que lo había hecho hasta entonces.

—Cuando nos hubo terminado, Thordarsen aún no se sintió satisfecho. El no era como los demás. Con frecuencia nos decía que había encontrado la felicidad al construir Comarre. Repetía una y otra vez que iba a reunirse con los demás, pero siempre surgía una última mejora que deseaba hacer. Y así continuó hasta un día en que lo encontramos tumbado aquí, en esta habitación. Se había parado. La palabra que leo en tu mente es «muerte», pero yo no tengo idea de lo que esto significa.

Peyton guardó silencio. Le parecía que el final del gran científico no había carecido de nobleza. La amargura que había oscurecido su vida por fin había desaparecido de ella. Había conocido el gozo de la creación. De todos los artistas que habían venido a Comarre, él era el más grande. Y su trabajo no habría sido humano.

El robot se deslizó en silencio hacia una mesa de acero y metió uno de sus tentáculos en un cajón. Cuando lo sacó, sostenía un grueso volumen encuadernado con dos hojas de metal. Se lo tendió a Peyton sin decir palabra, y éste lo abrió con manos temblorosas. Contenía muchos miles de páginas escritas en un papel fino pero muy resistente.

En la guarda figuraban estas palabras, en firmes caracteres:

Rolf Thordarsen

Notas sobre Subelectrónica

Empezado: Día 2, Mes 13, 2598

Debajo continuaba la escritura, muy difícil de descifrar, por lo visto garrapateaba con una prisa frenética. Al leerlo, Peyton comprendió al fin, con la rapidez de una aurora ecuatorial.

A quien lea estas palabras:

Yo, Rolf Thordarsen, que no he hallado comprensión en mi tiempo, envío este mensaje al futuro. Si Comarre existe todavía, habrás visto mi obra y escapado a las trampas que he tendido para seres menos inteligentes. Por consiguiente, tú eres la persona adecuada para llevar este conocimiento al mundo. Confíalo a los científicos y diles que lo empleen con prudencia.

He derribado la barrera entre el hombre y la máquina. Ahora deben compartir por igual el futuro.

Peyton leyó varias veces el mensaje y sintió un creciente afecto por su antepasado muerto hacía tanto tiempo. Era un plan brillante. De esta manera, y tal vez de ninguna otra, Thordarsen había podido enviar su mensaje con seguridad a lo largo de los siglos, sabiendo que sólo lo recibirían las manos adecuadas. Peyton se preguntó si Thordarsen lo había proyectado ya al reunirse con los Decadentes, o si lo había concebido en un período más avanzado de su vida. Nunca sabría la respuesta.

Miró de nuevo al Ingeniero y pensó en cómo sería el mundo cuando todos los robots hubiesen alcanzado la conciencia. Y miró aún más allá, en la niebla del futuro.

El robot no tendría ninguna de las limitaciones del hombre, ninguna de sus lamentables flaquezas. No dejaría nunca que las pasiones nublasen su lógica. No sería nunca arrastrado por el egoísmo y la ambición. Sería un complemento para el hombre.

Peyton recordó las palabras de Thordarsen: «Ahora deben compartir por igual el futuro.»

Peyton interrumpió su ensueño. Todo esto, si llegaba a producirse tardaría siglos. Se volvió al Ingeniero.

—Voy a marcharme. Pero un día volveré.

El robot se apartó despacio.

—Quédate absolutamente quieto —le ordenó.

Peyton miró desconcertado al Ingeniero. Entonces observó apresuradamente el techo. Allí estaba de nuevo aquel abultamiento enigmático bajo el que se había encontrado cuando entró en la ciudad. —¡Eh! —gritó—. No quiero...

Demasiado tarde. Detrás de él estaba la pantalla oscura, más negra que la misma noche. Ante él se extendía el claro, con el bosque en su orilla. Era por la tarde y el sol casi tocaba los árboles.

Sonó un súbito gemido detrás de él: un asustado león contemplaba el bosque con incredulidad. A Leo no le había gustado el traslado.

—Ahora todo ha terminado, viejo amigo —le dijo Peyton, en tono tranquilizador—. No puedes censurarles por intentar librarse de nosotros lo más pronto posible. A fin de cuentas, hemos causado algunos estropicios. Vamos, no quiero pasar la noche en el bosque.

Al otro lado del mundo, un grupo de científicos se dispersaba pacientemente, sin saber todavía la importancia de su triunfo. En la Torre Central, Richard Peyton II acababa de descubrir que su hijo no había pasado los dos últimos años con sus primos en América del Sur, y estaba escribiendo un discurso de bienvenida para el hijo pródigo.

A mucha altura sobre la Tierra, el Consejo Mundial trazaba planes que pronto serían anulados por el advenimiento del Tercer Renacimiento. Pero el causante de todos aquellos trabajos no sabía nada de esto, y de momento le importaba poco.

Peyton descendió pausadamente los peldaños de mármol de la misteriosa entrada que seguía siendo un secreto para él. Leo lo siguió a poca distancia, mirando por encima del hombro y gruñendo en voz baja de vez en cuando. Juntos emprendieron el regreso por la carretera metálica y la avenida flanqueada por pequeños árboles. Peyton se alegró de que el sol no se hubiese puesto aún. De noche, este camino resplandecería de radiactividad interna, y los árboles retorcidos no tendrían siluetas agradables contra el cielo tachonado de estrellas.

Se detuvo un rato en el recodo de la carretera para contemplar la pared curva de metal con su única abertura negra tan engañosa a la vista. Todo su sentimiento de triunfo pareció desvanecerse. Sabía que mientras viviese nunca podría olvidar lo que había detrás de aquellos imponentes muros: la dulce promesa de paz y de infinita felicidad.

En el fondo de su alma temía que cualquier satisfacción, cualquier logro que pudiese ofrecer el mundo exterior, no sería nada en comparación con la bienaventuranza gratuita que brindaba Comarre. Por un instante se vio, como en una pesadilla, volviendo viejo y achacoso por esta carretera en busca del olvido. Pero se encogió de hombros y apartó esta idea de su mente.

En cuanto hubo salido del llano, recobró rápidamente el ánimo. Abrió de nuevo el precioso libro y hojeó sus páginas microimpresas, embriagado por las promesas que contenía. Hacía siglos que lentas caravanas habían pasado por este camino, trayendo oro y marfil para Salomón el Sabio. Pero todos aquellos tesoros no eran nada en comparación con este simple libro, y toda la sabiduría de Salomón no había podido imaginar la nueva civilización de que esta obra sería la semilla.

Peyton empezó a cantar, cosa que hacía muy raras veces y terriblemente mal. La canción era muy antigua, tan antigua que procedía de una era anterior a la energía atómica, anterior a los viajes interplanetarios e incluso anterior al advenimiento de la aviación. Se refería a cierto barbero de una desconocida ciudad llamada Sevilla.

Leo guardó silencio todo el tiempo que le fue posible. Después, también él empezó a cantar. El dúo resultó un fracaso.

Cuando se hizo de noche, el bosque y todos sus secretos se ocultaron detrás del horizonte. Peyton durmió bien, de cara a las estrellas y con Leo vigilando a su lado.

Y esta vez no soñó.

EN MARES DE ORO

No estoy seguro de si esto debería considerarse un cuento corto o un artículo inventado. Le otorgaré el beneficio de la duda y así podré utilizarlo para terminar esta antología.

Lo escribí como reacción a las montañas de literatura que había leído sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica (como, para pesar de George Lucas, La guerra de las galaxias) desde que el presidente Reagan la anunció en su famoso discurso de marzo de 1983. Cuanto más estudiaba este tema increíblemente complejo (y deprimente), tanto más confuso me sentía, hasta que al fin decidí que sólo había una manera de tratarlo: la que utilizo En mares de oro.

Fue también una respuesta a un discurso ulterior del presidente Reagan en el que, para mi regocijo algo mortificado, fui utilizado en favor de su proyecto predilecto al atribuirme este dicho: «Cada nueva idea pasa por tres fases. Primera: Es una locura; no me haga perder el tiempo. Segunda: Es posible, pero no vale la pena. Tercera: ¡Ya dije desde el principio que era una buena idea!» (Sé quién dio esta munición al presidente: siga leyendo...)*

En mares de oro, que en principio había titulado «Iniciativa de defensa del presupuesto: una breve historia», tuvo un récord de publicación increíble. Apareció por primera vez en un periódico de circulación un tanto minoritario, el número de agosto de 1986 de Newsletter, de la Junta de Ciencia de Defensa del Pentágono, que seguramente no encontrarán ustedes en la librería de su barrio.

La persona responsable de esta pieza de desinformación de alto nivel fue, en 1943, un joven graduado en el Instituto Tecnológico de Massachusetts que trabajaba en el Ground Control Approach Team (véase mi única novela que no es de ciencia ficción, Clide Path, pero que habría sido de ciencia ficción si se hubiese publicado veinte años antes). Mi colega durante la guerra, Vert Fowler, había ascendido, convirtiéndose en el doctor Charles A. Fowler, vicepresidente de la Mitre Corporation y presidente de la Defense Science Board. A pesar de estas responsabilidades, no había perdido el sentido del humor. Cuando le envié mi pequeña sátira, pensó que alegraría las grises vidas de los muchachos de la Iniciativa de Defensa Estratégica, hasta entonces sólo interrumpidas por

ocasionales rayos láser y por explosiones de pocos megatones. En todo caso, dio resultado.

El año siguiente, en el número de mayo de 1987, la revista OMNI presentó la obra a un público bastante numeroso, y el consejero de ciencias de la Casa Blanca, doctor George (Jay) A. Keyworth II, fue bombardeado con copias por todos sus amigos, los cuales, por alguna oscura razón, pensaron que podía interesarle...

Por fin nos conocimos en el mes de julio de 1988 en el Johns Hopkins Medical Center, de Baltimore, en el que Jay, para mi profunda gratitud, había patrocinado mi admisión. También debo mi agradecimiento al doctor Daniel Drachman, director de la unidad neuromuscular de la Johns Hopkins School of Medicine y a sus valiosos colegas por animarme con la noticia de que mi problema no era la enfermedad de Lou Gehrig, sino el bastante menos amenazador síndrome de pospolio. Todavía espero llegar al 2001 en buena forma.

¿Que si volveré a escribir más cuentos reales? Pues realmente no lo sé; no he tenido deseos de hacerlo durante más de una década y considero que Encuentro con Medusa es un canto del cisne bastante bueno. Lo seguro es que voy a estar ocupado durante los próximos años con una trilogía Rama muy ambiciosa, con mi colaborador en Cuna, Gentry Lee, y con una novela propia, cuyo título actual es The Ghost of the Grand Banks.

En todo caso, todavía no me creo merecedor del descarado comentario que apareció recientemente en un ensayo, deplorando el triste estado de la moderna ciencia ficción, de «esos famosos no-muertos, Clarke y Asimov».

Inútil decir que envié esto de buen grado a mi amigo transilvano, con este comentario: «Bueno, esto es mucho mejor que la alternativa.»

Tengo la seguridad de que el Buen Doctor estará de acuerdo.

En contra de lo que opinan muchos de los llamados expertos, hoy es incuestionable que la controvertida Iniciativa de Defensa del Presupuesto de la presidenta Kennedy fue una idea enteramente suya, y su famoso discurso «Cruz del Bien» sorprendió tanto al OMB y al secretario del Tesoro como a todos los demás. El asesor científico presidencial, doctor George Keystone («Cops» para los amigos) fue el primero en enterarse de ello. La señora Kennedy, gran lectora de ficción histórica, del pasado o del futuro, tropezó con una oscura novela sobre el Quinto Centenario, en la que se decía que el agua de mar contiene considerables cantidades de oro. Con intuición femenina (así dijeron más tarde sus

enemigos), la presidenta vio al instante la solución a uno de los problemas más apremiantes de su administración.

Era la última de una larga lista de jefes del ejecutivo que se habían horrorizado por el progresivo e inexorable déficit presupuestario, y dos noticias recientes habían exacerbado su preocupación. La primera era el anuncio de que en el año 2010 cada ciudadano de Estados Unidos nacería con un millón de dólares de deuda. La otra era la difundida información de que la moneda más fuerte del mundo libre era ahora el billete del metro de Nueva York.

—George —dijo la presidenta—, ¿es verdad que hay oro en el agua del mar? Y si es así, ¿podemos extraerlo?

El doctor Keystone le prometió una respuesta al cabo de una hora. Aunque nunca había conseguido que la gente se olvidase de que su tesis doctoral había versado sobre la un tanto extraña vida sexual del trivit de Patagonia (que, como se había dicho innumerables veces, sólo podía interesar a otro trivit patagón), era sumamente respetado tanto en Washington como en los medios académicos. Esta hazaña, se debía en gran parte a que era el experto en ordenadores más rápido del Este. Después de consultar durante menos de veinte minutos los bancos de datos globales, había obtenido toda la información que necesitaba la presidenta.

Ésta quedó sorprendida, y hasta un poco mortificada, al descubrir que su idea no era original. Ya en 1925, el gran científico alemán Fritz Haber había intentado pagar las enormes reparaciones de guerra impuestas a Alemania, extrayendo oro del agua del mar. El proyecto había fracasado, pero, como señaló el doctor Keystone, la tecnología química había progresado en proporción geométrica desde los tiempos de Haber. Y si Estados Unidos podían ir a la Luna, ¿por qué no iban a poder extraer oro del mar...?

El anuncio de la presidenta de que había fundado la Organización para la Iniciativa de Defensa del Presupuesto (OIDP) provocó inmediatamente una enorme cantidad de alabanzas y de críticas.

A pesar de numerosos requerimientos desde la finca de Ian Fleming, los medios de difusión apodaron inmediatamente doctor Goldfinger al consejero de ciencias de la presidenta, y Shirley Bassey salió de su retiro con una nueva versión de su canción más famosa.

Las reacciones a la Iniciativa de Defensa del Presupuesto se dividieron en tres categorías principales, que a su vez dividieron a la comunidad científica en grupos terriblemente belicosos. Primero estaban los entusiastas, seguros de que la idea era maravillosa. Después los escépticos, que argüían que era técnicamente imposible o, al

menos, tan difícil que el costo superaría el rendimiento. Y por último los que creían que era realmente posible pero que sería una mala idea.

Tal vez el más conocido de los entusiastas era el famoso doctor Raven, del Laboratorio Nevermore, fuerza impulsora detrás del Proyecto EXCELSIOR. Aunque los detalles eran absolutamente secretos, se sabía que la tecnología incluía la utilización de bombas de hidrógeno para evaporar grandes cantidades de océano, dejando todo el mineral (incluido el oro) listo para su ulterior proceso.

Inútil decir que muchos criticaban duramente el proyecto, pero el doctor Raven podía defenderlo desde detrás de la cortina de humo del secreto. A los que se lamentaban «¿No será el oro radiactivo?», les respondía alegremente: «¿Y qué? ¡Así será más difícil robarlo! Además estará enterrado en las cámaras acorazadas de los bancos, así que poco importará que sea radiactivo.»

Pero tal vez su argumento más contundente era que se lograría un producto derivado de EXCELSIOR: varios millones de toneladas de pescado hervido al instante para alimentar a las multitudes que se morían de hambre en el Tercer Mundo.

Otro sorprendente defensor de la IDP fue el alcalde de Nueva York. Al enterarse de que se calculaba que el peso total del oro del océano era de cinco mil millones de toneladas como mínimo, el polémico Fidel Bloch proclamó: «¡Al menos nuestra gran ciudad tendrá las calles pavimentadas de oro!» Sus numerosos críticos sugirieron que empezase por las aceras, para que los desventurados neoyorquinos dejasen de desaparecer en profundidades insondables.

Las críticas más acerbas fueron las de la Unión de Economistas Preocupados, que señalaron que la IDP podía tener consecuencias desastrosas. A menos que se controlasen minuciosamente, la inyección de grandes cantidades de oro tendría efectos devastadores sobre el sistema monetario mundial. Algo parecido al pánico había ya afectado al comercio internacional de joyería: las ventas de anillos de boda habían descendido a cero después del discurso de la presidenta.

Pero las protestas más ruidosas habían procedido de Moscú. A la acusación de que la IDP era un sutil complot capitalista, había replicado el secretario del Tesoro diciendo que la URSS tenía ya la mayor parte del oro del mundo en sus cámaras acorazadas, por lo que sus objeciones eran sencillamente hipócritas. Todavía se estaba discutiendo la lógica de ésta respuesta cuando la presidenta aumentó la confusión. Sorprendió a todo el mundo al anunciar que, cuando se hubiese perfeccionado la tecnología de la IDP, Estados Unidos la compartiría de buen grado con la Unión Soviética. Nadie la creyó.

Apenas si había una organización profesional que no se hubiese inclinado en pro o en contra de la IDP. (O en algunos casos, tanto en un sentido como en otro). Los abogados de Derecho Internacional suscitaron un problema que la presidenta había pasado por alto: ¿Quién era realmente dueño del oro del océano? Cabía presumir que todos los países reclamaran como suyo el contenido del agua de mar dentro del límite de doscientas millas de la Zona Económica; pero como las corrientes marinas agitaban continuamente este enorme volumen de líquido, el oro no se quedaría quieto en un lugar.

En definitiva, una sola planta de extracción, en cualquier lugar de los océanos del mundo, podría llevárselo todo... sin tener en cuenta las reclamaciones nacionales. ¿Qué pensaba hacer Estados Unidos al respecto? Sólo brotaron unos débiles rumores de desconcierto de la Casa Blanca.

Una persona a la que no preocupaban estas críticas —ni ningunas otras— era el capacitado y ubicuo director de la OIDP. El general Isaacson había conseguido una extraordinaria y merecida fama como reparador de entuertos en el Pentágono; tal vez su hazaña más celebrada fue la desarticulación del siniestro círculo controlado por la Mafia que había intentado monopolizar uno de los productos más lucrativos de Estados Unidos: los innumerables miles de millones de rollos de papel higiénico para el servicio militar.

Fue este general quien arengó a los medios de difusión e informó sobre el funcionamiento de la todavía incipiente tecnología de la IDP. Su ofrecimiento de sujetadores de corbata de oro —bueno, chapados de oro— a periodistas y reporteros de televisión fue un golpe genial alabado por todos. Sólo después de haber publicado sus prolijos artículos se dieron cuenta los representantes de la prensa de que el astuto general nunca había dicho que el oro procediese realmente del mar.

Pero entonces ya era demasiado tarde para rectificaciones.

En la actualidad, cuatro años después del discurso de la presidenta y todavía dentro del primer año de su segundo mandato, es imposible predecir el futuro de la IDP. El general Isaacson ha enviado al mar una gran plataforma flotante que, según informó Newsweek, parecía como si un portaaviones hubiese intentado hacer el amor a una refinería de petróleo. El doctor Keystone, alegando que había terminado con éxito su trabajo, ha dimitido para ir en busca del más grande trivit patagón. Pero la mayor amenaza, según han revelado los satélites de reconocimiento de Estados Unidos es que la Unión Soviética está construyendo enormes y perfectas tuberías en los puntos estratégicos de su costa.

FIN